LYLI BLACK

Todos los te quiero que no me atrevo a decir



Una apasionada historia de amor, amistad y sobre todo, de muchos te quiero.

TODOS LOS TE QUIERO QUE NO ME ATREVO A DECIR

TODOS LOS TE QUIERO QUE NO ME ATREVO A DECIR

LYLI BLACK

Queda rigurosamente prohibido, la reproducción parcial o total de este libro por medio o procedimiento mecánico, electrónico, por fotocopias, por grabación u otro métodos, actual o futuro, sin permiso previo y por escrito del autor.
La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguiente del código penal)
Derechos del autor © 2024 Lyli Black
Primera edición: Enero 2024
Titulo: Todos los te quiero que no me atrevo a decir (Saga Te Quiero IV).
Del diseño de la cubierta: ©Lyli Black, 2024
Del texto: ©Lyli Black, 2024
De las edición: ©Lyli Black, 2024

Para los que creen que la esencia de la vida
está en dejarse llevar y disfrutar
de las pequeñas cosas

ÍNDICE

Sinopsis
Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno

Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Epílogo
Acerca del autor

Sinopsis

Lucía Bianchi siempre aparentó ser una mujer segura y que lucha por lo que quiere. Podría definir su vida como perfecta, ya que empieza a ser reconocida en el mundo del modelaje, acaba de abrir su propia marca de ropa y todas las personas que quiere, son felices.

Pero, ¿qué pasa si, poco a poco, se da cuenta de que todos los objetivos que ha cumplido no le hacen sentir viva?

¿Y sí, su corazón comienza a acelerarse por el único hombre con en el que jamás podría sentir algo?

¿Y si de repente se siente perdida y se da cuenta de que la única persona que le llena es él?

Bienvenido a la cuarta entrega de la Saga Te Quiero, una historia romántica en el que quizás, no todo es como lo planificaste y descubres que la esencia de la vida está en dejarse llevar y disfrutar de las pequeñas cosas.

Prólogo

Estoy muy nerviosa, en cinco horas es la inauguración de mi marca de ropa *Lucibi* y siento que me va a dar un infarto.

Llevo prácticamente toda mi vida soñando con este momento y en vez de disfrutarlo y celebrarlo, estoy nerviosa, inquiera e irascible.

Intento por todos los medios despejar la mente mientras que la maquilladora y la peluquera me están arreglando, pero me está costando. Pienso en el vestido que me pondré, es precioso y ya no veo la hora de ponérmelo y disfrutarlo. Es de color malva, asimétrico y deja mi pierna y el hombro izquierdo al descubierto.

Lo he combinado con unos tacones altos de punta, con un maquillaje sutil con tonos similares al del vestido y un recogido desenfadado.

Al mirarme al espejo, descubro que voy cómoda, sencilla, pero elegante, que era mi objetivo.

Me despido de ambas y al mirar el reloj, ya es hora de irme para comprobar que todo marcha según lo planeado antes de que lleguen los invitados.

—Cariño —entra mamá —tenemos que irnos.

—Sí, cojo el bolso y bajo.

Al hacerlo, suspiro para darme fuerza y dejar todas las inquietudes en estas cuatro paredes para reunirme con mis padres e ir a la inauguración de mi marca.

—Estás preciosa —dice papá emocionado —mi pequeña ya no lo es tanto.

—Papá, no empiece —me abraza y entre sus brazos me siento segura.

—Anda, deja a la niña que llegaremos tarde.

—Lo siento.

Caminamos en dirección al coche de papá y mientras lo hacemos, pienso en la suerte que tengo de tener a unos padres como ellos. Están tan enamorados que parece que no han pasado los años. Siempre se han dedicado a ayudarnos y apoyarnos en todos nuestros sueños.

Supongo que intentan no cometer los mismos errores que mis abuelos, pero eso ya es pasado y está olvidado.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, mamá —confieso.

—Pero si todo ha quedado precioso y tus diseños son increíbles —me apoya —deja los nervios y disfruta de esta noche.

—Lo sé, pero irá la prensa y su opinión decidirá mi futuro.

—Eres la mejor y lo saben —sentencia papá y sonrío.

Llegamos y como imaginaba, está la prensa haciendo guardia para no perderse nada de la inauguración. Bajo del coche con esa máscara de frialdad y seguridad que siempre me acompaña y poso durante unos minutos.

Cuando siento que ya es suficiente, entro en la tienda que, a partir del lunes, estará abierta al público y me muero de ganas de que eso ocurra.

—Qué bonito —señala mamá el mural de flores que tenemos en la pared de la derecha —todo es tan fino y elegante.

—Gracias, mamá —le doy un beso en la mejilla y voy directa hacia el encargado para que me dé las últimas novedades.

Por lo que me comenta, todo va según lo planeado y no hay retrasos ni inconvenientes y eso es estupendo.

Me queda más o menos cuarenta y cinco minutos antes de que empiecen a aparecer los primeros invitados y me pongo a analizar todo para corregir posibles fallos.

—Estás aquí —escucho de repente y casi pego un grito.

—Qué susto, Eloi —cojo aire —has venido temprano.

—Traigo la cámara —me la enseña —he pensado que quizás podríamos sacar algunas fotos.

—Estás como invitado —le regaño acercándome a él y dándole un beso en la mejilla —gracias por venir.

—Anda, vamos a aprovechar que estás preciosa.

Es imposible decirle que no al fotógrafo del momento, así que hago lo que mejor se me da, o eso creo y me dejo llevar por sus indicaciones.

—Eso es Lu —señala —mírame fijamente con tus ojazos.

Es la única persona que me llama así, y sorpréndeteme, me gusta.

—Listo, ya es suficiente —apenas quedan minutos para que lleguen los invitados —gracias.

Voy hacia el recibidor corriendo para no hacer esperar a los primeros en llegar y sonrío cuando les veo.

—Hola —saludo a las personas más importantes de mi vida —qué guapa estás.

—Gracias Carla —le doy un pequeño abrazo.

Comienzo a saludar y agradecer a cada uno de ellos que estén acompañadme en este día tan significativo para mi carrera como diseñadora.

—Carolina —la abrazo con cariño —gracias por la idea de poner un *hagtac* para la ocasión.

—Ese es mi trabajo.

—*Lucibiencamino*—repito —está siendo un éxito.

—Es lo que queríamos.

—Sí, pero gracias —sonrío y saludo a Martín —¿qué tal, futuro papá?

—Bien —me besa en la mejilla.

—¿Y la futura mamá?

—Emocionada y con antojos —se ríe y le doy un beso.

—Pues te informo que el menú de hoy es increíble.

—Estoy deseando que llegue el momento.

—Lucía —me abraza con entusiasmo mi cuñada —todo ha quedado precioso.

—Eso son por los cuadros —le guiño un ojo.

—Felicidades, enana —me abraza mi hermano.

—Gracias, gruñón —le sonrío.

—Pero si está aquí la pequeña Bianchi —suspiro al escuchar esa voz —anda, ven aquí.

Me abraza y como todos me mira, no le puedo rechazar. Sabe perfectamente que me saca de

quicio que utilice ese tono y que me llame así y por eso lo hace.

—Felicidades —escucho otra voz y al ver de quién se trata, me sorprendo porque no estaba invitado.

—¿Gael? —sonrío de medio lado —qué sorpresa verte, no sabía que te interesaba la moda.

—No me conoces —tan borde como siempre.

—Bonita —miro a su espalda y sonrío de verdad —qué guapa estás.

—Lander —me lanzo a sus brazos —¿cómo estás?

—Mejor ahora que te veo.

—Mentiroso.

Poco a poco llegan los demás invitados y disfruto de cada momento, aunque inevitablemente, no como debería porque tengo que controlar que todo salga según lo planeado.

Sorprendentemente, se sirve la cena sin contratiempos ni fallos de última hora y eso significa que se están cumpliendo los objetivos y que ya queda menos para que acabe la inauguración.

Apenas ceno, no tengo estómago para eso, pero si veo como los invitados lo hacen y por sus caras, puedo llegar a la conclusión de que fue un acierto el menú que cambié en el último momento.

Tras la cena, empieza la fiesta de verdad y creo que en ese momento sí que lo disfruto y bailo con mis amigos de toda la vida, con las modelos que vinieron a apoyarme y con mi familia, mientras que cada vez quedan menos invitados.

Como agradecimiento, preparé varias bolsas con productos de maquillajes, perfumes y complementos para que se vayan con un buen sabor de boca.

Despido al catering que ya han terminado y les doy la enhorabuena por el gran trabajo que han hecho y solos quedamos los de siempre, a las únicas personas que sé que puedo contar de por vida.

—Hija, nosotros ya nos vamos —se despide mamá con un abrazo —disfruta con ellos.

—Gracias —le doy un beso en la mejilla.

—Enhorabuena, hija —me abraza papá y hago lo mismo.

Vuelvo con ellos y sonriendo, cojo una botella de champán y me relleno mi copa, ya puedo volver a ser yo sin tener que comportarme de una determinada manera.

—Tía, aún no me creo que haya visto a Bella Hadid —grita feliz Carla —es brutal.

—Sí, es increíble —le quito importancia.

—¿Bailamos? —me pide Lander un poco achispado.

—Claro que sí, caballero —sonrío y le doy la copa a Carla para que me la guarde.

—Estás preciosa —sonríe de medio lado.

—No pienso acostarme contigo —aún no estoy muy borracha para perder la cabeza.

—Qué pena, porque yo sí.

—Eres un cretino —me pego más a él —gracias por venir.

—Vine por el champán.

—Por eso me caes bien —le guiño un ojo.

—Es mi turno —nos interrumpe Eloi.

—No me rompas el momento —se queja su amigo —estaba a punto de caramelo.

—Para eso, necesito dos botellas más de champán —me separo de él mientras me río —quizás más adelante.

—Ya me he enfriado —frunce el ceño y sus ojos azules brillan.

—Lo siento amigo.

Comienzo a bailar con Eloi mientras me mira con sus espectaculares ojos verdes.

—Ya hemos terminado —indica.

—Esto es el principio —afirmo.

—¿Nerviosa?

—Mucho —confieso —de las críticas depende todo.

—Ha sido un éxito.

—¿Tú crees?

—Claro Lu —sonrío por fin —todas las portadas hablarán de ti.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana en el vuelo de las tres.

—Que pena —suspiro —me hubiera gustado tener un poco más de tiempo.

—Si lo tuvieras, te enamorarías de mí —suelta una carcajada —y el ego de Lander no lo soportaría.

—Que buen amigo eres —ironizo.

Termina la canción y nuestro baile, así que volvemos con el resto. Los analizo y como yo, ya van un poco achispados por el alcohol, menos Victoria, ya que está embarazada.

Les miro uno a uno, Carla está bailando con el cretino de su prometido, que le tiene que decir algo cargado de sensualidad por la sonrisa de tonta que tiene en los labios. Mi mirada se dirige a mi cuñada, aunque solo tardo dos segundos en apartarla cuando veo como mi hermano la besa.

Ver para creer.

Victoria está hablando con su marido y con Gael, y solo espero que no sea de negocios. No sé cómo se ha atrevido a venir si no le había invitado, no me cae bien, pienso que oculta algo y para eso tengo un buen ojo.

Lander y Eloi están gastándose bromas uno al otro y me recuerda mucho a mi relación con Carla, somos iguales, aunque nos queremos como nadie.

Es verdad que tuve algo con Lander y me gustó mucho, pero ahora que sé que tendrá relación con los chicos, no quiero mezclar, aunque es recordar sus besos y babear, pero prefiero tenerlo como amigo.

Eloi es tan guapo con ese toque dulce y tan bueno en su trabajo que el mundo de la moda le quiere, pero lo que más me gusta de él es que se mantiene humilde. En tan poco tiempo hemos formado un buen equipo y ya lo considero como un amigo, hablamos todos los días y no descartamos volver a trabajar juntos si nuestra agenda lo permite.

Miro a Carolina que ahora mismo está bailando con Marcos y sonrío, es la mujer más dulce y buena que conozco, siempre está para ti y aunque tenga mucha responsabilidad y su padre es un poco protector, es increíble y solo espero que sea feliz.

Marcos, al ver que estoy mirando en su dirección, sonríe y me guiña un ojo y odio que haga eso. No puedo con él, me saca de quicio con esa actitud de perfecto y buena gente que no me creo nada.

Siempre está bien, siempre con esa sonrisa perfecta entre sus labios que consigue molestarme y yo soy tan tonta que caigo en su juego.

Le miro mal y voy a por un trozo de tarta que ahora sí que me apetece. Me pongo una porción en el plato y al fijarme, veo como se acerca Gael para ir al servicio que se encuentra en la parte de atrás.

—Vaya —digo y me presta atención justo cuando me meto una cucharada de tarta en la boca —si hubiera sabido que querías venir, quizás te hubiera invitado —sonrío de medio lado.

—No quería venir —da un paso intentando intimidarme —y sí, me llegó tu invitación.

—Imposible, porque no te la envié —señalo dejando el plato en la mesa.

—¿Y cómo he entrado? —me analiza —estaba en la lista.

—Viniste con alguien que sí lo estaba —frunzo el ceño y al girarme, veo a Carla mirándome —joder.

—No tengo tiempo para esto, si estoy aquí es porque me han insistido, por mí, no hubiera venido.

Se da la vuelta y sigue su camino mientras voy casi corriendo hacia Carla para pedir explicaciones.

—¿Cómo se te ocurre invitarlo? —le acuso.

—Porque no era justo que sea el único que no lo estaba.

—Eso es porque es un capullo —gruño.

—No seas así, anda —le quita hierro al asunto.

—¿Y estas caras? —el que faltaba —¿por qué no bailas un rato?

—Porque no me...

—Tienes suerte de que esté yo aquí para sacarte a bailar —me corta Marcos cogiéndome del brazo y arrastrándome hacia la pista.

—No quiero bailar.

—Tarde.

—Mira...

Me callo al ver esa sonrisa que tanto odio y guardo silencio porque sé que lo que busca es esto, sacarme de quicio.

Me rodea la cintura y bailamos al ritmo de la música y solo cuento los segundos que me quedan para aguantar esta agonía.

—Si estás tan seria, pensaré que no quieres bailar conmigo —tendrá cara.

—¿Acaso me has pedido bailar? —digo —¿te he dicho que sí?

—Somos amigos, ¿por qué te negarías, pequeña Bianchi?

—No me llames así y no somos amigos.

—Qué fea te pones cuando estás seria, sonríe anda —se burla —y claro que somos amigos, nos conocemos de toda la vida, ¿no te acuerdas como siempre querías jugar con nosotros?

—No —finjo una sonrisa —pero de todas formas, eso era antes, ahora solo tengo ganas de matarte.

—Vale —me suelta —si no quieres, no quieres.

Con esa maldita sonrisa en los labios, me da la espalda y vuelve con los chicos. Cojo aire y me acerco a las chicas para beber y disfrutar de mi momento.

Y eso es lo que hago, bebo e ignoro que esté el patán de Gael en mi fiesta, que Marcos tenga esa estúpida sonrisa cada vez que me mira, que mi hermano sea un pulpo con Audrey y que no pare de demostrar su amor en público.

Bebo y no sé en qué momento de la noche me olvido de todo eso y disfruto como si no hubiera un mañana y por fin soy yo.

Uno

Estoy agotada, acabo de aterrizar en Madrid después de estar desfilando en Italia. Últimamente, no paro, mi carrera como modelo ha despegado e incluso, tengo que rechazar propuestas por falta de tiempo.

Ahora mismo estoy centrada en mi proyecto, han pasado tres meses desde que saqué mi propia marca de ropa y por el momento, me va estupendamente, incluso mejor que en las estadísticas iniciales.

Como era de esperar, esta decisión no le agrada a todo el mundo, mi agencia de modelo no le parece bien que rechace tantos proyectos porque si lo hago, no se llevan su comisión y no ganan dinero, pero no puedo dividirme en dos y ser empresaria requiere mucha responsabilidad y estar al pendiente de todo.

Al salir del aeropuerto me encuentro con mamá esperándome para llevarme a casa. La saludo con un beso en la mejilla y vamos hacia su coche.

—Te recuerdo que hoy tenemos la barbacoa —vuelve a decir y gruño.

—No me apetece —suspiro porque no lo entiende —estoy agotada y solo quiero dormir.

—Pues dormirás y a las dos te quiero más que preparada.

—Pero son casi las once —me escandalizo.

No me responde y enciende la radio para escuchar música e ignorarme. Odio cuando hace eso, no lo soporto, pero me contengo porque esta semana ha sido agotadora y estresante.

Media hora después aparca en el garaje de casa y bajo sin coger la maleta porque solo quiero acostarme en la cama y desear que el tiempo se detenga para descansar.

—Cariño —me acarician la cara —despierta que son la una y media.

—Mamá —me quejo dándome la vuelta.

—Vamos —me quita el antifaz y gruño al sentir la luz en los ojos —levántate.

—No quiero.

—Sí y punto.

Se va de mi habitación y suspirando, salgo de la cama para ir al baño a darme una ducha rápida. Odio las comidas en casa cuando solo quiero dormir y hacer la vaga.

Quince minutos después, me pongo el albornoz mientras el agua gotea por todo el suelo. Voy hacia mi vestidor para escoger algo cómodo y sencillo, ya que comeremos en mi jardín.

Me decanto por unos jeans, un jersey beis y unos botines camel con un poco de tacón. Vuelco al baño para peinarme y comienzo a maquillarme utilizando un poco de corrector, colorete, rímel y pintalabios burdeos para darle color a la cara.

Miro el reloj y son las dos y cuarto de la tarde, no creo que haya llegado nadie, así que, con pocas ganas, salgo de mi habitación y me dirijo al jardín.

Al llegar, descubro que ya se encuentran Thiago y Audrey hablando con papá mientras prepara la barbacoa.

—Estaba a punto de subir a buscarte —señala mamá al verme.

—No empieces, por favor —suspiro —papá, ¿te ayudo?

—No, lo tengo controlado.

—Hola chicos —saludo —qué puntuales.

—A diferencia de ti —me critica mi hermano y le miro mal.

—Voy a por una cerveza —escapo.

—Te acompaño —se ofrece mi cuñada.

—Thiago es insoportable, no sé cómo lo soportas —necesito el secreto.

—Quizás al principio —me guiña un ojo y gruño al saber por donde va —no me mires así.

—No te rías —me quejo abriendo la nevera y sacando dos cervezas —ahora mismo debería estar durmiendo.

—Sabes que los domingos son de barbacoa.

—¿Desde cuándo?

Es verdad que mis padres han preparado barbacoas algún que otro domingo, pero desde que Thiago va en serio con Audrey, se decidió prácticamente almorzar en el jardín todos los fines de semana porque a Audrey le encanta el plan.

—No seas así —me pide —¿puedes sonreír? —finjo una sonrisa —así no, vamos, una de verdad —suplica —con lo guapa que eres cuando lo haces, deberías estar sonriendo veinticuatro horas.

—Lo tendré en cuenta —y sorprendentemente, sonrío y aún no entiendo la capacidad que tiene Audrey de conseguirlo.

Es tan dulce y graciosa que es imposible no mirarla con adoración. Mi hermano es un hombre con suerte y solo espero que no lo estropee y que la cuide porque tiene el corazón más puro que he conocido en mi vida.

—Estáis aquí —nos interrumpe Thiago y la abraza por detrás.

—No empecéis, por favor —suspiro y salgo de la cocina antes de ver a esos dos besarse.

Es que no lo entiendo, viven juntos y parece que no se ven durante horas y solo han pasado varios minutos.

Al llegar al jardín, veo a mis padres hablando tan felices como siempre y tomando asiento, los analizo.

Se quieren, están completamente enamorados a pesar de los años que han pasado y me alegro por ellos. No sé cómo eran al conocerse, pero si ahora son así de cariñosos y comprometidos el uno con el otro, antes tenía que ser increíble.

Recuerdo una tarde sentada en el sofá que mamá entró y tomó asiento a mi lado, le pregunté como se conocieron y al mirarme con una sonrisa, me confesó que fue amor a primera vista y tras contarme su historia con ese brillo característico que solo lo provoca papá, me dijo una frase que jamás olvidaré.

"Cuando sientas que tu corazón se te va a salir del pecho y tu respiración se agita con solo verle, es él, así que lucha por ese amor porque te aseguro que merecerá la pena y jamás te arrepentirás"

Han pasado más de diez años y aún no he sentido que nadie pudiera provocarme eso y a medida que pasan los años, llegué a la conclusión de que el amor no es para todos.

Algunos tienen una historia de películas y otras como yo, no, que solo se tienen que conformar con encontrar a alguien que la trate bien y que la quiera, pero yo no soy de conformarme, yo soy del todo o nada y si no es el todo, me quedo con el nada.

El timbre suena distrayéndome de mis pensamientos y mamá sale disparada para abrir, supongo que será Martín con Victoria porque siempre suelen llegar los primeros y cuando aparecen cogidos de la mano, sonrío con suficiencia.

Me levanto para saludarlos, le doy un beso en la mejilla a él y a Victoria le toco la barriga pronunciada.

—Qué guapa estás —afirmo.

—Y gorda —se queja.

—Ven, vamos a sentarnos —lo hacemos y mira el jardín, buscando algo o alguien.

—¿Mi hermana aún no llegó?

—Está con el mío y no me preguntes que están haciendo porque no quiero imaginármelo.

—No seas quisquillosa —se ríe.

—¿De cuánto estás ya? —me intereso y así omitimos ese tema.

—De veintidós semanas —sonríe feliz.

—Como pasa el tiempo —me sorprendo.

—¿Y tú qué tal por Italia? —pregunta —estabas preciosa.

—Gracias —suspiro —fue agotador y estresante, pero salió bien.

—Quédate con eso —señala —¿y con tu marca?, tienes cada cosa...

—Gracias —sonrío de verdad —estoy alucinando con el resultado, nos hemos quedado sin existencia con la primera cápsula que sacamos.

—Te lo mereces —me coge de la mano.

—Gracias, Victoria.

—Hola —se acerca Audrey y se arrodilla para hablarle a su sobrina, porque es una niña —hola, ¿estás ahí?

—Estará durmiendo —explica Victoria —porque esta mañana estaba de fiesta.

—¿Y no puede irse ahora? —hace un mohín adorable —avísame cuando te dé una patada.

—Sí, pesada.

—Hola, chicas —entra Carolina con una sonrisa al ver a Victoria.

Supongo que las embarazadas generan que a todas se nos caiga la baba y estemos con la sonrisa de tonta puesta con solo verla.

Me da un beso después de dedicarle más de tres minutos a la futura mamá y me pregunta por el desfile.

La última en llegar es Carolina que se acerca con una sonrisa.

—Carolina, estás muy guapa —señala Audrey —te queda muy bien el rosa.

—Es que me encantan las barbacoas de los Bianchi —le guiña un ojo.

—Por cierto, ¿y Carla? —me río —seguro que estarán celebrando de nuevo su compromiso.

—¿Otra vez? —se une Victoria —ojalá yo pudiera celebrar que estoy casada.

—¿No me digas que Martín te tiene...? —no puedo terminar la frase.

—Sí —gruñe —y con el embarazo, tengo las hormonas disparadas y necesito sexo.

—No me jodas —suelto una carcajada, ahora sí que ha merecido la pena hacerle caso a mamá y estar presente —no veas con Martín —me mira mal —quién lo diría.

—¿Por qué los hombres tienen ese estúpido pensamiento que mantener relaciones sexuales con una embarazada puede dañar al bebé? —reflexiona Carolina.

—No lo sé, pero le odio —hace un mohín Victoria —ya no sé como decírselo.

—¿No hacéis nada? —estoy aún alucinando.

—Hacemos cositas —¿se ha ruborizado?, qué mona —pero no llegamos a completarlo.

—¿Puedes hablar claro? —la incordio un poco más.

—Que me toca, me excita, me hace alcanzar el orgasmo, pero no me folla —suelta y me río —¿te parece bien?

—Ahora sí que te he entendido.

—Hola —estaba tan pendiente de esta conversación que no vi como Carla se acercaba —¿y esas caras?

—Nada, que Vitoria nos estaba contando que tu hermano la tiene en sequía.

—¿En serio? —abre la boca —¿me estás vacilando?

—No, es cierto —aclara Carolina.

—Pues no sé qué decir —se sienta con nosotras.

—Que vas a decir tú que acabas de follar como conejos —indico.

—No seas bruta —me regaña.

—¿Miento? —elevo una ceja.

—No.

—Te odio —se queja Victoria —qué envidia.

—Lucía —me llama mamá —ayúdame a poner la mesa.

—Claro —me pongo en pie —ahora seguimos hablando.

—Os ayudo —se ofrece Audrey.

—No hace falta, cariño.

—Soy de la familia, ¿no? —razona —entonces es mi obligación.

—Qué suerte tiene mi hijo de tenerte —sonríe encantada.

—No hace falta ni que lo jures, mamá.

Ponemos la mesa entre las tres y comenzamos a comer entre risas y bromas. Cada vez que veo a Martín me río porque jamás pensé que podría tener ese control en sí mismo y ese pensamiento tan, ¿anticuado?

—¿Alguien quiere más paella? —ofrece papá.

—A mí ponme un poco más —le pide Thiago.

—Claro, ¿alguien más?

De momento nadie quiere repetir y hablo con Carolina de la nueva cápsula que aún no he acabado. Estoy en proceso de diseñarlo, pero con el trabajo no tengo mucho tiempo libre y cuando lo tengo, estoy agotada.

El timbre suena y mamá se levanta a abrir y me puedo imaginar quién será. Al mirar la entrada me encuentro con su sonrisa y entra mirando a cada uno.

—Gracias por esperarme —se queja en broma.

—Siéntate —le ofrece mamá un plato de paella para que comience a comer —te he guardado tu parte.

—Por eso te quiero, Sylvana.

—Oye —interrumpe papá con una sonrisa —tengamos la fiesta en paz.

Seguimos comiendo y ahora que está Marcos en la mesa, tengo que soportar los chiste tontos que no hace reír a nadie, bueno, mejor dicho, que no me hace reír a mí porque los demás se parte y no lo entiendo.

Me relleno mi copa de vino que está increíble con este tiempo y analizo a cada uno de la mesa. Mis padres están felices por tenernos en casa, hacía mucho tiempo que no teníamos esta rutina ni la casa tan llena de vida.

Desde que Thiago se independizó, es verdad que apenas venía a casa y cuando empecé a trabajar y a viajar, mis padres estuvieron solos y supongo que habrán tenido de nuevo esa intimidad que hacía tanto tiempo que no tenían.

Pero gracias a las Corberó, que se enamoraron de Thiago y Martín, han conseguido que cambien sus planes de fiestas y ligues por algo más familiar y míranos ahora. Todos reunidos pasando una tarde divertida y entre familia porque ellos son mi familia.

Martín está muy pendiente de su mujer. Cada dos por tres rellana su plato o su copa de agua y es tan dulce ver esa faceta suya que, a día de hoy, me sigue sorprendiendo.

Mi hermano es otro, quien diría que conocería otra faceta de él totalmente diferente. Ahora sonríe más, está más relajado y puedo garantizar que es completamente feliz y me alegro por él, por ellos porque hacen una pareja preciosa, aunque la mayoría de las veces me saquen de quicio.

Carla y Pablo es el amor personalizado, no paran de mirarse, de sonreírse, de tocarse y de besarse. Da igual de qué estemos hablando, ellos están en su burbuja del amor y soy feliz, si ella lo es.

Es mi mejor amiga, mejor dicho, es mi hermana junto con Carolina y solo pido exactamente eso, que sean felices y sé que Carla ha luchado y sufrido, pero por fin tiene su recompensa y ahora le toca disfrutarla.

Miro a Carolina y me doy cuenta de que sus ojos cada dos por tres se dirigen a Marcos. Lleva años deseando que el muy tonto le preste atención, pero no lo hace, es verdad que es un poco irritante, pero, ¿idiota?

Eso parece al no darse cuenta de la increíble mujer que se está perdiendo a saber por qué. Espero que tenga una buena explicación porque ella es perfecta y no entiendo por qué no se ha fijado en ella, en como le mira, en como se sonroja o sonríe.

La única explicación que encuentro es que la conoce desde niña y quizás por eso no se ha fijado en ella como mujer y me daría rabia si fuera así porque no es justo para ella.

Me pilla analizándole y me responde con esa sonrisa que tanto odio y termino apartando la mirada de él.

Imbécil.

Terminamos de comer y entre todos recogemos la mesa y ordenamos un poco el jardín para tomarse algo mientras seguimos disfrutando del día.

Preparo café para la mayoría y me acompaña Carla, ya que no le gusta el café y se prepara un té. Para mi gusto personal, es asqueroso, pero si a ella le gusta...

—¿Cómo te va? —pregunta sin importancia —y no me digas que bien porque he notado que no es verdad.

—Bien —suspiro —o eso creo.

—¿Qué pasa?

—Pasa que estoy agotada —le quito importancia.

—¿Y qué más? —escarba.

—Y que mi agente intenta convencerme para que salga con un modelo para aumentar la popularidad de ambos y ser la pareja del año.

—¿Qué? —grita —espero que le hayas dicho que no.

—Claro —casi me ofende que dude —no pienso salir con nadie con ese fin.

—Eso es —rellena la taza con el agua caliente —además, no lo necesitas.

Le guiño un ojo mientras preparo la bandeja con todo lo necesario para que se tomen el café. Volvemos al jardín y dejo la bandeja en la mesa, al hacerlo, me acerco hacia el vino que se encuentra al lado de la barbacoa y busco una copa limpia.

—¿No quieres café? —pregunta mamá.

—No, prefiero el vino.

Me siento al lado de Carolina con la copa en la mano mientras todos hablan con buen humor y desconecto.

Aún me ofende el interés que tiene mi agente para que acceda a ser fotografiada casualmente con Kevin, un modelo norteamericano que se está abriendo camino en este mundillo.

No pienso hacerlo porque mi vida privada es solo mía y nadie tiene derecho a inmiscuirse en ella y mucho menos, fingir una cosa que no siento.

¿Pero cómo se atreve a sugerirlo?

—Nosotros ya nos vamos y así os dejamos para que sigáis disfrutando —se levanta papá — gracias por venir.

Cada uno de ellos se despiden de mis padres y ojalá yo pudiera seguirles para tirarme sobre mi cama. Este día me está resultando demasiado agostador y necesito despejar la mente, poder cerrar los ojos y olvidarme de todo aquello que me incomoda.

—Oye —dice Marcos —¿jugamos al póker?

—¿En serio? —suelto el aire.

—¿Acaso tienes miedo de perder? —me reta.

—Sabes perfectamente —le amenazo con la mirada —que la probabilidad de que gane es del cien por cien.

—¿De verdad? —eleva una ceja —¿y dónde has sacado ese estudio?

—Siempre gano —sentencio.

—Demuéstralo.

—Está bien —accedo —¿si gano que me das?

—Anda ya, pequeña Bianchi —frunzo el ceño —si ganas, te llevas el dinero y si lo prefieres, doblamos la puesta y la mínima son de diez euros.

—Aburrido —ahora le reto yo.

—Está bien —sonríe como si nada, pero en su mirada veo desafío —si ganas, te doy un vale de diez sesiones en mi clínica de fisioterapeuta.

—¿Y por qué crees que eso me interesaría? —sonrío de medio lado.

—¿Qué quieres? —responde sin esfuerzo.

—De ti, nada.

—¿Entonces?

—Acepto —accedo —así comprobaré como es.

—Si tanta curiosidad tenías, no hubieras esperado tanto.

—Qué gracioso —me saca de quicio.

—Anda, vamos a jugar —nos interrumpe mi hermano.

—Si gano yo —dice de repente —quiero diez piezas de tu colección.

—¿Para qué las quieres? —me sorprendo.

—Eso no te importa, pequeña Bianchi —quiero gritar.

—Está bien —sé que no ganará.

Nos sentamos alrededor de la mesa y jugamos todos menos Audrey que no le gusta el juego. Victoria saca de su bolso una libreta y un bolígrafo para anotar quién de los dos es mejor, y para qué voy a ser modesta, sé que lo seré yo.

Aunque me cueste la vida en ello, pienso ganarle y borrarle esa sonrisa de suficiencia y de estúpido que tiene permanentemente entre sus labios, que tanto odio, y que tantas ganas tengo de quitársela.

Si de por sí gano cuando juego, ahora que estoy picada, voy a por ello.

Cueste lo que cueste, como que me llamo Lucía Bianchi, voy a ganarle a este engreído disfrazado de Caperucita roja.

Dos

Thiago comienza a barajar las cartas y a repartirlas. Las cojo sin mostrar nada mientras analizo las caras de mis contrincantes. Por lo que puedo intuir, mi hermano, a pesar de que siempre está serio, excepto cuando está con su novia, tiene un trío y como máximo, es de reina.

Martín no tiene pinta de tener algo increíble, Pablo más de lo mismo y el capullo de su hermano me guiña un ojo cuando coincidimos las miradas. Sonríe y puede tener una simple pareja o póker, pero no sabe quién soy yo.

Ellas, al contrario de ellos, son más fáciles de leer porque quizás son menos competitivas o solo quieren divertirse y pasarlo bien.

—Cinco —apuesta Martín y le he pillado, como pensaba, sus cartas no son muy buenas y con esa jugaba, prácticamente conseguirá que se vayan la mitad.

Tengo doble pareja, de as y rey, y tengo dudas, o tiro tres y me quedo con la pareja de as, o me arriesgo y tiro una esperando que salga o un as o un rey.

Pero como no tienen muy buenas cartas, me arriesgaré y cuando me toca apostar, pongo el dinero sin aumentarlo.

Carolina, Victoria y Carla son las únicas que se retiran y me quedo con ellos, pero que no crean que me van a intimidar.

—¿Cuántas? —pregunta mi hermano.

—Una.

—¿Póker, pequeña Bianchi? —sonríe el imbécil del año.

—Paga la apuesta que haré y te lo diré —aclaro.

—Eso está claro.

Antes de mirar mi carta, estoy atenta a las cartas que piden y menos Thiago, que pide solo una, los demás quieren tres y eso me da ventajas.

Lentamente, elevo la carta y me contengo por no gritar cuando veo el as que tanto quería y necesitaba. El primero en apostar en Martín que en esta ocasión pone diez euros, Pablo y Marcos se la iguala y mi hermano apuesta el doble.

—Los veinte más veinte —digo segura.

A mala ganas porque no le ha salido su jugada, tanto Martín como los hermanos Casas igualan la puesta y mi hermano la duplica.

—Vaya —indico como si nada —tus veinte más cuarenta.

—Me voy —Martín tira con fastidio sus cartas y es solo la primera jugada.

—Igual —el siguiente es Pablo.

Marcos las tira sin añadir nada y Thiago las ve, no amplía la apuesta y es una pena porque sé que voy a ganarle, ni de coña tiene un póker.

—¿Qué tienes? —pregunta.

—¿Y tú?

—Te la estoy viendo yo a ti —me regaña.

—Lo sé, pero solo quiero ver tu cara cuando pierdas.

—Full de rey —gruñe porque odia que siempre haga lo mismo.

—Ups —le guiño un ojo —full de as —sonrío con suficiencia mientras cojo el dinero —Victoria, anota Lucía uno, Marcos —le miro con suficiencia —cero.

—Aún es el principio, pequeña Bianchi.

—Y así será el final.

Seguimos jugando y en las partidas que juego, sin sorprenderme, gano y en las que me retiro, da la casualidad que gana él y únicamente estoy por encima de él por un solo punto.

A medida que las partidas van avanzando, se han ido retirando. La primera en irse fue Carolina porque a ella no le gusta el mal rollo y las ganas de ganar sí o sí. La siguiente es Victoria porque tenía antojos de comer tostadas con queso y tomate, y está disfrutando comiéndosela como si fuera la comida más deseosa del mundo.

Luego se fue Carla y prácticamente, Pablo dejé de jugar para abrazarla mientras observa las jugadas y hablan con las demás. También se ha retirado Martín para prepararle un batido de frutas a su mujer y por último, mi hermano.

Solamente quedamos el enemigo y yo.

—¿Te rindes? —le reto.

—No —sonrío y me contengo para no tirarle nada a la cabeza —solo me ganas por una, no pienso regalártelo.

—¿Regalármelo? —elevo una ceja picada —no voy a estar toda la noche para que intentes ganarme, ¿sabes por qué?

—Adelante.

—Porque amanecerá y seguiré estando por delante, vaquero.

—Qué humilde —me guiña un ojo.

—Tres partidas —señalo —¿y sabes qué?

—¿Qué?

—Que como sé que ganaré —sonrío —te doy ventajas, dos a cero.

—No voy a aceptarlo, que luego dirás que te gané por suerte.

—No vas a ganar.

—¿Quién reparte? —pide.

—Yo —aplaude Audrey, emocionada.

Coge las cartas y torpemente las baraja y reparte a cada uno un total de cinco. Como si nada, las veo y casi me caigo de la silla al ver un full de reina y nueve.

—Diez —apuesto.

—Más diez —dice lentamente.

—Más diez —le reto.

—Más...

—Anda ya —se queja Thiago —no apueste y continua que, sino, nos quedamos así toda la noche y tengo hambre.

—Está bien —cede de mala gana.

—Dame dos —solicita.

Vaya, un trío.

—Servida.

—¿Intentas intimidarme, pequeña Bianchi?

—¿Acaso no lo estás? —sonríe, pero no me contesta.

Espero a que vea las cartas con esa sonrisa en los labios que no refleja nada y comienzo a ponerme un poco nerviosa porque no puede ganarme y no quiero que mi ego me juegue una mala pasada.

—Jugad sin apostar —indica mi hermano.

—No tiene gracia —refunfuño —quiero irme de fiesta con su dinero.

—Qué segura —se burla de nuevo —cincuenta —dice de repente.

—Con cincuenta no hago nada —no tengo muy buenas cartas, pero esto es un juego —más cien.

—Tus cien más...

—Chicos... —le corta de nuevo mi hermano.

—Cien a secas, te las veo —le condiciona —¿qué tienes?

—¿Qué tienes tú? —pregunto.

—Te la estoy viendo yo, sabes que tienes que enseñármela.

—Pero quiero observar tu cara cuando veas que te he ganado.

—Eso no va a pasar, así que me la enseñas...

—Si tan seg...

—Basta —nos corta Martín —enséñale las cartas, tío.

—Full de jota y as —cede.

—Qué pena que no hayas aumentado la apuesta, vaquero.

Cojo el dinero mostrando mis cartas con una sonrisa de suficiencia.

—Por poco.

—Dos a uno —señalo.

Audrey reparte las cartas de nuevo y descubro que solo tengo pareja de reina. Intento por todos los medios interpretar que puede tener él y al apostar y descartar, pide dos y eso significa que tiene trío.

Yo me decanto por tres cartas que era lo más normal y cuando me las da y las veo, tengo que gritar porque me ha salido tres diez y gracia a eso, tengo full y es una jugada competitiva.

Apostamos y llegamos a los doscientos euros, al vérsela descubro que se ha quedado con el trío de as y sonrío al mostrar las mías mientras cojo su dinero.

—Dos a dos.

—Última partida y se decide todo —aclara Audrey, emocionada.

Baraja las cartas como una niña de ocho años, pero se lo dejamos pasar porque le pone empeño y ganas. Esta es la jugada decisiva y la voy a ganar, cueste lo que cueste.

Cojo la primera carta y veo que es un nueve, joder, al ver la segunda, veo que es una reina y la cosa mejora, descubro la tercera y es otra reina. Hago lo mismo con la cuarta y es un comodín y tengo que contenerme para no demostrar nada y que se percate de las increíbles cartas que me están saliendo.

<<Que sea o un nueve o la reina, por favor>>

Casi con miedo, miro la última carta y sutilmente cojo aire al ver que es una reina.

¡¡¡Tengo un póker de reina!!!

—Cien —apuesta de golpe.

—¿Intentas intimidarme? —le guiño un ojo —tus cien, más cien.

—¿Lo intentas tú? —me sonríe —tus cien más doscientos.

—Tendrás que hacer horas extras para recuperar todo esto —me burlo —tus doscientos más trescientos.

—Chicos, vamos ya por favor —se desespera Martín.

—No subo —gruñe porque sé que quería hacerlo —dame una —pide.

—Yo también quiero una.

—¿Boca arriba? —se emociona mi cuñada.

—Por mí, vale —me mira —lo que diga la modelo.

—Te voy a ganar, así que vale.

La primera carta que descubrimos es la que le corresponde al enemigo y es un rey, joder, como tenga póker de reyes me gana y no es justo.

—Tu turno.

Intenta darle emoción y me desespera cuando por fin le da la vuelta y por poco abro la boca al ver mi reina. Acaba de salirme la mejor carta del mundo y la que hará que le quite de una maldita vez, esa sonrisa de pelele que siempre pone y siempre me irrita.

—Quinientos —apuesta.

—Vas a salir de aquí pidiendo un préstamo —me río —tus quinientos, más quinientos.

—El doble.

—El doble —con esta partida ya he ganado casi dos mil euros.

Obviamente, solo apostamos de boca y Audrey lo está anotando en la libreta porque no tenemos esa cantidad en efecto.

—Como digas el doble, te doy una paliza —le regaña mi hermano.

—¿Intentas proteger la economía de tu hermana?

—No, intento ir a cenar.

—Está bien, te las veo —cede —¿qué tienes?

—¿Qué tienes tú? —contraataco como si esta conversación no la hubiéramos tenido antes.

—Estoy pagando para vértela.

—Y yo para ver tu cara cuando descubras que te he ganado.

—No voy a ceder esta vez.

—Entonces te quedas sin verlas y pierdes.

—La estoy pagando, así que pierdes tú por no enseñarla.

—Así no se juega —gruño.

—Se juega así, te doy tres segundos o pierdes.

—Eso no vale...

—Marcos, por favor —interviene Victoria —enséñaselas tú porque si no, nos quedamos hasta mañana.

—Porque me lo pides tú.

—Póker de as —enseña sus cartas con suficiencia, guiñándome el ojo.

—Vaya, has ido fuerte —afirmo —lástima bebé que yo tenga repóquer de reina.

—¿Qué? —alucina —imposible.

Enseño mis cartas y sonrío al ver su cara y este momento debería tatuármelo para siempre en la memoria.

—Que prefieres, ¿transferencia o efectivo?

—Joder —gruñe —te haré una transferencia.

—Pienso celebrar una fiesta con ese dinero y no pienso invitarte.

Me río poniéndome en pie y soy la mejor en este juego y sinceramente, ganar en estas condiciones es increíble. Más que por el dinero, es ver su cara y borrarle esa sonrisa de capullo.

—Enhorabuena —me felicita Carla —ahora podemos pedir algo para cenar.

—Por cierto, le llamo —me mira sin entender —también quiero mi vale.

—¿En serio? —vuelve a aparecer esa sonrisa y eso me sorprende porque no me lo esperaba —sabía que te morías de ganas de que te trate.

—No sueñes.

—Te dejaré nueva, te quitaré esas contracturas...

—No tengo...

—Hazme caso, tienes y puedo vértela desde aquí.

—Qué gracioso.

—El lunes te veo en mi consulta.

—No puedo.

—Como veas, pero si no te las tratas ahora que no te están molestando, empeorará.

—Seguro.

—El que avisa no es traidor.

—En serio, el lunes estoy llena de trabajo acumulado —me inquieta lo que me ha dicho.

Es verdad que en ocasiones me dan calabrés, pero es puntual y cuando muevo la cabeza hacia un lado rápidamente, me duele, aunque no le he dado mayor importancia, aunque si hubiera continuado así, hubiera acudido a un profesional.

—Sin problemas.

—¿Cuál es tu horario?

—De mañana estoy de diez a una y por la tarde, de seis a ocho.

—Imposible.

—¿Por qué no la atiendes fuera del horario? —sugiere Audrey.

—¿A las tres? —pido.

—A esa hora almuerzo —le miro mal —pero por ti pequeña, haré una excepción.

—Capullo.

Ya me estoy arrepintiendo, pero todo sea para recuperarme y no empeorar mi estado.

Pedimos pizza y la noche pasa sin ninguna discusión más y eso ya es un gran paso. Hablo con las chicas, aunque apenas como porque no tengo hambre y solo quiero irme a la cama para descansar de una vez por todas.

A las doce es mi tope y me despido de ellos y los dejo en el jardín mientras voy a mi habitación. Qué día más largo y pesado, no he descansado nada y lo único bueno, es que Marcos me va a tratar.

Tarde o temprano tendría que haber buscado un fisioterapeuta para que lo hiciera y él es muy bueno en lo suyo y me ahorro de investigar. Además, tengo que tener cuidado porque empiezo a ser conocida y paso de escándalos en estos momentos de mi carrera.

Marcos es la mejor opción y lo he ganado sin pedirle cita.

Tres

Estoy en el despacho revisando las facturas, haciendo inventario y realizando un estudio sobre el tipo de clientes que vienen a mi tienda y de lo que buscan mayormente.

En un mes sale mi segunda cápsula para la colección de primavera verano y ya estoy deseando sácala. También quiero incluir complementos y estoy hablando con una empresa de joyas para colaborar y crear una colección muy chula para esa temporada.

—Lucía —abre la puerta la encargada de la tienda —¿puedo pasar?

—Claro —aparto la mirada de iMac y me centro en ella —¿pasa algo?

—Nos estamos quedando sin existencia —señala y mientras hacía inventario, me estaba dando cuenta —si las ventas siguen a este ritmo, en dos semanas habremos acabado con toda la colección.

—Lo sé —me agobio —ya apenas tenemos algunas tallas —suspiro.

—Verdad —me pongo de pie.

—Jamás imaginé que gustara tanto —me asomo por la ventana y pienso —es imposible que para la semana que viene poder confeccionar otra tanda.

—¿Y si hablamos con otro taller que tenga las mismas calidades?

—Tengo un contrato —me agobio —llámale, a ver si es posible que nos entreguen algo en estos días —le pido —mientras voy a hablar con mi abogado para saber qué puedo hacer.

—Claro, yo me encargo.

Sale del despacho dejándome sola y cojo mi móvil para llamar a Thiago. Yo de contratos no entiendo nada y solo confío en él, así que busco su contacto en la agenda y le doy a llamar.

—¿Pasa algo? —pregunta ya que no suelo llamarle.

—Hola educado —saludo —¿puedes mirarme un contrato para saber si puedo acordar con otro taller la confección de mis prendas?

—Mándamelo por correo y más tarde te lo miro —accede —¿algún problema?

—No, no —aclaro —solo que me he quedado sin existencia prácticamente y necesito una tanda cuanto antes.

—Vaya, parece que gusta lo que diseñas —se burla.

—¿Qué pensabas cretino? —me ofendo.

—Nada, nada —le quita importancia —mándamelo por correo, te tengo que dejar que tengo una reunión.

—Gracias.

La mañana avanza y sin darme cuenta son las dos de la tarde, hora del cierre. Recojo mi bolso y me despido de mis empleadas para ir hacia mi Fiat 500 y comer algo rápido antes de ir a su clínica.

Aparco en la puerta de la clínica y busco un restaurante para comer, encuentro uno en la esquina y entro mirándolo todo.

Me siento en una de las mesas y el camarero me toma nota y pido una copa de vino y una ensalada cesar porque no tengo mucha hambre.

Mientras espero, me conecto al Instagram y contesto mensajes de mis seguidores. Tengo tantos que sé que no me dará tiempo a responder a todos, pero siempre intento hacer todo lo posible.

A los pocos minutos, viene el camarero con el vino y llena mi copa. Me vuelve a dejar sola y sigo con los mensajes. Pasan diez minutos y por fin me trae la ensalada que debo decir que tiene muy buena pinta.

Hago una foto y la subo a mis historias, automáticamente recibo mensajes y reacciones y bloqueo el móvil para comenzar a comer.

Tengo poco más de diez minutos si quiero llegar a tiempo. Aunque lo intento con todas mis fuerzas, a las tres y diez, pago la cuenta y voy hacia la clínica.

Intento abrir la puerta y está cerrada, saco el móvil del bolso y descubro que tengo un mensaje suyo.

Marcos:
Te doy cinco minutos más.

Lucía:
Estoy abajo.

Me ahorro el insulto porque odio que me amenacen, cinco minutos dice. Espero a que me conteste o a que me abra, pero no lo hace.

¿Y si se ha ido?

Miro el reloj y ya son las tres y veintidós de la tarde, voy a llamarle porque odio que me hagan esperar, pero la puerta se abre apareciendo él con su sonrisa de confianza y automáticamente sé que me ha hecho esperar apropósito.

—Pasa.

Le miro mal y lo hago, él cierra de nuevo la puerta y me doy cuenta de que estamos solos porque a esas horas no trabajan. Le sigo y subimos a la planta de arriba, no imaginaba que fuera tan grande y eso quiere decir que le va bien.

Seguimos por el pasillo y ya no hay puertas, todo se encuentra en silencio y al final del pasillo hay una con su nombre. La abre poniéndose a un lado para que pase a su consulta.

—¿Un vestido? —repara por fin en mí —¿alguna vez has ido a un fisioterapeuta? —se burla.

—¿Qué pasa?

—Ponte detrás del biombo, quítate el vestido y túmbate en la camilla.

—¿Me tengo que quitar la ropa? —frunzo el ceño —¿por qué?

—Deja de preguntar y haz lo que te pido.

—Date la vuelta.

Al menos me hace caso en algo y camino hacia la camilla cogiendo una de las toallas y me quito el vestido. Me echo sobre la camilla y coloco sobre mi cintura la toalla para ocultar mis braguitas.

—¿Ya? —pregunta con prisas.

—Sí —gruño.

Me recoloco en la camilla para ponerme cómoda mientras él se acerca. Se pone justo a mi lado y me aparta el pelo hacia un lado.

—Voy a desabrocharte el sujetador —me informa.

—Vale.

—Lo primero que haremos, es descontracturar el trapecio y las fibras superiores —me informa —vas a sentir calor —indica colocando algo blando que me genera calor —para relajar el tejido.

Durante aproximadamente quince minutos tengo el saco de calor en el trapecio y debo confesar que me relaja un poco.

Trascurrido ese tiempo, Marcos me lo quita y cierro los ojos al sentir como sus manos se coloca en mi espalda con aceite, también caliente y hace movimientos ascendentes hacia el trapecio y es una maravilla.

—Te estoy aplicado calor —señala —y luego trataré la zona indicada.

Sus manos sobre mi espalda me relajan y dejo que me aplique todo el aceite que quiera si continúa de esa manera. No sé cuánto tiempo pasa desde que comenzó a relajar mi espalda, pero no quiero que acabe nunca porque me gusta.

—Voy a comenzar con la técnica de los dedos reforzados —no sé lo que dice, pero me da igual, me gusta —voy a pasar por todas las espinales, los romboides, el angular del omoplato y las fibras superiores, medias e inferiores.

—Vale.

Sus manos ejercen presión y pasa por todas las zonas que comentó, pero de momento, voy bien.

Se detiene y rodeando la camilla, se coloca en el otro lado y hace los mismos movimientos por toda mi espalda lentamente. Hace varias repeticiones más hasta que cambia de caminito y en vez de pasar por la columna vertebrar, va hacia el hombro utilizando la misma técnica.

—Aaah —me quejo —duele.

—Relájate —ordena.

—No aprietes tanto —exijo.

—No exageres que lo estoy haciendo suavemente —contraataca y decido quedarme callada deseando que termine de una vez por todas.

—Coloca la mano detrás —me pide.

Lo hago automáticamente y me la recoloca en la posición que quiere, dejando una de sus manos bajo el hombro.

—Relájate —pide —voy a pasar por debajo de las escápulas.

Sus dedos pasan por esa zona y gruño cuando aprieta mientras lo repite durante unos minutos.

—Marcos... —lloriqueo.

—Ya está.

Cambia de posición poniéndose delante de mí, mi cabeza toca su estómago y me pone un poco más de aceite en la espalda. Coloca el talón de la mano en mi espalda y hace movimientos en vaivén y esta vez no me duele tanto porque no aprieta y dejo que continúe de esta manera

mientras me trata.

Pensaba que iba a ser peor.

Sus dedos cambian de posición y aprieta un poco, pero no me molesta, va del cuello hacia el hombro, vuelve a apretar y tengo que cerrar los ojos para no volver a quejarme de nuevo porque me ha dolido.

Durante ocho repeticiones continúa y cuando por fin termina, respiro de una maldita vez.

Sus manos se vuelven a colocar en mi cuello y realizando movimientos ascendente y descendente, debo confesar que me gusta porque esa parte de mi cuerpo la tengo sensible y suspiro.

Poco a poco va apretando cada vez más y me quejo de dolor porque siento que me va a partir el hueso en dos.

—Marcos, me duele.

—No seas quejica —se burla —un poco más y habremos terminado.

—No puedo —hago un mohín.

—Ya, ya —me trata como si fuera un bebé —listo.

—Joder —gruño.

—No te mueva.

¿Ahora qué pasa?

Me tenso cuando siento de nuevo sus manos impregnadas de aceite en mi espalda, pero a diferencia de antes, sus dedos no aprietan y tardo un poco más de la cuenta en comprender que me está dando un masaje para calmar la zona y cierro los ojos de puro placer.

Ahora sí que me gusta, me gusta mucho y tengo que contenerme para no gemir y demostrarle que me encanta.

Mi piel poco a poco se estremece con sus dedos, mi estómago se contrae y me estoy dando cuenta de que me estoy excitando con su masaje.

<<¿En serio, con Marcos? >>

Se burla mi subconsciente y le tengo que dar toda la razón. No me puedo creer que me guste tanto que incluso me está poniendo a cien él, Marcos, el chico que me ha visto crecer y prácticamente ha sido como mi hermano mayor junto con Pablo y Martín.

—Listo —se separa de mí —te dejo para que puedas vestirte.

—Claro —siento que me falta la voz.

—Esa puerta es un baño —me la señala —puedes utilizarlo.

Me deja a sola y abro los ojos al ver mis pezones erectos y esa necesidad que tiene mi zona íntima de ser atendida.

—Definitivamente, estoy excitada.

Bajo de la camilla para ir hacia el baño y al abrir la puerta, descubro que es amplio y completo. Cierro la puerta y voy hacia el armario para abrirlo porque no me puedo contener y veo que únicamente tiene ropa de él.

Me quito las braguitas y decido darme una ducha rápida para eliminar el aceite de mi cuerpo. Me recojo el pelo en un moño para que no se moje y cojo un poco de su gel.

A los pocos minutos, me estoy secando con una toalla y poniéndome la ropa de nuevo para salir de su consulta y olvidarme de este momento tan vergonzoso.

—Esto no ha pasado —me digo mirándome en el espejo.

Salgo del baño y me lo encuentro en su mesa escribiendo unas anotaciones y me ignora completamente.

Cojo el bolso sin saber qué hacer y solo quiero salir de una vez por todas de aquí.

—Te recomiendo que diariamente —indica sin mirarme —estires.

—Vale.

—¿Cuándo puedes volver para continuar con las sesiones?

—Eh —estoy aun sin poder expresarme en condiciones —tengo que mirar mi agenda y te digo.

—Perfecto —por fin me mira —pues listo, ya hemos terminado, pequeña Bianchi.

—Deja de llamarme así —gruño volviendo en sí.

—¿Por qué? —se pone de pie y se acerca, pero en vez de pararse a mi lado, me rodea y abre la puerta.

—Porque lo odio.

Salimos de su consulta y siento su sonrisa a mi espalda. Es como si hubiera conseguido cabrearme apropósito y eso le encantase. Al llegar a la puerta de la clínica, me despido con un simple adiós y salgo sin mirar atrás y con la promesa de olvidar lo que ha pasado dentro.

Sería vergonzoso si alguien lo descubriera.

Estoy fatal y necesito sexo.

Cuatro

—Perfecto —respondo —lo necesito como mucho para la semana que viene.

—No se preocupe, nos pondremos en ello enseguida para tenerlo listo en estos días.

—¿Tan pronto? —desconfío de las promesas.

—Tenemos varios talleres y vamos a dedicarlos exclusivamente a sus diseños.

—Perfecto, espero noticias suyas.

Cuelgo la llamada y suspiro por fin, gracias a mi hermano, que es muy bueno en su trabajo, he podido contratar a otro taller para la confección de más prendas porque apenas tengo para esta semana.

Debo reconocer que me he agobiado muchísimo, no esperaba este recibimiento por parte de los clientes ni que funcionara tan bien que apenas hubiera tenido existencias para poder seguir abierto hasta la semana que viene.

Y si eso no era suficiente, debo sumarle que estos últimos días han sido agotadores por las continuas reuniones que he tenido para cerrar la siguiente cápsula que sacaremos.

Para no arriesgarme, he tenido que aumentar el número de prendas para que no me pase como en la primera y solo espero que todo salga bien, que les gusten, aunque imagino que sí, porque cada diseño es tan bonito e ideal que me tiene enamorada.

Miro el reloj y me pongo en pie porque ya llego tarde a la reunión que tengo con la marca de joyas para mi colección. Voy a colaborar con ellos y estoy muy ilusionada. Es mi marca favorita desde que tengo quince años.

Estas semanas han sido un no parar, me estoy involucrando en mis negocios dejando a un lado el modelaje. He rechazado varios desfiles y revistas porque quiero llevar mi carrera por otro camino, quiero sentirme identificada con cada proyecto y no aceptarlo a lo loco como hacía en un principio.

Quiero que cada cosa que haga a partir de ahora sea una parte de mí y no me voy a conformar con menos.

Voy hacia mi Fiat 500 corriendo y conduzco hacia la empresa. Al llegar, media hora tarde, salgo del coche con calma porque si llego tarde, que no se note o al menos, esa es mi filosofía.

Ya en recepción me encuentro con una chica que me mira alucinando. Supongo que me habrá reconocido, pero no le doy mayor importancia.

—Buenas tardes —saludo —soy Lu...

—Lucía Bianchi, la modelo del momento —me interrumpe emocionada.

—Esa soy yo —sonrío —tengo reunión con...

—Sí, sí —coge aire —disculpa.

—No te preocupes —le quito importancia.

—¿Te importaría hacerte una foto conmigo? —me suplica.

—Claro.

Rodea la mesa y se coloca a mi lado con su móvil en la mano y sonrío mirando la pantalla.

—Gracias —la mira con una sonrisa en los labios —planta cinco, la están esperando.

—Perfecto.

Camino hacia el ascensor y al pulsar el botón, se abren las puertas enseguida, ya que estaba en recepción. Entro en él pulsando el número cinco y suspiro mientras espero a que suba.

Salgo al llegar y me atiende una secretaria que me indica donde se encuentra la sala de reuniones.

—Buenas tardes —me saluda la directora —empecemos.

Tomo asiento y analizo las imágenes que me ofrecen.

—Siento que le falta algo —señalo —todo es muy bonito, pero le hace falta ser más yo.

—¿Qué propones? —pregunta estudiándome.

—Este anillo debería ser un poco más pequeño, aunque sea precioso, no es algo que me pondría todos los días —le señalo el anillo de oro con un zafiro en el centro —soy simple, normal y quiero que mi colección defina a la perfección mi personalidad.

—Lo entiendo —no añade nada más.

—A pesar de diseñar cada joya, siento que hay que simplificarlo —afirmo —darle ese toque que les harán únicos.

—Me gusta lo que escucho —afirma —es verdad que a partir de tus diseños hemos añadido nuestra esencia sin darnos cuenta de que hemos eliminado las tuyas.

—Es eso —concuerdo con ella.

—Le daremos estos últimos cambios y creo que ya estarían.

—Por lo demás, me encanta, así que sí —sonrío por fin —parece ser que ya tenemos la colección terminada.

—Quien lo diría —ironiza —al principio costó.

—He estado mirando mi agenda y considero que el momento clave para sacarlo es en marzo —propongo —justo antes de la primavera.

—¿Tan tarde? —frunce el ceño analizando mis palabras —estamos en enero.

—Lo sé, pero es una colección perfecta para ponerse con escote y en invierno no se lucirían.

—Primero vamos a terminarla y luego ya veremos.

—Perfecto —me pongo en pie —en cuanto esté lista, avisadme y acordamos otra reunión.

—Gracias Lucía —se pone en pie.

—Ha sido un placer —sonrío.

Doy media vuelta para salir de la reunión e ir a comer algo que ya son poco más de las seis y no he parado desde que me levanté a las siete de la mañana para hacer yoga y empezar con mi día intenso de trabajo.

Llego al parking justo en el momento que suena mi móvil, lo saco del bolso y descubro que es mi cuñada quien me llama.

—Hola —saludo nada más descolgar.

—Hola cuñada —sonrío ahora que no puede verme —¿qué haces?

—Acabo de salir de una reunión —explico —y ahora me iré a comer algo.

—Por eso te llamo —dice —¿por qué no te vienes a casa a cenar?

—¿Mi hermano no estará?

—Sí, pero como es viernes, hemos decidido invitar a nuestros amigos y disfrutar de una noche agradable.

—Los chicos y agradable es imposible.

—No seas así —me riñe —vente.

—Solo si abrís el vino francés que mi hermano tiene.

—Trato.

—Entonces voy para allá —he terminado por hoy.

—Te espero.

Camino hacia mi coche y me subo en él, necesito estirar las piernas y Audrey es una buena compañía porque es totalmente diferente a mí.

Es dulce, cariñosa y adorable, y creo que por eso me cae tan bien. Me alegro de que mi hermano haya sentado la cabeza con una mujer como ella, es tan pura y buena que no sé qué habrá hecho en otra vida para merecerla.

Conduzco escuchando la nueva canción de Aitana y Sangiovann, se llama *Mariposas* y tiene un ritmo muy bueno.

"Hoy ya no vuelan mariposas, ya no quedan rosas
De esas que en verano me regalabas tú
Y esta noche na-na-na-nada será igual
Bailar sin ti, no sé bailar
La música no suena igua-ia-ial"

Canto mientras busco aparcamiento en la urbanización de mi hermano. Al encontrar un hueco perfecto para mi Fiat 500, aparco y salgo de él agotada y con ganas de sentarme y descansar la mente durante un rato.

Cojo mi bolso y cierro el coche, camino en dirección a su portal y el conserje me saluda nada más verme. Es un hombre mayor y muy simpático que siempre me dice lo guapa que estoy.

Me despido de él cuando entro en el ascensor y voy hacia el ático de la pareja feliz. Tardo muy pocos segundos en llegar y al salir, voy hacia su puerta y toco el timbre mientras espero a que me abran.

—Hola —saluda abrazándome —gracias por venir.

—Lo he hecho por el vino —entro y huele muy bien.

—Anda, vamos —hace un mohín adorable —eres la primera en llegar.

—Así me bebo la botella entera.

—No seas así —me regaña.

Tomo asiento en el sofá mientras ella va a por el vino. No veo a mi hermano por ningún lado y lo agradezco, quiero desconectar la mente y relajarme. Audrey vuelve a los pocos segundos con la botella de vino y dos copas.

—¿Y mi hermano? —pregunto mientras abro el vino.

—En el despacho con Martín y Victoria.

—Qué divertido —lleno las copas.

—Trabajo —suspira —por lo que entendí, quieren romper un acuerdo y están buscando las mejores vías para hacerlo.

—Vaya —de eso entiendo poco y nada —parece serio.

—Sí, es un poco grave —afirma —si no consiguen llegar a una solución la semana que viene, seguramente se encargue personalmente mi primo.

—El que faltaba —suspiro y le doy un buen trago a la copa —lo más seguro es que no haga falta, con ellos ya son suficiente para resolverlo.

—Eso espero porque no le apetece venir.

—¿Venir? —frunzo el ceño.

—Sí, es un acuerdo de la sede de Madrid —explica.

—Pues vaya —me termino la copa justo en el momento en el que se abren las puertas y salen serios —hola chicos —saludo.

—Buenas —me saluda Victoria acercándose hacia nosotras y tomando asiento —necesito una copa.

—Pero no puedes —le recuerda su marido.

—Lo sé —pone cara de pena.

—Voy a traerte algo para beber —se levanta su hermana —¿una cerveza Martín?

—Gracias —le agradece y supongo que no habrá conseguido encontrar una solución.

—Te ayudo —escucho a mi hermano decir y elevo una ceja.

—Vaya dos —gruño.

—El amor —me guiña un ojo y cojo la botella para rellenarme la copa.

—¿Cómo lo llevas? —le señalo el vientre

—Bien, aunque cada vez peso más y me agoto más rápido.

—¿Cuándo coges la baja?

—Pues Martín quiere que la coja ya, pero aún me quedan varios meses y en estos momentos, no es...

—Tienes que descansar y el estrés no es lo más recomendable —le interrumpe su marido.

—Martín no empieces, no soy ni la primera ni última mujer que trabaja estando embarazada —se pone seria—aún es pronto.

No responde y el clima se tensa un poco y no sé si es por este tema y he metido la pata, o por lo que me comentó Audrey.

—¿Qué tal en la reunión? —cambia de tema y se interesa por mí.

—Genial, ya hemos acordado los últimos cambios y supongo que muy pronto empezaremos con la promoción.

—¿Cuándo sale?

—Sugerí que saliera en marzo, pero aún no es seguro.

—Pienso comprarme toda tu colección de joyas.

—No hace falta, me darán varias de cada pieza.

—¿Qué? —se escandaliza —negocios son negocios.

—Gracias Victoria.

—Con el gusto que tienes, seguro que es un éxito.

—Crucemos los dedos —nunca doy las cosas por sentadas.

—Este verano es tuyo —sentencia —hazme...

Suena el timbre y al no ver a la pareja feliz, me pongo en pie para abrir. Estos dos tienen que resolver cuanto antes ese problema que tienen de no poder estar durante más de dos segundos seguidos separados.

Abro la puerta, aunque hubiera preferido no haberlo hecho al descubrir quién se encuentra tras ella.

—Vaya, pequeña Bianchi —da un paso hacia delante y por inercia, me echo a un lado para que pase —qué grata sorpresa.

Me mantengo callada tras lo que pasó en su consulta. Casi lo había olvidado, pero tenerlo aquí

ha hecho que recuerde ese momento tan bochornoso.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —se burla.

—Que te den.

Le doy la espalda y vuelvo al salón, no pienso abrir la puerta nunca más para evitar estos encontronazos incómodos. Él me sigue, pero no le presto atención, saluda a Martín con unas palmadas en la espalda y se centra en la futura mamá.

—Cada día estás más guapa —le da un beso en la mejilla.

—Eso eres tú —sonríe feliz —gracias por lo del masaje.

—De nada, ¿te duelen menos los pies? —se preocupa.

—Sí, ha sido necesario —afirma.

—Cuando quieras puedes volver a mi casa para que te ayude.

—¿Otra vez has apostado y pedido? —señalo con la copa en la mano.

—Victoria, a diferencia de ti, no necesita ninguna excusa para que le trate —se sienta en mi sitio.

—Más quisiera —gruño.

—¿Cómo vas con la espalda? —pregunta profesional dejando a un lado esa faceta que tanto odio —hay que programar otra sesión para seguir con el tratamiento.

—Eh, claro —creo que es la primera conversación sensata que tengo con él en mucho tiempo y actúo como si no supiera qué hacer —¿cuándo puedes?

—¿Cuándo puedes tú? —pregunta —eres la que tiene el horario más complicado.

—Tengo varias reuniones la semana que viene —pienso —sobre las diez me vendría genial.

—A esa hora estoy en casa —ironiza.

—Es verdad, no estáis abiertos.

—Pues vete a su casa como hice yo —sugiere Victoria y me tenso.

—Claro —afirma —tengo todo lo que necesito en casa.

—Es todo un profesional —alardea mi amiga —yo fui a las ¿once?

—Once y diez —se ríe.

—No podía más.

—Eso es porque no me haces caso, cariño —le critica su marido.

—Martín...

—Hola —saluda Audrey cuando vuelve —¿cuándo has venido?

—Cuando estabas haciendo manualidades con tu abogado —comenta sonriendo y Audrey se pone roja —¿cómo estás, pequeña Corberó?

—Ahora mejor —se abrazan —gracias por venir.

—¿Cenamos? —pregunta mi hermano.

—¿No viene nadie más?

—Carla y Pablo fueron a la pedida de mano de una compañera de él —explica mi cuñada —y Carolina cena de negocios.

—¿Sí? —no tenía ni idea.

—Lo ha dicho por el grupo hace un rato —señala Victoria.

Ni me enteré, no paro y no tengo ni siquiera dos segundos para leer el WhatsApp en condiciones. Pasamos al comedor que ya está la mesa puesta y es preciosa. Tomamos asiento mientras Audrey, con la ayuda de Thiago, colocan los entrantes para comenzar a cenar y lo agradezco porque estoy hambrienta.

—Qué bueno —suspiro cuando pruebo una croqueta de marisco —¿lo ha hecho tú?

—Sí —responde Audrey con una sonrisa.

—Te han quedado ideal —nunca he probado unas croquetas tan buenas como está.

—Gracias.

Como un poco de todo antes de que traigan el primer plato, que es solomillo con salsa y patatas. Cada uno se pone un poco en su plato y aunque no deba abusar de la salsa.

Sorprendentemente, la cena es agradable. El tema principal es el problema que tiene Martín con el acuerdo que quieren anular y me quedo callada porque no entiendo de eso.

Prácticamente, me bebo la botella de vino sola y me siento un poco contentita y lo peor de todo, es que no podré conducir para volver a casa.

—Lucía —me regaña mi hermano —¿quieres dejar el vino?

—No seas aburrido, ya he bebido más de la cuenta, así que da igual una o dos copas de más.

—Eres imposible —me mira mal y es cuando me doy cuenta de que realmente no ha cambiado.

Sigue siento el mismo pesado con mal carácter de siempre.

—Thiago, no la regañes —me defiende mi cuñada, pero no le presto atención.

Estoy tan agotada, todo va bien, pero siento que en el fondo no van tan bien como creo. Es una sensación rara, llevo toda mi vida luchando por lograrlo y cuando lo estoy consiguiendo, no me siento como imaginé que me iba a sentir.

¿Qué me pasa?

Estoy reflexionando sobre eso cuando Victoria y Martín se despiden para irse a casa porque ella está agotada. Nosotros seguimos de buen rollo hablando de nuestras cosas, bueno, ellos siguen de buen rollo, yo me dedico a beber y a estar.

—Me voy —me pongo de pie mirando el reloj —son casi la una de la madrugada.

—No vas a conducir —¿se piensa que es mi padre?

—Voy a llamar a un taxi —suspiro —gracias por invitarme —ella no tiene la culpa de que mi hermano sea tan gruñón —la próxima vez, sin chicos.

Me río y me doy cuenta de que estoy peor de lo que pensaba. Este vino es tan bueno que se me ha subido rápido a la cabeza.

—Yo también me voy —suspira Marcos —no te preocupes, yo la llevo.

—No ha... —le respondo, pero me doy cuenta de que se lo decía a mi hermano, no a mí y me cabreo —gracias, pero prefiero un taxi.

Cojo el bolso, pero mi hermano me intercede por el camino y sé que me pondrá de mal humor con ese carácter tan particular que tiene para decir las cosas.

—Te vas con él y así me quedo más tranquilo.

—No seas...

—Ve con Marcos —interviene mi cuñada porque sabe que lo único que conseguiremos será discutir —es lo más cómodo y estás un poco borracha, mejor que nadie te vea así.

—Está bien —cedo porque es lo mejor para mi imagen.

Marcos se despide de ellos con una sonrisa y yo con la mano porque no quiero ver la cara de seta de mi hermano. Cojo el abrigo y me lo pongo rápidamente mientras sigo a Marcos.

Esperamos en el ascensor hasta que llegue y nos ignoramos uno al otro. Al llegar, entramos e intento por todos los medios no caerme con los zapatos que llevo.

Al final no va a ser tan buena idea haber bebido tanto, pero es lo que tiene el vino, no lo sientes y cuando menos te lo esperas, te emborrachas y ya no hay vueltas atrás.

—¿Dónde tienes las llaves de tu coche?

—No pienso escaparme, no soy una irresponsable —gruño.

—He venido en moto y no creo que con tu estado, sea lo mejor.

—Ah.

Me quedo callada y le doy las llaves, me aprieto más en el abrigo porque hace mucho frío y le indico donde lo dejé. A los pocos segundos nos montamos en él y veo como suspira echando el asiento hacia atrás y me río de pronto.

Él es tan grande y robusto que mi coche se le queda pequeño e incómodo.

—No le veo la gracia por ningún lado —me regaña y me río más, incluso me salen lágrimas por los ojos y sé que es el efecto del alcohol.

—Como mis padres me vean así, me matan... —se me corta la risa de repente.

—Así aprendes, Lucía —¿y a este qué le pasa?

—No tienes derecho a usar ese tono —le recrimino.

—¿Qué tono? —salimos de la urbanización.

—El que utiliza Thiago, suficiente tengo con él.

—Pues es el que te mereces, no puedes emborracharte así —sigue con ese tonito que tanto me saca de quicio —tienes que ser más consciente de las cosas.

—No quiero tus consejos —sentencio.

—Para no variar —suspira y pone la radio.

Poco a poco me relajo y mis ojos se cierran para quedarme dormida, ha sido un día intenso y estoy agotada.

—Lucía —me llama —despierta que en cinco minutos llegamos.

—¿A dónde? —respondo sin despertarme.

—A tu casa.

—Noo —gruño —como me vean mis padres me matan.

—Eso ya es cosa tuya, pequeña Bianchi —abro los ojos cuando vuelvo a escucha ese apodo.

—Marcos —gruño.

—Ya hemos llegado —aparca el coche frente la verja de casa.

—Están encendidas las luces —me río —están despiertos.

—¿Y? —abre la puerta del coche para salir —voy a llamar a un taxi para que me deje en casa y así tienes tu coche aquí.

—No, no puedo entrar hasta que no estén dormidos.

—No pienso acompañarte —asegura —tus acciones, tu responsabilidad.

—Marcos —me duele la cabeza y quiero dormir —eres imbécil.

—Baja —ordena y le miro mal.

—Eres un capullo.

—¿Puedo llamarte y poner el manos libres? —¿qué? —quiero escuchar como tus padres te ponen en tu sitio.

—Capullo.

Salgo del coche y por poco me caigo. Marcos me da las llaves del coche y dándole la espalda, voy hacia la verja para abrirla.

—Buenas noches.

—Que te den —le saco el dedo corazón mientras camino en dirección a casa.

Joder, estoy borracha y estos tacones no ayudan. Me los quito y con cuidado de no hacerme daño, llego hasta la puerta principal e intento no hacer el mayor ruido posible.

Subo las escaleras casi corriendo para esconderme en mi habitación y no me creo que lo consiga sin que mamá o papá me interceda por el camino. Sonrío victoriosa y cierro la puerta

para ir hacia el balcón y asomarme.

Veo como Marcos sigue ahí con las manos metidas en los bolsillos mientras espera al taxi. Como si se hubiera dado cuenta de que le estoy mirando, eleva los ojos conectándolos con los míos y esa sonrisa que tanto odio, aparece.

Cabreada, me doy la vuelta cerrando la ventana y comienzo a ponerme el pijama para descansar, ya que mañana trabajo y será otro día largo e intenso.

Maldita sea la hora que decidí beber de esta manera porque sé que mañana me arrepentiré.

Cinco

—Lucía —entra la encargada de la tienda —ya han llegado el pedido.

—Por fin —me levanto de la silla y voy hacia la planta de abajo para ver varias cajas en el suelo —debo confesar que estoy nerviosa.

—Yo también, jefa —me sonríe.

—Vamos al lío —me acerco —¿alguien tiene unas tijeras?

—Sí, yo —me la da.

Con mucho cuidado, abro una de las cajas y saco la primera prenda que veo. Es una camisa malva con estampados de lunares de la misma tonalidad, pero más oscuro y automáticamente, analizo la calidad de la confección.

No pienso vender nada que no crea que su calidad lo valga. Miro cada detalle y sinceramente, considero que la confección es increíble y de primera.

Saco la siguiente prenda y la analizo también. No veo nada malo y me quedo un poco más tranquila porque estamos a viernes y si no llegaba hoy, no tendría mercancías para el lunes.

—Analizad cada prenda, si veis cualquier tara, mancha o fallo, me lo comunicáis —ordeno —si está todo perfecto, planchadla y la colocáis —digo un poco más alegre.

—Perfecto, si no nos da tiempo, podemos quedarnos más tiempo —sugiere la encargada.

—No, cumplid vuestras horas y si no os da tiempo, no pasa nada.

—Perfecto.

—Vuelvo al despacho —me despido de ellos.

Me siento tras el escritorio y lo primero que hago es mandarle un correo para agradecerle la velocidad del envío y la calidad que solicitaba. Al darle a enviar, vuelvo con el trabajo pendiente.

Contabilizo todos los gastos e ingresos del último mes, también tengo que actualizar el inventario una vez que se registren las prendas y comprobar que está todo lo encargado.

Miro el reloj y ya son las ocho y media de la tarde, hora del cierre, aunque yo continúo un poco más para acabar lo pendiente y no tener que reorganizarme el lunes.

Sobre las diez menos cuarto, salgo de la tienda casi corriendo porque he quedado con Marcos a las diez y ya llego tarde.

Esta vez vengo preparada, llevo una falda de tabla con un jersey para no quedarme prácticamente desnuda en su casa.

Debo confesar que me inquieta un poco estar en su casa para que me trate, aunque no tenga nada de malo, pero después de la última vez, me pone un poco nerviosa.

Aparco frente a su edificio y salgo del coche casi corriendo. Ya llego diez minutos tarde, no es mucho, así que no se queje. El conserje me abre la puerta y le saludo con una sonrisa. Ya en el ascensor, le mando un mensaje informándole de que estoy subiendo.

No me contesta a pesar de que mientras lo escribía, estaba en línea. Salgo del ascensor y voy hacia su puerta, toco el timbre y espero a que me abra. Pasan varios segundos y no lo hace, vuelvo a tocar y nada.

¿No está en casa?

Le mato.

Estoy por irme justo en el momento en el que se abre la puerta y aparece con esa sonrisa que tantas ganas tengo de borrársela.

—Pasa —me invita y gruño como respuesta.

Entro y veo que todo está prácticamente igual, nada ha cambiado. He venido en muy pocas ocasiones y siempre estaba Carla conmigo, es más, aún vivía su hermano con él.

Dejo el bolso en el sofá y no sé qué hacer, ni dónde ponerme.

—¿Dónde lo haremos?

—¿Quieres tomar algo? —me ofrece educadamente.

—No, gracias —cuanto antes empiece, antes me iré.

—Pues vamos al lío.

Camina por el amplio pasillo y se para en la antigua habitación de Pablo. Abre la puerta y descubro que la ha acondicionado con todo lo necesario para tratar a pacientes.

—Te ha venido bien que Pablo se vaya —ironizo.

—Te dejo para que te prepares —ignora mi comentario —ahora vuelvo.

—Vale.

Entro y cierra la puerta mirando todo. No entiendo mucho de esto, pero aquí podría trabajar sin que necesitara nada más que lo que tiene en estas cuatro paredes.

Me quito el jersey y me tumbo sobre la camilla mientras espero a que vuelva. Miro el reloj y ya han pasado cuatro minutos.

¿Por qué tarda tanto?

Solo tenía que quitarme la parte de arriba y ya estoy más que lista.

—Vale —escucho decir —ahora estoy con un paciente —¿paciente? —sí, si quieres, mañana nos vemos —propone, ¿con quién estará hablando?, ¿con los chicos? —perfecto, guapa —descarto automáticamente mi hipótesis, está hablando con una amiga o novia —lo tengo a esta hora por incompatibilidad de horario —explica —pero tengo la tarde entera para ti —se ríe —a mí también —vuelve a reírse y me está poniendo de los nervios porque me está haciendo perder el tiempo —te dejo guapa, mañana nos vemos.

Me pongo cómoda porque sé que entrará y no quiero que sepa que estaba pendiente de su conversación.

—Ya estoy aquí.

—Has tardado —gruño —no me gusta que me hagan esperar.

—Lo dice la más puntual del mundo —contraataca colocándose a mis espaldas —voy a desabrocharte el sujetador.

—Vale —digo con pocas ganas.

—Vamos a hacer prácticamente lo mismo que en la primera sesión —explica —así que no fue para tanto.

—Dímelo a mí.

Me ignora y me doy cuenta de que cuando estamos hablando de trabajo, se pone serio y deja a

un lado esas bromas y sonrisas que tanto odio. Cierro los ojos cuando siento que coloca el saco de calor como la última vez y es muy agradable sentirlo.

Se mueve y va hacia el mueble para sacar varias cosas, le estudio mientras siento el calor en mi espalda.

Lleva ropa cómoda, unos jeans, una camiseta básica de Pedro de Hierro y unas zapatillas. Al estar la calefacción puesta, se está bastante bien. Se acerca a mí y sustituye el saco de calor por sus manos impregnadas de aceite.

Sus dedos ágiles se mueven y relaja cada parte que toca y tengo que contenerme para no suspirar de placer. Está haciendo maravillas conmigo y podría estar así toda la vida.

Creo que continúa con el masaje durante diez o quince minutos hasta que noto como sus dedos hace movimientos diferentes y presiento que va a empezar mi pesadilla en breve y no me equivoco cuando aprieta y gruño de dolor.

—No seas tan bruto —lloriqueo.

—Y tú quejica —será posible.

Chillo, me muevo, le maldigo durante toda la sesión y me arrepiento de haber venido porque yo no estoy para sufrir. Aguanto muy mal el dolor y cualquier cosa que no sea suave, me duele.

—Vamos, ya no queda nada —me anima, pero yo ya no aguanto más.

—Me duele, Marcos —suspiro de dolor.

—Ya, ya —me trata como si fuera una niña pequeña y me cabrea más —ya hemos terminado —por fin, creo que voy a llorar de felicidad.

Coloca un poco más de aceite por toda mi espalda y calma la zona donde ha aplicado presión y dolor. Ya estamos hablando otro idioma y cierro los ojos mientras disfruto de lo que me hace.

Sus dedos son maravillosos, mira que he ido a varios *SPA* a lo largo de mi vida para darme un buen masaje, pero él es de otro nivel porque mi piel vibra, se estremece mientras que mi estómago se contrae y mi temperatura corporal aumenta.

—Otra vez no —gruño.

—¿Qué? —pregunta sin imaginarse ni por un segundo que lo que me está hacienda me excita.

—Nada.

Para matarme.

¿Pero esto es normal?

¿Tan necesitada estoy para excitarme cuando me tocan?

Lo peor de todo es que es Marcos, ese es el problema real.

—Joder —gimo cuando aprieta de esa manera tan placentera en mi nuca.

—Parece que hemos encontrado una zona erógena.

—Cállate —ordeno.

Noto como sonríe con suficiencia y me cabreo conmigo por caer en su juego.

—Listo —dice de repente.

—Vale.

—Si quieres ir al baño, ya sabes donde está —indica.

—Vale.

Me deja a solas y suelto todo el aire acumulado. Esto está muy mal, estoy excitada y con ganas de perderme en el placer, pero el problema es que haya sido él quien me haya encendido.

Cojo el bolso y el jersey para colocármelo sobre el pecho para salir de la habitación e ir al baño para eliminar el aceite y así poder vestirme e irme.

Entro sin encontronazo y cierro con pestillo. Me desnudo y me meto del tirón en la ducha. Me

hago un moño rápido y miro bien la instalación para abrir el grifo que quiero.

Pruebo y me hago con él, pongo la temperatura que necesito y al sentirla sobre mi piel, suspiro de placer. Cojo un poco del gel y me restriego por todo el cuerpo, pero cuando mis dedos rozan esa parte sensible, la dejo más de la cuenta y suspiro de placer.

¿Qué estoy haciendo?

¿En serio me estoy tocando en el baño de Marcos?

Pero dejo de pensar cuando encuentro el clítoris y le doy la atención que tanto pedía.

—Joder...

Gimo por todas las sensaciones que crecen en mi cuerpo y me muevo con más velocidad. Sin pretenderlo, introduzco uno de mis dedos y me vuelvo loca.

Sigo masturbándome buscando mi placer y cuando por fin lo alcanzo, me muerdo el labio inferior para no gritar porque ha sido un orgasmo rápido y placentero.

Suspirando, echo la cabeza hacia atrás y sin querer, mojo mi pelo.

—Mierda —gruño.

Dejo que el agua lo moje del todo porque no puedo hacer otra cosa mientras me recupero del orgasmo. Estoy fatal de la cabeza, necesito estar con un hombre ya, porque entre el trabajo de modelo y mi marca, me estoy olvidando de esa parte divertida de mi vida y mi cuerpo reclama atención y de la peor manera posible.

No me puedo creer que haya hecho esto, esto fatal y no sé cómo le miraré a la cara. Sé que si ve mis ojos, sabrá lo que he hecho en su ducha.

Cojo el champú y comienzo a enjuagarme el pelo, ya que estamos. Me ducho rápido porque no puedo tardar y al terminar, me enredo en un albornoz y cojo una de las toallas y hago lo mismo con el pelo.

Me pongo frente al espejo y me miro en él.

—¿Qué he hecho?

Comienzo a vestirme rápido y menos mal que siempre tengo un paquete de braguitas en el bolso. Lo siguiente que hago, es eliminar el rímel corrido de mi cara y sigo sin creerme todo esto.

En cuanto llegue a casa le daré vueltas y vueltas, lo sé.

Me quito la toalla del pelo y la tiro en el saco de la ropa sucia y comienzo a peinármelo. Tras mirarme por última vez, cojo aire y salgo del baño intentando olvidar lo que he hecho en esas cuatro paredes.

—Estaba a punto de ir a buscarte —bromea cuando me asomo a la cocina y le veo tras los fogones.

—Es que tropecé y me mojé el pelo —lo sabe.

—No te preocupes —me mira a los ojos y me pongo nerviosa —¿todo bien?

—Sí —casi tartamudeo —gracias por la sesión y por la ducha.

Frunce el ceño sin entender, jamás le he dado las gracias por nada y al final va a sospechar.

—Estoy preparando la cena, ¿quieres comer antes de irte? —sugiere.

—No, es tarde —tengo que escapar.

—Si vas a salir ahora, será mejor que te seques el pelo —propone —además, ha comenzado a llover.

—¿Qué? —voy hacia la ventana y descubro que es cierto.

No sé cómo no me he dado cuenta y lo peor de todo, es que no es una lluvia cualquiera, está diluviando y antes de llegar al coche, me mojaré enterita.

—Mejor espero hasta que afloje un poco —no me gusta conducir con este tiempo.

—Claro —no me mira, está pendiente del móvil.

—Voy a secarme el pelo —tengo que salir de aquí ya.

No contesta y vuelvo al baño para secarme el pelo. Abro los cajones y no encuentro el secador.

¿Por qué el día va de mal en peor?

No lo sé, pero no era el momento de llover y menos de esa manera. Finalmente, lo encuentro encima de la estantería y lo utilizo para quitarme la humedad. Esto es surrealista, quien me diría a mí esta mañana que terminaría de esa manera.

Miro la ducha y me muero de vergüenza al recordar lo que hice en ella. Estoy muy mal de la cabeza, pero cogiendo aire, salgo del baño para reunirme con él y no piense que me he tomado demasiadas licencias.

—Justo —dice al verme —la cena está lista.

—Gracias, pero...

—Vas a estar un buen rato, al menos cena algo mientras afloja.

—Vale —tengo hambre, aunque cada vez que le miro, se me cierra el apetito.

Me siento en la mesa que ya está preparada. Hizo para cenar sopa, verduras salteadas y pechugas de pollo a la plancha.

Cojo una cucharada y descubro que es sopa de marisco, al menos algo calentito me sentará bien.

—¿Te gusta? —pregunta tras probarla.

—Sí, está rica —realmente está increíble, pero me contengo.

—Pues que abroche.

—Igualmente.

La cena la pasamos en silencio mientras cada uno nos dedicamos a comer y a disfrutar de lo que ha preparado, que debo reconocer que está muy rico.

De repente, suena un trueno y chillo del susto. Odio los truenos desde pequeña y me encuentro con su sonrisa, la que tanto odio.

—¿Aun con miedo?

—No, simplemente no me lo esperaba —miento.

—Claro —no me cree, pero no añade nada más.

Al terminar de cenar, le ayudo a recoger la mesa mientras rezo y deseo que pare de llover, pero sobre todo, que pare los truenos.

Le ayudo a meter todo en el lavavajillas y me ofrece tarta de chocolate de postre, pero lo descarto.

—No tiene pinta de que pare —comenta mirando el reloj —si quieres, puedes quedarte en la habitación de invitados.

—Eh —no sé qué decir.

—Es tarde, me voy a dormir —señala —te dejaré algo para que estés más cómoda.

No añado nada más y desaparece en el pasillo, sé que es la mejor opción, pero prefiero irme. No quiero estar aquí después de lo que he hecho en su ducha, pero suena otro trueno y salto del susto.

No pienso salir de aquí, prefiero morirme de vergüenza a morirme de miedo. Cojo el iPhone y llamo a mamá para avisarla de que no dormiré en casa y no se preocupe.

—Te he estado llamando —suena alarmada —¿estás bien?

—Sí, no te preocupes —miento —estoy bien, estoy en casa de Marcos.

—Menos mal —suspira aliviada —creía que te pilló conduciendo.

—Lo siento —tenía que haberla llamado.

Aparece Marcos con un pijama y lo deja encima del sofá, me hace un gesto de que se va a dormir y le despido con la mano.

—Mamá —digo cuando desaparece —me quedaré aquí, te llamaba por eso.

—Vale, mejor porque con esta lluvia no quiero que vuelvas a casa.

—Si un poco más adelante para, volveré.

—No lo creo, pero no te preocupes —ojalá fuera tan fácil —se lo diré a tu padre, me quedo más tranquila si te quedas ahí.

—Que descanses, mamá, un beso.

—Te quiero hija.

—Y yo.

Cuelgo y dejo el móvil en la mesa, ¿qué he hecho yo para merecerme esto? Apago las luces y cogiendo de nuevo el móvil, el bolso y el pijama, voy hacia la habitación de invitados y me doy cuenta de que no ha cambiado nada.

Menos mal que en mi bolso tengo un mini neceser y de ahí saco el cepillo y la pasta de dientes. Me desnudo quedándome en braguitas y observo su pijama. Es uno básico de color gris que me está enorme y como en su casa está puesta la calefacción, decido ponerme solo la parte de arriba.

Salgo al pasillo para ir al baño y lavarme los dientes de una vez por todas. No tardo mucho en hacerlo porque quiero cerrar los ojos y dormir. No me puedo creer que esté aquí, en su casa y usando su pijama.

Ver para creer.

Vuelvo a la habitación y cerrando la ventana, me meto en la cama suspirando.

—Increíble.

Poco a poco mi cuerpo se deja llevar por el cansancio y finalmente me duermo dejando a un lado que estoy en una de sus habitaciones y no en mi cama.

Un ruido me despierta de golpe y tardo poco en comprender que es otro trueno.

—Mierda, otra vez no.

A los pocos segundos, suena otro y me siento de golpe en la cama.

A ver quién duerme ahora.

Suspirando, bajo de la cama y camino de un lado hacia otro. Así no puedo dormir, necesito distraerme y en la habitación no hay ninguna televisión.

Salgo con cuidado del dormitorio y por poco grito cuando veo cómo se ilumina el cielo gracias al ventanal del salón y se vuelve a escuchar esa explosión que tanto me asusta.

Pongo rápido las cortinas para evitar ser testigo de cada trueno y cogiendo el mando de la televisión, me siento en el sofá y la enciendo.

Me tapo con una manta que hay sobre el sofá, a pesar de que no tenga frío y pongo *Gossip Girls* para entretenerme e intentar no tener tanto miedo.

Qué pena no tener los AirPods ni el antifaz para aislarme del ruido. Cierro los ojos cuando vuelve a sonar otro mucho más fuerte, es como si el cielo se estuviera rompiendo y comienzo a temblar, hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan mal.

—¿Estás bien? —grito al escuchar su voz.

—Lo siento —le miro fingiendo que está todo bien —¿la televisión te molesta?, puedo apagarla.

—No, tranquila —me analiza y contengo la respiración —¿necesitas algo?

—Estoy bien.

—Mentirosa, siempre llorabas cuando había truenos.

—Solo cuando era pequeña —me hago la valiente.

—Ah, menos mal —desconfío de él —porque a mí me encanta verlo.

—¿Qué haces? —me pongo de pie cuando abre las cortinas mostrando el cielo de Madrid.

—Divertirme un poco.

—No seas capullo —me sonríe de medio lado y abre la ventana provocando que el frío de Madrid se cuele en su casa —cierra.

Me acerco a él para partirle la cara y cerrar la ventana de una maldita vez, pero justo cuando voy a hacerlo, se ilumina toda la estancia y el sonido del trueno me hace gritar y saltar por inercia sobre él.

—Qué no te daba miedo, ¿no? —se burla cerrando la ventana conmigo aún en brazos.

—Eres imbécil —pero no me bajo hasta que no ponga las cortinas.

—Y tú muy divertida cuando quieres aparentar algo que no eres, pequeña Bianchi —le mato.

—Como te odio.

Camina conmigo en brazos y me lanza sobre el sofá de malas formas, y suspirando, me pongo de pie para encararle.

—Pon la cortina.

—Si no te enfrentas a tus miedos, nunca lo superarás.

—¿Por qué no te vas con esa filosofía a dormir?

Sonríe y quiero borrarle esa sonrisa de superioridad que tiene y que tanto odio. Me lanzo sobre él y al no esperarlo, cae sobre el sofá conmigo encima.

—Eres un cretino y mereces que te pegue la mayor paliza de tu vida.

—¿Tú? —se ríe —eres muy pequeña para eso.

—Que te den —gruño —deja de decirme pequeña.

—Sí, perdona, no me pegues —se burla riéndose de mí.

—Aaaag —suspiro.

—No te enfades que te pones fea —sigue con sus burlas, pero gracias a él, me olvido de los truenos porque el cabreo ha sustituido al miedo —aparta, voy a cerrarte la cortina para que intentes dormir, valiente.

—Estúpido.

Me bajo de su regazo cruzándome de brazos a la espera que haga lo que ha dicho.

—Cuidado —dice de repente asustándome y grito.

Se ríe fuerte y me doy cuenta de que me ha vuelto a tomar el pelo como siempre. Comienzo a perseguirle y él se escapa riéndose porque intento pillarlo sin éxito.

—Te vas a enterar —le amenazo.

—Qué miedo.

—Marcos... —se me escapa por los pelos y va hacia el pasillo para meterse en su habitación —Marcos.

Cierra la puerta e intenta poner las llaves para encerrarse, pero mi pie izquierdo se lo impide porque no pienso permitir que se salga con las suya.

—Aaaag —me quejo como si me hubiera hecho daño y él cae en mi trampa.

—¿Estás bien?

Abre la puerta para analizarme y con todas mis fuerzas, le empujo para recriminarle todas sus burlas. Eleva una ceja al ver que le he mentido y que he fingido.

—Eres un crédito —le grito.

—Para que al final te vas a hacer daño.

Sigo empujándole hasta que choca contra su cama y termina sentándose sobre ella.

—¿Por qué no dejas a un lado esa actitud de cretino que tienes? —exijo elevando las manos agotada por la situación.

—Me acabas de enseñar las bragas —se burla y le miro mal.

—Para.

—¿Qué he hecho ahora? —y cuando aparece esa sonrisa que tanto detesto, me vuelvo loca.

—Te he dicho que pares —le agarro de la cara pegándome a él en un intento de desesperación.

Me dan ganas de aplastársela y borrársela, pero es imposible porque no tengo tanta fuerzas. Suspiro y al elevar los ojos, me encuentro con los suyos que sigues risueños.

Parece que su deporte favorito es sacarme de quicio y no sabe lo bien que se le da.

—Para antes... —pero otro trueco se escucha y asustándome, caigo sobre de él por torpeza y me siento en su regazo escondiendo mi cara en su cuello e inevitablemente, su olor invade mis fosas nasales.

—No tenías miedo, ¿no? —me acaricia la espalda —anda, vamos, que tú eres más peligrosa que cuatro truenos.

—Estúpido —elevo la cara y dejo de esconderme.

—¿No me crees? —pregunta, serio —prefiero mil truenos que a la pequeña Bianchi.

—Idiota —intento por todos los medios no sonreír y que él gane —eres tan tonto.

—Por eso te caigo bien.

—No me caes bien.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Segura? —vuelve a preguntar y sé que esconde algo.

—Sí.

Sus dedos se colocan en mi costado y pego un grito cuando aprieta. Intento escapar de su regazo, pero ya es demasiado tarde porque me tira sobre su cama y comienza hacerme cosquillas.

—¡¡¡PARA!!! —exijo mientras intento esquivarle.

—¿Te caigo bien?

—No —grito y continúa

Intento escapar de sus dedos, pero es imposible, está sobre mí tocando esa zona tan sensible y ya no aguanto más, pero no quiero rendirme.

—¿Última oportunidad? —me amenaza.

—Noooo —voy a darle un rodillazo, pero lo esquiva.

Maldita sea, es más grande, rápido y fuerte que yo y estoy pedida.

—Qué terca —aprieta más los dedos.

—Vale, sí, sí.

—¿Sí, qué? —afloja el agarre y lo aprovecho para rodar y escapar de él, pero parece que lo ve venir porque antes de que pueda hacer algo, me agarra de la pierna y al tirar de la otra le hago espacio entre ellas.

—Sí —siento todo su cuerpo encima del mío y comienzo a activarme —me caes bien.

—Vas a aprendiendo —no ha notado como mi cuerpo comienza a vibrar por su cercanía y lo agradezco —así me gusta.

—Qué tonto eres —me cabrea y eleva una ceja.

—¿Segura?

—Sí —para terca, yo.

Vuelve a hacerme cosquillas e intento de nuevo escapar. Le empujo, pero nada, no tengo ninguna oportunidad contra él y agotada, le agarro de la camiseta del pijama para apartarle hacia el otro lado, pero no calculo bien y lo que hago es que se pegue más a mí hasta que sus labios rocen los míos y es ahí cuando deja de hacerme cosquillas.

Y antes de que diga algo o se aparte, mi lengua tiene vida propia y comienza a recorrer el borde de los suyos.

Abre los ojos por la sorpresa de mi arrebato y es lo más normal del mundo.

¿Qué estoy haciendo?

No lo sé, pero tampoco lo pienso.

Me elevo un poco y uno nuestros labios en un beso que ninguno de los dos esperaba, pero sucedió.

Seis

Sus labios no se mueven, sigo besándole lentamente hasta que consigo separar los suyos e introducir mi lengua para intensificar el beso.

Me encuentro con su lengua y tiene que gustarle lo que le hago porque se activa y se hace con el beso agarrándome de las manos de repente y colocándolas sobre mi cabeza.

Gimo de puro placer y me dejo hacer.

Comenzamos a restregarnos como si no hubiera un mañana y siento como su miembro cada vez está más duro y choca contra esa zona tan sensible de mi cuerpo, activando todos mis sentidos y el deseo.

—Aaah —gimo al embestirme de repente y con fuerza sobre mí, como si me estuviera follando y maldigo toda la ropa que llevamos puesta.

—Para, para —se aparta y se coloca sobre el colchón boca arriba —mierda, ¿qué he hecho?

Suspirando, sale de la cama dejándome sola en ella y adopta una posición de contraataque, separando las piernas y mirándome fijamente.

No sé cómo reaccionar.

¿Me acabo de liar con Marcos?

¿Yo?

Cojo aire cerrando los ojos y me recompongo.

—Lo siento —logro decir —ha sido culpa mía.

Con velocidad, bajo de la cama y no sé cómo escapar milagrosamente de esta situación. Inevitablemente, mis ojos van hacia su entrepierna y tengo que controlarme para no alucinar al ver el bulto que tiene escondido bajo sus pantalones.

—No, ha sido mía —gruñe y elevo los ojos hacia su cara y me doy cuenta de que la tiene descompuesta.

—Buenas noches.

No hay una mejor salida que esta, aquí no ha pasado nada y mejor separarnos. No me ha gustado mucho esa cara y prefiero alejarme y pensar con tranquilidad en la soledad de la habitación de invitados.

Él no añade nada más y lo prefiero. Ambos sabemos que es lo mejor, acabamos de cometer el peor error de nuestras vidas y sé que, por mi parte, necesito pasar un tiempo para olvidar todo esto.

Cierro la puerta de la habitación y me tiro sobre la cama. Aún sigo excitada, pero lo que tengo

claro es que no pienso masturbarme sobre la cama para poder alcanzar la liberación que mi cuerpo pide.

<<¿Por qué no? Ya lo has hecho en su baño>>

Me recuerda mi subconsciente y prefiero no analizar esa frase porque ni yo misma sé la respuesta de lo que hice en ese momento, aunque realmente, no es la mayor estupidez que he hecho en esta casa.

Porque la mayor estupidez la acabo de cometer sobre su cama y debajo de él.

—¿En qué estaba pensando cuando le he besado? —me regaño —Es Marcos, prácticamente nos hemos criado juntos y Carolina...

La he liado y mucho.

¿Ahora qué hago?

¿Se lo cuento?

Realmente no ha pasado nada, cuatro besos tontos que no se volverán a repetir y no merece la pena, ¿no?

<<También os habéis restregado como dos adolescentes>>

—Soy la peor amiga del mundo.

Y me siento doblemente peor, ella es como mi hermana y lo que he hecho ha sido traicionarla y no se lo merece.

Lo peor de todo es que fue con Marcos, que ni siquiera me gusta.

Necesito sexo, definitivamente.

Recuerdo la cara que puso al descubrir que era conmigo con quien se estaba restregando, he visto la incertidumbre y el error en sus ojos que me hizo sentir patética.

—Lo mejor es dejar de pensar en eso, no ha pasado.

Poco a poco me duermo, aunque lo hago estando un poco inquieta por lo que pasó. No estoy cómoda porque sé que no he hecho las cosas bien y solo espero que olvidemos esto como si nunca hubiera pasado.

Sería lo más recomendable y fácil.

Siete

Miro el reloj y aún me quedan varias horas. He quedado con las chicas, aunque es lo último que quiero hacer en estos momentos. No sé si podré mirar a Carolina a la cara sin sentirme como una mierda, como la peor amiga del mundo, porque es lo que soy.

Cierro los ojos, estoy sobre la cama y aun con el pijama puesto y sin saber cómo hacer las cosas.

Esta mañana fue la peor desde hace mucho tiempo. Recuerdo la sensación que sentí al despertarme en esa cama y el momento donde recordé lo que pasó con él en la suya y en ese instante se me cayó el mundo al suelo.

Corriendo, salí de la cama y me vestí rápido para huir de ahí y olvidarme de lo que pasó.

Fue salir de la habitación y encontrarme con Marcos en el salón, se estaba tomando un café y al verme, intentó aparentar normalidad, pero se notaba a leguas que no estaba cómodo y eso me cabreó más.

Ha sido una estupidez, solo han sido cuatro besos, pero la que había fallado a su amiga, era yo, no al revés y no entendía por qué hacía un drama de lo que pasó.

Estaba arrepentido, pero no fue para tanto, ¿no?

Me excusé diciendo que tenía muchas cosas que hacer y él tampoco insistió para que desayunara primero antes de irme, pero ambos estábamos deseando que me fuera y así olvidar la noche anterior.

—Imbécil —gruño.

Con pocas ganas y mucha pereza, salgo de la cama para ducharme tranquilamente para luego comenzar a prepararme.

Saldremos a cenar y a tomarnos algo, aunque lo que realmente me apetece es emborracharme como si no hubiera un mañana y quitarme de encima esta sensación que tengo desde ayer, desde que me lie con él.

Salgo de la ducha y me pongo el albornoz mientras miro en el vestidor que ponerme. Quiero ir rompedora y sacar mi lado más sexi y al ver la *blazer* satinada que jamás me he puesto, sé que ya tengo *outfit* para esta noche.

Es una *blazer* de color naranja que me la voy a poner como si fuera un vestido. Lo combinaré con unos tacones de punta de la misma tonalidad y para que destaque, me haré un moño bajo con la raya en medio y un maquillaje sutil en colores tierra.

Comienzo a prepararme y al terminar, me echo perfume. Me pongo el abrigo antes de salir de

la habitación y descubro que ya llego.

Ya en el coche cierro los ojos al recordar que lo condujo él y es como si aún notara su esencia, como si hubiera impregnado todo el coche de él.

Dejo ese pensamiento a un lado y arranco mientras suena *Middle of the night* de Elley Duhe y me dejo llevar por la letra.

"In the middle of the night
In the middle of the night
I'm wide awake
I crave your taste
All night long 'til morning comes"

Lo que me faltaba, recordar lo que pasó no ayuda mucho, pero es cerrar los ojos y notar su lengua jugando con la mía, logrando que mi cuerpo vibrara como hacía tiempo que nadie conseguía.

—Joder —gruño cuando siento que vuelvo a excitarme.

Pero es acordarme de sus besos, como su miembro se restregaba contra el mío y encenderme como una adolescente y no lo entiendo.

Llego al bar donde nos tomaremos algo antes de ir de fiesta y aparco en una de las plazas libres. Salgo del coche y camino con decisión, intento pasar desapercibida, pero soy demasiado alta para eso y noto como me miran.

—Llegas tarde —me acusa Carla con el dedo.

—¿No habíamos quedado a las once? —finjo no entender y me mira mal.

—¿Qué tal? —pregunta Carolina y me siento la peor persona del mundo, no se merece lo que le hice.

—Bien —finjo porque soy una imbécil —¿Y tú? ¿Qué tal la cena de negocios?

—Aburrida —suspira y me siento aún peor porque mientras ella trabajaba, yo me liaba con el chico que le gusta y que a mí no.

—Tu padre tiene que entender que no todos los días puedes trabajar —añade Carla.

—Ojalá fuera tan fácil —suspira, pero el camarero viene para tomarnos nota.

Pedimos tres cervezas y varios pincho para empezar la noche. Hablamos un poco de mi negocio que cada vez va mejor y Carolina me da varias ideas.

Una de ella me gusta; es realizar un sorteo como agradecimiento por la acogida de la marca y sortear un vale para adquirir varias de las prendas de la nueva cápsula que aún no ha salido.

Creo que en febrero comenzaremos con la publicidad y el sorteo puede ser una gran idea.

—Es increíble —sonrío cuando lo veo.

—Yo soy increíble —me guiña un ojo orgullosa por haberme ayudado y siento que la tierra se me abre en dos y no es justo que yo, una tonta, le haga eso a la mejor persona que conozco.

—Carolina... —se lo voy a contar.

—Dime —está expectante.

—Gracias por todo —soy una cobarde.

—Somos amigas, para eso estamos —otra puñalada directo al corazón.

Me bebo la cerveza prácticamente entera para emborracharme de una vez por todas y no sentirme tan mal como lo estoy haciendo.

—Deja de beber —me regaña Carla.

—Es sábado y quiero emborracharme.

—Es sin alcohol —anuncia —tienes que conducir hasta el local.

—Te odio.

La cena por suerte se centra en el compromiso de Carla y Pablo, aunque al mencionar a este último, me hace recordar al capullo de su hermano, pero finjo no hacerlo.

Seguramente, para junio será su boda, aunque aún no han decidido la fecha del enlace. Ya no queda nada y necesito organizarme para estar libre para ella.

—¿Por qué no esperas hasta septiembre como lo tenías pensado?

—Pablo seguramente no pueda coger sus vacaciones en esas fechas y por eso lo hemos adelantado.

—Quedan cinco meses —alego.

—Lo sé, pero queremos algo sencillo —afirma —y quería pedirte algo —me mira.

—Lo que necesites.

—Quiero que diseñes mi vestido de novia —abro los ojos por la sorpresa —si puedes y no tienes mucho lío.

—¿Tanto confías en mí para ese día tan importante?

—Eso y más —sonríe y acepto encantara.

—Cuenta con eso, me pondré mañana mismo —no me merezco las amigas que tengo.

—Yo compraré algo de tu segunda cápsula para ponerme en la boda porque he visto cada diseño... —añade Carolina con una sonrisa.

—No —frunce el ceño —ese día tienes que estar guapísima y única, haré un vestido especial para ti.

—¿De verdad? —aplaude feliz —eres la mejor amiga del mundo.

Finjo una sonrisa porque es al contrario, por suerte, Carla se queja en bromas y me ayuda a que no se centren en mí y en mis cambios de ánimo.

La cena pasa entre cervezas sin alcohol y maldiciendo cada vez que pido otra, y cuando pagamos la cuenta, vamos hacia el coche para ir al local. Suspiro por fin porque pienso emborracharme como si no hubiera un mañana.

Caminamos decidida hacia la entrada nada más llegar y el portero nos saluda con una inclinación de cabeza al entrar. Vamos directamente a los reservados a sentarnos y dejar nuestras cosas, y por qué no, para beber.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre el sofá para ir directa a la barra y pedir una botella de champán o de tequila, aún no lo tengo claro.

Salgo del reservado y camino sintiendo las miradas del resto, pero no pienso en eso. Al ver al camarero y al no decidirme, pido ambas botellas porque se me quedará corta si pretendo olvidar la noche de ayer.

Espero hasta que me las sirva y me doy la vuelta para mirar la pista de baile por si me animo también a bailar, pero al fijarme, veo a Marcos pegado a una morenaza.

Yo sintiéndome la peor persona del mundo y él restregándose con otra.

—Capullo.

<<Él no ha traicionado a su mejor amiga>>

Me recuerda mi subconsciente y al coger ambas botellas, vuelvo al reservado para comenzar a emborracharme porque al saber que él está a pocos metros de mí, divirtiéndose con otra, me molesta y mucho.

—¿Tequila y champán? —eleva una ceja Carla —quiero estar contenta, no borracha.

—No seas aburrida —la miro mal.

—Llena las copas, anda —se anima Carolina —he tenido una semana agotadora y merezco pasarlo bien.

—Pues no se hable más —abro el champán y sonrío mientras lleno las copas.

—Por nosotras —eleva su copa Carla.

—Por nosotras —grito y me la bebo del tirón.

—Empezamos fuerte —suspira Carla —al final me vais a joder mi noche de sexo.

—No llores delante de los pobres —se queja Carolina tras beberse su copa.

—Hoy tenemos que ligar y follar —propongo.

—Siempre dices lo mismo, pero al final te echas para atrás —me recuerda Carla —y es entendible por tu carrera.

—No me lo recuerdes —por eso estoy en sequía.

¿En qué momento me he vuelto tan desconfiada?

Tengo miedo a un escándalo que puede perjudicar mi trabajo.

—Tenías que haber follado con Lander —me recuerda Carolina —qué guapo es.

—No me lo recuerdes...

—Lucía y sus lógicas —se burla Carla.

—Fui tonta, quizás me voy a Bilbao y termino lo que empecé.

—No eres capaz —me reta Carolina.

—Sabes que soy capaz de eso y más.

—¿Eloi también te llevará la segunda cápsula?

—No creo Carla, no le quiero molestar —aunque me gustaría.

—Él estará encantado —afirma —¿por qué no buscáis un día que ambos podáis y lo hacéis?

—Quizás lo haga —suspiro —pero no me distraigas con el trabajo que he venido a beber.

—Pues date prisa que vendrá tu hermano —indica Carla.

—Puff —qué corta rollo —¿cómo lo sabes?

—Lo acaba de escribir Audrey en el grupo —explica —terminaron la cena con sus padres y están de camino.

—Yupi —ironizo llenándome otra copa de champán.

—Qué pena que Pablo trabaje —hace un mohín —saldrá en un rato, pero no le apetece venir.

—Es entendible —se pone de pie Carolina —¿bailamos?

—Vale —le sigue Carla.

—Necesito más alcohol en el cuerpo.

Me dejan sola y abro la botella de tequila para llenar uno de los chupitos. Pensaba que sería más fácil divertirse, pero es ver su cara y sentirme mal al instante.

También soy una cobarde porque no soy capaz de confesar y pedirle perdón por el error que cometí. No puedo excusarme en nada, ni que estaba borracha, ni que me confundí pensando que era otro porque sabía perfectamente lo que hacía y quién era.

Se me fue la cabeza y me dejé llevar por lo que mi cuerpo sentía en ese momento y no era otra cosa que deseo por él.

A los pocos minutos, vuelven y se sientan de nuevo en el reservado y gracias a eso, dejo de pensar en él. Relleno mi chupito y hago lo mismo con los suyos.

—Estaba Marcos con una chica liándose —confiesa triste Carolina y se me para el corazón —una cosa es saber que lo hace y otra es verlo.

—Vaya —no sé qué decir.

—Ojalá fuera ella —suspira.

—No, no tienes que desear ser nadie porque eres estupenda —y mejor que yo, me gustaría añadir —que le den, vales mucho y si él no lo ve, el que pierde no eres tú.

—Te quiero —me abraza —ya tengo asumido que jamás tendremos nada, pero eso no quiere

decir que no me guste tal y como es.

—Hemos venido a disfrutar —pone orden Carla —Marcos es estupendo, dejemos que el tiempo determine lo que pase, tú de momento disfruta y ya veremos qué es lo que te tiene guardado el destino.

—Como se nota que estás felizmente prometida —ironizo —me has dado ganas de vomitar —me pongo en pie —¿alguien se viene al baño?

—No —niegan a la vez.

Salgo del reservado con la cabeza alta y voy hacia el servicio. Al llegar, hay varias chicas arreglándose y me pongo a un lado para retocarme el maquillaje y la *blazer*.

De momento voy bien y eso quiere decir que no estoy lo suficientemente borracha. Me hago una foto en el espejo para subirla a mi historia del Instagram y cogiendo aire, salgo sin mirar atrás.

Vuelvo hacia el reservado, pero una risa me frena antes de llegar. Viene de otro reservado y sé a quién corresponde. Como tiene la puerta entornada, me asomo y en efecto, es Marcos con la chica que vi en la pista de baile, sobre él, a horcajadas.

No sé qué le estará diciendo en el oído, pero tiene que ser gracioso para que se ría a carcajadas. Deja de hablarle para centrarse en su cuello y perderse en él, mientras Marcos se deja hacer sin moverse y disfrutando de sus atenciones.

Por un instante, durante unas milésimas de segundos, deseo ser yo quien le recorra todo el cuello y terminar en su boca.

Me asusto de ese pensamiento y antes de poder reaccionar e irme, sus ojos conectan con los míos y me mira con esa sonrisa que únicamente utiliza conmigo porque sabe que me saca de quicio.

No la aparta, tampoco me hace ningún gesto para que deje de mirarle y darle intimidad. Nos quedamos así, ella dedicándose a su cuello, él mirándome con esa chulería y yo quieta sin poder pestañear.

No sé qué hacer, dar un paso y echarla para ocuparme de él personalmente, o darle una paliza. No me reconozco, la mente me está jugando una mala pasada y no sé cómo solucionarlo.

Es Marcos, mi amigo, bueno, muy en el fondo, cuando no se comporta como un capullo y encima, es el chico que le gusta a Carolina.

Finalmente, logro dar un paso hacia atrás y dejo de ser testigo de lo que ocurre en su reservado que tiene pinta que terminará bien a diferencia de mi noche. Vuelvo donde están las chicas y me sorprendo al ver a Audrey con mi hermano.

Les saludo con un simple hola y me siento para coger mi copa y rellenarla del champán y beber de una vez por todas. Al menos, al estar mi cuñada, no tengo que hablar mucho y sí beber.

—¿A qué sí, Lucía? —escucho de repente decir.

—¿Qué, Carla?

—Le estaba diciendo a Audrey que tú diseñarás mi vestido de novia —explica.

—Sí, pero eso no quiere decir que sea el definitivo —le quito importancia—es sin compromiso, si no te gusta, sin problemas.

—Sabes que me encantará.

Vuelven a hablar de la boda y yo me centro en gastar la botella de champán. A mi tercera copa, mi hermano me mira mal, ordenándome que pare.

¿Para qué ha venido?

¿A fastidiarme la noche?

—Marcos me ha escrito y dice que está en el reservado dos —comenta Thiago —ahora vengo

—sí, vete, por favor —no bebas mucho —le susurra a su novia antes de darle un beso.

—No sabía que Marcos estaba por aquí —dice Audrey —hubiera ido a molestarle.

—Estaba con una morenaza —aclara Carolina.

—Oh —no sabe qué decir —si va Thiago, es que ya no estará —le anima.

—Prefiero no pensar en eso y beber.

—Ahora hablamos mi idioma —no quiero hablar de él.

Rellenamos todas nuestras copas y brindamos. No me puedo quitar de la cabeza la escena que he visto en su reservado. No sé qué sentir, está mal, pero es inevitable no revivirla una y otra vez.

Sus ojos mirándome fijamente, como si no tuviera una mujer sobre su regazo.

¿Y si se ha imaginado que era yo la que están ahí, a horcajadas y lamiéndole el cuello?

—Imposible.

—¿Qué? —me mira Audrey.

—Me lie, nada —le quito importancia.

—Ya he vuelto —aparece mi hermano —y lo hago con compañía.

Entra mi peor pesadilla con esa sonrisa. Saluda a cada una con dos besos y a mí me guiña un ojo. Se sienta al lado de Carla y se llena uno de los chupitos de tequila y se lo bebe del tirón.

—¿Cómo lo estáis pasando? —se interesa.

—Bien, pero no tan bien como tú —sonríe Carla.

—¿Por qué lo dices, cuñada?

—Por la morenaza.

—¿Morenaza? —me mira.

—Te vimos bailando en la pista —aclara —¿dónde la has dejado?

—Ah —sonríe —tuvo que irse.

—Y somos tu segundo plato —le recrimina.

—Jamás, cuñadita —niega —si hubiera sabido que estabas aquí, hubiera venido antes —las chicas sonríen —nadie podría estar mejor rodeado.

—Seguro —se burla Audrey.

—Cállate, pequeña Corberó.

Siguen hablando, aunque no participo mucho porque estoy perdida con esta situación nueva. Necesito pensar y saber qué me pasa.

—Chicos —se pone de pie Carla —yo ya me voy.

—¿Qué? —frunzo el ceño.

—Pablo vino a recogerme y estoy cansada.

—Mentirosa —le critica Marcos.

—¿Llevo a alguien? —nos mira, pero rechazamos su invitación —disfrutad.

—No más que tú —le da un manotazo a su cuñado antes de irse.

—Vamos a bailar, ¿quién se apunta? —propone Audrey.

—Yo —se levanta Carolina —¿Lucía?

—Necesito más alcohol en el cuerpo.

—Tú te lo pierdes —elevo mi copa a modo de contestación —¿Marcos?

—No, gracias, pequeña Corberó.

—¿Cariño?

—No.

—Pues en un rato nos vemos —salen riéndose.

—Lucía —me llama mi hermano —deja de beber tanto —me regaña.

—No empieces —suspiro —quiero despejarme y disfrutar de la noche, no escucharte a ti.

—No me escucharías si no te terminaras tus copas como si fueran agua.

—Qué pesado.

Me pongo de pie y salgo del reservado porque lo último que quiero es que se convierta en el hermano insoportable de siempre. Necesito que me dé el aire y voy hacia la terraza del local esperando que no haya muchas personas.

Como estamos en invierno, está prácticamente vacía. Me pongo en una esquina y siento el frío de la noche en la cara y eso me ayuda a despejarme.

¿Por qué no me siento completa?

He conseguido mi sueño y es como si me sintiera vacía, perdida y no lo entiendo. Y si a eso le sumamos lo de Marcos, es que es de película de ciencia ficción lo que pasó con él en su casa.

—Tu hermano solo se preocupa por ti —escucho tras de mí —¿qué te pasa?

—Nada —contesto a la defensiva.

—¿Tienes algún problema?

—Solo contigo —ironizo—no, estoy perfectamente, solo que me saca de quicio cuando sale su vena de hermano mayor.

—Es tu hermano mayor, pequeña Bianchi —suspiro —¿por qué estás así?

—¿Así cómo?

—Apagada —afirma —beber no te va a dar lo que buscas.

—¿Y qué busco? Tengo todo lo que deseé —me doy la vuelta por fin porque no quiero que piense que soy una cobarde.

—¿Y por qué estás apagada?

—No lo estoy y te recuerdo que eres fisioterapeuta, no psicólogo.

—Te he visto crecer y conocer todas tus etapas —no sé qué decir porque tiene razón —deja que te ayuden las personas que te quieren y aparta ese carácter tan tuyo, tu hermano solo se preocupa por ti y tú le tratas muy mal.

—Déjame tranquila.

—¿Estás así por lo que pasó ayer? —me tenso —no te preocupes, no volverá a ocurrir.

—No es por eso y claro que no volverá a pasar —¿este quién se cree?

—Aclarado el tema, me alegra saber que no he roto un corazón —bromea.

—Ni en tus peores sueños, no me gustas —afirmo.

—Lo sé, hemos crecido juntos, sé que no sientes nada por mí, así que no te preocupes —me mira con compresión y me saca de quicio —fue un error, se nos fue la cabeza, a ti por el miedo y yo no supe reaccionar cuando me besaste —¿Qué?

Lo que me faltaba por escuchar.

—Me metiste la lengua hasta la garganta, no solo te besé yo —me defiendo.

—Y fue un error —se pone serio —no volverá a pasar y por suerte, ambos lo tenemos claro.

—Obvio —porque me cabreo si es lo que ambos queremos.

—Lucía, ¿quién te entiende? —le estoy sacando de quicio y me encanta porque si yo estoy enfadada, que él también lo esté—eres preciosa e increíble, pero te quiero como si fueras mi hermana.

—¿Con tu hermana se te pone dura? —cállate me ordeno.

—No —suspira porque le he pillado —ya te dije que fue un error.

—Lo sé, aclarado el tema... —intento esquivarlo para irme, pero me bloquea el paso y frunzo el ceño.

—No te enfades conmigo, ¿hubieras preferido que quisiera repetir? —me estudia.

—Sabes que no, pero...

—Pero nada, vamos a ser los de siempre —se agacha para estar a la misma altura —yo me burlo y tú te cabreas —está a punto de sacarme una sonrisa.

—Es decir, tú te comportas como un capullo y yo te soporto.

—Básicamente —termino sonriendo, aunque no es lo que quiero.

—Ves —me da un toque en la nariz —así estás más guapa.

Está tan cerca que me nubla la razón, doy un paso hacia delante y rozo nuestros labios.

Quien me entiende.

Ocho

Se queda quieto como la primera vez mientras mis labios rozan los suyos con incertidumbre. Es como si tuviera un imán que me llamara y no parara hasta conseguir exactamente lo que estoy haciendo.

Me separo unos centímetros y nos miramos a los ojos sin entender qué estamos haciendo. Es verdad que él no me ha correspondido, pero tampoco me ha rechazado y no sé si lo hizo para no hacerme sentir mal.

—Marcos...

Pero antes de poder añadir algo más, su brazo rodea mi cintura y tira de ella para pegarme a su cuerpo y besarme en condiciones.

Su lengua invade mi boca y le dejo hacer todo lo que quiera, es más, es lo que necesito para vibrar y sentir algo.

Me apoya contra la pared y me encierra con su cuerpo. No es un beso suave, ni de reconocimiento, sino un beso cargado de sensualidad, con ganas y sobre todo, con esa pasión desconocida que nos hace perder la cabeza de esta manera.

Gimo contra sus labios y le abrazo por los hombros con fuerzas. Entre sus brazos me siento yo y es un sentimiento desconocido. Es como si fuera la pieza que me faltaba para completar el puzle y no puede ser él.

Nos separamos lentamente para coger aire y volvemos a mirarnos sin entender lo que estamos haciendo.

¿Por qué nos besamos con esa necesidad que ninguno de los dos siente por el otro?

Pero, sin embargo, aquí estamos, con ganas de terminar lo que hemos empezado.

—Lucía, esto no está bien —señala —has bebido y yo no sé qué estoy haciendo.

—Estoy, por desgracia, demasiado cuerda —gruño —no me gustas —repito y no sé si lo hago para recordármelo —siento haberme lanzado a tus brazos.

—Ha sido culpa mía —odio cuando se comporta como todo un caballero, asumiendo él la culpa cuando ambos sabemos que si nos hemos besado, ha sido por mí —lo siento.

—No me pidas perdón —le señalo con el dedo —y menos con algo que he iniciado yo.

—He sido yo quiero se ha lanzado a ti como si fueras mi presa.

—No soy un animal —se está enfadado y me alegro —nadie se lanza sobre mí si yo no quiero primero.

—¿Entonces querías?

—No—me escandalizo —o no lo sé.

—Vamos a dejarlo aquí, volvamos al reservado y aquí no ha pasado nada.

—Claro —lo mejor es escapar y dejar esta conversación a medias porque ninguno de los dos sabe qué decir —total, no te gusto.

—Nos hemos criado juntos, te he visto crecer —eleva un poco la voz —esto no está bien, no te veo como una mujer con la que pueda tener un rollo.

—Claro, no me ves como esa morenaza —¿por qué estoy discutiendo por algo que sé que tiene razón?

—No, no te veo así.

—Mejor —le empujo para que me deje pasar —porque yo tampoco y esto no va a ocurrir de nuevo.

Le doy la espalda y escapo de sus ojos, de él porque no sé qué me pasa. Es una persona que me saca de quicio, que me irrita, pero le quiero como amigo y no como hombre y es recíproco.

Me molesta que él tome la responsabilidad de mis actos, no necesito un caballero andante, tampoco le necesito a él y esto es un mero error que no volverá a repetirse.

<<Es lo que dijisteis ayer.>>

Me recuerda mi subconsciente y me enfado conmigo misma.

Vuelvo al reservado, pero no veo a nadie, ¿dónde se han metido?

Miro el móvil y descubro que tengo varias llamadas y mensajes de Carolina. Abro su conversación y me quedo paralizada al leer que se ha ido con mi hermano y Audrey.

Piensa que me fui sola y la contesto sintiéndome como una mierda.

No te preocupes, estoy bien.
no me fui, estaba tomando el aire, pero estoy bien.
Llamo a un taxi para que me lleve a casa
siento no haberte avisado

Lo siento, tu hermano dijo que te enfadaste
y que seguramente te habrías ido.
¿Estás bien?

No, me gustaría decirle, pero no se lo digo. Mis dedos se mueven por el teclado y miento, le pongo que sí y que no se preocupe, que en breve estaré en casa y por fin descansaré.

Salgo del reservado y voy en busca de mi abrigo para volver a casa. Qué día de locos y raro, mejor dicho, qué semana tan rara.

Salgo a la calle y el frío me golpea la cara, miro por si encuentro un taxi, pero no veo ninguno. La calle está prácticamente vacía y eso me inquieta porque quiero volver ya a casa.

—¿Qué haces sola? —se sorprende al verme en la puerta.

—Se han ido todos —confieso.

—¿Cómo? —frunce el ceño —vamos, te llevo a casa.

—No hace falta, llamaré a un taxi.

—No seas cabezota, me quedaré más tranquilo si te llevo yo.

—Eso no...

—No discutas por favor, es lo mejor y lo sabes.

—Está bien.

—He venido en moto —indica con una sonrisa —¿podrás subir con lo que llevas puesto?

—Sí, imbécil, aunque mi coche lo tengo aquí.

—Entonces vamos en tu coche como la otra vez.

—Mejor.

Voy a coger las llaves, pero recuerdo que no me traje bolso y las dejé en el de Carolina. Joder, qué imbécil soy, planeamos volver todas en taxi y por eso dejé mis cosas en su bolso.

—No las tengo —suspiro—las tiene Carolina.

—Entonces vamos.

Me agarra de la mano y cruzamos la calle hacia su moto. Únicamente siento la zona en la que su mano agarra la mía y no entiendo por qué me provoca estas sensaciones.

Me suelta al llegar y me pasa uno de los cascos y me lo pongo sin mirarle.

Se sube en la moto con rapidez y me ayuda para hacerlo detrás de él. Con estos tacones es complicado y sé que en cuanto me suba, enseñaré más de lo que quisiera.

—Agárrate a mí —me pide cuando me coloco a su espalda.

Me agarro a su cintura sutilmente porque estoy incómoda. No sé qué habré hecho en otra vida, pero definitivamente, el destino me odia.

—No corras —le pido.

—No te va a pasar nada, cobarde.

Arranca y cierro los ojos al escuchar el ruido fuerte que hace su moto. No sé si he hecho bien en aceptar su ofrecimiento en vez de ir en taxi como planeé al principio de la noche.

Se incorpora en la carretera y automáticamente, enredo mis brazos alrededor de su cintura para abrazarlo fuerte y apoyar mi cara contra su espalda para sentirme más segura.

Jamás me había montado en una moto, a pesar de que Thiago tiene una. Siempre me han dado respeto y más por mi trabajo, que vivo de mi físico y un accidente podría ser catastrófico.

A estas horas, Madrid está solitaria y la conducción se hace de manera fluida. Mi mano está en el centro de su vientre y puedo notar lo fuerte que está bajo la chaqueta de cuero.

Me gustaría meter la mano, pero eso sería excesivo y un gran error. No sé qué me pasa con él, pero cuando estoy cerca suya, no razono y las hormonas se me disparan.

—Ya hemos llegado —anuncia y abro los ojos —¿a qué no ha sido para tanto? —me mira con sus espectaculares ojos.

Le miro mal y su sonrisa aparece. Somos los de siempre y en este registro me siento cómoda. Me ayuda a bajar y me da igual que me haya visto las bragas porque no he previsto que terminaría la noche sobre dos ruedas.

<<Ya te gustaría terminarla sobre él>>

—Toma —le paso el casco y me arreglo el moño.

Lo coloca en el lateral sin que se caiga y me mira con esa sonrisa que tanto odio.

—¿Y las llaves? —pregunta socarrón.

—Joder, es verdad —gruño —las tiene Carolina.

—No es muy tarde, quizás tus padres aún estén despiertos —indica —toca el timbre.

—Por desgracia, no estoy muy borracha, así que entraré como era adolescente.

—¿Escalando? —me mira de arriba abajo.

—Sí.

Me quito los tacones mientras él baja de la moto y deja su casco sobre ella.

—Me gustará ver cómo lo haces.

—Ya verás... —lanzo los tacones sobre el muro y escucho como cae sobre el césped.

—Te vas a caer —afirma.

—Ni en tus sueños.

Con cuidado, escalo poco a poco agarbándome a las piedras del muro, justo al lado de la verja y lo hago concentrada.

—Te estoy viendo las braguitas, pequeña Bianchi.

—Que te den, capullo.

No dejo que me distraiga y me da igual si las ve o no, al menos he elegido una bonita y sexi.

¿Por qué pienso en eso?

¿Qué me importa si le gusta o no?

—Ya casi —se burla.

Cuando llego arriba, sonrío histérica y ahora falta la parte más complicada, bajar y realmente no recordaba que fuera tan difícil.

¿Me estoy haciendo mayor?

Bajo con cuidado y cuando intento seguir, me doy cuenta de que tengo el cinturón del abrigo enganchado en la verja y gruño. Tiro de ella, pero es imposible, no puedo desencajarla y me estoy desestabilizando y si sigo así, terminaré resbalando.

—¿Ya has llegado? —le escucho.

—Marcos —grito —ayúdame.

—¿Qué pasa? —en dos segundos lo veo encima del muro mirándome con superioridad —¿me necesitas?

—No seas tan capullo y ayúdame a desengancharlo.

—¿Cómo se pide?

—Por favor... —gruño.

—Así me gusta —tira del cinturón, pero no se suelta y me resbalo un poco.

—Para, para —grito —me vas a tirar —indico —ayúdame a quitarme el abrigo y ya la cogeremos.

—Qué mandona —salta y aterriza en el césped con agilidad.

Escala detrás de mí y con una sola mano, se sujeta mientras que a mí me cuesta la vida hacerlo con las dos. Con sus dedos ágiles me quita el nudo del cinturón y desabrocha cada botón del abrigo hasta que se abre en dos.

—Listo —salta de nuevo al césped —quítate el abrigo.

—Si quito una mano, me caeré —explico —agárrame para que pueda hacerlo.

—Das mucho trabajo.

Sus manos se colocan sobre mi cintura y me sujeta. Lentamente, suelto una mano para quitarme la manga del abrigo y lo consigo con éxito. Me vuelvo a agarrar y hago lo mismo con la otra.

—Espera que te sujeto por debajo del abrigo —señala.

Me agarro rápido a las piedras cuando una de sus manos deja de sujetarme y me da miedo caerme. Pasa su mano por debajo del abrigo para volver a agarrarme, pero o es muy torpe o no ha medido la distancia porque en vez de colocarla sobre mi cintura, lo hace sobre mi trasero.

—Forastero, creo que te has equivocado de rumbo —gruño —es más arriba.

—Lo sé, pequeña Bianchi —se burla —solo que no veo.

La recoloca y hace lo mismo con la otra mano y desliza el abrigo hacia la izquierda para que no nos moleste.

—Agárrate que te voy a soltar y desenredar el abrigo.

—Vale.

Me libera y hace lo que dice, escala rápidamente sin esfuerzo e intenta soltar la prenda de la verja mientras bajo con mucho cuidado para no hacerme daño.

—Tu abrigo —me lo da.

—Bueno, gracias...

—¿Llegarás viva hasta tu habitación?

—Sí, o eso espero.

—Me quedaré más tranquilo si veo cómo llegas hasta tu balcón.

—Como quieras —aunque lo estoy deseando.

Camina detrás de mí y tengo un poco de frío, pero paso de ponerme el abrigo y que me pase lo mismo que antes. Cuando estoy bajo el balcón de mi habitación, veo el árbol con el que tantas veces he escalado sin que mis padres lo supieran.

—Es un poco alto —¿está preocupado?

—No es nada —le quito importancia.

—A la mínima, te bajas —ordena.

—Sí, papi.

Con cuidado, coloco las manos sobre una rama y comienzo a escalar. Él me mira con los ojos fruncidos porque no le hace mucha gracia que esté haciendo esto.

—Ves que no es para tanto —me queda menos de la mitad y seré libre por fin.

—No sé en qué momento dejé que hagas esto —se queja— una cosa es un muero de tres metros y otra esto.

—No exageres —le miro y me resbalo, pero me agarro fuerte a la rama e intento volver a colocar las piernas sobre otra rama.

—Cuidado —se asusta—¿estás bien?

—Sí —intento conseguirlo, pero no puedo y no tengo mucha fuerza para mantenerme solo con las manos —Necesito ayuda, no voy a aguantar mucho.

—Joder —escala como si fuera un experto y en dos segundos está a mi lado recolocándome sobre el árbol y él detrás de mí, agarrándome por la cintura —Espera un seguro —Sube hasta mi balcón y me mira desde arriba —dame la mano.

Con miedo, la separo del árbol y se la doy. Hago lo mismo con la otra, tira de mí y coloco las piernas sobre el muro del balcón para subir.

Cuando mis piernas por fin tocan el suelo, suspiro aliviada porque por un momento pensé que me caiga y me rompía algo.

—Gracias —si no hubiera sido por él, no lo hubiera conseguido.

—No me las dé —suspira aliviado —será mejor que me vaya, ¿podrás irte a dormir sin ningún incidente más?

—Si quieres, puedes quedarte hasta que me meta en la cama por si surge algún problema —bromeo, aunque solo dura un segundo cuando analizo las palabras.

—Será mejor que me vaya —pero no se mueve —buenas noches.

—Eh —no sé qué decir —buenas noches —me inclino y le doy un beso en la mejilla a modo de despedida.

Me separo lentamente y la tensión que ya no es tan desconocida vuelve y nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos segundos antes de besarnos como dos desesperados.

No sé quién de los dos dio el primer paso y la verdad es que me da igual, porque solo siento su boca sobre la mía, dándonos un beso pasional y desenfrenado.

Le abrazo por el cuello poniéndome de puntillas para tener mejor acceso. Él tampoco se queda quito y me abraza por las caderas para pegarme más a su cuerpo.

No sé escucha nada, solo como su lengua invade mi boca y se hace con ella posesivamente.

Suspiro al sentir como una de sus manos se cuela bajo la blazer y se coloca sobre mi trasero

sin moverla, se queda ahí y mi cuerpo vibra expectante.

Nos separamos para coger aire y quizás para frenar esta locura que estamos haciendo, pero es imposible, nadie puede parar el sunami que viene para llevárselo todo, porque al segundo de dejar de sentir sus labios sobre los míos, la necesidad vuelve y se lanza sobre mí como un animal hambriento y nos besamos con la misma intensidad y desesperación de antes.

Me encanta como besa, jamás besé a nadie con estas ganas locas ni me imaginé que las sentiría precisamente con él.

Necesito que esto vaya a más y parece ser que a Marcos también porque en el momento que rompe mis medias y coloca sus dedos sobre la zona más sensible de mi cuerpo, sé que ya no hay marcha atrás.

Separo más las piernas para darle mejor acceso y no tarda mucho en ponerla sobre mi clítoris, pero no las mueve. Me mira a los ojos como si me estuviera pidiendo permiso e inclinándome, muerdo su labio inferior y lo succiono para que entienda que necesito que me toque y por fin lo hace.

Su dedo corazón se coloca sobre el clítoris y lo estimula con maestría. Cierro los ojos y gimo con fuerza porque me está dando tanto placer que me da vergüenza correrme en segundos.

—No pares —ordeno cuando siento como la ola del placer crece.

—¿Cómo se pide? —abro los ojos frunciendo el ceño y me encuentro con esa sonrisa que tanto odio —pídemelo y haré que te corras.

—Fanfarrón —le reto, pero me responde penetrándome con ese mismo dedo —Ah —gimo —por favor.

Necesito correrme con urgencia y me da igual si tengo que suplicar al enemigo para conseguirlo.

—Así es, pequeña —comienza a follarme con el dedo y cerrando con fuerzas las manos en un puño, mi cuerpo se tensa por completo y alcanzo el mejor orgasmo que he sentido en mi vida y solo ha necesitado un dedo y veinte segundos para sentirlo.

—Joder —gruño cerrando los ojos.

—Mierda, qué sexi —maldice.

Abro los ojos lentamente y me encuentro con su cara y sin rastro de esa sonrisa que siempre lleva.

—Dios —suspiro cuando saca el dedo de mi interior y se tensa al recordar lo que me ha hecho —Estamos...

—Ha sido un error, Lucía.

—¿El qué? —me cabreo porque odio que tenga razón y que sea él, el sensato —¿besarnos o follarme con el dedo?

—Todo —suspira —que me la pongas dura.

—¿Qué? —abro la boca y miro hacia abajo.

—Cierra esa boca o pensaré otra cosa —susurra en mi oído —y quizás te gusta.

—¿Quizás te gusta a ti? —le desafío y está tan cerca.

—Eso seguro —afirma y me dejo llevar por lo que mi cuerpo me pide.

Me inclino y vuelvo a besarle enredando los dedos por su cuello. Él no me rechaza, es más, pone sus manos sobre mi culo posesivamente y me eleva sin emplear ni un mínimo de esfuerzo.

Rodeo su cintura con mis piernas y moviéndonos, me coloca contra la pared. Se inclina de repente, conectando nuestro sexo y noto lo duro que está por debajo de sus vaqueros.

—Te follaría aquí mismo, Lucía—revela —y eso me sorprende tanto como a ti.

—Pero no podemos —muevo las caderas para rozarme contra su miembro que ya está lo

suficientemente duro para hacerme disfrutar.

—No, no podemos —sentencia antes de embestirme con fuerza contra la pared y gemir.

—Repítelo —suplico.

—¿El qué? —me mira para embestirme de nuevo y es como si me estuviera follando, aunque por desgracia, sobra mucha ropa.

—Sí —suspiro escondiéndome en el hueco de su cuello.

—Así te follaría —vuelve a hacerlo y me agarro con fuerza a sus hombros porque esta vez no se limita a embestirme y parar, esta vez quiere llevárselo todo y continúa embistiéndome como si su vida dependiera de ello.

En realidad me correría solo con imaginar como lo haríamos, no necesito más y eso me cabrea y me excita a partes iguales.

—Dios —succiono esa zona de su cuello para no gritar mientras alcanzo el orgasmo —qué bueno.

—Si sigo, me corro en los pantalones y la última vez que me pasó, tenía quince años. —deja de moverme y aprovecho para meter una mano entre nosotros y colocarla sobre su erección.

—Lucía, ¿qué haces? —se asombra.

—Quiero que tú también te corras —confieso separándome de él y bajando de sus brazos.

—No —pero ya le he abierto el botón de los vaqueros y bajado la cremallera —estate quita.

—No—niego metiendo la mano por dentro de los calzoncillos y se la acaricio suavemente. —joder —abro los ojos al recorrérsela y percatarme de su longitud y grosor.

—Para —pero en vez de separarme de él, coloca sus brazos a cada lado de mi cabeza y se inclina para apoyar la frente contra la pared, al lado de mi cabeza—si no lo haces, yo no podré.

—Quiero sentirla dentro de mí —confieso y no sé de dónde ha nacido ese deseo.

—Joder —me mira con los ojos abiertos.

—¿Qué me has hecho?—pregunto mientras se la saco por completo y por fin puedo vérsela, mordiéndome el labio inferior porque la tiene enorme —solo pienso en eso.

—¿Desde cuándo? —jadea cuando mi pulgar acaricia el glande —¿desde cuándo me deseas?

—Desde ya —no pienso confesar que desde la primera consulta —esto está mal, pero no puedo parar.

—Dios —gruñe cuando aumento el ritmo de mis caricias —si sigues, me corro en tu mano.

—Espera.

Estamos en el balcón y no quiero que nadie nos escuche. Abro la puerta rápidamente y le cojo de la mano para entrar dentro de ella. No lo hace muy convencido, pero no podemos parar, no queremos parar.

Sin soltar su mano, le llevo hasta el borde de la cama y le empujo para que se siente sobre ella. Sé que si le dejo durante unos segundos para que lo piense, se levantará y se irá, pero no le dejo ese tiempo y me siento sobre él, a horcajadas.

Le vuelvo a coger el miembro, dándole tiempo a rechazarme e irse, pero se queda en su lugar y solo me mira. Lentamente, lo coloco sobre mi sexo y comienzo a restregarla contra mi clítoris y me activo al segundo.

—No vamos a follar, Lucía —sentencia.

—Lo sé, pero al menos fínjanos —pido echando la cabeza hacia atrás cuando roza la entrada y por una milésima de segundo, me hubiera gustado tirar de él e introducirme por completo.

Me lame la garganta mientras continúo con esta tortuga y poco a poco se deja llevar. Coloca sus manos sobre mi braguita y sin poder imaginármelo, tira de ella hasta romperla, pero no me importa.

En realidad es una ventaja, una barrera menos y así tiene más acceso. Con solo imaginármelo, mi cuerpo vibra, ya llevo dos orgasmos y si seguimos, no descarto un tercero.

Me agarra de las caderas con fuerza y tira de ella hacia abajo para volver a embestirme como si estuviéramos follando, pero no me penetra y me sabe a poco.

Suspiro de puro placer porque me gusta lo que me está haciendo, aunque necesito más. Él también lo quiere, pero cierra los ojos durante unos segundos y cuando los abres, me lanza sobre la cama apartándome de su regazo antes de que se nos vaya la pinza y en vez de restregarnos, terminemos follando.

—Dios —gruñe mirándome desde arriba, pero no pienso moverme, ya he dado el primer paso.

O se va, o continúa y terminemos corriéndonos como tanto necesito. Lo veo dudar, como intenta que el autocontrol gane la batalla para salir de la cama e irse; pero no le presto mucha atención, y como tengo calor, me desabrocho la blazer y me la quito quedándome únicamente con el sujetador.

—Lucía — me regaña —¿qué haces?

Sube sobre la cama y lentamente se acerca a mí. Abro las piernas para dejarle sitio entre ellas y volvemos a sentir lo bien que se complementan nuestro sexo.

—Shh —le doy un beso en la mejilla —nada de follar, pero al menos déjame correrme otra vez.

—Tienes la lengua muy sucia —se inclina consiguiendo que nos rocemos de nuevo y echo la cabeza hacia atrás —y eso me encanta.

—Marcos —le abrazo por los hombros y tiro de él para besarlo —muévete como antes, más fuerte.

—Si me mueve como antes y sin barrera, terminaré por follarte y me tengo que contener.

—No va a pasar eso, pero necesito más fricción.

—¿Así? —me embiste sin llegar a introducirse en mí y tengo que morder la almohada para no gritar de placer.

—Qué rico —gimo con ganas —¿estás cerca?

—Estoy que voy a explotar, ¿y tú?

—También —parecemos dos adolescentes con las hormonas desenfrenadas —penétrame, aunque solo sea con la puntilla y así exploraré.

—No —gruñe.

—Por favor, lo necesito, nada de follar, pero solo un poco.

—¿La puntilla no es follar?

—No —niego convencida.

—Haces que pierda la cabeza.

Introduce su mano entre nuestros cuerpos para agarrar su miembro y guiarla hacia mi entrada. Gimo cerrando los ojos cuando la puntita presiona mi entrada y lentamente; la invade.

—Esto no es follar —afirmo cuando la saca y vuelve a meterla.

Suspirando, cierro los ojos. Estamos locos, esto no está nada bien, pero no podemos parar y menos ahora que estamos en mitad del calentón.

—¿Si la meto un poco más, tampoco es follar?

—No, Marcos.

Poco a poco va invadiendo más territorio y cuando menos lo esperamos, porque lo que iba a empezar con la puntita para disfrutar más de la experiencia, hemos terminado con su miembro por completo en mi interior, alcanzando lugares que nadie había llenado y me corro con solo

sentirlo.

Me mira a los ojos, no tengo fuerzas para nada más, pero él parece sí porque comienza a moverse como si no hubiera un mañana y solo se escucha el choque de nuestros cuerpos con ganas desenfrenadas, provocando que mi orgasmo vuelva a crecer y explote de nuevo con su manera de follarme.

—Voy a correrme.

Indica sin bajar el ritmo de sus embestidas y cuando creo que lo hará dentro, sale de mi interior y termina corriéndose sobre mi estómago mientras gime de puro placer y creo que en mi vida he visto nada más sexi.

Cae desplomado a mi lado y no hablamos. No podemos después de follar cuando teníamos claro que no íbamos a hacerlo, pero nos hemos dejado llevar por la pasión.

—Tu hermano me mata y con razón.

Y en vez de enfadarme y echarlo, comienzo a reírme sorprendiéndole. Supongo que he estimulado la hormona de la felicidad y quizás por eso, no me molesta lo que dijo, porque estoy saciada y en calma.

No sé por qué, pero con él me siento diferente, aunque mañana, cuando me levante y recuerde lo que hice con Marcos, llegarán las madres mías y los arrepentimientos, pero hoy no puedo pensar en eso porque estoy saciada y demasiado cansada para darme cuenta del gran error que he cometido.

Nueve

Llevo dos semanas escondiéndome y evitando a todo el mundo. Principalmente, a Carolina, me siento fatal por haberme dejado llevar por algo que no logro explicar.

Me he acostado con el chico que le gusta a mi mejor amiga, ¿en qué me convierte eso?

En una traidora y mala persona, y por eso, no puedo verla sin sentirme como una mierda.

Me he dedicado a mi trabajo, en días saldrá mi segunda cápsula y está más que lista y por eso sí que me siento orgullosa.

Mi agente no opina lo mismo porque he rechazado varios trabajo por dedicarme a mi empresa, pero no me importa, no me interesaba ser la cara publicitaria de un perfume que no me gusta y ya tomé la decisión de no hacer nada que no me sintiera identificada.

Miro el reloj porque en dos horas sale mi vuelo y no pienso perderlo. Me voy a Bilbao a pasar el fin de semana y sacar las fotos de mi siguiente colección. Eloi me propuso ir a Madrid, e incluso insistió, pero descarté la idea porque prefiero tener una excusa para no quedar con las chicas y poder evitarlas más fácilmente.

Nadie sabe lo que pasó, después de ese momento que jamás se volverá a repetir, él se arregló la ropa y salió de mi habitación sin mirar atrás. Supongo que estaba igual de arrepentido que yo y no somos capaces de enfrentarnos a lo ocurrido.

Es que es irreal, es como mi hermano y, sin embargo, he dejado que me toque y aunque lo niegue, lo he disfrutado, pero ha sido una sola vez y no voy a caer en el mismo error más veces.

Dios, Carolina...

Cuando por fin es hora de embarcar, me coloco en la fila y me siento más tranquila al saber que saldré de Madrid durante más de setenta y dos horas. Eso me ayuda a sentirme un poco más segura y tranquila mentalmente porque ya no hay más excusas falsas.

El vuelo lo paso trabajando con el iPad y al menos dejo de darle tantas vueltas al error que cometí.

Como apenas son poco más de una hora de vuelo, se me pasa volando y cuando menos me lo espero, estoy cruzando la puerta del aeropuerto con varias maletas.

Quedé con que Eloi me recogería, le repetí una y otra vez que no era necesario, pero insistió y lo dejé estar porque es incluso más cabezón que yo.

Traspaso la puerta hacia la salida y al levantar la mirada, me encuentro con él y con esa pose de chulo, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros.

Por fin me siento tranquila y camino con más velocidad hasta donde él está.

—Si tenemos a la modelo y diseñadora del momento.

—Eloi —sonrío porque es imposible tener esa máscara de frialdad que suelo tener —¿cómo estás?

—Ven aquí —me abraza y me agarro a su cuerpo como si dependiera mi vida en ello —¿estás bien?

—Sí —nos separamos.

—Mentirosa.

Me quedo quieta sin saber como reaccionar mientras me ayuda con las maletas y nos dirigimos hacia su coche. Al llegar, las guardamos en el maletero aún en silencio.

Abro la puerta del copiloto y me siento mientras Eloi arranca y comienza a conducir. Salimos del aeropuerto con la radio de fondo y me pierdo con lo que veo tras la ventanilla.

—Aquí hace más frío que en Madrid —me quejo para romper el hielo.

—Espera que pongo la calefacción —la pone y al sentirla, me siento mejor.

—¿Dónde me llevas? —son poco más de las doce.

—A casa —me guiña un ojo y son tan espectaculares y verdes que podría perderme en ellos.

—No sé cómo me dejé convencer para quedarme en tu casa.

—Era una tontería que fueras a un hotel cuando prácticamente vamos a estar juntos todo el día.

—Trabajas —le recuerdo.

—Solo mañana porque me ha sido imposible aplazarlo.

—No era necesario —afirmo.

—Somos amigos —concluye y me siento mal porque yo no soy ni la mitad de buena amiga que él.

Nos volvemos a quedar en silencio porque no me apetece hablar, no después de su última frase, que, a pesar de que él no tenga la culpa, me hace recordar lo que hice.

Llegamos a una urbanización privada y veo como se abre las puertas del garaje y entramos en él. Aparca en una plaza y sacando las maletas del coche, vamos hacia el ascensor para que nos lleve a su casa.

Ninguno de los dos añade nada y cuando me invita a pasar, me doy cuenta de que todo está limpio y la decoración, pese a ser un hombre que vive solo, es bonita y femenina.

—Bonita casa—alucino con las vistas que nos muestra el ventanal del salón.

—Gracias —deja las maletas a un lado y me mira —¿quieres tomar algo?

—Ah, sí, pero que tenga alcohol.

—Un segundo.

Desaparece y supongo que habrá ido a la cocina. A los pocos segundos regresa con dos cervezas en la mano y se sienta a mi lado dándome una de ellas.

—¿Cuéntame lo que te pasa?

—¿Por qué no tendrías algo conmigo?

—¿Qué? —frunce el ceño.

—Si te gustara, ¿por qué no tendrías nada conmigo?

—No me gustas como mujer —indica —eres preciosa, pero...

—Pero imagínate que si lo hiciera —suspira.

—No sé, no me lo he replanteado —le da un trago a su cerveza —¿a qué viene esto?

—¿Tendrías algo conmigo al saber que tuve un rollo con Lander?

—No —sentencia —respeto mucho esa línea.

Jarrón de agua fría en toda la cara y esa respuesta es la que tendría yo hace aproximadamente poco más de tres semanas y ahora, ahora soy una mala amiga.

—Vale —gruño.

—¿Te gusto?

—No, idiota —me echo hace atrás y suspiro —he hecho algo muy malo.

—¿No has conjuntado bien una prenda?

—Imbécil —sonrío y se acerca mirándome a los ojos.

—¿Qué has hecho?

—Me he acostado con el chico que le gusta a mi mejor amiga —lo vomito todo porque no aguanto más.

—¿Qué? —frunce el ceño y me siento fatal —Joder, Lucía.

—Lo sé, soy lo peor del mundo, pero Marcos de repente...

—¿Marcos? —no entiende nada —¿el que siempre consigue sacarte de quicio y maldecir?

—No me lo recuerdes —suelta una carcajada y gruño.

—No me lo puedo creer —se vuelve a reír —¿qué pasó?

—No lo sé —confieso —pasó, ninguno de los dos lo quiso ni lo deseó y ocurrió.

—Para no desearlo, bien que...

—No sigas —le corto —¿qué hago?

—Ay, Lu —me abraza por los hombros —¿sientes algo por él?

—No —niego rápido —pero mi cuerpo se estremece cuando estoy con él.

—No te martirices, anda —me consuela y siento que no me lo merezco —pasó, no mataste a nadie y si ha sido una vez, no lo cuentes.

—No habrá más veces —aseguro —he fallado a la persona más pura del mundo —me abrazo a su pecho fuerte porque siento que me ahogo —no sé cómo podré mirarla a la cara.

—¿Por eso has escapado?

—Sí, necesitaba una excusa para evitarla y ya no se me ocurría nada, excepto salir de la ciudad.

—Lu—coloca sus dedos en mi barbilla para que nuestros ojos conecten —no pasa nada, ocurrió, no es lo más ético, pero déjalo estar si lo vuestro no tiene más recorrido.

—Claro que no, imbécil —jamás repetiría —si ni siquiera me gusta, nos hemos criado juntos y es prácticamente como...

—No me digas como un hermano porque me harás vomitar —le fulmino con la mirada y se ríe —estoy de broma, tonta —me besa en la mejilla —ah, no le cuentes a Lander que el fisioterapeuta le adelantó por la derecha.

—Capullo —suelto una carcajada.

—Vamos a pedir algo de comer —se separa para coger su móvil —¿qué te apetece?

—¿Chino? —propongo.

—Perfecto y hay uno que te va a encantar.

Llama y pide por los dos, en realidad, no tengo mucha hambre, pero no quiero negarme porque no se lo merece.

—Vamos a dejar tus maletas en la habitación y te enseño la casa.

—Claro.

Poniéndonos en pie, Eloi me enseña cada una de la estancia de la casa. Pasamos por la cocina y debo reconocer que es amplia, suficiente para que varias personas estén dentro de ella. Por el pasillo abre cada habitación que lo compone y me la enseña una a una. En total tiene tres, una es su dormitorio, otra su despacho y la última, es donde dormiré yo, que es bastante amplia y tiene

muy buena iluminación.

No tiene baño privado, aunque ya sería mucho, pero el que se encuentra en el pasillo es enorme y tiene todo lo necesario.

Entramos en la habitación que ocuparé en estos días y colocamos las maletas a un lado para que no moleste antes de volver al salón y retomar la conversación mientras esperamos a que llegue la comida.

Eloi me ayuda a no pensar, paso una buena tarde con él y sé que he tomado la mejor decisión al escapar de Madrid.

Por la noche me comenta que cenaremos con Lander, ya que Gael no puede con trabajo. Realmente lo agradezco porque no me apetece ver al simpático de su amigo y más ahora que no estoy tan bien.

Pero, sin embargo, me muero de ganas de ver a Lander porque sé que, a diferencia del otro, me lo voy a pasar bien.

Descanso un poco antes de la cena porque estoy agotada y no empiezo a prepararme hasta que queden dos horas.

Me ducho y preparo lo que me voy a poner. Para esta ocasión me decanto por un mini vestido de color mostaza y lo combino con unas sandalias de tacón transparente. Me dejaré el pelo suelto y me haré un maquillaje natural.

Sigo el plan y al terminar me enamoro del resultado. Por último me echo perfume y ya estoy lista para salir. .

—Vamos —digo al entrar al salón.

—Menos mal —se burla —por poco nos da tiempo a desayunar.

—Qué dices, imbécil —miro el reloj y descubro que nos hemos retrasado media hora —¿por qué no me has avisado? —me quejo.

—Da igual Lu, anda, vamos.

Salimos de casa y poniéndome el abrigo, entramos en el ascensor.

—Estás muy guapa —me guiña un ojo.

—Siempre lo estoy.

—Ay, modelos —gruñe en broma y le doy un manotazo.

Al llegar al garaje nos montamos en su coche y conduce por las calles de Bilbao. Baja el volumen de la radio porque queremos hablar y aprovechar al máximo mi estancia aquí.

—No me puedo creer que siendo tan guapo no tengas novia.

—¿Me estás tirando los tejos?

—No, capullo —niego —pero me sorprende.

—Estoy comprometido con mi trabajo, ninguna mujer se merece ser segundo puesto.

—Joo, eres perfecto —hago un mohín.

—No tanto —sonríe —mañana a primera hora te quiero en pie para comenzar con la sesión.

—Me muero de ganas —contesto por fin ilusionada —las últimas quedaron preciosas —confieso —y fue un éxito.

—Estas quedarán mejor —asegura.

—Ay, fotógrafos —utilizo sus mismas palabras —he preparado todo, así que mañana podemos ir a tu estudio.

—He mirado el tiempo y hará frío, pero tengo una idea.

—Aquí siempre hace frío.

—Iremos a la playa a hacer las fotos.

—Me voy a congelar.

—Finge que no lo haces.

—Eloi...

Aparca mientras se ríe y salimos del coche escuchando su risa.

—Quieres que muera —le señalo con el dedo —confiésalo.

Tirando de mi mano, me abraza a su pecho y caminamos rumbo al restaurante mientras sigue burlándose de mí porque sabe que no tolero el frío.

—Hasta que por fin llegáis —se queja Lander con una copa de vino en la mano —por poco ceno solo.

—No te quejes —nos sentamos —Lu ha tardado más de la cuarenta para que la veas guapa.

—Siempre la veo bonita —se inclina y me da un beso en la mejilla —¿cómo estás?, ¿cómo te trata este gruñón?

—Me trata —sonrío.

—Aún me duele que hayas elegido su casa y no la mía.

—Por la tentación —le guiño un ojo y sonríe cómplice.

Los chicos se dedican a pedir varios entrantes y un buen vino para beber. Me siento relajada y cómoda, y hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien, desde que cometí el error de besarle.

—¿Cuándo te vas? —se interesa el profesor sexi.

—El lunes a primera hora —indico —la semana que viene saco la segunda cápsula y tengo que estar al pie del cañón.

—Pues un brindis por tu siguiente éxito —eleva su copa con una sonrisa burlona.

—Por mí—brindamos y nos reímos.

—Solo dos copas —amenaza Eloi, que no está bebiendo porque tiene que conducir.

—No seas aburrido —le acuso —estamos de celebración.

—Mañana te quiero de pie a las cuatro.

—Pero si son las once y media —gruño.

—No me rompas la noche —le amenaza su amigo —que estamos tomándonos algo y disfrutando.

—Vino a trabajar, no a divertirse —suelto el aire.

—No hables como si fueras mi padre —me burlo —es verdad que vine a trabajar entre otras cosas, pero estamos teniendo una buena velada y quiero disfrutarla.

—Luego no te quejes —¿cómo puede ser tan responsable?

—¿Otras cosas? —pregunta Lander —como por ejemplo...

—Como verte —le guiño un ojo —¿te parece poco?

—Todo lo que conjugue con un nosotros, me parece ideal.

—Vaya, pensaba que eras de sumar y restar.

—Soy de todo, deberías probarme —tontea.

—Paso —elevo mi copa de vino y le doy un trago.

—Maldigo la hora que te hiciste amigo de este pedante —gruñe en broma Eloi.

—Cuando no es, no es, ¿no? —¿Desde cuándo soy tan filósofa? —podemos ser buenos amigos.

—Solo si es con derecho, lo demás lo descarto.

—Eres imposible —me sonríe y me siento cómoda en este juego, es más, me divierte.

La cena avanza y nos divertimos, aunque bebemos un poco más de la cuenta, bueno todos menos Eloi, que no para de mirar la hora y amenazarme con que mañana las fotos quedaran horribles, pero en estos momentos no quiero irme y le quito importancia.

A la una, Eloi se levanta amenazándome que si no me voy, se irá solo y finalizamos la velada.

Lander se une a nosotros y decide dormir en su casa porque ha bebido y no puede coger la moto. Ya en el coche de Eloi, seguimos con las risas y tonteo, y me he dado cuenta de que me gusta este juego cómodo.

Por como se comporta, sé que no siente nada por mí y que para él también es un juego, pero en realidad solo quiere ser mi amigo y sin traspasar la línea.

Eso que no debió pasar con Marcos, es acordarme de esa noche y tensarme porque mi cuerpo y mi mente no es capaz de comprender por qué me he acostado con él cuando solo iba a ser un par de roces sin importancia.

Al entrar al garaje, me ayuda a centrarme en ellos de nuevo y olvidarme de la trágica noche en la que me convertí en la peor amiga del año.

Bajamos del coche y vamos directo hacia el ascensor.

—Si yo ocupo la habitación de invitados —analizo cuando llegamos a su planta—¿dónde dormirás tú?

—Contigo —me guiña un ojo.

—Ni lo sueñes, duermes en el sofá —le señala con el dedo Eloi.

—Soy inofensivo —eleva ambas manos como prueba.

—No te lo crees ni tú —me río mientras entramos en casa.

—No pienso dormir en el sofá, me joderé la espalda —se justifica.

—Duerme con Eloi —propongo mientras me quito los tacones.

—No —niega el dueño de la casa.

—Duerme tú con él —sugiere Lander —él sí que es inofensivo.

—¿Eloi? —pregunto por si le molesta.

—Sin problemas.

—Listo, ahora voy a dormir —me da un beso en la mejilla —nos vemos, bonita.

—Déjame coger las cosas para no molestarte mañana —señalo mientras le sigo hacia la habitación.

Saco las prendas que me llevaré a la sesión, que no son pocas, un camisón de seda y el antifaz para dormir.

Dejo todo en el salón bien colocado y voy hacia el baño para cambiarme y asearme antes de ir a dormir.

A penas conozco a Eloi, pero vamos a compartir cama, quien me lo diría en el pasado cuando suelo ser muy reacia en ese aspecto, pero con él siento que lo conozco de toda la vida.

Al terminar, salgo intentando darle normalidad a esto. Como la puerta está abierta, entro sin tocar y me lo encuentro ya en la cama y sin camiseta.

Madre mía, qué torso, intento que no se me caiga la baba y camino como si no me hubiera fijado en lo bueno que está. Me echo sobre la parte libre y me tapo con la corcha.

—¿Con antifaz? —se burla cuando ve como me lo coloco.

—Obvio —intento ponerme cómoda.

—Qué diva —sonríe y apaga la luz —buenas noches, Lu.

—Hasta mañana.

Me lo coloco sobre los ojos y poco a poco siento como el cansancio de estos días se apodera de mí y caigo en un sueño profundo.

Suena la alarma y gruñendo, me despierto con todo el cuerpo roto porque no he descansado. Siento a Eloi a mi espalda abrazándome por la cintura y estirando un brazo apago la alarma

porque hace que me duela la cabeza.

—Eloi —me giro para despertarle y al hacerlo, noto una parte de su anatomía que no debería haber notado.

—Joder —gruñe colocándose boca arriba y separándose de mí.

—Son las cuatro —le informo encendiendo la lámpara —despierta.

—Sí.

Salgo de la cama y le miro esperando a que haga lo mismo, pero no tiene pinta de hacerlo. Voy hacia el baño a darme una ducha y comenzar a prepararme para este día de trabajo que nos espera.

Creo que es la ducha más rápida que me he pegado en mi vida y al salir, cojo una toalla para secarme. Me enredo el pelo con otra más pequeña y me visto con un chándal gordo porque sé que hará frío.

Por último, me lavo los dientes y me cepillo el pelo mojado.

No me maquillo porque lo hará un profesional, así que salgo hacia el salón sin hacer nada de ruido para no despertar a Lander.

Me pongo los tenis y sonrío al ver a Eloi impecable. Lleva unos vaqueros básicos y un jersey verde que le queda increíblemente bien.

—Preparo café y nos vamos —afirma.

—Sí —termino de ponerme los tenis y le sigo —buenos días, por cierto.

Gruñe a modo de respuesta y vuelvo a sonreír mientras me siento tras la isla.

—Te veo un poco gruñón.

—Eso es porque no he dormido —me mira mal.

Le saco la lengua cuando no me ve y le doy su espacio hasta que se encuentre bien del todo. Por mi trabajo estoy acostumbrada a dormir poco y levantarme más que temprano y por eso no me ha costado mucho hacerlo.

Llena dos termos y me hace un gesto para irnos, le sigo y en el salón me pasa las bebidas para coger su equipo y mis cosas.

Salimos de casa y caminamos hacia el ascensor sin decir nada. Cuando llegamos al garaje, guarda todo en el maletero con cuidado y nos montamos en el coche para dirigirnos a la localización de la sesión fotográfica.

—Dame el café —le paso un termo y mientras conduce, bebe.

Yo hago lo mismo porque también lo necesito y miro por la ventanilla las calles que siguen desiertas y oscuras.

—Vamos a la playa de *Laga*, que está, aproximadamente, a una hora de distancia, pero merecerá la pena —señala.

—Claro.

El camino se hace rápido y eso puede ser porque apenas hay tráfico. Al llegar, veo una carpa preparada y el equipo.

Me los presenta y comienzan a maquillarme y peinarme para empezar. No tardo más de media hora en estar lista porque Eloi quiere aprovechar el amanecer para las fotos y hemos decidido por un maquillaje neutral y darles protagonismos a los labios.

Únicamente me cambiaría el color de labios para ir más rápido y no perder el tiempo entre cada maquillaje.

Me pongo el primer vestido de la colección y me muero de frío, pero el trabajo es trabajo y poso como si fuera primavera.

Eloi da por finalizado la primera tanda de fotos y me cambio de vestido sin entrar en la carpa.

Lo hago delante de todos y mientras me quito uno y me pongo otro, la maquilladora está cambiando el color de mis labios para ser más productivos.

Gracias a la conexión que tenemos Eloi y yo, a penas tardamos en sacar las fotos y así aprovechamos al máximo la luz del amanecer para la publicidad.

Me he olvidado del frío, ni lo siento y seguimos trabajando de lleno en lo que Eloi quiere que trasmita en cada imagen. Poso olvidándome de la baja temperatura, de la falta de sueño y de mis problemas personales.

Solo somos él, yo y la cámara.

Solo escucho su voz y cuando menos me lo espero, señala el fin del y que empecemos a recoger las cosas.

Lo primero que hago es cambiarme y ponerme la chaqueta porque me muero de frío. Al terminar, agradezco a todos el trabajo que han realizado y me despido de ellos para montarme en el coche y poner la calefacción.

—Han salido unas fotos increíbles —afirma al subirse al coche y dejar el equipo en los asientos de atrás.

—Gracias —me siento mejor ahora que estoy más calentita —y por encargarte de recoger todo y guardarlo en el coche.

—No te preocupes —me guiña un ojo y parece que vuelve a ser él —vamos a desayunar que estoy hambriento.

—Hecho.

Arranca y conduce en dirección a una cafetería para desayunar en condiciones y empezar el día con energía.

Al menos ha merecido la pena, si Eloi dice que han salido unas fotos increíbles, es que lo son y me siento feliz porque ya tengo la mitad del trabajo hecho y solo me queda que guste tanto como la primera cápsula.

Estoy tan feliz porque al menos todo el esfuerzo y sacrificio que estoy haciendo por seguir mi sueño está mereciendo la pena y eso me hace sentir bien conmigo misma.

Diez

—Os quiero agradecer el gran trabajo que habéis realizado —por fin sale la segunda cápsula y gracias a mi equipo, hemos colocado cada prenda en la tienda —en diez minutos abriremos y esperemos que sea un éxito.

—Por la cola que hay en la puerta, lo será —me sonríe la encargada.

—Pues brindemos —lleno las copas con champán a pensar que sean aún las diez menos cinco de la mañana —por vosotros.

Brindamos y bebo de un trago la copa para luego despedirme de ellos e ir a mi despacho y empezar a trabajar, aunque debo admitir que estoy un poco nerviosa por las expectativas.

Gracias a Eloi hemos sacado unas fotos para la campaña preciosas y estoy muy orgullosa de nuestro trabajo. Formamos un buen equipo y no descarto trabajar con él siempre que pueda.

Cojo el móvil y me sorprendo cuando veo tantas llamadas perdidas, supongo que me querrán felicitar y darme suerte. Más tarde les devolveré las llamadas porque ahora estoy liada.

El resto de la mañana la paso en mi despacho sin salir y adelantando el trabajo pendiente. También he podido hablar con mi agente y he aceptado ser la cara de la próxima portada de Vogue.

Me van a entrevistar sobre mi carrera de modelo y como diseñadora. Siento que podría quedar un buen reportaje y al mismo tiempo, muy inspirador para aquellas que luchan con hacerse un hueco en este mundo tan competitivo y superficial.

Anoto la fecha en mi agenda del iPad para que no se me olvide y no aceptar otro compromiso en esas fechas.

La pantalla del iPhone se vuelve a iluminar y veo que me está llamando de nuevo Eloi, se lo cojo porque he adelantado mucho y me apetece hablar con la persona que ha sido la encargada de sacar estas maravillosas fotos.

—Hola —saludo sonriendo y feliz.

—Hasta que por fin lo coges —me regaña —¿dónde estabas metida?

—¿Trabajando? —no me gusta ese tono —¿qué quieres?

—¿Has leído las portadas de las revistas digitales?

—No he tenido tiempo —me tenso porque quizás sea sobre nuestro trabajo —¿han criticado la colección?

—No, Lu —gruñe.

—¿Entonces? —no entiendo nada.

—Han salido fotos de nosotros dos en actitud cariñosa y han afirmado que tenemos algo más que una relación profesional.

—¿Qué?

Pongo rápidamente mi nombre en el buscador y me sale numerosas noticias de nosotros dos. Son fotos de la noche que quedamos a cenar con Lander y nos estamos abrazando. También hay fotos entrando en el garaje del edificio donde vive y afirman que he pasado la noche con él.

—¿Qué mierda es esta? —me pongo de pie.

—No lo sé, pero no me van los escándalos.

—A mí tampoco —gruño —increíble.

—Me ha llamado la revista Vogue para que me encargue de las fotos de tu reportaje —abro la boca sorprendida —dije que lo pensaría.

—¿Por qué?

—No quiero aumentar los rumores de nuestra relación.

—Eres mi amigo y me encanta trabajar contigo —afirmo —si te apetece encargarte del reportaje, por mí, genial.

—No sé —duda —claro que quiero hacerlo porque será un éxito, pero no quiero encender más los rumores.

—Somos amigos, que el mundo lo sepa.

—Está bien, Lu —suaviza el tono —supongo que nos veremos la semana que viene.

—Contaré los días —me animo un poco al saber que volveremos a trabajar juntos.

Nos despedimos con otro tono de voz muy diferente a la que empezamos la conversación y al ver todas las llamadas, me imagino el motivo de cada una de ellas.

Pongo modo avión porque lo que menos me apetece es escuchar las preguntas interrogativas de cada una de las personas que sí me importa.

Recojo mis cosas y poniéndome el abrigo, salgo de mi despacho e intento, por todos los medios, que no me reconozcan la clientela. Me hago pasar por una más de ellas y le hago un gesto a la encargada de que me marcho.

No me puedo creer que la prensa afirme tan fácilmente que tenemos una relación y solo por pillarnos de buen humor.

Lo que me faltaba.

Subo al coche y conduzco en dirección a casa para despejarme. Esta noche haré inventario de todas las prendas que se han vendido y cruzo los dedos para que, al menos, sea una gran cantidad porque en esta cápsula me he arriesgado y he producido más para no quedarme corta como en la primera.

Media hora más tarde abro la verja de casa y conduzco hasta la puerta principal. Salgo del coche y voy directa a casa para cambiarme y despejar un poco la mente.

—Hola, cariño —saluda mamá cuando paso por el salón —¿qué tal la mañana?

—Fatal —gruño tirándome sobre el sofá.

—¿Qué ha pasado? —se preocupa.

—Varios medios digitales han afirmado que estoy saliendo con Eloi —le cuento.

—Vaya —la miro —¿y qué problema hay?

—Que no me gusta que se hable de mi vida privada y más cuando no es cierto.

—Pues si no lo es, el tiempo lo dirá, no te agobies —me calma —aunque es una pena porque es muy guapo.

—Mamá —me escandalizo —solo somos buenos amigos.

—Pues ya está, que no te afecte —se coloca a mi lado y me acaricia el pelo —disfruta de este

momento tan bonito que estás viviendo —me sonríe y me siento mucho mejor —tu empresa está despegando, tu carrera profesional es inmejorable y tienes una familia y unos amigos que te quieren.

Me tenso al escuchar esa afirmación porque si se enterasen de lo que hice hace un mes, vería la mala hija y amiga que soy.

—Gracias, mamá —finjo una sonrisa —solo estoy agobiada y no me gustó el artículo.

—A ver, enséñamelo —me pide.

Cogiendo el móvil, me meto en la publicación y se lo paso para que lo lea.

—Increíble lo que inventan —suspiro.

—Sales muy guapa y sonriente —me mira —hacéis una pareja preciosa.

—Mamá —me río —eres imposible.

—¿Cuándo me lo presentarás?

—Pues resulta que tu hija será la portada del próximo mes de la revista Vogue —aplaude feliz —y él se encargará de las fotos, así que podría preséntatelo.

—Por favor —me saca la lengua.

—Pero no te hagas ilusiones, no tendremos nada.

—La vida da muchas vueltas —se pone de pie —y el destino es muy jugoso.

—Mamá —grito cuando se marcha con esa última frase.

Me quedo sola en el sofá, pero gracias a mamá, ya no me siento tan indignada con esas publicaciones porque es la única en calmarme tan fácilmente.

Mamá es la mejor del mundo, siempre le he contado todo porque me escucha y no me juzga. Me ha dado los mejores consejos que a día de hoy, sigo y es como si tuviera a mi madre y a mi psicóloga en el mismo momento y se lo agradezco.

—Cariño —reaparece —prepárate porque papá vendrá en nada y comeremos.

—Vale.

Voy a mi habitación y me pongo algo más cómodo para estar por casa, quizás no vuelva a salir porque no me apetece, así que me pongo un chándal marrón que me encanta.

Bajo y voy hacia la cocina que sé que me encontraré a mamá con Jimena acabando los últimos detalles de la comida, pero en vez de eso, me la encuentro abrazada a papá y mirando hacia el cielo.

Son adorables.

—Hola, cariño —me saluda papá acercándose y dándome un beso en la frente —¿qué tal tu día?

—Intenso —suspiro —¿y el tuyo?

—Intenso —me sonríe —estoy hambriento, me cambio y bajo.

—Vale —respondo.

—Ayúdame a poner la mesa.

—Claro.

Entre mamá, Jimena y yo, colocamos todo lo necesario para empezar a comer y esperamos a papá a que baje.

—Listo —entra con una sonrisa y se sienta en la mesa —que aproveche.

—Igualmente —cojo un poco de ensalada, la pongo en mi plato.

—¿Qué tal las ventas? —se interesa papá mientras bebe de su copa.

—No lo sé, pero mañana al hacer el inventario te diré—no me apetece volver a la tienda —pero... —me callo al escuchar la puerta de la casa principal y me sorprendo un poco.

—Llevo todo el día llamándote —me grita cuando se coloca a mi lado —¿dónde mierdas

tienes el móvil?

—Thiago, por favor —intenta tranquilizarle Audrey.

—Hijo, esa no son formas de hablarle a tu hermana —le regaña papá —si quieres decirle algo, se lo preguntas de buenas formas.

—Llevo todo el día llamándole y me salía apagado.

—¿Qué quieres? —me saca de quicio cuando se comporta así.

—¿Se puede saber por qué las revistas afirman que tienes algo con el fotógrafo? —exige —¿qué duermes en su casa?

—Thiago, por favor —intercede Audrey —es su vida privada y ella puede salir con quien quiera.

—¿Qué pasa aquí? —frunce el ceño papá —¿qué revista, que fotógrafo?

—Pregúntaselo a tu hija —se cruza de brazos y sigo comiendo como si nada.

—¿Lucía? —me pregunta papá.

—Si quieres, luego lo hablamos —digo con chulería —pero no voy a consentir que este energúmeno venga a casa a exigir nada.

—¿Qué me has llamado? —se acerca para intimidarme.

—Basta —interviene mamá —Thiago —le señala con el dedo poniéndose de pie —no te he educado para que trates a sí a tu hermana —le regaña —ella es mayorcita y tiene toda mi confianza como para que, siendo su hermano, le exijas algo que no tiene nada que ver contigo.

—Mamá...

—Ni mamá ni nada —se sienta de nuevo —dicho esto, podéis quedaros a comer —vuelve a su tono de voz normal —lo siento Audrey.

—No, lo siento yo —se sienta en la mesa un poco avergonzada —sentimos haber venido sin avisar y haber formado este conflicto.

—No te preocupes, cariño —le quita importancia mamá —hijo, siéntate —le pide.

—Vamos, siéntate a comer y deja de comportarte de esa manera delante de tu novia —le regaña papá y finalmente le hace caso —dicho esto, Lucía, cuéntame que es lo que está pasando.

—Nada, papá —le quito importancia —fui a Bilbao a hacer un reportaje de mi nueva colección y han sacado de contexto mi relación con Eloi.

—¿Pero estáis juntos?

—No, papá —respondo —solo somos buenos amigos.

—¿Y en el caso de que lo sea? —mira a Thiago —¿cuál es el problema?, ¿es un mal chico?

—No, papá —gruñe —pero no me gusta enterarme de lo que hace mi hermana por las revistas.

—En primer lugar, no hago nada malo y en segundo lugar —le fulmino con la mirada —no tengo que darte explicaciones.

—Vamos a comer tranquilos, por favor —pide mamá —tu hermana ya me había contado todo lo que pasó y de verdad hijo, no me gusta esa actitud que tienes.

—Mamá...

—Thiago —le frena Audrey —vamos a comer en paz, por favor.

—Está bien —cede de mala ganas.

Comenzamos a comer como si nada, aunque realmente se me fue el apetito con esta discusión tan ilógica.

¿Pero quién se cree este hombre?

Once

Salgo de la tienda feliz después de comprobar que las ventas de mi nueva cápsula van estupendamente. Se han incrementado un veinte por ciento en comparación con la primera cápsula y me alegro de haber tomado la decisión de ampliar el número de prendas.

Me dirijo al coche para ir a casa a descansar de una vez por todas, he vuelto a cancelarles el plan a mis amigas porque aún soy incapaz de verlas.

No puedo.

Aunque ya han pasado varias semanas, es como si lo hubiera hecho ayer y soy incapaz de enfrentarme a la realidad, a lo que hice y lo oculto bajo un montón de responsabilidades y tareas para no pensar.

El camino lo hago lento porque me gusta ver las calles de Madrid con luces, es relajante y me tranquiliza.

Al llegar, aparco el coche en el garaje y entro en casa mientras me recoloco el bolso. Están todas las luces apagadas, qué raro, supongo que mis padres decidieron salir y aprovechar la noche.

—Sorpresa —escucho de repente y casi me muero del susto.

Las luces se encienden y en estado de *shock*, veo a cada una de las personas que he estado evitando con todas mis fuerzas y muchas excusas.

—Felicidades, Lucía —se acerca Carla a darme un abrazo.

No sé qué decir, no sé cómo actuar en esta situación. Uno a uno les saludo con besos y abrazos, pero en el momento que veo a Carolina, mi mundo se paraliza.

No es justo, no se lo merece.

Está tan feliz por mí, por lo que estoy consiguiendo que me hace sentir incluso más rastrera.

¿Por qué lo he hecho?

¿Por qué no he sido capaz de parar?

Es que no he tenido que empezar.

Me voy a volver loca con esta culpa que siento en todo mi ser. Al girarme para escapar de su sonrisa sincera y de ese brillo tan bonito que tiene en los ojos, choco con la última persona que quería ver.

Marcos.

¿Qué hace aquí?

¿Por qué no se ha buscado una excusa para no venir?

<<Porque a él no le importa lo que pasó>>

Me recuerda mi subconsciente y aparto la mirada porque es verdad. La culpa de todo es completamente mía y no de él, aunque me molesta verle porque hubiera sido mucho más fácil que no estuviera.

Un poco más centrada en lo que está pasando después del *shock* inicial, veo la casa llena de globos con colores pastel muy bonitos. La mesa está decorada siguiendo la misma tonalidad y hay varios platos de comida para picar.

También veo cuatro botellas de un buen vino sobre la mesa y si no fuera por como me siento, cogería una copa y no pararía de beber.

En la esquina veo varias bolsas y son regalos que me han hecho con todo su cariño e ilusión.

No me merezco esto.

Hablo con todas ellas, aunque mi mente no digiere lo qué está ocurriendo. En varias ocasiones estaba a punto de confesar, de decirlo en voz alta y suplicar para que me perdone, pero incluso para eso soy una cobarde.

Nos sentamos en la mesa para cenar y seguir disfrutando de la compañía de todos, aunque yo lo único que quiero es que pasen las horas y que se vayan.

No puedo, es superior a mí.

En el postre no aguanto más y me levanto con una tonta excusa para tener esos cinco minutos a solas. Subo las escaleras corriendo y me encierro en mi habitación.

No puedo seguir con esto, no puedo esconderme y buscar excusas para evitar el problema porque da igual lo que haga, ellas sí son tan buenas amigas que buscaran la mínima oportunidad para quedar.

—Me voy a... —me callo al ver como se abre la puerta y aparece él —¿qué haces aquí?

—Tenemos que hablar —sentencia con esa actitud que tanto me molesta.

—No tenemos nada de que hablar.

—No me gusta sentir la incomodidad y la tensión entre nosotros —indica —quiero que olvidemos esa noche y actuemos como siempre.

—Marcos, vete por favor —pido, no puedo enfrentarme a él ahora —es más complicado de lo que piensas.

—Pues cuéntamelo —pide acercándose.

—No puedo.

—Es por el fotógrafo —se acerca y doy un paso hacia atrás, pero choco contra la pared —¿estabas con él mientras tú y yo...?

—¿Qué? —me pongo nerviosa y me cabrea saber que Marcos es el culpable de mi nerviosismo —Claro que no.

—¿Entonces?

—No puedo, no es algo que me corresponde a mí decirte —no voy a traicionarla, ya hice mucho —así que por...

Me callo al sentir su mano en mi mejilla y aunque luche con todos mis fuerzas, cierro los ojos y suspiro de placer.

—Lucía... —se inclina acercándose más a mí —¿por qué no podemos actuar como si nada hubiera pasado?

—Marcos, por favor —pido sin abrir los ojos —no lo compliques.

—Echo de menos sacarte de quicio —me muerdo el labio inferior para no sonreír —era tan fácil.

—Es que eres tan capullo.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos y están tan cerca que joder, así no puedo

centrarme. Mi cuerpo me pide algo, pero mi mente me anuncia de que me arrepentiré si sigo su consejo.

Pero antes de poder escuchar el motivo, me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos esperando que sea él quien me aparte.

Porque no soy capaz de hacerlo.

Con él siento cosas tan extrañas, tan nuevas que no sé ni cómo clasificarlas.

Con él siento que mi corazón late de verdad y mi piel se eriza.

Él me hace sentir y es tan nuevo en mí que aunque parezca egoísta, me hace estar bien porque por fin soy normal.

Por fin puedo saber que se siente cuando alguien te hace vibrar y desear como él lo hace conmigo.

Me gustaría descubrir todo lo capaz que soy de sentir, pero me freno al recordar que esa persona que me despierta, me altera y me provoca sensaciones reales, vivas e increíbles, es la misma por la cual mi amiga sufre.

No puedo hacerlo.

Me aparto cogiendo aire, pero él coloca una mano alrededor mi cintura y tira de mí para pegarme a su pecho y soy plenamente consciente de que no tengo escapatoria al notar sus labios sobre los míos.

Me está besando y es un beso tan suave y tierno, que me pierdo en él, olvidando completamente todas las razones por la cual, esto es un gran error.

Doce

—¿Lucía? —escucho alguien llamarme, pero soy incapaz de separarme de él —¿estás aquí?

De repente, me siento completamente sola y sus labios han dejado de besarme.

—Joder —gruño.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Audrey al entrar —te estamos esperando para la tarta.

—Ni que fuera mi cumpleaños —refunfuño y no se lo merece —vamos.

Quiero sacarla cuanto antes de mi habitación, Marcos está en el baño y menos mal que él ha sido el cuerdo de los dos porque si no, nos hubieran pillado.

Antes muerta que separarme de él.

Esa confusión me da miedo y mientras bajo las escaleras, vuelvo a recordar que he sido una amiga pésima.

En el salón se encuentran todos esperándome y aunque no estoy de humor, finjo una sonrisa al ver la tarta tan bonita que han encargado para mí.

—Vamos, sopla y pide un deseo —exige Carolina con una sonrisa real, como es ella.

—Claro —me inclino cerrando los ojos.

<<Que todo vuelva a ser como antes>>

Soplo las velas y aplauden cuando todas se apagan y vuelvo a fingir otra sonrisa.

Nadie pregunta lo que estaba haciendo y tampoco noto que estén echando de menos a Marcos. Realmente lo agradezco porque no quiero que nadie se dé cuenta de lo que pasó entre nosotros.

—Me alegro tanto volver a verte —se acerca Calorina y me pasa una copa de vino.

Me la bebo del tirón antes de contestar y fingir.

—Y yo, pero el trabajo últimamente... —dejo la frase sin acabar para que me entienda.

—Me lo imagino —le quita importancia —oye, con Eloi todo bien, ¿no?

—Sí, al principio no le hizo mucha gracia lo que publicaron, pero luego se le pasó —no quiero hablar de mí, necesito cambiar de tema o mejor aún, irme —¿y tú qué tal?

—Bien, hemos conseguido un buen negocio —me guiña el ojo —y creo que podré descansar en cuanto cerremos todo.

—Te lo mereces —me alegro de corazón —sí, tienes que descansar que no paras.

—Es lo que tiene ser la hija del dueño.

—Tu padre te explota —me quejo.

—Me enseña, aunque tiene una manera muy particular de hacerlo.

—Es un dictador —bromeo y es como éramos antes, antes de ser una traidora.

—Sí, pero amoroso —se ríe de su propia broma.

—Eso es cierto.

—Qué guapo está Marcos —me tenso completamente —se está dejando el pelo crecer y le queda divinamente.

No soy capaz de contestar, ni siquiera me giro para mirarle.

—¿De qué habláis? —se integra Carla y estoy por besarla.

—De Marcos y de lo guapo que está con su nuevo look.

—Está más sexi —le apoya Carla —¿por qué no te acercas y hablas un rato con él?

Frunzo el ceño al escucharla, me muerdo el labio inferior para impedir que salga de mi boca cualquier estupidez.

—¿Tú crees? —se lo piensa —¿qué opinas, Lucía?

—Eh, claro —disimulo —ve.

—Me muero de vergüenza —se ruboriza y es adorable.

Se da la vuelta y la sigo con la mirada. Marcos la saluda con una sonrisa preciosa, una que no utiliza conmigo.

<<Contigo emplea la que te saca de quicio>>

Sentencia mi subconsciente y le tengo que dar toda la razón en esta ocasión.

A medida que pasan los segundos, que me están pareciendo horas, me tenso más y más. Por extraño que parezca, me incomoda que Marcos sea tan agradable con ella. Desde donde estoy, parece que están tonteando y eso me molesta y mucho.

¿Quién me entiende?

Realmente tendría que estar contenta al imaginar que entre ellos pudiera surgir la chispa del amor, harían una pareja increíble, pero siendo sincera, me enfurece esa idea.

—Qué pareja hacen —escuchar eso en voz alta no ayuda.

—Voy a por otra copa —camino hacia la mesa para dejar de mirarles.

Con todos mis problemas apenas he bebido y el vino es de primera. Sería un desperdicio no hacerlo y para que mentir, necesito hacer cualquier cosa que no sea girarme y analizar lo que está pasando entre ellos.

Me lleno una copa hasta arriba y me la bebo para calmar mis nervios. ¿En qué momento de mi vida tengo que estar así de nerviosa y encima por él?

Es que aún sigo sin entenderlo.

—Lucía —me llama mi hermano y me giro, solo espero que no me regañe porque no estoy de humor.

—Thiago —me apoyo en la mesa expectante.

—Quería hablar contigo —se pone serio.

—Si hay alguna actitud que no te guste de mí, mándamelo por correo que no estoy de humor —respondo borde.

—No, idiota —sonríe de medio lado y me relajo.

Qué raro, ¿qué querrá?

—Entonces, dime —me calmo, no quiero pagarlo con él.

—Solo quería decirte que estoy muy orgulloso de lo que estás consiguiendo —abro los ojos porque es lo último que me hubiera imaginado escuchar de sus labios —sabes que no soy muy bueno con las palabras y que al principio, que te dedicaras a un trabajo tan superficial no me hacía mucha gracia porque tenía miedo de que eso se convirtiera en algo perjudicial para tu vida —coge aire.

—Sabes que...

—Aún no he terminado —me corta —pero como siempre me has demostrado que me he

vuelto a equivocar contigo y que, a pesar de conseguir un hueco en ese mundo, no has descuidado tus sueños y a día de hoy eres dueña de tu propia marca de ropa y eso me hace sentir muy feliz por ti porque te mereces eso y más —que me lo diga precisamente él hace que me emocione —por eso te he comprado un pequeño regalo —mete la mano en su bolsillo trasero y saca una caja.

—Creo que te has equivocado de destinataria —bromeo.

—Calla, anda —sonríe y cuando está así de bien, es tan guapo que da gusto mirarlo y hablar con él —toma.

Lo cojo con la mano temblorosa y al abrir la caja me encuentro con un anillo de oro con una pequeña piedra violeta en el centro y es precioso.

—Thiago... —esto tiene que haberle costado muy caro.

—Lo vi y me recordó a ti —aclara —es fina, elegante y esa piedra violeta tan bonita y a la vez, con carácter, es como tú.

—Gracias —me lanzo a sus brazos sin contenerme ni un segundo más —me encanta

—Te quiero, enana —me da un beso en la cabeza y sonrío.

—Y yo, gruñón.

Me lo pongo en el dedo corazón y sonrío al imaginar a él eligiéndolo y recordando que no me gustan las joyas ni grandes ni llamativas.

Me deja de nuevo sola y mi humor cambia por completo, ya no estoy nerviosa ni inquieta, ahora estoy emocionada y que sea mi hermano quien lo haya conseguido, es sorprendente.

Con el anillo en el dedo, cojo la copa y me la relleno de nuevo. Me giro y compruebo que ya no se encuentra Marcos con Carolina a solas, sino que se ha formado un grupillo y en el fondo me alegro de ello.

Sigo sola porque no quiero acercarme donde está él. Todos han sido muy buenos amigos al celebrarme la fiesta y trayéndome un regalo, aunque aún no lo haya abierto.

Cojo un trozo de tarta y me dedico a comérmela.

—¿Qué haces sola, pequeña Bianchi? —susurra en mi oreja y casi se me cae el plato.

—¿Qué coño haces? —me doy la vuelta cabreada —¿te importaría apartarte?

—¿Por qué? —sonríe de medio lado y eso me cabrea a un más.

—Invades mi espacio personal.

—Claro —da un pequeño paso al lado y se apoya en la mesa.

—¿Qué quieres? —mira a cada lado intentando averiguar si alguien nos presta atención, pero parece que no.

—Quiero darte mi regalo.

—¿Es que no está ahí? —señalo la mesa donde están todos.

—No —se limita a decir.

—Vale, dámelo y vete.

—¿Delante de todos? —amplía la sonrisa y me espero lo peor.

—Imbécil —demasiado tarde me doy cuenta de que me está gastando una broma y como tonta he caído.

Me he imaginado millones de cosas y en todas estábamos sin ropa.

—Toma —me da un sobre y lo cojo con desconfianza.

—Como sea algún vale para ir a tu consulta, paso —le miro mal.

—Ábrelo, vas a quererme —se cruza de brazos.

—Antes me tiro de un cuarto piso —lo abro esperándome cualquier cosa.

Saco el papelito que tiene y tardo un poco en darme cuenta de que es una entrada. No tenía

ninguna expectativa en esto, pero cuando por fin soy consciente de que se trata de dos entradas del concierto de Cold Play casi me da algo.

—Gracias —le abrazo fuerte y feliz porque me quedé sin ellas después de estar desde las ocho de la mañana actualizando la página para comprarla cuando salieron a la venta.

Cierro los ojos y disfruto de su olor que hace que mi cuerpo se relaje y me pego más a él.

—Pequeña Bianchi —eleva más la voz de lo normal —te dije que me ibas a querer.

—Vaya, tiene que ser bueno —escucho a mi hermano y me aparto avergonzada.

—Sí —intento recomponerme —lo raro es que venga de él.

—¿Qué es? —pregunta Carla interesada.

—Te vas a morir —sonrío dándole la espalda —dos entradas de Cold Play.

—¿Qué? —gritan Carolina y Carla acercándose.

—Esta te la guardo cuñado —le amanezca Carla.

—¿Con quién vas? —se acerca Audrey —dime que conmigo.

—No, conmigo —pide Carolina.

—Obviamente, conmigo —me abraza Carla.

—¿Todas queréis ir? —sonrío —entonces con ninguna.

—¿Qué? —se queja Carla —estás de broma, ¿no?

—Claro que no, no puedo elegir entre ninguna de vosotras —afirmo —pero no os preocupes que no tiraré la entrada —me burlo —ya veré con quien voy sin provocar una guerra mundial.

—Es lógico —me apoya Thiago consiguiendo que Audrey le mire mal.

—Vamos a ver que más me habéis regalado.

Guardo las entradas y comienzo abrir cada paquete, en algunos tengo que reírme porque son crueles, como la de Pablo.

—Gracias a todos —les agradezco de verdad —no teníais que haberos molestado.

—Sabes que lo hacemos encantados —me abraza Carolina —estoy tan feliz por ti.

—Lo sé.

Un poco más tarde comienzan a irse uno a uno hasta que por fin me quedo sola en el salón y recojo un poco las cosas. Mis ojos van a parar hacia el sobre con el regalo de Marcos y compruebo de nuevo de que es real, de que voy a ir a ver a Cold Play y de que no me voy a quedar con las ganas.

¿Cómo sabía que quería ir?

¿Se imaginó que su regalo sería increíble?

No lo sé, pero sonrío como una tonta y me doy cuenta de que no me conozco.

No puedo empezar a sentir cosas por él.

No puedo sentirme tan cómoda entre sus brazos, tan yo.

Cojo todas las bolsas con los regalos y subo a mi habitación para desmaquillarme y ponerme el pijama. Solo quiero meterme en la cama y descansar de este día de locos y estrés.

Al cerrar la puerta me viene a la mente el momento que tuve con él en estas cuatro paredes. Cierro los ojos y siento sus labios sobre los míos y por una milésima de segundo, es como si fuera real.

Aparto esos pensamientos de mi mente y voy al baño para comenzar a desmaquillarme. Al terminar, me seco la cara con la toalla y me pongo un camisón de seda. Suspirando, me meto en la cama y enciendo la lámpara de la mesita de noche para leer un poco, pero mi móvil se ilumina y al cogerlo, veo que tengo un mensaje suyo.

No te voy a preguntar con quién irás.

¿Te estás ofreciendo?

No, estoy esperando

¿A qué?

Me pongo cómoda y espero su respuesta.

A que lo hagas tú.

Eso no ocurrirá.

Qué pena.

Solo para ti.

Tienes tres semanas.

¿Para qué?

Para buscar la manera de pedírmelo
sin que parezca que te mueres de ganas

Vaya, qué arrogante.

Solo con las cosas que tengo claro

¿Y yo soy la cosa?

No, tú eres el obstáculo.

Idiota.

Sonrío y me muerdo el labio inferior para eliminar esa sonrisa de mi cara.
¿Qué estoy haciendo?

Pero no mentiroso.

Pero sí...

De repente, aparece su nombre en la pantalla porque me está llamando. Aclaro mi voz y cojo aire para enfrentarme a él y a sus tonterías que seguro que me sacan de quicio.

—Dime, Marquitos.

—Creo que es al revés.

—¿Qué tengo qué decir? —me siento en la cama y pongo el altavoz.

—Supongo que quieres pedirme algo.

—¿Estás sentado?

—No, haciéndome una paja.

Me atraganto con la saliva al escucharle.

—La puedes hacer sentado —me recupero y finjo que no me ha afectado.

—No, no estoy sentado —dice al fin.

—Qué idiota eres —no sé qué decir, de repente estoy demasiado nerviosa.

—¿Cómo estás, Lucía? —cambia de repente el hilo de la conversación.

—Bien —contesto demasiado rápido.

—Antes parecías agobiada.

—Han sido semanas muy complicadas y si le sumamos lo de la prensa...

—Que no te afecte —ojalá fuera tan fácil.

—Noto que me siguen y soy tendencia prácticamente todos los días —eso me agobia y mucho.

—Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Que te olvides de todo y disfrutes de las pequeñas cosas.

—Habla claro.

—Mañana paso por ti a seis de la mañana.

—¿Para qué?

—Iba a ir solo, pero creo que te sentará mejor a ti.

—Marcos...

—A las seis, ponte cómoda y llévate ropa porque no dormirás en casa.

—Marcos...

—Adiós, a las seis.

Pero antes de que pueda añadir cualquier cosa, negarme o incluso mandarle a la mierda, cuelga.

¿Qué hago?

No puedo irme con él, pero una escapada a lo desconocido sería genial para desconectar un poco.

¿Lo hago?

No lo pienso más y salgo de la cama para preparar una bolsa de viaje y meterle ropa y todo lo que voy a necesitar.

A ver, él dijo que no dormiré en casa, así que técnicamente sería para dos días.

¿Pero si es más tiempo?

Por si acaso, llevo varios cambios de ropa porque no sé donde me llevará y al final, en vez de una bolsa, preparo una maleta para meter zapatos y dos neceseres.

Ir a la aventura sin más datos debería agobiarme, pero es todo lo contrario. Estoy entusiasmada de poder hacer algo que no esté planeado y que alguien me sorprenda.

Vuelvo a la cama y pongo la alarma a las cinco para prepararme. Mañana le dejaré una nota a la mamá y más tarde la llamaré para que no se preocupe.

Trece

Miro el reloj y maldigo de todas las formas posibles, ¿cómo puede ser las seis de mañana? Seguro que el reloj va mal, no puede ser tan tarde y que a mí aún me quede vestirme y peinarme.

Cojo el móvil y gruño al ver que no, que el reloj va bien y que tengo un mensaje de Marcos. Lo abro rápido porque no quiero que piense que me he quedado dormida y se vaya sin mí.

Te doy cinco minutos para que salgues.

Que sean diez.

Cuatro y treinta segundos.

Dejo el móvil y comienzo a vestirme, menos mal que ayer preparé todo y sé que voy a ponerme.

Como es muy temprano y seguramente desayunemos antes de ir, ¿a un hotel? Me pongo unos vaqueros, una botas y un jersey verde para combatir el frío de estas horas.

Me peino rápido y no me da tiempo a que se seque del todo, no sé si han pasado ya los cinco minutos o más, pero solo espero que no se vaya.

Cojo la maleta, el bolso y salgo de mi habitación sin hacer ruido. Bajo las escaleras y antes de salir, dejo la nota a mamá y me ponga el abrigo.

Arrastro la maleta por el camino que me lleva a la verja y al salir, miro hacia ambos lados, pero no lo veo.

¿Se ha ido?

Miro el reloj y son las siete menos veinte.

Marco su número y pulso el botón de la llamada, no puedo haberse ido sin mí, me niego.

—¿Dónde estás?

—En cinco minutos estoy.

—¿Qué?

—Espérame cinco minutos.

—¿Pero no estabas aquí? —me cabreo.

—No, como sabía que tardarías, te metí prisa.

—Eres imbécil.

—Y tú una impuntual y no iba a esperarte —se calla —cuarenta y cinco minutos.

—¿Y yo sí? —gruño.

—No, tu solo cinco minutos.

Cuelga dejándome con la palabra en la boca y me siento sobre la maleta entre indignada y cabreada.

¿Cómo puede ser tan idiota?

Es que ni con práctica, eso es innato.

Escucho un coche, pero al mirar veo que es una autocaravana pequeña y no el imbécil de Marcos.

¿Por qué le estoy esperando?

¿No sería mejor volver a dentro y actuar como si nada de esto hubiera pasada?

Para enfrente de mí y abro los ojos al verle asomarse por la ventanilla.

—Vamos, sube.

—¿Qué significa esto?

—Vamos —me pide —o me voy.

—¿Dónde vamos con eso? —le señalo.

—Adiós —comienza a alejarse de mí, lentamente.

—Espera —corro detrás con la maleta.

Frena unos metros de distancia y baja para abrir la puerta de atrás.

—¿Se puede saber que llevas aquí? —me coge la maleta y la coloco a un lado y aprovecho para echar un vistazo antes de que cierre.

Realmente está equipada con lo fundamental, pero aún no entiendo por qué la trajo.

—Como no me has dado más información, no sabía qué llevar.

—Vamos, sube.

Subimos y nos ponemos el cinturón. Marcos comienza a conducir y miro hacia atrás. A través de la ventana de cristal que nos separa con la parte de adentro, puedo ver cómo es.

Tiene una pequeña cocina con muebles, una mesa y en el fondo, una cama pequeña.

—¿Dónde vamos? —me pongo derecha y le miro.

—Al mejor lugar para escapar de la rutina, el estrés y los problemas.

—Para eso está París —ironizo.

—Ponte cómoda, aún nos queda varias horas de camino.

—¿Dónde vamos? —vuelvo a preguntar.

—Es una sorpresa que sé que te gustará.

—Lo dudo —miro alrededor y no es mi estilo para nada.

Me ignora y disfruto de las vistas, estamos saliendo de Madrid y por primera vez en la vida, me dejo llevar.

Dejo que alguien decida por mí y no sea yo la que tengo que estar alerta vigilando que todo vaya sobre ruedas.

Dejo que él, Marcos, amigo de toda la vida y la persona que más me saca de quicio, me guie y me sorprenda, y por encima de todo, dejo que me guste y disfruto del momento.

¿Qué me está haciendo?

No lo sé, pero bloqueo esa parte de mi mente para conectarla con otra que pensaba que estaba dormida.

Con otra que me hace sentir más real, más yo.

Catorce

—Dime que esto no es real —soy incapaz de reaccionar.

Marcos me ignora y baja de la autocaravana mientras yo me quedo analizando el lugar.

Estamos en medio de la nada, solo veo un río y mucha hierva.

¿Dónde me he metido?

—Marcos —me quejo, pero sigue ignorándome mientras saca las cosas como si yo no estuviera —Marcos.

—Baja y disfruta del aire y de la paz que trasmite este paraíso.

—Lo único que me puede hacer disfrutar es que vuelvas a subir y me saques de aquí —le señalo con el dedo, pero se da la vuelta y saca una mesa y varias sillas.

—Como prefieras —añade después de un rato.

Supongo que habrá notado en la nuca que no dejaba de mirarle de la peor forma posible. Sigue con lo suyo, enciende un fuego y coloca sobre él una cafetera para preparar café como si nada.

Increíble.

Mientras se hace, saca una caña de pescar y la coloca frente el río para intentar capturar algún pez.

—Puedes dejar de mirarme y ayudarme —ordena sin ni siquiera girarse —al final me voy a arrepentir de haberte traído.

—Pues hazlo y llévame a casa.

—Perdiste tu oportunidad cuando salimos de la civilización.

—Dios, te odio.

Cojo el móvil y para rematar mi suerte y que mi día solo puede ir a peor, no hay cobertura.

—Marcos, no hay cobertura.

—Lo sé.

Responde como si no le importara ese dato tan importante para mí.

—¿Sabes lo inconsciente que es eso? —le critico —¿y si ocurre alguna emergencia?

—Tengo la radio —se da la vuelta y por fin me mira.

—Tengo la radio —le imito frustrada porque eso no me ayuda para nada.

Me echo hacia atrás e intento calmarme mientras veo como poco a poco prepara todo lo necesario para acampar y disfrutar de la naturaleza. Un plan que si hubiera sabido, no hubiera venido porque soy una chica de ciudad.

Se llena una taza de café cuando por fin está hecho y comprueba, con la taza en la mano, que

la caña esté bien colocada.

—Así que este era tu gran plan para disfrutar de las pequeñas cosas, ¿no?

—Deja de ser tan pedante.

—Y tú de ser tan imbécil.

—Te he llevado para que escapes y te olvides de todo —se da la vuelta y se acerca a mí— mira el lugar, ¿no escuchas la paz que trasmite?, ¿no respiras el aire tan limpio?, ¿no sientes el olor de la naturaleza?

—Soy una chica de ciudad —resumo, todo esto no me va.

—No sabes lo que te pierdes —vuelve a ignorarme para terminar de colocar las últimas cosas —la próxima vez, lo recordaré.

—No habrá próxima vez.

Debí sospechar que no era buena idea acompañarle cuando le vi aparecer con la autocaravana. Quería aventura y escapar de la rutina, de mi día a día, pero no quería que fuera literal, que me llevara al medio de la nada y encima, tenga que disfrutar de estas pequeñas cosas, como dice él.

Puedo disfrutarla de esas cosas en otro entorno completamente diferente.

No sé cuanto tiempo llevo sentada dándole vuelta una y otra vez al gran error que cometí al ir con él, pero cuando me duele la espalda por estar en la misma posición tanto tiempo, salgo por fin.

—Vaya, la princesita ha salido de su castillo.

—Si eso le llamas castillo —ironizo y cojo otra taza.

—Si dejas a un lado tu parte frívola, descubrirás que te gusta.

—Seguro —lleno la taza de café —¿cuál es el plan?

—Hacer exactamente lo que estoy haciendo.

—Me voy a aburrir —hago un mohín y me siento a su lado.

—Seguro que no —me guiña un ojo y se levanta para ir hacia la caña de pescar —ven.

—No.

—Vamos, ven —me pide —te voy a enseñar a pescar.

—Paso.

—Aburrida.

—Idiota.

Miro desde mi posición como lo hace él y sin darme cuenta, dejo la taza sobre la mesa y me acerco para colocarme a su lado.

—¿Qué tiene de especial esperar hasta que piquen?

—La concentración que te da hacerlo.

—¿Qué? —no entiendo nada.

—La pesca te ayuda a que solo te centre en que un pez pique, olvidándote de todo, de tus problemas, de las cosas pendientes y cuando menos te lo esperas, ha pasado el día y te has dado cuenta de que has disfrutado y que te gusta.

—Seguro.

—Ven —coge mi mano y tira de mí para colocarme entre la caña y él —cógelo.

Por un momento me imagino otra cosa, pero mi parte racional actúa rápido y evita avergonzarme.

Hago lo que me pide sin ninguna expectación, pero al menos, disfruto de su cercanía, de su olor y como su voz provoca que cada parte de mi cuerpo se active.

—Con firmeza —ordena.

—¿Y ahora? —me concentro porque quiero hacerlo bien.

—Espera.

—¿Esperar a qué?

—A que pique —aclara como si nada.

No refunfuño, no me quejo, no suelto cualquier frase irónica porque solo quiero que cualquier pez que pase por nuestro lado pique y no lo hace.

—No lo hacen —me quejo frustrada.

—Paciencia, pequeña Bianchi —susurra en mi oído y tiemblo.

Intento que no se dé cuenta de lo que me provoca y no sé si lo consigo.

Sus manos dejan de agarrar la caña para rodearme la cintura y pegarse más a mí. Me recoloca en una posición mejor y dejo que lo haga, que me guie y que me abrace porque siendo sincera, me gusta.

Para qué voy a mentir, me gusta mucho.

¿Y si suelto la caña y me doy la vuelta para disfrutar de verdad?

Pero antes de decidir si eso es la mejor opción, la caña tira de mí y grito al darme cuenta de que han picado.

—Marcos...

—Tranquila —ordena —dale cuerda.

—¿Qué? —no lo entiendo —¿no sería al revés?

—Hazme caso —hago lo que me pide con el ceño fruncido porque no es lógico.

—Cuando notes que deja de tirar, recoge un poco.

—Vale.

Abro más las piernas y cuando noto que deja de tirar como me dijo, recojo.

—Bien, cuando vuelva a dejar de tirar, haz lo mismo.

Y así continuamos durante un buen rato, dejo que tire de la caña, pero cuando deja de hacerlo, recojo consiguiendo que cada vez quede menos para sacarlo del agua.

—Dios, pesa —me quejo cuando está más cerca.

Sus manos se separan de mi cintura y las vuelve a colocar sobre la caña para aguantarla y ayudarme. Ahora mismo, si me dieran a elegir entre su abrazo o su ayuda, me quedo con la primera opción sin dudar.

—Un poco más...

Señala y con todas las fuerzas que tengo y gracias a la suya, sacamos un pez del río y cae a nuestros pies.

—Lo hemos hecho —afirmo dándome la vuelta y soltando la caña —lo hemos hecho.

De un salto, me abrazo a él con fuerzas y me olvido del pez, de mis quejas y de todo lo que no tenga que ver con él.

—Lo has hecho tú —aclara correspondiéndome al abrazo.

Por impulso, rodeo su cintura con mis piernas y él me deja hacer.

—Ha sido... —me separo para mirarle —increíble.

—Ves, te dije que te gustaría, pequeña Bianchi —me sonríe y suspiro porque odio ese gesto.

—¿Por qué eres tan pedante? —me bajo de su cuerpo.

—Eso tú —tira de mi cintura y me da un beso en la mejilla que me sabe a poco.

Me suelta y me rodea para ir hacia el pez y cogerlo. Le sigo porque no sé qué más hacer y lo coloca en un cuenco lleno de agua.

—¿Vamos a comer pescado? —me pongo a su lado mientras veo como lo limpia.

—Sí.

—¿Y si no hubiéramos pescado nada?

—No hubiéramos comido nada.

—Idiota.

—¿Quieres hacerlo tú? —me lo ofrece, pero frunzo la nariz en un gesto de asco.

—Mejor tú.

Me niego a limpiarlo, eso sí que es superior a mí.

—¿Quieres que ponga música?

—No, gracias.

Me siento en la silla y miro como lo limpia con calma. Tiene unos dedos tan hábiles que ahora entiendo por qué se dedica a eso.

<<¿Por qué piensas en sus dedos?>>

Me critica mi subconsciente con razón porque es estúpido y sin sentido.

¿Desde cuándo me fijo en eso?

<<Desde que te excitaste con ellos>>

—Idiota.

—¿Qué? —me mira.

—Nada.

Me pongo de pie y le doy la espalda para pensar que más puedo hacer para evitar quedarme embobada mirándole.

—¿Qué haces cuando vienes aquí? —me rindo porque no se me ocurre nada.

—Pescar, respirar aire puro y dejar que mi mente se relaje.

—Escapas del mundo.

—Se podría decir que sí.

—Es tu refugio.

Eleva sus ojos hasta mirarme y debo admitir que es tan guapo que no comprendo como no he perdido más de un minuto en analizarle y descubrir que no es una persona corriente y normal. Que bajo esas capas de buen humor y simpatía, hay más y quiero descubrirlo.

—Se podría decir que sí.

—Vaya —me acerco y me siento a su lado —¿era tu secreto?

—Tendré que matarte si lo cuentas.

—Qué miedo —suelto una carcajada —¿has traído a alguien más?

—No —niega.

—¿Tengo que sentirme afortunada?

—Eso depende —no añade nada más y esa respuesta me sabe a poco.

Me hubiera gustado que dijera que sí, pero en mayúscula, con exclamaciones y fosforito.

—¿Desde cuándo vienes aquí?

—¿Eres periodista o modelo?

—¿No te gusta hablar de ti?

—No me gusta sentir que estamos en una rueda de prensa.

—Uh, perdona —me pongo de pie para alejarme de él.

—Lucía —me coge de la mano e impide que me separe —lo siento —frunzo el ceño porque no me lo esperaba—desde los diecinueve, que fue cuando lo encontré, que vengo para escapar del mundo y de lo que me afecta.

—Eso son muchos años —me relajo, no quiero enfadarme con él.

En realidad, es todo lo contrario.

Quiero conocerlo de verdad porque siento que a pesar de haber crecido prácticamente juntos, siento que no lo hago en realidad. Que me ha mostrado una capa superficial y despreocupada de

su personalidad, pero intuyo que es mucho más que eso.

—Toma —me pasa una servilleta para que me seque.

—Gracias —ni siquiera me había molestado que me haya tocado mientras limpiaba el pescado.

—¿Tienes frío?

—Estoy bien.

—Mejor, porque no tengo calefacción y no pienso poner la del coche —vuelve a sacar esa vena bromista.

—Vaya, qué majo—ironizo y dando un paso hacia delante, me siento en su regazo —siempre podría recurrir a ti para eso.

—Quizás esa era mi estrategia.

—Quizás ya lo sabía.

—Quizás no he querido ocultarlo.

—Quizás... —me inclino hacia delante para susurrar sobre sus labios —he utilizado la misma estrategia.

—Mejor, así no tenemos que fingir —se muerde el labio inferior y quiero ser yo quien lo haga.

—¿Por qué no me besas?

—Porque tengo las manos sucias.

—Para eso, solo puedes usar tu boca.

—Cuando la haga, no solo aplicaré mi boca —afirma y mi cuerpo vibra.

—Entonces —me pongo de pie para hacerme la difícil —me voy a dar una vuelta.

—No te vayas lejos, hay animales salvajes.

—Mentiroso.

—El que avisa no es traidor.

Le saco el dedo corazón y me alejo lentamente para poner mi mente en orden. Vamos a centrarnos, estoy con Marcos, con mi enemigo, en la naturaleza, cuando odio todo lo que no sea civilización y además, he pescado.

Yo, Lucía Bianchi, he sacado un pez del agua cuando lo máximo que me gusta hacer de deporte es el tenis y correr.

¿Por qué influye tanto en mí?

¿Por qué hace que todo lo que odie, con él me guste?

¿Por qué me siento en calma a su lado, en medio de la nada y haciendo cosas de supervivencia?

Porque me gusta.

—Ya lo he dicho.

Me gusta Marcos, el amigo de mi hermano, el chico que le gusta a mi amiga y la persona que más me saca de quicio.

Me gusta y ahora mismo, lejos de todo y de todos, dejaré que mi cuerpo actúe como le apetezca y en cuanto regrese a la realidad, tomaré las decisiones correctas para dejar toda esta locura atrás y volver a ser la Lucía estricta, lineal y fría de siempre.

Porque no me puedo permitir sentir algo por él.

Cogiendo un poco de aire, después de centrarme y tener las cosas un poco más claras, miro a mi alrededor y solo veo árboles.

Todo está en silencio, he estado tan pendiente de mis propios pensamientos, de mi guerra interna, que he caminado tanto y sin mirar hacia donde que me he perdido.

—Vale, lo primero que se tiene que hacer en estos casos, es estar tranquila —me ordeno —tengo que volver sobre mis pasos y aquí no ha pasado nada.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar, intentando seguir el camino de vuelta, pero solo veo árboles y no escucho el río y eso es mala señal.

—¡¡Marcos...!! —tranquila una mierda —¡¡Marcos!!

Le llamo, grito con todas mis fuerzas, pero no se escucha nada.

Me estoy asustando de verdad, sé que no tengo que dejar que el miedo gane la partida, pero es imposible centrarse en algo cuando sé que si me pierdo, podría morir de frío, de hambre o incluso, por un animal.

Soy dramática y exagerada, pero es parte de mi personalidad.

—¡¡Marcos...!! —sigo gritando y solo consigo asustar a los pájaros —¡¡Marcos!!

Ha sido una mala idea alejarme de él para ordenar mi caos mental. Tendría que haberme quedado y dejar que la tentación poco a poco acabara conmigo y no ser ni madura ni tener ningún tiempo de reflexión, porque ahora estoy en peligro y me muero de miedo.

—Ehh —me coge de la mano y tira de mí —¿estás bien?

—Joder, Marcos...

Le abrazo fuerte y dejo que su olor relaje mi cuerpo y consiga que deje de temblar.

—Tranquila, estoy aquí.

—Pensé que me había perdido.

—Tranquila —me abraza con más fuerzas —estás bien —me separa para mirarme a los ojos —nunca en la vida te alejes tanto del campamento si no sabes cómo volver.

—Lo siento —me tiembla la barbilla y no quiero llorar, pero realmente me he asustado.

—No pasa nada, ¿vale? —le digo que sí con la cabeza, pero me muerdo el labio inferior para evitar llorar como si fuera una niña pequeña.

Mis ojos se llenan de lágrimas que no quiero derramar y menos delante de él. No quiero que me vea vulnerable, temblorosa y asustadiza porque soy una mujer fuerte.

—Lo siento —vuelvo a decir.

—No llores, pequeña —susurra —vamos, no ha pasado nada.

—Lo siento —es lo único que puedo decir.

—Mírame —me pide —no puedes llorar por esta chorrada y menos tú, la mujer más fuerte e increíble que conozco —me da un beso en la mejilla y vuelve a abrazarme fuerte —anda, vamos a volver que no quiero que se me queme la sopa.

—Marcos —me separo de él y dejo que todo fluya.

Me pongo de puntillas y le beso en los labios para agradecerle todo esto, aunque en realidad, lo hago porque me apetece, no por nada más.

Sus dedos me aprietan con más fuerzas mientras nuestras bocas se sincronizan en un beso perfecto, dejándonos llevar por las ganas que nos tenemos y sobre todo, por el deseo que, repentinamente, sentimos el uno por él otro.

—Gracias.

—No me beses para agradecerme nada.

—No lo hago por eso —dejo de mirarle porque sus ojos son muy intensos —lo hice porque me apetecía.

—¿Por qué no me miras? —eleva mi barbilla para conectar de nuevo nuestros ojos.

—Sí, lo hago —intento sacar esa Lucía que no se acobardaba por nada.

—Mentirosa.

Me da un toque con su dedo índice en la nariz y cogiéndome de la mano, comenzamos a

caminar de regreso.

Y ahora, con él a mi lado, disfruto del paseo y de la naturaleza.

Es el poder que tiene sobre mí.

Increíble, pero me gusta conocer otra parte de mí que ni siquiera yo sabía que existía.

Al final va a ser verdad y Marcos es especial.

Quince

Le analizo mientras está tumbado sobre la esterilla que colocó en el suelo. Después de comer, recogimos y preparó todo para poder relajarse, aunque yo solo puedo mirarle e intentar entender lo que nos está pasando en tan poco tiempo.

Siento que le veo de otra manera y eso es extraño porque le conozco desde siempre.

—Puedes tumbarte a mi lado si eso hace que dejes de mirarme.

—No te miro —miento.

—Seguro, pequeña Bianchi.

—Eres imposible —no me muevo de donde estoy.

—Como quieras, ahora voy a dormir un rato.

Me pongo de pie y entro en la autocaravana para echarme sobre la cama, que seguro que es más cómodo y no tiene bichos.

Me recojo el pelo en un moño y me quito la chaqueta para meterme bajo a manta. En realidad estoy muy agotada, he madrugado mucho y el día está siendo muy diferente. Cojo el móvil por inercia, pero poco puedo hacer porque no hay cobertura.

¿Cómo puede estar tranquilo sin saber qué ocurre a su alrededor?

Lo dejo a un lado y miro el techo mientras me tapo con la manta. Hace frío y poco a poco, dejo que el sonido de la naturaleza me relaje y caigo en un sueño profundo.

—Despierta —escucho a lo lejos, pero ignoro ese sonido —vamos pequeña Bianchi que ya es tarde.

—Déjame —gruño al darme cuenta de quién se trata.

—No, es tarde y no te traje para que duermas.

—Olvida de que estoy aquí.

—Vamos —me quita la manta y gruño —te doy dos segundos si no quieres que te eche agua por encima.

—No te atreverás.

—¿Seguro?

Suspiro porque sí se atreverá, ya que su deporte favorito es sacarme de quicio. Me siento sobre la cama y le miro mal, por supuesto, choco con esa sonrisa y me encanaría borrársela, pero me contengo mientras me arreglo el pelo.

Tengo que estar horrenda, así que me levanto y entro en el mini baño para mirarme en el

espejo.

Efectivamente, mi cara es un poema y le pongo remedio a eso. No sé qué hora será, aún es de día, así que no tiene que ser muy tarde.

Me peino y me dejo el pelo suelto, luego me aseo y me quito la ropa para cambiarme. Abro la puerta y me asomo para comprobar que ya no está, salgo rápido porque hace frío y abro la maleta para sacar un vaquero y un jersey malva.

Me visto rápido y voy en su búsqueda.

Miro el cielo y debo reconocer que hay unas vistas preciosas, cojo el móvil y hago fotos para subirlas más adelante, cuando tenga cobertura.

—Por fin has salido —me sobresalto al escuchar su voz.

Me giro y le veo cargado con leña, pasa por mi lado para ir al fuego y revivirlo.

—Tengo hambre —confieso.

—Voy a preparar café —comenta concentrado —en la nevera y en los muebles hay de todo, mira que es lo que te gusta y puedes cogerlo.

—Seguro que nada de lo que tengas es sano.

—No seas repelente —me acusa y es la segunda vez que me lo dice y no me gusta.

Sigo con mis fotos, es mejor centrarme en algo que no tenga que ver con él. Todo esto es muy raro y no sé como comportarme y no quiero que se dé cuenta de mis inquietudes.

—¿Quieres que te haga una foto? —susurra en mi espalda y me vuelvo a sobresaltar.

—¿Acaso sabes? —soy irónica porque es más fácil ese papel.

—Claro que sí —me quita el móvil —ven —me coge de la mano y me coloca en la parte opuesta del río —ahora haz lo que supuestamente, mejor se te da.

—Idiota.

Comienzo a posar, pero estoy tensa, me da un poco de vergüenza hacerlo con él. Es absurdo, he posado con los mejores fotógrafos de la industria y un simple fisioterapeuta hace que me sienta tímida.

—Mírame fijamente —me pide —no te muevas —lo hago —así, no dejes de mirarme —sigue haciéndome fotos mientras cambio de postura —joder, qué guapa sales.

Se recoloca y mira las fotos que ha hecho, rápidamente le quito el móvil porque me da vergüenza y no lo entiendo. Se pone a mi espalda mientras las veo bajo su presencia que lo inunda todo.

—Esta me encanta —señala, sales muy guapa.

—Gracias —es lo único que puedo decir.

—¿Quieres que te haga más?

—No, es suficiente —me doy la vuelta y no calculo que estamos tan pegados que mi frente choca con su barbilla.

Elevo la cabeza para mirarle a los ojos y me encuentro con los suyos que brillan de una manera especial, son más azules, más intensos y me da igual ya todo.

Me pongo de puntillas guardando mi móvil en el bolsillo trasero.

—Lucía —susurra cuando le rodeo el cuello con los brazos.

—Shh —le pido.

Se inclina un poco para rozar mis labios suavemente, me está tentando, ganado terreno y no hace falta, ya lo ha conquistado.

Entreabro la boca esperando su beso que, por suerte, no se hace de rogar y por fin ocurre. Sus labios están sobre los míos, su lengua invade mi boca provocando que ese cosquilleo que solo él consigue.

Me aprieto más a él mientras sus manos recorren mi espalda y se ancla en mis caderas.

Comenzamos a movernos hasta que me coloca contra un árbol, el beso se vuelve más pasional y el frío desaparece porque ahora mismo estoy ardiendo y todo este fuego lo está estimulando con un simple beso.

Bueno, de simple nada porque podría estar entre los tres mejores besos de mi vida y lo más irónico, es que esos tres puestos lo ocupan él.

—Joder —gruñe separándose para coger aire —estamos como una cabra.

—Eso tú —le pongo morritos.

—Seguro.

Me estudia y no sé qué quiere averiguar, hallar, pero me está poniendo muy nerviosa y solo se me ocurre volver a besarle para que deje de mirarme de esa forma, como si quisiera descifrarme y si se lo permito, estaré perdida.

—¿Por qué besas tan increíblemente bien? —gruño más para mí que para él —me vuelves loca y eso me saca de quicio.

—Eso es porque eres una pedante —me critica en bromas.

Le mato, literalmente, pero antes de que pueda hacer cualquier movimiento, sus manos me elevan y termino rodeándole la cintura con las piernas.

Camina conmigo en brazos hacia la autocaravana y me puedo imaginar lo que va a pasar. Mi cuerpo se reactiva por la promesa de su acto y creo que nunca en mi vida he deseado a alguien como le deseo a él.

¿Qué va a ser de mí si no se me quitan las ganas de él?

—Marcos —susurro cuando me deposita sobre la cama.

—Dime —me mira por si me echo para atrás.

—No pares —le ordeno.

—No iba a hacerlo.

Vuelve a unir nuestros labios y mis manos se detienen en su sudadera para quitárselo. Necesito piel, mejor dicho, necesito sentir su piel y nada ni nadie me va a detener en eso.

Interrumpo el beso para quitárselo por encima de la cabeza y me encuentro con una camiseta básica debajo, gruño mientras se la quito y cuando por fin puedo ver tu pecho perfecto, me inclino y le beso en el centro.

Es la primera vez que estamos así, la última vez que lo tuve encima de mí, fue rápido y no pude disfrutarle.

Mis manos se colocan sobre el botón de sus vaqueros y se lo desabrocho. Le bajo la cremallera antes de bajarle el pantalón y ver su calzoncillo.

Cojo aire al verle, ¿cómo puede estar tan bueno?

Que sea tan perfecto no me lo pone fácil.

Dejo esos pensamientos a un lado para enfrentarme a su última prenda, a esa que me separa de la zona más especial de su cuerpo. La única que sé que me hará tocar el cielo y lo estoy deseando.

—No tan rápido —me las apartas y me las coloca por encima de la cabeza y contra el colchón.

—No seas capullo —me responde con esa sonrisa.

—Estoy en desventaja —se acerca poniéndome nerviosa —tienes mucha ropa encima en comparación conmigo.

—Eso es porque soy más rápida que tú.

—O porque te morías de ganas de verme desnudo.

—No seas creído —suspiro de impaciencia —¿quieres piel?

Me libero de sus manos y me quito el jersey por encima de la cabeza revelando mi sujetador de encaje blanco.

—Vaya, juegas duro.

—Eso tú, cariño —me rozo contra su miento que ya está preparado para la acción —y encima sin enseñar piel.

—Lucía, Lucía —me mira mientras me desabrocho los vaqueros y me los bajo hasta la rodilla.

Él baja de la cama para quitarse los zapatos y así desprenderse de sus vaqueros y luego hace lo mismo conmigo. Estamos en ropa interior, sobre una cama minúscula y con muchas ganas de que esas tres prendas desaparezcan de una vez.

Acariciándome las piernas, se abre camino para colocarse entre ellas. Vuelve a la posición de antes, él sobre mí y sus manos aprisionando las mías.

Estoy a su merced y me encanta.

—Ahora voy a follarte como debí hacerlo ese día —confiesa antes de besarme.

Y menos mal que me ha besado porque ha conseguido dejarme en blanco y que ninguna frase irónica o sarcástica salga de mis labios.

Me arqueo para rozarme contra él porque siento que voy a explotar de puro deseo. Necesito que me toque, que me acaricie, que me haga lo que quiera, pero que empiece.

—Marcos —susurro.

—Shh...

Se vuelve inclinar, pero en vez de besarme de nuevo, besa mi barbilla y comienza a hacer un recorrido descendente por mi cuello y jadeo porque esa zona la tengo muy sensible.

No se detiene, continua su camino hasta llegar al centro de mis pechos, eleva un poco la mirada para conectarla con la mía antes de girarla y apresar mi pezón izquierdo entre sus dientes.

—Joder —gruño.

Sus dedos ágiles apartan el sujetador para liberar mis pechos para que pueda centrarse en esa zona. Mientras que su boca succiona y muerde uno de mis pezones, sus dedos se ocupan del otro provocando que muchas sensaciones increíbles se expandan por todo mi cuerpo.

—Podría hacer que te corras solo dedicándome a tus pezones.

—Sí, hazlo —le pido.

—No tan rápido —gruño por impaciencia —aún quiero hacerte muchas cosas antes de que te corras.

—No seas cruel —me quejo como si fuera una niña pequeña.

—Paciencia —sonríe y me impaciento.

Sus dedos se separan de mi pezón para acariciarme el estómago sin propasar el borde de mis braguitas.

Está jugando conmigo y se le da de miedo, estoy a su merced, necesito exactamente todo lo que no me está haciendo y en vez de dar un golpe sobre la mesa y comenzar a ser yo quien tome el mando, dejo que me saque de quicio y lo peor de todo, es que lo disfruto.

Disfruto la espera del deseo, saber lo que viene, pero no el cuándo. Disfruto esta placentera tortura y solo quiero que continúe.

—Si meto una mano bajo tus braguitas —dice de repente —¿qué encontraré?

—¿Por qué no lo haces y lo averiguas? —me muerdo el labio inferior para provocarle.

—Quizás lo haga —no cae en mi juego —aunque ya sé lo que me encontraré.

—¿El qué?

—Estarás tan mojada y con tantas ganas de atención que puedo meterte la polla sin necesidad de preliminares —afirma —porque ya estás preparada y ni siquiera te he tocado.

—¿Cómo puedes ser tan creído? —finjo que lo que ha dicho no es real.

—Lucía —me sonríe y me espero lo peor.

Sus dedos me bajan de golpe las braguitas exponiendo mi sexo antes sus ojos y veo el triunfo en ellos. Me abre un poco más las piernas para tener una mejor visión y miro el techo de la autocaravana porque jamás he estado tan expuesta ante él y eso me genera inseguridades.

—Eres jodidamente perfecta —gruñe.

—Marcos...

—Shh —me manda a callar.

Me impaciento porque necesito que haga algo, como ya sabe, estoy lista para que me folle como dijo que haría, pero, sin embargo, está quieto mientras yo me muero de ganas de sentirle.

—No sé por dónde empezar —indica —si con mis manos, con mi boca o con mi polla.

—Por qué no nos saltamos todo y empezamos por la tercera opción —sugiero.

—Tan impaciente como siempre —se burla.

Pero sorprendentemente, se baja de la cama y muy lentamente libera su miembro y solo puedo abrir la boca por la perfección que acabo de descubrir.

¿Existen las pollas bonitas?

Sí, porque estoy viendo una junto delante de mí.

Qué injusta la vida.

—Por una vez voy a hacerte caso porque con esa mirada has conseguido convencerme.

—¿Qué mirada? —finjo.

—Ay Lucía, eres tan expresiva que no te das cuenta.

Se agacha para coger los vaqueros y de ahí, saca un preservativo antes de recolocarse entre mis piernas.

—Y tú tan...

Pero antes de que pueda decir algo más, me penetra de una sola estocada y me agarro fuertemente a sus hombros mientras recupero la respiración.

Joder, creo que me voy a correr y ni siquiera ha hecho nada más que introducirme en mí.

Qué patética soy.

No me da margen para adaptarme a su grosor y comienza a moverse con esa decisión y dureza que tanto me gusta. Por suerte estoy tan lubricada que ni siquiera me molesta, al contrario, lo disfruto igual o más que él.

—Dios, me encanta cómo me absorbes —gruñe mirándome a los ojos.

—No pares —le pido —estoy muy cerca.

—Lo sé —afirma —tu cuerpo me lo dice.

—Seguro.

Me responde con otra estocada más dura que la anterior y yo estoy perdida con tanto placer. Solo sé que en segundos experimentaré el mejor orgasmo de mi vida, en medio de la nada y con él.

Es cierto cuando dicen que la vida da muchas vueltas, solo hay que mirarme a mí.

—Marcos.... —grito cuando me dejo llevar por el orgasmo.

Estoy completamente rota y agotada, cojo aire, pero es muy complicando cuando él continúa embistiéndome con las mismas ganas e ímpetu que del principio, consiguiendo que poco a poco crezca otro orgasmo y vuelva a suplicarle que no pare, que a pesar de que sé que me romperá en dos, necesito sentirlo.

—Me voy a correr —jadea y es lo más sexy que he visto en mi vida.

Entra con más fuerzas en mi interior y entonces ocurre y es pura fantasía. Alcanzamos el clímax a la vez y el mío es tan intenso que cada músculo de mi cuerpo tiembla de puro placer durante varios segundos después de alcanzarlo.

—Joder —no me lo creo.

—Sí, joder, —cae sobre mí sin fuerza.

Parce que para él también ha sido intenso y eso me hace sentir bien porque significa que no solo me afecta a mí esto, sino que él también lo siente y no soy la única.

—Me has dejado seco, Lucía —se aparta y se coloca a mi lado mientras se quita el condón.

Le hace un nudo y lo tira en la papelera que está al lado. La cama es tan pequeña que no cabemos los dos y tengo que colocar medio cuerpo encima del suyo para que al menos estemos cómodos.

No sé si es una excusa lo de la cama para que pueda abrazarle por el pecho como he deseado sin que él lo sepa.

Esto se me va a escapar de las manos, no puedo disfrutar tanto de su compañía ni traspasar la línea del placer con mimos. No puedo querer que él me rodee la cintura con sus fuertes manos y comience a acariciarme la espalda, ni que se gire y me dé un beso en la frente.

No puedo desear que me pegue más a su pecho y que diga alguna tontería que nos haga reír a carcajadas.

No puedo, pero, sin embargo, lo necesito y me siento mal al comprobar que no lo hace, que no me rodea la cintura ni me acaricia la espalda, que no me da un beso en la frente ni me pega más a él.

Y de repente tengo miedo, tengo miedo por toda la montaña rusa de sentimientos que no logro poner nombre.

—Estoy agotado —dice rodeándome la cintura y acariciándome lentamente la espalda.

De repente algo inexplicable invade mi estómago y entonces me doy cuenta de que son mariposas y eso es mala señal.

Me recoloca sobre su pecho para estar más cómodos y al comprobar que está haciendo todo lo que quiero, me doy cuenta de que no era algo que necesitaba, era algo de vida o muerte.

Me inclino para mirarle y solo espero que no vea en mis ojos esa lucha interna de todos los sentimientos que poco a poco estoy localizando.

Me sonríe de una forma preciosa y me da un beso en la nariz y sé que estoy acabada.

Esto no es que me gusta él.

Esto es algo más importante y profundo.

Esto es algo que acabará conmigo porque no puedo sentirlo y, sin embargo, lo siento.

<<No lo digas Lucía>>

Me aconseja mi subconsciente.

Pero no puedo ocultarlo, creo que estoy enamorada de él, de Marcos y estoy acabada.

Dieciséis

—Me encanta —dice Carla mirándose de arriba abajo.

—Podemos cambiar lo que quieras, o buscar otro modo...

—No— se da la vuelta para mirarme —es increíble.

Automáticamente; mi cuerpo deja de estar en tensión al descubrir que lo dice de verdad, que le gusta y me alegro mucho porque me he dedicado en cuerpo y alma en hacer el mejor vestido de novia que se haya diseñado jamás.

—Es precioso —afirma Carolina.

—Gracias.

Estamos en mi taller haciendo la primera prueba del vestido de novia de Carla y me siento mucho mejor al descubrir que sí le gusta.

—Tenemos que hacerle unos arreglos —me acerco a ella —cómo entallar un poco más el escote para realzar tu pecho.

—Claro, tú mandas —afirma la novia del año.

La vuelvo a analizar y recuerdo que justo en el momento que me pidió que fuera yo quien se encargase de su vestido de novia, me vino a la mente todo, como debería ser y todo lo demás. Ahora que ya puedo visualizarla con el vestido puesto, debo reconocer que he tomado la mejor decisión del mundo. Sin dudarlo ni un segundo, me decanté por el corte princesa porque su figura y su personalidad es idea para llevarlo. Aunque la confección no fue nada fácil porque utilicé un brocado de encaje, pero al verla con él encima, me doy cuenta de que mereció la pena todos los dolores de cabeza porque está preciosa.

Es un vestido ceñido que se amolda a su cuerpo, resaltando todas sus increíbles curvas. Tiene unas mangas caídas que, para mí, son muy seductoras, además, tiene un escote corazón que hace que se vea más guapa si eso posible.

—No quiero quitármelo —se queja mientras le ayudo a hacerlo.

—Pronto realizaremos la segunda prueba para comprobar que todos los retoques han quedado como deberían —explico.

—Vale —suspira mientras coge su vestido de lana y se lo pone.

—Seguramente, la próxima semana lo habré acabado

—No te preocupes —le quita importancia —eres tan increíble que sé que todo estará perfecto.

—No exageres —me río —por cierto —miro a Carolina —¿adivina qué?

—¿Qué? —frunce el ceño sin entender.

—Que tengo tu vestido listo.

—¿No? —grita abriendo los ojos de la impresión —¿es broma?

—No.

Me doy la vuelta para cogerlo y poder enseñárselo de una vez por todas. En ese caso, también me he esmerado mucho para diseñar el mejor vestido de todas las invitadas de la boda. Tiene que ser la más guapa y he puesto todo mi empeño en ello.

—Espero que te guste —saco la funda —te he sacado de tu zona de confort y he diseñado un vestido que te hará incluso más guapa.

La abro lentamente y poco a poco se ve cada detalle del vestido. Cuando consigo sacarlo del todo con cuidado, veo cómo abre los ojos de la sorpresa y no sé si eso es bueno.

—Pruébatelo.

Aun con la boca abierta, se quita poco a poco el jeans y el jersey, y se lo pone con cuidado.

—Vaya —suspira Carla —estás impresionante.

—Madre mía —me mira —esto es demasiado.

—No, si lo comparamos contigo.

Realmente está preciosa y el color que he escogido es ideal para que haga juego con su tono de piel. Es un vestido de color rosa y se amolda a cada parte de su cuerpo como si fuera una segunda piel. Sin duda, no puedo estar más orgullosa de mi trabajo porque me ha salido mejor de lo que me pensaba.

El vestido es impresionante, tiene un escote asimétrico que le hace unos pechos preciosos, pero lo que más llama la atención, es la apertura que tienen en la pierna derecha.

—Y aún falta los complementos —señala Carla —no es posible que una invitada esté más guapa que la novia.

—No exageres —niega mientras sigue analizándose frente al espejo —muchas gracias, Lucía.

—No me las des, me alegra saber que te gusta —estaba un poco preocupada porque el vestido en sí es demasiado sexy.

—¿Gustarme? —se gira —me fascina.

—Con ese vestido —le señala Carla —Marcos no se resistirá a ti.

Me tenso automáticamente al escuchar su nombre y por todos los medios, intento no volver al recuerdo del fin de semana que pasamos lejos de todos y de todo.

—¿Sabes si va a ir con alguien? —miro a Carla cuando le pregunta Carolina.

—No, viene solo —le guiña un ojo.

—Ojalá me pidiera ser su acompañante —suspira ilusionada.

Comienzo a recoger todo porque es mejor eso que seguir escuchando hablar sobre él y fingir que no me importa.

—Lucía —me llama Carla —de verdad, muchas gracias.

—Deja de decir eso.

—Es que con lo ocupada que estás con tus cosas y...

—Somos amigas y no vas a volver a casarte —la corto en broma —aunque aún estás a tiempo de no hacerlo con ese patán.

—Idiota —me abraza —Eres una buena amiga.

Ojalá fuera cierto, pero soy la peor del mundo y al menos con estos actos intentaré remediarlo.

Al terminar, salimos del taller y decidimos ir a comer algo porque están hambrientas, aunque yo únicamente quisiera emborracharme y olvidarme de este malestar que se incrementa cada vez

que la tengo cerca.

Vamos a un restaurante que se encuentra cerca del taller para no coger el coche y nos sentamos en una mesa apartada para que nadie me reconozca. Sin dudas, no estoy de humor para sacarme fotos ni entablar una mini conversación con las fans.

Para comer, pedimos varios platos para compartir, aunque realmente no tengo hambre. Lo único que me apetece es beber y olvidar.

—Pablo se une —anuncia Carla como si nada.

—¿Pero no lo ves las veinticuatro horas del día? —me burlo —haz que te eche de menos.

—Ya lo hace y por eso viene.

—¿Puede ser más cursi? —pongo los ojos en blancos.

—Son adorables —le apoya Carolina.

—Más bien vomitivos —me burlo.

El camarero viene con nuestro pedido y comenzamos a comer sin esperarle porque no sabemos cuánto tardará en llegar. Ya cuando venga, que se pida lo que quiera y se una.

—Ahí viene —sonríe como una prometida enamorada y me giro para comprobar que él tiene la misma sonrisa.

Voy a decir lo primero que se me venga a la cabeza para burlarme de ellos, pero me tenso al verle junto a su hermano.

—No dijiste nada del hermano —la regaño.

—No sabía que vendría —se justifica como si nada.

—Hola chicas —nos saluda Pablo mientras se dirige hacia Carla para darle un beso en la mejilla.

—Hola —se sienta el hermano y tengo tan mala suerte que lo hace a mi lado.

—Voy a coger una silla —indica Pablo.

Al escuchar eso, casi se lo agradezco porque es la oportunidad que tengo para que la coloque entre los dos, pero antes de que pueda echarme al máximo al lado de Carla, ella ya se ha movido para que se coloque entre nosotras, e inevitablemente, me veo obligada a moverme, pero hacía el lado contrario, hacia él.

—Gracias por esperarnos —ironiza mi enemigo.

—Que yo sepa —le miro mal —no estabas invitado.

—Pues tienes que informarte un poquito —me sonríe con esa sonrisa que tanto odio y cojo mi copa para evitar seguir peleándome con él porque sé que busca exactamente eso —¿qué tal Carolina?

—Muy bien, Marcos —mis ojos rápidamente se centran en ellos —¿y tú?

—No me puedo quejar —le guiña un ojo.

—Lo dice porque el señorito ha desaparecido del mundo durante dos días —se queja Pablo en bromas.

—¿Y eso? —se interesa Carla.

—A veces necesita reconectar —le explica Pablo y yo intento por todos los medios no pensar en esos días —por cierto, ¿qué tal?

—Estupendamente —responde como si nada —esta vez ha sido más estimulante.

—¿Has pescado más? —era decir eso o clavarle el tenedor en la mano.

—¿Y cómo sabes que pesco? —se inclina hacia mí estudiándome.

—Eeh —mierda —era una forma de hablar —improviso —así de básicos sois.

—¿Dónde sueles ir? —se interesa Carolina.

—Acampo en la orilla del río —explica —para desconectar de la rutina.

—Vaya, eso es inclínele —le sonríe y es adorable —me encanta la naturaleza.

—Ojalá todas fueran como tú.

Sonríe al escuchar ese cumplido y él le corresponde con la misma sonrisa, consiguiendo que se pone roja en segundos. Por suerte, el camarero regresa para tomarles notas y gracias a eso, puedo dejar de ver y escuchar esa conversación que no me gustaba nada.

No es justo para ella, no tengo derecho a sentirme inquieta al ver cómo hablan y saber que ella quiere hacer que él por fin la mire como mujer y no como amiga. Carolina lo vio antes, fue la primera en sentirse atraída por él y aunque yo no lo entendía en su momento, la ironía de la vida ha hecho darme cuenta de que no todo es lo que parece y que lo que antes no te gustaba, ahora sí.

Y ahora estoy en esa etapa y tengo que desprenderme de ella cuanto antes.

Como era de esperar, apenas como y solo disimulo para que nadie se dé cuenta de lo incómoda que estoy. Al estar la pareja feliz pendiente uno del otro, y yo, que no quiero hablar con nadie porque no estoy de humor, ha ocasionado que Marcos y Carolina no paren de hablar y consigan que cada vez me sienta más irritada.

—Voy al baño —me pongo de pie sin esperar que añadan algo.

Necesitaba escapar de esa situación. Llevo días intentando conectar con mis pensamientos y trazando un plan para no volver a caer en la tentación. Ya me he equivocado varías veces y quiero remediarlo, pero que se presente por sorpresa, sin al menos avisarme para mentalizarme, es el colmo.

Me miro en el espejo al entrar y cojo aire.

Tengo que ser más lista y fuerte.

¿Dónde está la Lucía fría que me hacía sentir poderosa?

Maldita la hora que me fijé en él.

Suspiro en el momento que se abre la puerta y aparece el hombre que me provoca los peores dolores de cabeza tras ella.

—El tuyo es la que no tiene la faldita —digo mirándole tras el espejo.

—Lo sé —cierra la puerta poniendo el pestillo y se apoya en ella —¿qué te pasa?

—Nada —me doy la vuelta para encararle.

—Y entonces, ¿por qué tienes esa cara?

—Es mi cara de siempre.

—¿Me estás evitando? —me estudia —desde que hemos vuelto no he sabido nada de ti.

— A ver, Marcos —me hago la dura —esos días fueron un error —empiezo diciendo —que no voy a volver a repetir —me estudia sin añadir nada, es como si supiese lo que realmente pienso y conociera mi cuerpo mejor que yo —así que olvídate de eso y haz tu vida.

—¿Y esto a qué viene? —no se inmuta.

—Ya te lo he dicho —me desespero —esto está mal —le señalo —no podemos liarnos ni acostarnos siempre que queramos, tienes que salir con otras chicas —¿por qué he dicho eso?

—¿Quieres que salga con otras chicas? —estudia mi reacción.

—Claro —miento —¿por qué no invitas a alguien a la boda?

—¿Y eso por qué?

—Porque sería un paso para dejar atrás lo que pasó —no, es un paso para joderme la vida —¿por qué no le propones a Carolina ser tu acompañante? Ella también va sola.

—¿Qué Carolina? —frunce el ceño —¿tu amiga?

—Sí —afirmo con la boca pequeña

—¿Es lo qué quieres? —da un paso hacia delante para acercarse a mí —¿qué salga con otras chicas y olvide que te follé y que disfrutaste cada vez que lo hacía?

—Es lo mejor —para mí no.

—Está bien.

Me mira por última vez y sale del baño para dejarme sola, pero más inquieta que antes de su visita.

¿Qué acabo de hacer?

Acabo de pedirle que salga con otras chicas y lo peor de todo es que lo hará ante mis ojos.

—¿En qué estaba pensando?

<<Eres idiota, encima con Carolina>>

Por primera vez estoy de acuerdo con mi subconsciente.

Soy idiota y lo peor de todo es que todavía no me había dado cuenta de eso.

Diecisiete

Los días pasan y me centro en mi trabajo y en mi nueva colección. No he vuelto a saber nada de Marcos desde la última cena que coincidí con él.

No sé qué es de su visa, qué hace, si ve a más mujeres o, sin embargo, está como yo, con dolor de cabeza, intentando por todos los medios no pensar en lo que nos pasó.

<<No seas estúpida, él estará como si nada>>

Me critica mi subconsciente y gruño porque es vedad, seguramente seguirá sonriendo y no escondiéndose como lo hago yo. Su vida es tal cual antes del desliz y mejor así porque eso significaría que las cosas vuelven a ser como antes.

Lo que sí sé a ciencia cierta es que ha ignorado mi petición de que invite a Carolina a la boda como su acompañante. Lo sé porque si fuera lo contrario ya me hubiera enterado por ella, pero aún no he recibido ese mensaje.

Me encantaría que se fijara en ella porque a diferencia de mí, ella es perfecta y merece ser feliz más que nadie.

<<Entonces por qué una parte de ti siente alivio de que no lo hiciese>>

—No siento alivio —me defiendo —¿por qué estoy hablando sola?

Me voy a volver loca.

Dejo esos pensamientos a un lado y me centro en lo que estaba haciendo antes de que mi mente se desviase a él.

No tiene que importarme nada de lo que haga, si invita a mi amiga, si sale con otras chicas porque entre nosotros no hay nada y jamás lo habrá.

Me levanto de repente porque sé que no podré continuar trabajando y necesito despejarme inmediatamente. En otras circunstancias escribiría a las chicas para salir a tomar algo, pero en estas, no puedo porque no conseguiré mi objetivo, es verlas y recordarle.

Cojo el móvil para mirar las diferentes alternativas y me encuentro con un mensaje de mi cuñada. Lo leo rápido y descubro que es una invitación a su casa para comer y aunque me encantaría ir, no puedo porque quizás coincidamos.

Lucía:
Gracias, pero estoy muy liada con el trabajo.

Le doy a enviar y antes de que pueda bloquear el iPhone, veo que escribe y me espero lo peor

porque Audrey suele ser muy insistente y quizás, un poco caprichosa.

Audrey:
No puedes decir que no.
Te lo prohíbo.

Lucía:
La próxima vez, avisa antes.

Audrey:
Por favor ven, quiero contarte una cosa.

¿QUÉÉÉ?
No estará embarazada, ¿no?
¿Un sobrino o una sobrina?, no me lo imagino, pero esa idea me encanta.
Una sobrina con nuestros rasgos tan italianos, pero con los ojos de ella, sería tan bonita y adorable que ya se me está cayendo la baba.

Lucía:
Vale pesada.

Me hago la indiferente, pero por dentro estoy dando saltos de alegría, es lo que necesitaba. Algo así para revivir mi estado de felicidad que perdí en el momento en el que nos despedimos en mi casa una vez que acabó ese maravilloso fin de semana.

Cojo el bolso y con prisas salgo de mi oficina para no perder ni un segundo. Debo reconocer que no tengo instinto maternal, ni siquiera he pensado en tener hijos porque solo me enfocaba en mi carrera profesional y dejé eso en un segundo puesto, o mejor dicho, no estaba en la lista de cosas que procesar ni pensar.

Me despido de las chicas y voy directa hacia el coche. Es la primera vez en mucho tiempo que sí tengo ganas de ver a las chicas, últimamente los remordimientos y el no saber que sentir, me ha hecho encerrarme en mí misma haciendo que no quiera verlas.

Cuando una quiere ir rápido y llegar lo antes posible, el destino juega contigo y te dificulta las cosas, pero, por el contrario, cuando quieres que todo vaya lento, entonces no ocurre.

¿Por qué tiene que haber tráfico?
No lo entiendo.

Con desesperación y con mal humor llego a la urbanización de mi hermano y aparco rápido. Menos mal que mi coche es pequeño y no tengo que buscar un aparcamiento grande.

Saludo al consejo como siempre y corriendo, sin esperar ni un segundo, entre en el ascensor.

No me lo creo, cuando mis padres se enteren gritarán de la emoción porque un bebé por fin en casa es el sueño de todo abuelo.

Llegó a su planta y salgo del ascensor recolocándome el bolso. Al estar frente la puerta, toco el timbre y no tarda mucho en abrirme Audrey, la única persona que ha hecho que mi hermano deje de ser, aunque sea durante un segundo, el mismo repelente y perfeccionista de siempre.

—Hola —saludo dándole un beso en la mejilla.

—Vaya, no has tardado —sonríe —pensaba que no llegarías hasta mucho más tarde.

—Aproveché que había terminado una cosa para venir —entro y me sigue.

No quiero decirle que me moría de ganas de que por fin me dé la noticia.

Nada más pisar un pie en la sala, me encuentro con Victoria, Martín y Marcos. Nuestros ojos chocan durante unos segundos antes de que los aparte como si no significara nada.

Me siento un poco incómoda porque suelo ser yo quien lo ignora y no al revés. Me coloco al lado de Victoria y le acaricio el vientre mientras hablamos sobre cómo lleva el embarazo.

De reojo veo como mi hermano coloca la mesa para comer y eso me indica que, efectivamente, he acertado porque él es muy protector y exagerado, y ya me da pena la pobre Audrey lo que le queda por aguantar.

Como buena hermana, me levanto y comienzo a ayudarlo para terminar antes. Miro el horno y ha preparado lasaña a la italiana, que es como deben ser siempre.

—Voy a por el vino —le señalo para que se siente en la mesa y yo elija entre su colección de vino.

Sin duda, aquí siempre hay buen vino y solo por eso merece la pena venir. Vuelvo con el vino tinto que he elegido en la mano y me siento al lado de Martín y enfrente de Marcos, vaya con mi suerte, pero hoy es un día especial.

—Ya que estamos todos —dice Audrey mientras Thiago comienza a poner una porción de lasaña en cada plato —vamos a hablar de la despedida de Carla y Pablo.

Arrugo el entrecejo porque es lo que menos me esperaba. Quizás querrá dar la noticia en el postre, así que me acomodo.

—Carolina no ha podido venir, pero le he comentado lo que habíamos pensado y le parece perfecto —me percato de que al decir su nombre, sus ojos brillan.

—A ver, sorpréndeme porque entre este patán y tú, no sé si sois los indicados —se burla Marcos.

—Idiota —le saca la lengua —hemos pensado celebrar su despedida en Formentera.

—¿Todos? —me tenso—porque lo suyo sería que lo hiciéramos por separado —no me hace mucha gracia la idea.

—Sí, obviamente, se hará por separado, pero pasar esos días juntos —señala Audrey —sería genial.

—No lo veo —¿por qué tiene que ser así?

—Vamos Lucía —hace un mohín Audrey.

—Yo no sé si podré ir —comenta Victoria tocando su abultado vientre —estoy en la recta final y no podré separarme del bebé.

—No te preocupes —le sonríe su hermana —Carla te perdonará.

—Qué cruel —se ríe —aunque sinceramente, me parece un plan increíble.

—¿Para cuándo sería? —a mí también siempre y cuando no estuvieran los chicos de por medio.

—El mes que viene, para que haya margen antes de la boda —responde Thiago.

—Vale —no puedo negarme, es mi mejor amiga y no puedo ser tan egoísta.

—Perfecto — aplaude Audrey, feliz —pensaba que sería más difícil.

—Eso es porque no eres optimista —se burla Marcos y empleo toda mi fuerza para no mirarle.

—Yo no iré —comenta Martín.

—Claro que vas a ir —le regaña su mujer.

—No.

—Sí —son iguales de necios —estaremos bien, ve, aunque solo sea a la despedida.

—No creo que ...

—Aún queda un mes para hablarlo —intercede mi hermano porque lo que menos quiere es que comience un conflicto entre ellos —ya se irá viendo —se apoya en el respaldo de la silla.

—Vale —accede Victoria —pero es tu hermana y tu mejor amigo.

Dice rápidamente y sonrío porque esa es mi chica. La comida va avanzando y ya hemos solucionado el tema de la despedida. Tienen en mente ir unos días a Formentera a disfrutar de la playa, de la compañía y obviamente, celebrar que se van a casar.

Digo todo que sí por ella, porque quiero formar parte de todos sus recuerdos felices y haré de tripas corazón.

Olvido esos pensamientos y analizo a Audrey. La veo bien, no está nerviosa y es raro porque ella es una chica que no puede disimular cuando esconde algo.

La ayudo a recoger y comienza a preparar café para todos. Yo saco unos dulces del mueble y los pongo en un plato para acompañar la bebida.

Al regresar, me siento en el sofá y solo puedo mirar su vientre.

—Audrey, ¿qué tal todo?

—Muy bien —sonríe —no me puedo quejar.

—¿Algo nuevo? —no puedo ser más descarada.

—No —coge un dulce como si nada.

—¿No tienes que contarnos algo?

—Eh —piensa, pero me mira sin entender —no.

—¿Lo único que querías contar era lo de la despedida?

—Sí.

Todas mis suposiciones, mis pensamientos, el creer que podría ser tía se van y me siento como una estúpida por permitir que una hipótesis me haga sentir de esa manera.

—Voy al servicio.

Tengo que controlarme, últimamente estoy muy sensible y haberme lanzado a esa conclusión sin paracaídas, me ha hecho daño.

Me miro en el espejo, pero cuando intento reconocerme, no me siento yo.

¿Qué estoy haciendo con mi vida?

No me entiendo, no sé cómo avanzar sin que sienta que hay algo dificultando el camino.

¿Marcos?

No, él no es el problema.

¿Entonces qué?

<<El miedo a querer es lo que te frena a avanzar>>

Se activa una alarma en mi cuerpo y antes de analizar esa frase, salgo del baño porque no puedo enfrentarme a mí misma y necesito distraerme.

—¿Estás bien? —me tenso al escuchar esa voz.

—Sí —miento descaradamente.

—¿Qué te pasa? —se apoya en la pared mientras espera una respuesta.

—¿Por qué no le has pedido a Carolina que sea tu acompañante? —no puedo con esa incertidumbre.

—¿Por qué tengo que hacer lo que me pides? —eleva una ceja.

—Porque es lo mejor.

—¿Para quién, Lucía? —da un paso hacia delante —¿para ti?

—Sí, no... —me agobio.

—Tienes que aprender a disfrutar de las pequeñas cosas —¿a qué viene eso? —tienes que hacer lo que quieras sin importar lo que el mundo piense —da el último paso y su olor inunda

mis fosas nasales y es lo que necesito para que mi cuerpo vibre —tienes que dejar de tener miedo.

Abro la boca para decir algo, que no tengo miedo, que soy feliz, que disfruto de las pequeñas cosas, pero ya me ha adelantado y entra en el baño sin dejar que me defienda.

Cogiendo aire, vuelvo al salón, pero sin olvidar sus palabras.

¿Cómo es posible que vea dentro de mí?

¿Cómo es posible que tenga ese poder?

Por suerte, nadie me presta atención y decido que es el momento de irme, no puedo enfrentarme de nuevo a su mirada, no puedo dejar que me lea.

Audrey insiste en que me quede, pero no es negociable, creía que estaba embarazada, que una vida crecía en su vientre, una vida que haría que me ilusionara de nuevo, que me hiciera sonreír de verdad, sentir un amor profundo, pero, sin embargo, todo estaba en mi mente y esa pequeña esperanza ha muerto.

Necesito recomponerme antes de romperme delante de ellos.

Mi vida va sin rumbo, sin sentido, sin...

Dejo esa frase sin acabar y salgo casi corriendo porque no sé qué hacer para sentirme viva.

<< Lánzate al caos >>

Ese caos hará daño a muchas personas y no me lo puedo permitir.

Ya en el coche suelto todo el aire y mientras arranco, me doy cuenta de que estoy perdida.

Dieciocho

—Hola —me saluda Eloi tras descolgar —¿a qué se debe tu llamada?

—Necesito un amigo —siento ser tan débil y no poder luchar con mis propios demonios.

—¿Qué pasa? —su tono de voz cambia a otro más de preocupación y me siento estúpida.

—Estoy mal —me muerdo el labio inferior porque no quiero llorar, soy más fuerte que eso.

—Ven —me pide.

—No puedo —si hubiera podido, ya estaría ahí.

—Cogeré el siguiente avión.

Y sin que pueda decirle que no, que está loco, que no puede dejar su vida por una tonta que no sabe qué hacer con la suya, me encuentro que la llamada ha finalizado y un alivio se instala en mi cuerpo porque no estaré sola.

Abro la aplicación *Safari* de mi móvil y busco información del siguiente vuelo, sale dentro de una hora y creo que sí le dará tiempo a cogerlo. Haciendo cálculos, sobre las diez y media u once estará en Madrid y lo menos que puedo hacer es ir a recogerle.

No puedo parecer una muerta viviente, voy directa al baño, pero con un sentimiento completamente diferente y me doy una ducha.

Me emociona que esté aquí, que pueda hablar con alguien y qué mejor que él.

Eloy es mi mejor amigo, alguien que no juzga, pero si escucha y da los mejores consejos del mundo sin importar que duela.

Me pongo unos jeans, un jersey fino de color beis y me calzo los tenis para estar más cómoda.

Me peino y dejo que la humedad del pelo se seque solo y por último, para arreglar mi cara, me pongo un poco de maquillaje para darle un poco de color y me siento mucho mejor cuando me veo en el espejo.

Cojo el móvil y descubro que me envió un mensaje, lo leo rápido y suspiro al confirmar que está embarcando y que en poco menos de una hora lo tendré aquí, en Madrid, a mi lado y eso me reconforta.

Cojo la chaqueta y me la pongo antes de salir de casa. Guardo el móvil en mi bolso y es la primera vez en mi vida que voy a llegar antes.

Le dejé un mensaje informándole que iré a recogerle por si no me ve y se va.

El camino hacia el aeropuerto lo hago sin prisas porque aún tengo de sobra para llegar. No me puedo creer que haga esto por mí y no me lo merezco.

¿Yo lo haría si me necesitara?

Definitivamente, sí.

Dejo el coche en el parking del aeropuerto y entro. El ruido me distrae y miro cada dos por tres el reloj deseando que ya llegue. En el panel veo que su avión ha aterrizado y me preparo para verlos en unos minutos.

Quince minutos después aparece con una mochila colgada en sus hombros y dejándome llevar por lo que siento, corro hacia él para abrazarle.

—Vaya —sonríe —sí que estás mal.

—Me alegro de que estés aquí.

—Y yo Lu —se separa para mirar mis ojos —anda, vámonos antes de que alguien te reconozca y salgamos en las revistas.

Hago un mohín y caminamos en dirección al parking.

—¿Qué te apetece cenar? —le miro de reojo mientras conduzco.

—Lo que tú quieras —le quita importancia.

—¿Sushi?

—Claro.

—Gracias por venir —no puedo decir esas palabras mirándole a los ojos.

—Somos amigos —sentencia —voy a estar siempre que me necesites.

—Gracias —me siento vulnerable y no me reconozco.

¿Dónde está la mujer de hielo que nada le traspasaba el corazón?

Aparco en un hueco que encuentro, ya que por supuesto le he llevado a mi restaurante favorito de Madrid.

Nos sentamos en una mesa en la terraza para que nos dé un poco el aire y el camarero se acerca para tomarnos notas. Pedimos un poco de todo y para beber, agua.

—¿Qué te pasa? —directo al grano.

—Me siento perdida —confieso —no sé qué me pasa —espero a que añada algo, pero no lo hace —siento que las cosas que deberían hacerme feliz, no lo hace y, sin embargo...

—Y, sin embargo, ¿qué?

—Y, sin embargo, ir a un simple lago, me ha llenado como nada...

—Es por él.

—No —niego, no puede ser por él.

—¿Cuándo tiempo necesitas para negarlo?

—No puedo —no puedo abrirme —no puedo dejar que él sea importante para mí.

—Lucía —me coge de la mano —deja de mirar a otro lado y sé valiente.

—No es por valentía, no es por miedo —me cabreo al recordar las palabras que me dijo Marcos en casa de Audrey —es por lealtad.

—No has matado a nadie.

—Pero voy a hacer daño a mi mejor amiga —joder —no puedo decir, hola, me he follado al chico que te gusta —suspiro.

—No es solo follar —se calla cuando viene el camarero con nuestras botellas de agua —es más.

—No lo es —me niego.

—Te puedo llevar a millones de lagos más especiales, pero tú no te vas a sentir ni un por ciento de lo que sentiste con él.

—Eloi...

—Tienes que luchar por lo que te hace feliz.

—No cuando voy a hacer daño.

—¿Y tú qué sabes? —dice rudo —¿lo has hablado con ella?, ¿te has sincerado? —me bloqueo

—¿le has dicho que lo has intentado, pero el corazón va por libre y que a pesar de que no lo has buscado, que no has querido, has caído?

—No —susurro.

—Es tu amiga, ella sabe que tú no harías nada que la pueda hacer daño.

—Pero no puedo perder una amiga por sexo.

—Engañarte todo lo que quieras Lu, pero esto no es solo sexo.

—No sé qué hacer.

—Déjate llevar.

—No puedo —¿yo llevar? Imposible —le dije que invitara a Carolina para ser su acompáñate, pero no lo ha hecho.

—¿Y qué esperabas?

La comida llega, aunque mi apetito se ha cerrado.

—Que lo hicieras.

—Como se nota que no sabes nada de los hombres —gruño —él no es uno de esos tontos que harían todo lo que pides, es un hombre con personalidad y no va a hacer lo que una niña miedica diga.

—No soy una niña.

—Pero si miedica —me sonríe y he caído.

—Tengo miedo—confieso —siento que es un error y no quiero equivocarme.

—Los sentimientos nunca son un error.

—¿Quién eres?

—Solo una persona que se preocupa por ti y le molesta que no luches por lo que te hace feliz.

—Él...

—No lo digas, no me mientas.

Me callo y comenzamos a cenar, ¿y si tiene razón?, ¿y si estoy negando lo inevitable?, ¿y si no soy capaz de ser sincera conmigo misma?

—Si no es, al menos lo habrás vivido y no te quedarás con la duda de lo que pudo ser.

—Pero es Marcos, nos hemos criado juntos, no...

—¿Y qué que sea él? —me mira con sus ojos verdes —es la única persona que te hace sentir especial.

Contra eso, no puedo decir nada porque, aunque no quiera, es verdad, él es...

—¿Qué hago?

—Háblalo con él, sincérate y deja que él también pueda hacerlo.

—Joder.

—Eso también —me guiña un ojo y me hace reír —esto es lo que vamos a hacer, terminaremos de cenar, luego te voy a acercar a su casa y me iré.

—No pienso hacer eso —me rindo —además, has venido por mí y no pienso dejarte solo.

—Sobreviviré.

—No.

—Sí —afirma mientras bebe un poco de agua —y si quieres que te recoja, lo haré.

—Eloi.

—No seas niña.

—No los soy.

—Demuéstralo.

Y es lo que necesito para lanzarme a su desafío e ir por lo que siento. Tengo que hablar con él, tengo que sincerarme y saber que es lo que siente él, si también me necesita, si también se

sienta único y especial cuando está a mi lado, si también quiere esto y...

Tengo que cerrar este asunto y luego veré como puedo arreglar lo que se avecina con Carolina.

Porque es cierto, tengo que dejarme llevar y hacer caso a lo que mi corazón gritaba e ignoraba.

Le deseo, me hace vibrar y tengo que descubrir hasta donde pueden llegar estas sensaciones tan increíbles.

Tengo que averiguar si es una aventura o algo más serio.

Tengo que dejar de tener miedo a sentir.

Diecinueve

Aparco frente su portal y ahora mismo estoy arrepentida de haberle hecho caso a Eloi. No puedo ir a su casa, no estoy preparada para eso.

¿Para qué voy a ir? ¿Qué le voy a decir?

Ni yo misma sé qué decir ni qué sentir.

—Baja —ordena mi amigo mientras abre la puerta y sale del Fiat sin mirarme.

Lo rodea y se coloca en la puerta del conductor, esperando que yo también abra y salga como él hizo.

—Vamos —toca la ventanilla, pero le ignoro —Lucía.

—Te odio.

Abro la puerta finalmente y salgo fingiendo que todo va bien, que no me muero de nervios y que controlo la situación. Él me ignora y le miro mal mientras veo como comienza a recolocar el asiento del conductor para que pueda subir e irse de una vez por todas.

Es tan grande que es gracioso ver como intenta ponerse cómodo y no conseguirlo.

—La próxima vez alquilo un coche —gruñe y enciende el motor.

—Eloi —todas mis dudas salen a la luz —es mejor que vuelva a casa y ya mañana vemos que hago.

—Adiós.

Sin poder añadir nada más desaparece en apenas dos minutos y me quedo como una imbécil parada en la acera sin saber qué hacer.

—Joder, soy yo, Lucía, la que puede con esto y con todo lo que se venga.

Recomponiéndome, camino hacia la puerta y antes de tocar el telefonillo de su casa para que me abra, el conserje me ve y al instante me reconoce.

Me abre la puerta y me deja pasar. Le sonrío con seguridad y finjo que no me temblara las piernas mientras paso por su lado y camino hacia el ascensor. Le doy al botón y por suerte no está en mi planta y espero a que llegue.

Rezo para que tarde una eternidad, pero por desgracia, solo tarda segundos y termino subida en él maldiciendo mi suerte.

—Puedes, tú puedes.

Me autoconvenzo una y mil veces antes de salir de estas cuatro paredes e ir hacia su puerta y acabar con todo esto de una vez por todas.

Sin meditarlo porque, toco la puerta y ya no puedo hacer nada. Cojo aire mentalizándome que

es lo correcto, pero aún necesito tiempo para convencerme.

La puerta se abre de repente y aparece Marcos con un chándal gris básico y el pelo húmedo tras darse una ducha.

Imaginarme a Marcos en la ducha es una mala idea, porque hace que me arrepienta de no haber venido antes y así compartirla.

Ese pensamiento me enfada porque no es el momento de imaginarse eso y, sin embargo, lo hago y todo es por su culpa.

—¿Qué coño haces? —le empujo y entro en su casa echando humo por la boca.

Me planto en el centro del salón hasta que él aparece y me mira sin entender nada. Como si no comprendiera todo lo que ha provocado en mi vida desde que sus manos tocaron mi cuerpo.

Desde ese día, siento que ya no me pertenece y que solo le quieren a él. Le llama, le grita, le suplica y no sé qué hacer para frenar esta locura que lleva su nombre.

—¿Qué he hecho? —dice con pesar, como si me hubiera tirado de la coleta, como cuando éramos niños.

—¿Es qué no lo sabes? —le acuso y me cabreo.

Yo volviéndome loca por lo que me hace sentir y él como si nada, sin remordimientos ni culpa.

—No, Lucía—su voz tiene un toque de cansancio y me muerdo el labio inferior mientras le analizo.

Le veo bien, no parece que esté agotado, es más, es como si fuera todo lo contrario. Se le ve activo y descansado.

¿Entonces por qué ese tono?

Y sin tener que analizarle con más tiempo, lo descubro.

Sus ojos ya no brillan como antes y me siento mal por suponer que soy yo la culpable de habérselo apagado e instintivamente, me doy cuenta de que daría lo que fuera para poder despertar de nuevo la chispa en su mirada.

¿Y la sonrisa?

¿Dónde está?

Jamás pensé que echaría de menos la única cosa que me sacaba de quicio.

—Joder —suspiro y me siento en su sofá para digerir esa oleada de sentimientos.

—Lucía —me llama —¿para qué has venido?

—No sé qué me pasa contigo —confieso y odio hacerlo con vulnerabilidad —estoy confundida.

—¿Confundida? —pregunta sin emoción.

—Sí —suspiro—te echo de menos.

¿He dicho yo eso?

—Lucía, no puede venir a mi casa, a estas horas de la noche, a decirme que me echas de menos cuando me has estado evitado durante estas semanas y me has ordenado que vaya con otra mujer a la boda de mi hermano —¿está cabreado? —¿a qué estás jugando?

—A nada —contengo el grito de frustración —eres tú —le acuso, así de valiente soy —que te has metido —me toco la cabeza para darle más énfasis —aquí y no sales —aseguro —no me dejas y te he estado evitando porque es la única manera que tengo de no lanzarme a tus brazos y suplicar atención, que me toques, que me beses y que me hagas olvidar del mundo porque solo me centro en ti —termino susurrando esas palabras porque ni yo misma he analizado lo que me pasa, ha sido más fácil autoengañarme e ignorar todo esto.

—¿Y entonces por qué me alejas?

—¿Es qué no lo ves? —le miro suplicando —somos amigos, esto no está bien...

—¿Amigos? —gruñe —te comportas como si me odiaras.

—No te odio —frunzo el ceño —me sacas de quicio —reconozco —porque siempre has tenido esa habilidad en mí, pero no te odio —me pongo de pie y me acerco a él, despacio para que pueda rechazar mi cercanía —contigo me siento a salvo.

—No soy tu salvador —¿por qué es tan borde? —esto no es un juego —sentencia —no es un capricho, Lucía —quiero decir algo, pero dejo que acabe —no es ahora bésame, fóllame y mañana me vuelves a ignorar y a obligarme que esté con otra mujer —aparto la mirada porque no puedo enfrentarme a la suya, no cuando me mira de esa forma tan fría, ya que no estoy acostumbrada a esa reacción en él.

—Marcos... —hago un mohín.

—¿Es qué no entiendes que todo esto es complicado?

—¿En serio me lo dices? —elevo un poco la voz y saco la Lucía cabreada —Claro que lo sé, joder, por eso he evitado por todos los medios que me gustes.

Me tapo la boca rápidamente porque lo he reconocido en voz alta y en su presencia. Le miro a los ojos con nervios y en los suyos veo como pasan un millón de emociones, pero es tan rápido que no logro poner nombre a ninguna de ellas.

—Te gusto, pero me tratas como si fuera la última persona del mundo con la que quieras pasar tiempo.

—Te lo acabo de explicar, te evitaba porque...

—¿A qué has venido? —me interrumpe agotado, no me lo va a poner fácil y esta faceta de él no sé cómo manejarla.

—Vine a hablar contigo —logro decir.

—Ya has dicho que me echas de menos.

—No seas así.

Me levanto y doy varios paso hacia delante hasta pararme justo enfrente suya, a pocos centímetros de distancia.

Que bien huele, cierro los ojos y aspiro su olor, pero al abrirlo, veo como a él no le afecta mi presencia ni un poquito.

—¿Por qué estás así de frío?

—Porque no te entiendo y no me voy a esforzar.

—Marcos —elevo la mano y con miedo a que me rechace, le acaricio la mejilla y me deja a hacerlo, pero eso sí, su mirada no cambia —sabes como soy, no seas tan duro conmigo.

—No, estoy cansado de ceder y que tú luego actúes como si nada, que no te sientes conmigo para hablar sobre esto, que no tiene nombre porque tú no dejas que lo averigüemos —da un paso hacia atrás y mi mano cae al no poder tocarle.

—Joder —gruño —no seas tan capullo —le critico —te estoy diciendo que no es fácil esto, lo de dejarse llevar cuando es contigo, ¿es qué no lo entiendes?

—Claro qué lo entiendo —afirma decidido — ¿o te crees qué no he pensado que Thiago me contaría los huevos cuando se entere de que he tocado a su hermana pequeña? —suelta —mierda —maldice —suena absurdo, ¿pero sabes qué? —niego con la cabeza —te entiendo, pero no dejo que eso me frene y ahora mismo estoy cansado y no quiero tratar este tema cuando ya no importa.

—¿Ya no importa? —directa a mi orgullo —es decir... —sin que lo vea venir, reduzco la distancia que nos separa y le rodeo los hombros con mis manos —si estoy así de cerca, no sientes nada, ¿no? —susurro sensual contra sus labios mientras mis pechos rozan el suyo.

—Lo que digo, Lucía—no me aparta, pero parece que no funciona mi táctica —es que si entras —mi cuerpo tiembla antes sus ojos porque son imparables —no podrás salir.

—¿Qué significa eso?

—Que no pienso permitir que decidas cuando sí me deseas, me quieras cerca o, por el contrario, cuando no quieras ni mirarme —sentencia letal —yo tampoco entiendo todo esto, lo que nos está pasando, por qué nos sentimos atraídos, pero no me escondo, asumo las consecuencias y dejo que esto fluya y que vaya hasta donde deberías llegar.

—Marcos...

—Si no te subes a este banco, es mejor que salgas y dejemos que esto se nos pase, pero tú por tu camino y yo por....

No espero hasta que termine esa frase que sé que no me gustará y actúo por impulso. Le beso como debería haberle besado durante estas semanas, que no nos hemos visto, porque le evitaba y para ser sincera, porque sus labios me llamaban.

—¿Esto es un sí? —se separa unos milímetros y acepto sin dudar porque ahora que estoy en sus brazos, me siento completa.

Lentamente, roza su nariz contra la mía y cierro los ojos y reconozco que es el gesto más bonito que han hecho por mí y me da miedo lo desconocido.

Sus labios rozan los míos y sus dientes captan mi labio inferior y tiran de él. Gimo expectante y necesito que continúe porque ha conseguido que con solo utilizar una parte de su cuerpo, me active y desee más, mucho más.

—Marcos...

—Shh.

Abro los ojos y por fin me encuentro con esos que brillan tanto que llena mi corazón. Es tan especial que logra que yo también me sienta un poco así.

Me coge en brazos como si fuera una princesa y me sonríe mientras camina en dirección a su habitación. Me tiene hipnotizada, completamente entregada y un poco tímida porque no sé a donde llegará esto, pero lo que tengo claro es que ya me ocuparé de esta conversación mañana.

Me deposita con toda la ternura del mundo sobre su cama y me mira desde su posición. Me siento cohibida, tímida y un poco avergonzada, pero me olvido de eso cuando se inclina encima de mí y le hago hueco entre mis piernas.

Ninguno de los dos se complica y no hablamos. Solo queremos sentirnos, recuperar todas las noches que, por tonta, dejé escapar y no poder disfrutar de él.

Su sonrisa vuelve a hacer acto de presencia y me espero lo peor. Se inclina hacia delante y cierro los ojos para recibir un beso que nunca llega. Frunzo el ceño y abro un ojo para descubrir que ha pasado y me encuentro con su sonrisa y bufo.

No sé a qué está jugando, ¿cómo puede tener tanta contención cuando yo estoy ardiendo como si estuviera en el infierno?

—No sé si te merece que te bese —indica como si nada, como si no comprendiera lo que significa esas ocho palabras.

—No juegues —le miro mal.

—No lo hago, estoy meditando las opciones.

—¿Y cuáles son? —¿por qué tenemos esta conversación en vez de estar besándonos como dos desesperados?

—Uno, olvidarme de tus actos y follarte cómo nunca, o...

—¿O? —me espero lo peor.

—O ignorar lo que tu cuerpo pide a grito.

—No seas capullo —elevo las caderas para indicarle que se quite de encima.

—¿No te gusta la segunda opción?

—No me gustas tú— su sonrisa se amplía y bufo, ¿en serio me gusta este hombre? —¿podemos olvidar que he venido?

—No —sentencia —pero si me pides perdón, puedo olvidar todo lo que me has hecho.

—¿Pedirte perdón? —idiota —sigue soñando.

—Qué sexi te pones cuando te cabreas —se burla y me da un pico rápido —es tan fácil sacarte de quicio.

—No me digas —no quiero ceder y demostrar que este registro me pone nerviosa, pero es inevitable cuando dos luceros te miran como si fueras una de las siete maravillas del mundo y sus labios están a pocos centímetros de los míos.

—Llevas mucha ropa puesta y no tengo fácil acceso —indica.

—¿Entonces te quedas con la primera opción?

—Estás sobre mi cama, tienes que jugar muy mal tus cartas para impedir que yo te folle.

Me quedo muda y dejo que muy, pero que muy lentamente, se deshaga de mi ropa hasta que me deja completamente desnuda.

—¿Has estado con otro hombre? —no me espero para nada esa pregunta y más cuando su expresión es suave.

—¿Y tú con otras mujeres?

—¿Celosa? —sonríe.

—Obviamente, no —¡¡¡SÍÍÍ!!!, claro que sí.

Me entra náuseas al imaginar que él ha estado con otra mujer desde la primera vez que nos besamos. No éramos nada, no somos nada, pero lo sentiría como si fuera una traición.

—No —niega.

—¿No, qué?

—No he estado con ninguna mujer, Lucía.

Y sé que no miente porque sus ojos son los más sinceros de este mundo. Me elevo un poco hacia delante para poder besarle y terminar esta tortura de una vez por todas.

—Yo tampoco —me sincero —desde que estuve en tu clínica, no he hecho nada con nadie.

—No pasa nada —me besa en el cuello y tiemblo porque es una parte sensible de mi cuerpo —pero en algunas noches, cuando el sueño no me vencía, me preguntaba si tú estabas con alguien más, mientras que yo solo puedo pensar en ti.

—Me pasó lo mismo —mi lengua tiene autonomía propia, ¿o son sus besos los que hacen que la tenga? —me imaginaba una y otra vez que tú estabas con otra mientras yo te maldecía por no poder sacarte de mi mente.

—¿Maldecías, no? —se burla.

Pero dejamos las palabras a un lado y nos dedicamos a expresarlo con caricias, besos y miradas. Para contarnos que estas últimas semanas han sido desesperante porque por mi culpa, al no permitir que nos dejemos llevar y disfrutar de estos pequeños momentos que son mágicos y únicos.

No puedo seguir engañándome, esto es lo que quiero y solo tengo que dejar que las cosas vayan por este camino, por el camino de ser uno mismo y fiel a lo que se siente.

Lo tengo claro, hablaré con él y dejaré algunas cosas claras, pero sobre todo, lo que tengo decidido es que cuando sienta que esto es real y esté segura, se lo contaré a Carolina porque no es justo que hago todo esto a sus espaldas.

Seré valiente y asumiré todas las consecuencias.

Dejo de darle vueltas a estos pensamientos cuando siento como su miembro lentamente me penetra y gimo de puro placer, pero cuando lo hace con tanto imperio y ganas, dejo que el placer se lo lleve todo hasta que acaba conmigo completamente saciada.

No sé como he podido vivir sin sentir esta electricidad recorriendo mi cuerpo. Es como si él eliminara todo mi pasado, como si sus besos borraran los anteriores, como si sus manos me marcaran como suya y su mirada confirmara que este es el camino a seguir y que todo saldrá bien.

Suspiro cerrando los ojos mientras me acomodo sobre su cuerpo y poco a poco, el sueño me vence y es la primera vez en mucho tiempo que no necesito utilizar algún método como contar ovejas para conseguirlo.

Veinte

El olor a café me despierta y aunque evito por todos los medios abrir los ojos, no lo consigo y termino haciéndolo.

Suspirando, miro a mi alrededor y entonces me acuerdo de todo. Estoy en casa de Marcos y más concretamente en su habitación.

Me giro hacia el otro lado de la cama y descubro que se encuentra vacía. No me siento mal, no me siento incómoda, así que ruedo y me acurruco en su lado que huele a él.

Su olor se va a convertir en un vicio para mí.

Con resignación, salgo de la cama porque quiero verle, pero antes me voy a dar una ducha rápida para estar presentable.

De su armario saco un pijama y unos slips y voy al baño sin perder ni un segundo. Es como si me cronometraran para terminar lo más rápido posible porque si no, muero y es lo que hago. Me ducho en pocos minutos y me enredo con una toalla mientras salgo de la ducha y mojo todo el suelo.

Frente al espejo, me miro y me siento diferente; mis ojos tan oscuro y simples, ahora brillan, mis mejillas pálidas y sin más, tienen color y sé quién es el causante de que haya cambiado, y esa persona está en la cocina.

Con otra toalla quito el exceso de agua de mi pelo y me lo peino sin importar que no me haya echado mis acondicionadores ni mis aceites para su cuidado.

Me quito la toalla y me pongo sus slips y la parte de arriba del pijama que ya me cubre lo suficiente.

Abro los cajones del mueble y encuentro un cepillo de diente nuevo y lo uso sin dudar. Puedo vivir sin maquillaje, sin acondicionadores, pero no sin cepillo de dientes.

Me enjuago la boca al terminar y ya estoy preparada para enfrentarme a él, a un nuevo día y a dejarme fluir.

Con decisión, salgo y camino hacia la cocina. Al entrar, me apoyo en el marco de la puerta y le observo. Está de espaldas a mí preparando el desayuno y le miro con una sonrisa.

Me encantaría acercarme a él, abrazarle por la espalda y darle un beso en el cuello, pero no me atrevo.

—Buenos días —logro decir.

—Hola —se gira y me sonríe —estoy preparando el desayuno.

—Claro —me acerco y tomo asiento en la isla, frente a él —diría, ¿te ayudo?, pero para qué voy a mentir, no sé cocinar.

—Me lo imaginaba —me apoyo sobre la isla y le miro sin cansarme.

Lleva un pijama básico, pero le queda genial y solo pienso en quitárselo.

¿Dónde he sacado esos pensamientos tan subiditos de tono?

Antes de él era una mujer activa, pero no me moría por el sexo.

<< Eso era antes de estar con Marcos >>

Sentencia mi yo interior y en esta ocasión no se lo discuto porque tiene razón. Marcos es el único hombre que me hace sentir.

Soy una persona más bien fría, pero con él siento que me estoy derritiendo y poco a poco estoy sabiendo como soy realmente.

Soy fría, sí, pero con todos menos con él.

Con Marcos soy vulnerable y miedica porque si no fuera así, no estaría sentada mirándole cuando realmente quiero abrazarle.

Odio ser así, me gustaría ser más lanzada y más decidida, pero, ¿acaso me da miedo?

Sí, me da miedo exponerme tanto y que él me rechace.

—Un minuto y listo.

—Claro.

Me muerdo el labio inferior enfadada conmigo misma por ser tan imbécil.

—¿Me acercas dos platos? —pregunta.

—Claro —me pongo de pie y voy hacia el armario para hacer lo que me ha pedido.

Me acerco y le paso los platos.

—Gracias —se inclina y me da un beso en la mejilla.

Sonrío de verdad y antes de que se aparte del todo, le cojo de la mejilla y le doy un beso en la boca. No sé por qué he tenido tanto miedo de expresarme cuando ambos queremos lo mismo.

—¿Y esto? —sonríe y mi corazón se activa.

—¿No puedo besarle? —hago una caída de ojos sensual.

—Claro que sí —aparta su mirada de mí y se centra en los huevos —joder, se me van a quemar.

Me río y me coloco detrás de él para abrazarle como quise hacer desde el principio. Apoyo mi mejilla en el centro de su espalda y cojo aire.

Dios, podría quedarme a vivir en este momento, en esta sensación, en esta calma.

—El desayuno está listo.

Se da la vuelta sin separar mis manos de él y estamos frente a frente. Elevo la cabeza para poder mirarle y me encuentro con esa parte de él que antes me sacaba de quicio y que ahora me vuelve loca.

Sus manos rodean mi mejilla y me la acaricia.

—¿Cómo no me he dado cuenta de lo preciosa que eres?

Hago un mohín infantil, sí, infantil porque él me saca ese lado que no sabía ni que existía, pero ahora sé que estaba dormida hasta que apareciera la persona indicada.

—A diferencia de ti.

—Oye —me pellizca el trasero y me quejo.

—Qué bruto eres —me pongo de puntillas y rozo su nariz con la mía —quieres que te bese.

—Qué creída —se burla acercando sus labios sobres los míos —pero hay que desayunar antes de que se enfríe —cierro los ojos y entre abro la boca esperando su beso —pequeña Bianchi —susurra y se aparta.

¿Qué?

Frunzo el ceño mientras coloca todo sobre la isla para desayunar cuando yo solo quiero

comerle la boca. Tomo asiento e intento disimular mi malestar, pero él, al contrario de mí, está con esa sonrisa que tanto odio.

<< ¿No decías que te encantaba? >>

Lo retiro todo y me centro en lo que preparó porque estoy hambrienta y al menos voy a comer algo. Poco a poco el enfado se me pasa al darme cuenta de que se ha currado el desayuno. Hay de todo; café, zumo natural, una ensalada de frutas, huevos revueltos, pan tostado, algunas bollerías, queso y yogur de diferentes clases.

—Gracias —le agradezco mientras me lleno una taza de café —no tendría que haberte molestado.

—No quería que echaras de menos el desayuno de tu casa —dice sin más y le miro fijamente.

—Con el café era suficiente —es tan mono, sabe que en mi casa los desayunos son increíbles y se ha esforzado para que no desee estar en ella.

Pero lo que no sabe, es que si no me hubiera preparado nada, también hubiera querido estar en su casa, a su lado, porque es lo que necesito.

—Aun así, gracias —me vuelvo a inclinar y le doy un beso en la mejilla como agradecimiento.

—Pues vamos a desayunar.

—Claro.

Me pongo un poco de la ensalada de frutas en el plato y me la como sin abrir la boca. Él se prepara una tostada con un poco de huevos revueltos, queso y tomate natural.

Qué rico.

Decido prepararme lo mismo y me lleno un vaso de zumo natural porque no quiero que sobre nada. Se ha esforzado mucho y si tengo que comer diez veces lo que yo desayuno normalmente, lo haré.

—¿Tenías algún plan para hoy? —pregunto antes de morder la tostada.

—Sí, quedé con los chicos para comer —finjo que no me importa porque yo quería pasar el día con él —pero les diré que no me encuentro bien y si tú no tienes nada que hacer...

—No —sonrío —llamaré a Eloi porque está en mi casa y...

—¿En tu casa? —frunce el ceño sin entender.

—Ayer vino de Bilbao porque me sentía mal por todo lo que estaba sintiendo y me dijo lo que necesitaba escuchar —me sincero —y aquí estoy.

—¿Y qué te dijo?

—Que dejara de buscar pretextos y que hiciera lo que sentía —no dice nada y tengo miedo de que le moleste lo de Eloi —tenías razón —afirmo —tenía miedo a esto.

—¿Ya no lo tienes?

—No, tengo que aprender que no siempre ocurre las cosas como uno planea y que, a veces, hay que dejarse llevar por lo desconocido.

Me estoy desnudando ante él y siento que cada capa de la Lucía que construir para evitar que me hicieran daño se van desapareciendo y a pesar de que ya no tengo ese escudo, no tengo miedo.

—¿En qué piensas? —me atrevo a preguntar.

—En que siempre vi lo especial que eras y aquí estás, delante de mí, abriéndote y no podría estar más orgulloso de ti.

—¿Por qué? —quería parecer segura, pero mi voz ha sido un susurro débil.

—Porque siempre ibas con esa actitud de todopoderosa, como si estuvieras por encima del bien y del mal, pero yo sabía que en el fondo solo era un escudo para que no te hicieran daño y...

¿Cómo puede ser capaz de leerme tan bien?

—¿Y qué?

—Que ahora entiendo por qué me gustas tanto —sentencia —porque eres increíble.

—No exageres —me pongo nerviosa porque no sé cómo digerir ese cumplido.

—Lo eres —se inclina hacia delante para que nuestros ojos estén a la misma altura —que nadie te haga creer lo contrario, eres preciosa, lista, fuerte y la mujer más especial que conozco.

—Marcos... —no sé qué decir.

—Vamos a terminar de desayunar, anda.

Vuelve el Marcos de siempre y mi cuerpo se relaja. Sorprendentemente, sigo desayunando después de esa confesión que ha tocado mi corazón, pero no es el momento de analizar cada palabra.

Apartamos todos los temas serios y hablamos de nuestras rutinas y a pesar de que no soy una mujer que se ría mucho, con él lo hago porque es muy gracioso.

Ahora entiendo a mi cuñada, Marcos es increíble y siento que he desaprovechado años con prejuicios.

Terminamos de desayunar y le ayudo a recoger, es lo menos que puedo hacer después de que él preparara este manjar. Lo hacemos con sonrisas, miradas y rozándonos cada dos por tres porque necesitamos tocarnos, aunque sea sutilmente.

Al terminar, vamos al salón y cojo mi móvil para dejarle un mensaje a Eloi. Como está en línea, prefiero llamarle, es lo menos que puedo hacer después de que él cogiera un avión para decirme lo imbécil que estaba siendo.

—Voy a hacer una llamada —indico.

—Claro —dice como si nada.

Marco su número y me coloco en la ventana para ver las calles de Madrid. Me da igual que Marcos esté a mi espalda mientras hablo con Eloi, ya que no hay nada que ocultar.

—Buenos días —saluda divertido —pensaba que a estas horas no te acordarías de mi nombre.

—¿Qué tal, Eloi? —sonrío porque sé por donde va.

—Bien, ¿y tú?

—Genial —susurro para que no me escuche.

—Me alegro, Lu —se pone serio —te lo mereces.

—Siento no...

—Cállate —me corta.

—¿Quieres que vaya a casa y pase el día contigo?

—No.

—Eloi...

—Voy a aprovechar para trabajar, tú disfruta y no te acuerdes de mí.

—No soy tan mala amiga.

—Lo sé, pero quiero que lo seas.

—Qué imbécil.

—Disfruta Lu.

Antes de que pueda añadir nada más, cuelga la llamada y suspiro. Me doy la vuelta y miro al hombre que ha conseguido que mi vida haya dado un giro de ciento ochenta grados y me acerco con una sonrisa.

—Marcos... —susurro.

—Pequeña Bianchi.

Me mira con ese brillo especial en los ojos y se recoloca en el sofá como si fuera el rey del mundo. Ambos sabemos lo que va a ocurrir y me muro de ganas de que pase.

Sin añadir nada más, me coloco sobre él a horcajadas y le beso.

No es un beso cualquier, no es de los que dicen, hola, ¿qué tal?, sino todo lo contrario, es de los que te dicen, quiero follarte hasta que el mundo acabe.

Nos desnudamos sin que nuestros labios se separen. Tenemos hacer malabares, pero tenemos una misión y no pensamos fallar.

Sus manos me agarran con fuerza del trasero para pegarme a su miembro que ya está duro. Mi cuerpo grita que se introduzca en mí, o mejor dicho, necesita que lo haga, pero me ignora.

—Joder, me vuelves loco —me roza contra él y suspiro.

—Tú sí que me vuelves loca.

Sonríe y antes de que lo vea venir, se pone de pie y me tumba sobre el sofá con él entre mis piernas.

—No hay nada más sexi que tú con mi ropa interior.

—Tú sí que eres sexi.

Elevo la cintura y me rozo contra él de nuevo, solo quiero que se quite el calzoncillo y de paso, que me lo quite a mí y todos felices.

—Fóllame —le pido.

—No, Lucía —me mira serio —voy a hacerte el amor.

Y ese es mi caos porque en la vida nadie me hizo el amor y mi cuerpo tiembla de miedo, de expectación y ganas de que él sea el primero en hacerlo.

No sé en qué momento entró el amor en nuestra relación, pero suena tan bien entre sus labios que siento que voy a morir si no me lo hace, a pensar que no sé lo que es.

Solo he follado, aunque no he disfrutado del verdadero sexo hasta que no lo probé con él y ahora quiere hacerme el amor y no sé como mi cuerpo y mente lo digerirá, pero si abro esa puerta, no habrá marcha atrás y mi adicción a él será de por vida.

Será como un tatuaje, de aquellos que te haces con quince años sin pensar y a los veinte te arrepientes, pero como no hay macha atrás, aprendes a vivir con eso e intentas aceptarlo.

—Marcos... —suspiro cuando su boca llena uno de mis pechos.

—Shh.

—Tengo miedo —reconozco cerrando los ojos.

—Dime que pare y lo haré —asegura.

—No quiero que pares, pero...

—Tranquila, para mí también es la primera vez.

Abro los ojos de golpe y me encuentro con esa sonrisa que afirma que todo irá bien y la creo ciegamente.

Me elevo un poco para besarle y es un beso totalmente diferente, en él hay sentimientos verdaderos, sentimientos que aún no le he puesto nombre, pero no pienso en ello.

Me vuelve a coger en brazos y mientras le abrazo la cintura con las piernas y besos sus labios, nos dirige hacia su habitación porque si vamos a hacer el amor por primera vez, que sea en una superficie cómoda.

Va a ser mi perdición, pero bendita perdición.

¿Dónde hay que firmar?

<< En el corazón >>

Asegura mi yo interior y por primera vez no tengo miedo, es más, solo tengo ganas de sentir, sentir y sentir, como si no hubiera un mañana y recuperar todas esas veces que puse una barrera a

mi corazón.

Me estoy enamorando de él.

Me estoy enamorando y no sé cómo frenarlo.

Me estoy enamorando de Marcos y siento que es lo correcto.

Me estoy enamorando y por una vez, me siento viva.

Veintiuno

—¿Me estás escuchando, Lucía? —me pregunta mi agente, pero tengo la mente en otro lugar, o mejor dicho, en otra persona.

—Sí —miento —déjame que le eche un vistazo y te digo algo.

—Necesito la respuesta antes de que termine la semana —me señala con el dedo

—La tendrás —me pongo en pie —mándame todos los detalles del viaje para poder programarlo.

—Claro —me sonríe —espero tu respuesta.

—Adiós.

Cojo el móvil para mandarle un mensaje a Marcos para informarle de que ya he terminado con mi reunión y para saber como lleva su mañana.

Lucía:
Por fin libre, ¿cómo llevas la mañana?

No está en línea y guardo el iPhone en el bolso antes de entrar en el ascensor para ir al parking donde se encuentra mi coche.

—Hola, Lucía —me saluda una chica más o menos de mi edad.

—Hola.

Me pide una foto y nos hacemos un selfi muy rápido antes de que llegue a mi destino. Me lo agradece, pero le quito importancia porque no me cuesta nada pararme con ellos y hacerme una foto.

Ya en el coche, vuelvo a sacar el móvil y descubro que tengo un mensaje de él.

Marcos:
Lenta y con mucho trabajo.
¿Qué tal la reunión?

Lucía:
Lenta y aburrida,
¿sabes por qué?

Marcos:
Sorpréndeme.
Te puedo decir el motivo de la mía.

Lucía:
Porque solo pienso en ti.

A través de móvil no me cuesta nada decir ni hacer lo que me apetece, pero cuando estamos cara a cara, me intimida tanto que no hago todo lo que me gustaría hacer hasta que él no tome la iniciativa y eso me cabrea.

No lo entiendo, no sé por qué soy tímida e insegura con él cuando siempre he sido una mujer que nunca ha ocultado lo que siente.

Marcos:
Me pasa lo mismo.
¿Quedamos para comer?

Lucía.
¿De verdad?
Claro, pero en tu casa, ¿no?

Sé que quizás le moleste que siempre que decidamos vernos, sea en la intimidad de su casa. No puedo permitir que alguien nos vea, no tendría excusa ninguna y no me sentiría cómoda.

En cambio, en su casa disfruto y las horas se me pasa tan rápido porque me siento segura y muy cómoda a su lado, por eso siempre insisto en que sea en ella.

Marcos:
Claro, salgo en una hora.
¿Te espero ahí?

Lucía:
No tardes.

Desde el fin de semana que pasé en su casa, donde hablamos un poco de esta locura y nos dejamos llevar por lo que sentíamos, él me dio unas copias de las llaves de su casa y fue lo más dulce que alguien ha hecho por mí.

Dejarme unas llaves del lugar donde uno es, ¿no es demasiado increíble?

Él lo es y no sé por qué sigo sorprendiéndome.

Dejo el móvil sobre el asiento del copiloto y conduzco hacia su casa, quizás ya sea el momento de buscar un lugar para mí e independizarme.

Pero para qué voy a mentir, sería un desastre cuando estoy prácticamente fuera de ella.

Ahora que también siento las mariposas revolotear a todas horas en mi estómago, empiezo a entender un poco los cambios en Victoria, Audrey y Carla para estar con la persona que quieren.

Antes era incapaz de hacerlo y en muchas ocasiones me burlaba de ellas y ahora, ahora soy una de ellas.

Aparco y cojo el bolso mientras cierro el coche. El conserje me saluda como siempre y voy directa al ascensor. Menos mal que Pablo se mudó a la casa de Carla, porque si no, sería imposible.

Estaría siempre pendientes de los turnos de Pablo para que no me pillara. Sería un sinvivir y ese estado de estrés no lo aguantaría.

Supongo que todo tiene su tiempo y llega cuando menos te lo esperas. El mío es ahora y creo

que lo nuestro es importante, no es un rollo, no es un aquí te pillo y aquí te mato, porque si fuera eso, no estaría con él por Carolina.

Aún no he hablado del tema con él, pero en sus ojos a veces leo culpa y creo que él también siente algo parecido a lo que yo siento, pero por motivos diferentes.

Sé qué está pensando en mi hermano.

Supongo que sentirá que lo está traicionando y que al ocultar que está conmigo es un mal amigo.

¿Pero qué mejor novio puedo tener que él?

¿Novio?

¿He dicho novio?

Ni siquiera sé lo que somos...

Entro en su casa y automáticamente me siento bien al sentir su olor en cada zona de su casa. Es como si estuviera él y ya de por sí, me sienta mejor.

Miro el reloj y son poco más de las una y me viene a la cabeza un plan, pero quizás no funcione.

Dejo el bolso en el salón y voy a su habitación para buscar algo más cómoda. Tengo que traer algunas cosas, pero siento que es muy invasivo y que quizás a él le incomoda.

¿Por qué soy tan insegura?

Dejo ese pensamiento a un lado y me cambio de ropa. Me pongo una de sus sudaderas y voy hacia la cocina.

He decidido que voy a prepararle algo de comer, no sé cocinar, pero no tiene que ser muy complicado, ¿no?

Abro la nevera y frunzo el ceño al ver que tiene de todo y muy bien ordenado.

¿Cómo puede ser tan perfecto?

No sé qué hacer, pero tiene que ser algo muy fácil para mi nivel.

Abro la aplicación del YouTube y me decanto por preparar una tortilla de patatas con filetes de pollo y una ensalada.

Algo fácil y que está muy rico.

Saco todos los ingredientes que se necesitan para preparar la tortilla y lo dejo sobre la isla. El primer paso es pelar las patatas y busco un pelador para no hacerlo con el cuchillo y encuentro uno en el cajón.

Comienzo a pelarlo y pensaba que sería más fácil, pero poco a poco termino con esa tarea. Una vez con las patatas peladas, las corto en rodajas como dice la mujer del video y lo hago con cuidado para no cortarme.

En estos momentos me estoy arrepintiendo porque parecía más fácil viéndolo que haciéndolo, pero como es una sorpresa, no me voy a rendir.

Como a mí me gusta la tortilla con cebolla, cojo una y la pelo. En mi vida lo he hecho y al sentir el escozor en mis ojos, lo entiendo.

—Mierda —gruño mientras me limpio con la sudadera las lágrimas que salen de mis ojos —maldita sea la hora que decidí hacerlo con cebollas.

Enciendo el fuego, eso sí sé hacerlo y preparo una salten con un poco de aceite. Sigo las instrucciones y añado en ella las cebollas y las patatas y le echo un poco de sal.

Remuevo un poco para que se integren y coloco una tapadera como dice la mujer.

Cuando ya están blandas y un poco doradas, apago el fuego y sigo con las siguientes instrucciones. Cojo los huevos y los rompo echando el contenido en un bol amplio, una vez listo, echo la mezcla de la cebolla con las patatas y remuevo todo para que se integre y lo dejo a aparte

para empezar con el pollo.

—Primer paso hecho y bien.

Me animo, pensaba que sería un caos, pero lo tengo más que dominado.

Saco los filetes de pollo de la nevera y los dejo sobre la isla, ya está preparado, solo tengo que ponerlo en el fuego, así que voy a preparar la ensalada que eso sí que sé hacerlo.

No tardo mucho en prepararla y una vez que lo tengo todo listo, le pongo una tapadera encima.

—Soy la mejor.

¿Qué se hace primero, el pollo o la tortilla?

Miro la hora y no tengo tiempo para decidir, voy a hacerlo los dos a la vez y no será muy complicado.

Reanudo el video y sigo los pasos. Cojo de nuevo la sartén y hecho el contenido de la tortilla. Del mueble cojo otra, le echo un poco de aceite y mientras se calienta, le pongo una tapadera a la tortilla para que se haga la parte de abajo.

El aceite ya está caliente y pongo los filetes sobre ella.

—Joder —me quejo cuando salta el aceite y me quema la mano.

Pongo la tapadera sobre ella para que no siga disparando, no sabía que hacer pollo era tan complicado.

—Hola —susurra una voz en mi oído y pego un grito.

—Qué susto —me quejo cogiendo aire.

—¿Estás preparando la comida? —me abraza por la cintura y apoya su barbilla en el mi hombro.

—Sí.

—Gracias —me da un beso en la mejilla —estoy hambriento.

—De nada —sonrió como una tonta y mi yo interior da saltos de alegría.

—Me ducho tapido y vuelvo —me dice —¿seguro que lo tienes controlado?

—Claro —miento.

—Ahora vengo.

Me da otro beso en la mejilla y al dejar de sentir sus brazos rodeándome, ya le echo de menos.

—Vale, yo puedo.

Es el momento de darle la vuelta a la tortilla, no puede ser tan difícil.

Cojo aire, agarro la sartén con decisión y cuando voy a darle la vuelta, no puedo y antes de que se me caiga todo, lo dejo como estaba.

—Mierda.

Lo vuelvo a intentar y frunciendo el ceño, la sartén de nuevo en el fuego para darle la vuelta al pollo porque si no, se me va a quemar.

En que momento se ha convertido esto en un caos.

El aceite salta y cada dos por tres grito al sentirla sobre mi piel.

Me rindo y vuelvo a taparla antes de que la lie más y busco a la única persona capaz de convertir esta situación tan caótica en algo normal.

Salgo de la cocina y voy al baño, abro la puerta y me asomo. Marcos está tras la mampara y puedo ver la silueta de su cuerpo desnudo y por un segundo, me olvido del motivo de ir a buscarlo.

—Marcos —dejo ese pasamiento a un lado.

—¿Está lista? —abre un poco la mampara y se asoma.

—En realidad no, he tenido un pequeño problema —sonrío.

—¿Qué ha pasado?

—No pudo darle la vuelta a la tortilla.

—Vale, un segundo y salgo.

—Gracias.

Pero tarda menos de un segundo porque antes de que pueda darme la vuelta y volver, abre del todo la mampara y sale como dios le trajo al mundo.

Coge una toalla como no si yo no estuviera y se la enrolla en las caderas. Coge otra y la coloca en su cabeza para secarse el pelo.

—Vamos —dice como si nada.

Como si lo que acaba de hacer no fuera lo más sexi que he visto en mi vida. Me recompongo y le sigo corriendo porque no quiero parecer una estúpida antes sus ojos.

Ya en la cocina se encarga de mi caos y si no fuera por él, no hubiera tenido la comida lista.

Le da la vuelta a la tortilla y la deja sobre el fuero para que se haga la parte de abajo, hace lo mismo con el pollo y al terminar, se da la vuelta para mirarme.

—Gracias —hago un mohín.

—¿Por qué? —se acerca a mí y me abraza por la cintura —tú has hecho todo.

—No exageres —odio no haber podido sorprenderlo del todo.

—No lo hago —me da un beso en la nariz —es más, gracias por cocinar para mí —elevo un poco la cabeza para que pueda besarme.

—De nada —me pongo de puntillas y dejo todo eso a un lado.

Le beso con todas las ganas contenidas desde esta mañana mientras le rodeo el cuello con mis manos.

—Para —susurra.

—¿Por qué? —no quiero hacerlo.

—Porque la comida está lista y quiero comérmela.

—¿Más que a mí? —coqueteo.

—No, pero a ti te quiero de postre —sonríe burlo.

Coloca tanto el pollo y la tortilla en un plato y lo deja sobre la isla mientras que yo solo deseo que sea el momento del postre. Sale de la cocina para que se pueda poner algo y yo preparo la mesa para comer lo más rápido posible.

—Qué aproveche —dice al sentarse enfrente de mí.

—Igualmente.

¿Desde cuándo esto se ha convertido mi rutina?

—Esta noche salgo a tomar algo con los chicos —me informa.

—Vale —corto un trozo de pollo y me lo meto en la boca.

—Y he pensado que quizás —se pone serio y le presto atención —que ha llegado el momento de decírselo a tu hermano.

—¡¡NO!! —grito un poco más alto de lo que pretendía —aún no.

—¿Por qué no? —frunce el ceño.

—Tengo mis motivos.

—¿Es por miedo?

—¿Por mi hermano? —me rio —me da igual si lo aprueba o no, es mi vida.

—¿Entonces?

—No te lo puedo decir —no puedo ser peor amiga de lo que ya soy —pero no estoy preparada y necesito que no se lo cuentes a nadie, por favor.

—No lo entiendo —se le cambia la cara, no le gusta mi respuesta —pero tranquila que no se

lo diré.

—Gracias —es lo único que pudo decir.

Se mantiene callado y a mí se me quitan las ganas de seguir comiendo. No era lo que esperaba cuando decidí cocinar para él, pensaba que sería como siempre, risas, bromas y meternos manos.

—No es por ti y tampoco es un juego para mí—aclaro.

—¿Y entones por qué es? —pregunta sin mirarme.

—Marcos... — me pongo de pie y me acerco a él —de verdad, no es por eso —me ignora —Marcos —giro su taburete y consigo meterme entre sus piernas para tenerlo cerca —no es por eso, lo juro, pero no te lo puedo decir porque no me pertenece a mí.

—¿Es por tu trabajo?

—Claro que no —me pongo de puntillas para que sus ojos conecten con los míos.

—Eres el primer chico que me hace sentir así, no es por nada de lo que te imaginas —me sincero —no es por dudas ni porque quiera mantener esto a escondidas —afirmo —tampoco es un capricho o algo así —cojo aire—esto es importarte para mí, lo gritaría sin importar que alguien no lo vea bien porque solo me importas tú y lo que estamos empezando a tener —quiero verle ese brillo, necesito ver el brillo en sus ojos —siento que... —me quedo callada, pero tengo que ser valiente —siento que me estoy enamorando de ti, pero primero tengo que arreglar otra cosa para que pueda ser sincera con todos, dime que lo entiendes por favor.

—¿Te estás enamorando de mí? —alucina y me hago un poco más pequeña.

—¿De todo lo que te he dicho te quedas con eso? —necesito salir del paso.

—Porque para mí —sonríe y me abraza pegándome a él —es lo más importante —su brillo regresa y me siento mejor, es como si lo necesitara para vivir —porque yo no me estoy enamorando —abro los ojos y siento que mi corazón se me parte en dos.

Intento alejarme de sus brazos, necesito distancia para soportar ese dardo cargado de mucho dolor. Necesito irme y recomponerme, pero él me lo impide.

No sé qué pretende, quizás quiere que me rompa delante de él, pero no voy a ceder, le he abierto mi corazón y, sin embargo, él se burla con esa sonrisa y ese brillo en los ojos que antes me daba ala para ser yo misma y ahora, en estos momentos, hace que lo deteste y no quiera verlo en mi vida.

—Ey —me pega más a él y una de sus manos se coloca bajo mi barbilla para que sus ojos conecten con los míos —no me estoy enamorando de ti...

—Marcos...

—Ya lo estoy —confesa —no necesito más para hacerlo, te quiero Lucía y ya no hay marcha atrás.

Veintidós

—¿Cómo? —no entiendo nada —¿qué has dicho?

—Que te quiero, Lucía —cojo aire porque no estaba preparada para esa respuesta —y no me importa que tú aún no lo hagas —afirma —puedo esperar, puedo esperarte.

—Marcos —siento que me falta el aire, no estoy preparada para esto.

Es injusto, él es tan increíble, tan adorable, tan buena persona que no merece quererme, no puede hacerlo porque yo soy todo lo contrario, soy un caos.

—Tranquila —me abraza y me empapo de su olor —vamos paso a paso —asegura —déjame disfrutarte que esta noche no podré estar contigo.

Se separa para que pueda ver esa sonrisa y consigue lo que nadie hace, calmarme.

—Vale —susurro.

—Buena chica —se inclina y me da un beso lento —dime que estás bien.

—Lo estoy —miento, no sé cómo estoy.

—Dime que no me he precipitado.

—No lo has hecho —me vuelve a besar.

—Dime que no saldrás corriendo.

—No lo haré —tengo que ser valiente y digerir esto —estoy bien —sonrío, pero no me llega a los ojos —además, dijiste que querías aprovechar, ¿no?

Me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos para estar más cerca y hacer que olvide lo que acaba de pasar. Quiero conseguir que deje de mirarme de esa manera porque me traspasa el alma y es como si la leyera.

—Dios, Lucía —gano la batalla y me besa tan intensamente que es lo que necesitaba.

Le necesito a él a pensar que la realidad de sus sentimientos me haya asustado. Soy tan cobarde que incluso hubiera corrido sin mirar atrás como hacía siempre, como hacía con él.

Dejo de darle tantas vueltas y me dejo llevar por él, por lo de siempre y me pierdo en sus besos, en sus caricias, en la forma que hace que mi corazón golpee con tanta fuerza el pecho que siento que se me va a salir.

—Nunca me tengas miedo —me pide mientras me coge en brazos y camina conmigo hacia su habitación —nunca te haría daño.

Me deposita sobre la cama y jamás he visto en mi vida unos ojos tan sinceros, que si sigue mirándome así, sería capaz de saltar de un puente si él me lo pidiera.

—¿Prométemelo? —cierro los ojos porque no puedo enfrentarme a los suyos, a esos que son tan de verdad.

—Te lo prometo —me besa en la mejilla —jamás te haré daño, solo permite que esto avance.

—Lo haré.

Abro los ojos lentamente y yo también me lo prometo. Tengo que confiar, dejar esta absurda barrera que intento poner entre nosotros porque siempre acabará derribándola.

No se puede luchar contra el destino, no se puede luchar contra los sentimientos.

Le quiero, sé que no me estoy enamorando porque ya lo estoy.

¿Es que acaso alguien puede resistirse a este hombre?

No, y dejo que cada parte de mi cuerpo se fusione con el suyo porque a pesar de que no se lo puedo decir con palabras, sí se lo puedo demostrar con hechos.

Le quiero y aunque mi boca no emite ningún sonido, se lo diré con besos, con miradas, con caricias.

Nunca he amado a nadie y siento que esto será para siempre.

—Te quiero —susurra cuando se entierra en mí por completo —esto es una locura, pero bendita locura.

—Marcos —gimo cerrando los ojos.

Ya no follamos, ahora solo hacemos el amor. Me ha enseñado tantas cosas que tengo claro de que esto no es un error y que todo tiene que cambiar.

—Me voy a correr —suplica —dime que te falta poco.

—Estoy a punto.

—Hazlo ahora porque no puedo aguantar —entierra su cara en mi cuello mientras sigue penetrándome con esa adoración que jamás sentí antes.

—Dios —cierro los ojos y me arqueo cuando el placer me vence.

—Joder —gruñe y se aparta antes de correrse en mi interior y termina haciéndolo sobre mi estómago —mierda, lo siento.

Frunce el ceño y es tan mono que mi boca se amplía en una sonrisa.

—Voy a por una toalla limpia.

—Espera —no le dejo —túmbate conmigo un segundo.

Entrecierra los ojos, pero hace lo que le pido.

Acabamos de hacer el amor, nos merecemos unos segundos de silencio antes de comenzar a movernos.

Está desconcertado y eso me causa gracia, supongo que pensará que me da asco que su semen esté sobre mi estómago, pero no, no me lo da y tengo que reconocer que eso sí que no me lo esperaba.

—No tomo la píldora —afirmo —no podemos hacerlo sin preservativo.

—Lo siento —coloca un brazo sobre sus ojos —se me fue la cabeza.

—Tranquilo —me giro para mirarle —no lo sientas, también ha sido culpa mía —le abrazo y me da igual que su esencia lo manche todo porque necesito sentirlo —ha sido increíble.

—Casi he sido precoz —se burla, pero no aparta su brazo de su cara y eso no me gusta y más cuando me he viciado a sus ojos.

No, no me he viciado a sus ojos, sino en la forma de cómo sus ojos me miran.

—Ha sido increíble —niega y me recoloco apoyándome sobre el codo para mirarle desde arriba —¿por qué te tapas?

—Estoy agotado — miente.

—Es una pena que no me importe —le quito el brazo y por fin veo sus ojos, ese faro que me guía —así está mejor —le doy un beso en la punta de la nariz —eres muy guapo.

—Gracias —se sorprende y, ¿quizás está un poco nervioso?

—Vamos, cambia esa cara —me pongo bizca para que sonría y lo consigo —si no llegaré a la conclusión de que quizás a ti no te ha gustado tanto como a mí.

—No digas eso —me frena —solo es que me vuelves loco.

—Olvida lo del preservativo —le quito importancia —has reaccionado a tiempo.

—No tengo quince años.

—Vaya —mi sonrisa se amplía —Marcos también se enfada.

—No estoy enfadado.

—Qué mono —le doy un beso en la mejilla —Vamos a ducharnos, gruñón.

Y saliendo de la cama, me dirijo al baño y antes de perderlo de vista, me giro y al mirarlo, me encuentro con esa sonrisa que tanto necesitaba.

Veintitrés

Estoy sentada en el balcón de mi habitación, reflexionando sobre todo lo que está pasando. Cierro los ojos al recordar el momento en el que estuve en su casa y me dijo que me quería.

Marcos me quiere, sonrío como si tuviera diez años.

Nadie antes me había querido, e incluso pensé que yo era el problema, que era incapaz de amar y ser amada y me estoy dando cuenta; poco a poco, aunque cueste procesarlo, de que no era así.

Yo no era el problema, simplemente he estado con la persona equivocada. Solo faltaba que abriera los ojos y darme cuenta de que era Marcos.

¿Qué estará haciendo?

Miro el reloj y son poco más de las doce, así que supongo que estará en un local de ambiente disfrutando de la noche.

Es el único soltero del grupo.

Abro los ojos al llegar a esa conclusión, lo que significa que es muy poco probable, para no decir imposible, que esté rodeado de chicas como en el pasado.

Confío en él, eso no me preocupa, pero lo que sí lo hace es que para fingir que es el mismo chico de siempre tontee con una de ellas e incluso la bese.

Él no lo haría, ¿no?

Me pongo de pie y entro en mi habitación para borrar de mi mente esa imagen. Es Marcos; él no es así, él no me engañaría, así que es una tontería que me coma la cabeza por algo que no es real.

Con ese pensamiento consigo que mi mente vaya en otra dirección. No tengo sueño, hubiera deseado estar en su casa y esperarle, pero no tenía mis cosas y tampoco quería parecer ansiosa.

Antes de meterme en la cama y dar vueltas hasta que mi cuerpo se canse y pueda descansar, me entran unas ganas locas de diseñar y es la mejor excusa para distraerme y pasar la noche.

Cojo la libreta de bocetos y el lápiz que está sobre la cómoda y me siento sobre la cama para dejar que la imaginación me lleve a donde quiera.

Porque si en la vida real pongo límite, cuando se trata de crear, vuelo.

No sé en qué momento de la noche mis ojos se cierran y el cansancio me vence, pero cuando menos me lo espero, mi cuerpo se relaja y descanso de verdad, con esa paz que no sentía desde hace mucho tiempo.

Veinticuatro

—Hasta que por fin te veo —me acusa Carla.

—Lo siento —tomo asiento ignorando las miradas de las chicas —el trabajo —me excuso.

—El trabajo —se burla Audrey —¿qué tal Eloi?

—Bien —sonrío —pero no en ese sentido —le señalo con el dedo —tienes que dejar de escuchar a mi hermano.

—¿Entre vosotros no ha pasado nada? —se interesa Carla mientras mira la carta.

—No —niego.

—Mentirosa —se ríe mi cuñada —estuvo hace poco en Madrid y encima en tu casa.

—He creado una nueva colección y quiero sacarla antes de verano —miento, en parte, porque no puedo decirle que vino para abrirme los ojos.

—¿Qué? —gritan a la vez —enhorabuena, ¿entonces no hay nada? —se decepciona Carla —me había hecho ilusiones.

—No —niego, pero por suerte, viene el camarero y nos toma nota —Al final Victoria no se apunta, ¿no? —cambio de tema cuando nos quedamos de nuevo solas.

—No, está con mis padres —comenta Carla.

—Cierto —afirma Audrey —Por cierto, Carla, ¿el motivo de tu llamada es?

—Os he llamado porque este jueves es el cumpleaños de Marcos —mi cuerpo vibra al escuchar su nombre, sé que es su cumple y aún no sé qué regalarle —y Pablo le está preparando una fiesta sorpresa en su casa.

—¿Cómo que en su casa? —pregunto rápido.

—Sí, ¿a qué es genial? —aplaude —lo que estaba diciendo, obviamente estáis invitadas, pero no podéis decirle nada.

—Claro que no —niega Audrey —qué emoción.

—Será este sábado y a las ocho de la tarde tenemos que estar en su casa —nos ordena.

—¿Y cómo lo vas a sacar de ahí? —mañana iré a mirar que no me haya dejado nada que me delate.

—Los chicos —me mira como si fuera tonta y decido mantenerme callada y actuar como haría la antigua Lucía.

—Paso —digo con esa chulería altiva.

—No puedes pasar —me recrimina Audrey —es el cumpleaños de nuestro amigo, imposible no ir.

—Sigo pasando—es mejor que no vaya.

—Vas a ir —me amenaza Carla.

Por suerte, el camarero está sembrado porque vuelve con nuestro pedido y lo deja sobre la mesa interrumpiendo la conversación.

—Somos dos contra uno —afirma Audrey —ganamos.

—¿Quién te ha enseñado a sumar? —ironizo —¿mi hermano?

—No seas borde —me pide Carla —vamos a estar todos y joder Lucía, es Marcos, la persona más especial que conocemos.

—Lo sé y paso.

—Irás y fin de la discusión.

La miro mal, pero sé que esta guerra no voy a ganarla y decido que la mejor opción es escuchar lo que están planeando para ese día.

Realmente es una idea genial, una fiesta sorpresa le encantará y me alegro de que él tenga unos amigos tan increíbles, aunque eso ya lo sé porque son los mismos que los míos.

Le han encargado una tarta personalizada sobre su trabajo y sé que eso le flipará porque él es así.

¿Cómo no he caído antes?

¿Cómo es posible que no sepa qué regalarle?

<<Tus amigas sí que lo conocen bien>>

Se burla mi subconsciente y me saca de quicio.

Me distraigo y decido celebrar su cumpleaños el mismo jueves. Que los chicos hayan decidido esperar hasta el sábado, para celebrárselo por todo lo alto, es perfecto para mí, porque así puede celebrarlo conmigo y siendo nosotros.

<<Siempre y cuando él no tenga otros planes>>

—Audrey, ¿te puedes encargar de comprar todas las cosas? —le pide Carla —es que con nuestro horario no podemos y Pablo hace doble turno para tener el sábado y domingo libre.

—Claro, me encargo de todo —sonríe entusiasmada.

—Gracias, eres la mejor.

—Será la mejor fiesta de cumpleaños de su vida.

—Obvio.

Sobre las cuatro nos despedimos y voy directa a la tienda para seguir con el inventario y con mi nueva cápsula. Las dos primeras han sido un éxito, estoy teniendo unos buenos números y las revistas se están interesando más en mí como empresaria.

Al llegar, me encierro en mi despacho y comienzo a trabajar. Han sido semanas complicadas con mucho trabajo, pero eso es bueno, ¿no?

Miro el calendario y la próxima semana viajo a Mónaco para un desfile. Realmente es un gran desfile y aún me sigue sorprendiendo que hayan contado conmigo, es increíble.

Estoy muy entusiasmada, aunque estar una semana sin verle, hace que se me quiten un poco las ganas.

—¿Qué me estás haciendo?

Suspirando, echo el sillón hacia atrás para alejarme del escritorio. Tengo cuarenta y ocho horas para pensar que hacerle, quiero que sea especial porque es su primer cumpleaños estando juntos.

¿Qué le regalo?

Tendría que haberles preguntado a las chicas, pero siendo sincera, no quería comprarle algo que me digan, quiero ser yo la que elija y no tengo ni idea de qué comprar.

¿Algo de trabajo?

No, tiene que ser algo más personal.

¿Un viaje?

Es una buena idea, pero entre el trabajo y la boda de Carla y Pablo sería imposible hacer una escapada y entonces no tendría gracia el regalo.

¿Qué es lo que más deseas?

<<A ti>>

Responde mi subconsciente y no descarto esa idea.

***

Estoy muy nerviosa, en una hora tendré que pasar por Marcos para disfrutar de su cumpleaños. He conseguido que salgamos a cenar, es la primera vez que lo haremos y lo tengo todo planeado.

No iremos a los sitios que suelen ir nuestros amigos. He encontrado el restaurante perfecto, es bonito, discreto y tiene una terraza preciosa. No quiero que nada salga mal, si fuera por mí, lo hubiéramos celebrado desde que el reloj marcó las doce de la noche, pero él no quiso.

Tenía citas pendientes que no podía anular y no nos hemos visto en todo el día. Esta noche será especial, nada puede salir mal.

Estuve estas últimas cuarenta y ocho horas planeándola, queriendo que sea perfecta y que sea él, y al final llegué a la conclusión de que Marcos es un chico sencillo y es todo lo contrario a mí.

Por eso nuestra cena será sencilla como él y no tendrá nada de lujos ni exageraciones. Esta cena llevará su esencia y me muero de ganas de que comience.

Vuelvo a mirar el reloj y me queda poco más de media hora para pasar por él. No pierdo tiempo para convencerme de que he tomado la mejor decisión y de que todo será perfecto y comienzo a vestirme.

Como quiero ir sencilla, me he decantado por una minifalda blanca, un jersey fino gris y unos tacones de infartos que le dará ese toque mío.

En el pelo no me hago nada, me los dejo suelto y me maquillo sutil, pero destacando mis labios utilizando un color rojo.

Para terminar, me echo perfume y ya estoy lista. Me miro por última vez en el espejo y me veo guapa, al estilo Marcos y me gusta como suena eso.

Cojo el bolso y la chaqueta y es el momento de salir para llegar a tiempo. Es la primera vez que quiero ser puntual porque es nuestra primera cita.

Todas las mariposas revolotean y sonrío al sentirlas.

—¿Vas a salir? —me pregunta mamá antes de abrir la puerta de la calle.

—Sí —me giro y me mira de arriba abajo —dormiré a fuera.

—Ten cuidado —me pide sin preguntarme nada y por eso la quiero.

—Sí, mami —me acerco y le doy un beso en la mejilla.

Me sonríe y salgo de la casa excitada. Solo quiero llegar a la suya y perderme en él, pero tenemos que esperar porque es su cumpleaños y quiero que sea especial.

Mientras conduzco, pienso en todas las cosas que quiero expresar. Ojalá pudiera confesarme y decirle que también le quiero, que estoy enamorada de él y que sé que será para siempre.

Pero algo me frena, no soy capaz de decírselo y eso me cabrea.

¿Por qué no puedo?

Cierro los ojos durante un segundo y me centro en la carretera dejando a un lado todos los

pensamientos que no sean de felicidad.

Es verdad que aún no lo ha escuchado, pero si lo ha sentido y con eso me quedo.

Aparco frente la puerta de su portal y le mando un mensaje para que baje. Por suerte, no tarda en aparecer y al verle tomar asiento en mi coche, me hace sonreír porque he tomado la decisión correcta.

Me fijo en él y no puedo negar que va guapísimo. En realidad, Marcos lleva lo que me imaginé que llevaría, unos vaqueros clásicos y un jersey verde que le queda genial.

—Feliz cumpleaños —le felicito y me aparto el cinturón para poder inclinarme y dale un beso como he querido hacer todo el día.

—Gracias —sonríe —estás muy guapa.

—Tú sí que estás guapo.

Me guiña un ojo y comienzo a conducir para no perder el tiempo. El restaurante está un poco apartado porque no quería arriesgarme y conduzco escuchando música.

Él no habla y yo tampoco lo hago. Hay un silencio cómodo y eso es lo que me gusta de Marcos, porque con él, nunca estoy incómoda.

—¿Dónde me llevas?

—Es una sorprenda —afirmo.

—Me gustan las sorpresas.

—Eso espero —me río.

—¿Por qué no nos saltamos la cena y te encierro en mi habitación para soplar las velas sobre tu cuerpo?

—Tentador, pero ya queda poco —finjo que esa propuesta no me ha estremecido.

—Aburrida.

—Capullo.

Se ríe y volvemos a callarnos por lo que queda de camino. Al llegar, aparco y cogiéndole de la mano como una pareja normal, caminamos en dirección al restaurante.

—Qué bonito —indica nada más entrar y encima no ha visto la parte más bonita.

—Buenas noches, tenemos una reserva a nombre de Marcos Casas.

—Sí, por aquí.

Le seguimos y salimos a la parte de atrás donde se encuentra la terraza. Le agradecemos cuando nos acompaña hasta nuestra mesa, que es la más apartada de la terraza para tener intimidad, y tomamos asiento uno en frente del otro.

—Gracias, Lucía.

—No me las dé aún —le quito importancia —espero que te guste el lugar que he escogido.

—Es precioso como tú —me ruborizo.

—Marcos —le regaño, ¿cómo tiene esa capacidad sobre mí? —déjame informarle que he pedido el mejor vino y el menú degustación.

—Me parece perfecto —sonríe —haré las cosas a tu manera, por hoy.

—Hecho —le guiño el ojo.

A medida que los platos llegan, la conversación es muy fluida y las horas pasan sin darnos cuenta.

En el postre, actúo como si el camarero no se acercara con la tarta en la mano y parece ser que él no lo espera. Es como si no se imaginara que voy a hacer lo que suelen hacer todas las personas del mundo.

—¡¡¡Cumpleaños feliz!!! —canto mientras me río al ver su cara de sorpresa cuando el camarero deja la tarta sobre la mesa.

—Te voy a matar —me amenaza, pero no me callo, sigo cantando y él me escucha aún alucinado.

Intento afinar la última frase, pero no se me da bien el canto.

No soy perfecta.

—Pide un deseo —exijo.

¿Desde cuándo me gustan los cumpleaños?

<<Desde que él es el cumpleañero>>

—Listo, ahora puedes soplar las velas, pero antes...

Saco de mi bolso una cámara instantánea para inmortalizar este momento.

—Vienes preparada —se burla al verla.

—Sopla —le hago una foto y tarda unos pocos segundos en salir.

—Espero salir guapo.

—Lo harás.

—¿Por qué no te pones con tu novio y os hago una foto juntos? —propone el camarero.

—Eh —no me lo esperaba —claro.

Me pongo en pie y rodeo la mesa para colocarme a su lado y así posar. Marcos me agarra de la cintura al acercarme y antes de darme cuenda de lo que está haciendo, tira de mí y me acomoda sobre su pierna.

Me centro en el camarero porque no quiero que se dé cuenta de que este gesto me encantó y miramos a la cámara sonriendo. Debo reconocer que estoy un poco avergonzada, pero me hace ilusión inmortalizar este momento juntos.

—Os haré otra para que así tengáis una cada uno —sugiere —cambiad de postura.

Le miro para decidir que hacer, pero es ver como sus ojos brillan, que termino olvidándome de lo que me rodea y le acaricio la mejilla con todo el cariño del mundo.

Un flash me hace volver al mundo real y descubro que el camarero ha decidido no esperar y hacer otra foto. No le culpo, supongo que tendrá millones de cosas que hacer que ser fotógrafo.

—Gracias —digo sin moverme.

—Un placer —deja las fotos y la cámara sobre la mesa y nos deja a solas.

—¿Hay regalo? —pregunta curioso.

—Sí —espero no haberme equivocado.

—Dime que eres tú sobre mi cama con lencería negra.

—Siento defraudarte —me río —pero va a ser que no.

Me inclino para coger el bolso y grito al sentir sus dedos apretando esa zona de mi costado tan sensible.

—Es una pena—le miro mal porque sé que lo ha hecho apropósito, sabe que es un punto clave de mi cuerpo, que tengo cosquillas y encima se le da fatal fingir.

—Toma. —le paso un sobre —felicidades.

Lo coge con una sonrisa y me da un beso como agradecimiento. Le miro con atención porque cuando lo vea sabré si le gustó o no mi regalo.

Esto se me da fatal, con mi hermano no me complicaba tanto y siempre le regalaba algo que pueda utilizar en el trabajo que era su pasión, pero con Marcos estoy muy perdida.

Con Marcos es diferente, es la primera vez que quiero y deseo que le guste la sorpresa. Es más, necesito acertar y espero no haberlo estropeado.

—Aquí cabe un tanga, así que no todo está perdido.

—No seas imbécil y ábrelo —le miro mal.

Lo hace y saca un papel sin entender. Comienza a leerlo y me pongo nerviosa a medida que lo

hace.

Me he decantado por una ruta en caravana como hicimos hace unos meses. Sé que le encanta la naturaleza, que siempre que tiene un poco de tiempo lo hace y que lo haya compartido conmigo me ha hecho entender que puede ser un regalo increíble.

O eso espero.

—¿En serio? —no se lo esperaba —¿quieres repetir a pesar de que lo odiaste?

—No lo odié —me defiendo —¿no te gustó?

—Me encanta —me da un beso rápido —solo que no quiero que hagas cosas que no te apetezca por mí.

—Si me parece —me defiendo —de verdad, aunque la naturaleza no sea lo mío, debo reconocer que cuando fuimos me sentí en paz y lo pasé bien.

—Eso no es lo que me decías.

—Porque eres idiota y me sacabas de quicio —le saco la lengua —quiero ir, quiero repetir, pero en esta ocasión sabré en qué me estoy metiendo e iré preparada.

—Gracias —acaricia la mejilla —ha sido el mejor regalo que he recibido.

Me besa lento y dejo que lo haga porque es lo que deseaba. Le ha gustado y sé que miente y por primera vez me siento tan bien conmigo misma que no hay nada ni nadie que me estropee esta felicidad.

—De nada —no sé qué decir al separarnos, con él me siento cohibida —las fotos ya están lista —las cojo y las estudio.

—Salimos guapos —le paso la primera foto que no hizo el camarero.

En ella aparecemos los dos mirando la cámara y sonriendo con el corazón. Se ve la tarta y el fondo de la terraza y es una imagen preciosa.

La otra es mucha más especial, no miramos la cámara, sino a nosotros y es una mirada que dicen muchas cosas.

—Esta me gusta más —aclara.

—Esta es para ti —le paso la segunda foto —y yo me quedo con esta.

—¿Seguro?

—Claro—le quito importancia —además, es tu cumpleaños —aclaro.

Cojo mi móvil y le hago una foto rápida para tenerla en la galería. Ahora podré mirarla y recordar ese momento tan bonito.

Intento levántame para volver a mi sitio, pero no me lo permite, tampoco lucho por separarme de él, así que sigo en su regazo mientras corta la tarta.

Coloca un trozo grande en uno de los platos y me pasa una de las cucharas para comérnosla.

Está muy rica, pero no me puedo pasar con el azúcar, así que apenas la pruebo.

—Abre la boca —antes de que pueda entender esa frase, tengo un trozo de tarta en mi boca.

Y así empieza nuestro juego que es mucho más divertido. Comenzamos a darnos de comer uno al otro y jamás en mi vida he disfrutado tanto comiéndome un trozo de tarta.

—Así que somos novios —dice y se le amplía la sonrisa.

—No —respondo coqueta —no lo somos porque no he escuchado que me lo pidieras.

—Así que no lo somos porque no he utilizado las palabras adecuadas para serlo, ¿no? —afirmo con la cabeza —a pesar de habértelo demostrado.

—Exacto.

—¿Y si te lo pido ahora?

—Prueba.

—¿Quieres ser mi novia, pequeña Bianchi?

—No —frunce el ceño porque no se lo esperaba —cuando me lo pidas —susurro cerca de sus labios —no será porque un camarero te incitó a hacerlo —le beso victoriosa y él me corresponde.

—No lo hago por eso, pero está bien —acepta mi negativa —cuando te lo pida, no podrás decir que no.

—Eso espero —le doy un pico rápido.

Seguimos comiéndonos la tarta entre besos y al terminárnosla, pido la cuenta y gano la batalla de pagarla. Es lo más justo, le he invitado a cenar para celebrar su cumpleañero.

Y por ese motivo, era imposible que él ganara.

—He pedido un taxi —me informa entrelazando nuestros dedos, mientras que con la otra mano, coge la tarta.

—Genial porque hemos bebido.

—Sí.

Salimos a la calle sin soltarnos de las manos y no tenemos que esperar mucho hasta que vemos venir al taxi. Nos montamos en él y le damos su dirección para pasar la noche y así poder darle el segundo regalo.

Entregarme en cuerpo y alma a él, si no lo he hecho ya.

Veinticinco

—En diez minutos viene —informa Martín sin apartar los ojos del su móvil.

—No hagáis ruido, espero que nadie se haya ido de la lengua —nos mira Carla —si no os mato.

—Nadie ha dicho nada —la tranquiliza Audrey —ha quedado todo perfecto.

Analizo el salón y sí, ha quedado todo muy bonito y me siento bien, aunque por este estúpido secreto, no me he involucrado como me encantaría.

Quería ser yo la que se encargara de las cosas, pero si lo hubiera hecho, sé que alguien sospecharía de mi cambio de actitud y no es el momento.

Hablaré con las chicas, lo tengo decidido. Será después de mi desfile en Mónaco porque no puedo soltar la bomba e irme, no sería justo para nadie y menos para Marcos.

—Están abajo, esconderos —vuelvo al mundo real y me agacho ocultándome tras el sofá.

Hemos venido todos menos Victoria, ya que está en la recta final de su embarazo y tiene los pies tan hinchados que, según ella, estaría sentada en el sofá y matándonos con la mirada por no poder ni comer ni beber todo lo que necesita.

Por ese motivo, todos hemos perdonado su ausencia porque tenía la mejor excusa para hacerlo.

Escucho la puerta abrirse y la risa de Marcos. No sé qué le habrán dicho, pero tiene que ser muy gracioso para reírse de esa manera.

—No seas capullo, Thiago —le dice —además, ¿no deberías fijarte en culos ajenos? —frunzo el ceño —o la pequeña Corb...

—Sorpresa —gritamos mientras el confeti se dispara por todos lados.

—¿Qué coño hacéis? —se asusta —¿Cómo sois tan hijos de puta? —les regala a Thiago y Pablo —me habéis engañado.

—¿Qué pensabas, hermano? —le abraza Pablo.

—Felicidades, tío —es el turno de Thiago.

—Os odio —le dice a Martín cuando le abrazas —que no podías salir por Victoria —bromea.

—Tenía que encargarme de lo difícil —se justifica.

—Cuñadita —la abraza —seguro que ha sido idea tuya.

—Como me conoces —le da un beso en la mejilla.

—Recuérdame por qué has elegido al hermano Casas equivocado.

—Porque soy más guapo —se defiende Pablo.

—Y más gruñón —añade Marcos y sonrío.

—Verdad —le guiña un ojo Carla a su prometido.

—Gracias, Carolina —la abraza y me muerdo el labio inferior.

—Espero que te haya gustado la sorpresa —soy la peor persona del mundo por sentirme como me siento.

—Me encanta —le da un beso en la mejilla y mira a Audrey.

—Pequeña Corberó —Tira de su mano y le da un abrazo de hermano mayor, removiendo su pelo.

—Para Marcos —de queja.

—Gracias por la sorpresa —le agradece —ahora entiendo como el capullo de Thiago se ha unido al plan —se gira para mirarle —porque tú estabas en él.

—Que te den —coge una cerveza y la abre.

—Te odio —intenta arreglarse el cabello.

—Me quieres.

—Por desgracia —hace un mohín y le da otro beso.

—Pequeña Bianchi —es mi turno y me pongo nerviosa —¿a qué se debe tu presencia?

—He decidido darle un poco de glamour a tu cumpleaños —le sigo el rollo porque sé lo que está haciendo.

—¿Ese es mi regalo? —camina hacia mí.

—No, pero en cuento lo veas, sabrás que es mío —sonrió maléfica.

—Has despertado mi curiosidad —coge mi mano y tira de mí para darme un abrazo como al resto.

—Te he echado de menos —susurro mientras me empapo de su olor.

—No más que yo —mi cuerpo vibra —estás muy guapa.

—Será mejor que nos separemos —esto es una mierda.

—Lo sé —pero no lo hace —si no te conociera pensaría que no quiere que te abrace —dice en voz alta para disimular.

—Y si yo no te conociera, pensaría que te encanta sacarme de quicio.

—Me pone sacarte de quicio —susurra, pero me deja libre.

Por desgracia, ya no siento sus manos rodeando mi cuerpo y al mirar el resto, nadie nos presta atención y me quedo tranquila.

—Así que mirando culos por ahí, ¿no? —me cruzo de brazos.

—¿Celosa?

—No —sonrío —Claro que no.

Él me hace sentir segura con lo que tenemos.

—Esa es mi chica.

Me guiña un ojo y se va hacia Thiago y Audrey porque no podemos estar todo el día juntos, por desgracia. Me reactivo y me acerco al resto para pasarlo bien, cojo una cerveza y me uno a la conversación.

—¿Cómo le habéis convencido para venir? —le pregunta Carla.

—Fácil, tomarnos algo en su casa porque era la única que no había una chica guapa en ella —se burla Pablo —y aquí estamos.

—¿Y no ha sospechado? —se interesa Martín.

—No —responde Marcos acercándose junto a mi hermano y Audrey —pensé que estabais escapando de ellas y quería joderos el plan invitándolas.

—Fanfarrón —le mira mal Pablo.

—Lo importante es que no se lo esperaba y le hemos sorprendido —indica Carolina —porque

sino, quien aguantaba a Carla y Audrey.

—Si es que me adoráis —abraza por los hombros a Carla.

Seguimos con las bromas mientras comemos y bebemos. Nos estamos divirtiendo mucho, no hay mal rollo y nuestra única finalidad es disfrutar del momento.

Casi dos horas después, cuando veo que todos están relajados y llevan más de una cerveza, le hago un gesto a Marcos y camino hacia su habitación comprobando que ninguno se haya dado cuenta.

Entro y dejo la puerta entornada, estoy mal de la cabeza, pero necesito un beso. No se hace de rogar y entrar cerrando la puerta despacio.

—Ahora entiendo muchas cosas —me abraza por la cintura y me pega a él —que recogieras todo y verificaras que no te dejabas nada.

—No podía decirte que lo hacía porque todos vendría —me pongo de puntillas y le beso —pero no he venido para eso —digo al separarnos a coger aire —solo necesitaba besarte.

—Yo también y me incomoda que tengamos que hacerlo a escondidas.

—Cuando vuelva de Mónaco diremos la verdad —suelto de golpe.

—¿En serio? —pregunta estudiándome fijamente —no te quiero presionar, sé que tu hermano...

—No lo haces —sonrío —y ya te dije que no me importa lo que piense mi hermano, tengo otros motivos.

—A mí sí me importa, Lucía —se pone serio —él es como mi hermano.

—¿Y si no está de acuerdo, lo dejamos?

—No he dicho eso, pero es impórtate para mí que él lo entienda.

—Lo hará, además, él se metió con la hermana de Victoria, así que no juzgará.

—Eso espero —me da otro beso mientras sus manos recorren toda mi espalda hasta anclarse en mi trasero —me encantaría quitarte la ropa...

—Para —me río —será mejor que me vaya antes de que alguien se dé cuenta de que el cumpleañero no está.

Con mala ganas me suelta y sonrío. Me gusta que le frustre no poder tocarme ni besarme cuando quiere porque es exactamente lo que me pasa a mí.

—Salgo yo primero y pocos minutos después lo haces tú.

Le indico y abro la puerta con cuidado, me fijo en el pasillo y está vacío. Salgo corriendo de su habitación sin mirar atrás y camino hacia el salón, y sin que nadie me vea, voy a la cocina para fingir una cuartada.

Lo mejor es entrar desde la cocina que desde el pasillo que da a las habitaciones. Ya que estoy aquí, busco la botella de champán que tiene.

—Ahí estás —escucho detrás de mí.

—Joder Carla —grito —me has pegado un susto de muerte.

—No te encontraba —dice como si nada.

—No sé quién se ha encargado de las bebidas —finjo —pero solo comprar cerveza demuestra que no sabe lo que es una fiesta en condiciones.

—No seas quejica —me critica —hemos venido a pasarlo bien.

—Pero eso es compatible con una botella de un buen vino.

Abro los armarios fingiendo buscar e intento normalizar mi corazón.

—Qué difícil eres —se burla y se apoya en la encimera —me prometiste que serías simpática.

—He dejado que me abrase —me giro y la miro directamente a los ojos, como haría la

antigua Lucía.

—Sí, pero he visto que estabais susurrando y sé que ahí no te has contenido.

—Culpa mía —suspiro —era superior a mí.

—Contrólate —me señala con el dedo.

Se gira y del mueble de abajo saca una botella de vino. Le guiño el ojo y volvemos al salón como si nada hubiera pasado.

Bien, nadie se ha dado cuenta de mi escapada con Marcos para poder darnos unos cuentos besos.

—Lucía y el vino —se burla Marcos al verme.

—Es Lucía y el sexo, pero bueno.

—Eso habrá que verlo —me reta.

—Eh —le corta mi hermano —no quiero imaginarme eso.

—Aburrido —le da una palmadita en la espalda.

—Ese soy yo —eleva la cerveza como si nada.

Pasamos una buena velada, más que buena y nos divertimos tanto que no quiero que acabe la noche. El primero en irse como era obvio es Martín, le dio su regalo y se despidió de todos nosotros porque no quería dejar tanto tiempo a su mujer sola.

No estuvo cuando sacamos la tarta y eso es culpa nuestra porque se nos pasó de lo bien que lo estábamos pasando, pero Carla es tan buena cuñada que se encargó de todo.

Marcos flipó al verla, es que es él en su puesto de trabajo y no hay nada que más le guste que su profesión. Aprovechamos y le dimos los regalos y sinceramente, todos se empeñaron y le han regalado cosas muy interesantes.

En mi turno, le di mi bolsa que contiene un jersey azul de Pedro de Hierro muy bonito y que hace juego con sus ojos. Dentro de lo que cabe, es un regalo típico y así no llamaré la atención.

—Gracias, Lucía —me da un beso en la mejilla —me encanta.

—Hace juego con tus ojos —dice Carla.

—Es verdad —finjo sorpresa como si no me hubieras dado cuenta.

—Nuestro regalo —indica Pablo señalando a mi hermano —se lo damos en privado porque no queremos escandalizar a nadie —me tenso —pero algo me dice que te encantará.

—Claro —sonríe, pero me mira de reojo.

—No te lo esperas —añade mi hermano —pero es brutal.

—Tengo curiosidad —hace un mohín Audrey —vamos, nadie se asustará.

—No podemos —aclara Pablo —es una sorpresa.

Tanto secretismo no me gusta porque me puedo imaginar por dónde van los tiros y no me agrada. ¿Por qué no le han regalado un disco o un jersey como yo?

Ahora mismo no me caen bien, pero todo es culpa mía. Yo soy la que le ha privado esto y seré yo quien lo solucione.

Una semana y todos sabrán lo que está pasando entre nosotros.

Una semana y ya no me esconderé.

Marcos cambia de tema y corta la tarta. Coloca cada trozo en un plato y nos lo pasa. A mí se me han quitado las ganas de comérmela y niego con la cabeza cuando me lo ofrece.

Tengo el apetito cerrado, necesito averiguar de que se trata y sé que ni Pablo ni Thiago me dirá nada y no es justo.

—¿Está rica? —me acerco a Carla disimuladamente.

—Sí, está buenísima —me ofrece su cuchara y niego.

—Por cierto —susurro —¿de qué se trata el regalo? —ella tiene que saberlo, es imposible que

Pablo guardo el secreto.

—Le han regalado un viaje para ir a Ámsterdam —suspira.

—¿Y no te importa? —gruño.

—No —¿qué? —confió en Pablo.

—Ya, pero no sé...

Me callo porque no puedo añadir nada, no debería importarme donde van. Cojo una copa de vino y me la bebo del tirón, no debería estar enfadada, pero me sale humo de la cabeza. No debería darle importancia a un viaje, pero se la doy, todos saben por qué es famoso esa ciudad.

Confío en él, de verdad, pero no puede ir y rechazar todas las propuestas por mí. El antiguo Marcos estaría en el centro de todos los placeres y ahora lo tiene prohibido, nunca perdonaría ninguna infidelidad.

Sobre las tres, Thiago llama a un taxi para que lo lleve a casa, ya que ha bebido y no puede conducir.

—Lucía, ¿vienes? —me pregunta.

—Aún no me he acabado el vino —me cruzo de hombros y recibo una mirada de reprobación.

—Yo si voy —se levanta Carolina —creo que he bebido más de la cuenta y es tarde.

—Claro —le sonríe Audrey.

Se despiden de nosotros y ya somos menos. En realidad solo quiero ser él y yo, pero de momento puedo esperar un poco. No estoy lo suficientemente borracha para lanzarme a sus brazos e ignorar que nadie lo sabe.

—Nosotros nos quedamos a dormir —frunce la nariz al escuchar a Pablo —estoy demasiado cansado para salir de aquí, ¿Carla?

—Sí, y así le ayudamos a recoger.

—No hace falta, yo me ocupo de este desastre —intercede Marcos —suficiente con la fiesta.

—No seas tonto, no te vamos a dejar con todo esto.

Mierda, adiós a la idea de quedarme con él. Marcos me mira porque ha pensado en lo mismo y no le gusta la idea de tener que controlar lo que sentimos.

—Lucía, ¿tú que harás? —me pregunta Carla recogiendo la mesa.

—Me termino la copa y llamo a un taxi.

—Vale.

Pablo la sigue y aprovecho para acercarme a Marcos.

—Cuando vuelva de Mónaco, se lo contaremos a todos.

—¿De verdad? —se apoya contra el sofá y se cruza de brazos.

—Sí, no me gusta tener que controlarme.

—A mí no me gusta tener que mentirles.

—Una semana —le pido.

—Solo una semana, si no, iré a hablar con tu hermano sin importarme si eso te gusta o no.

—Me lo has prometido —le recuerdo.

—Sí, pero como comprenderás —gruñe —no me gusta tener que fingir que me encanta el regalo que me han hecho, porque si lo rechazo, se darán cuenta de que oculto algo.

—A mí tampoco me hace ni puñetera gracia que te vayas porque sé lo que significa.

—No pasará nada.

—Lo sé, pero aun así me...

—Os dejando dos segundos y estáis discutiendo —se burla Carla sin imaginarse de lo que estábamos hablando.

—Marcos a veces es desesperante.

No contesta, solo me mira y sé que realmente está enfadado. Supongo que estará frustrado, pero tampoco es fácil para mí. Soy modelos, no actriz para actuar que todo me parece perfecto cuando en realidad quiero gritar.

—Será mejor que llame al taxi —señalo —es tarde y ya se acabó el vino.

Cojo el teléfono y lo hago bajo su atenta mirada. Esto es un lío, con lo bien que estamos y ahora es todo lo contrario, estamos de morros y lo peor de todo es que me voy mañana y no que ir a hacerlo así, enfadados.

—¿Cuánto tiempo tardará? —se interesa Pablo cuando estoy recogiendo mis cosas para salir de aquí.

—Unos quince minutos, más o menos —me pongo la chaqueta —chicos ha sido un placer —cojo el bolso —ya me despido porque mañana salgo de viaje.

—Te voy a echar de menos —me abraza Carla —y no te digo que suerte porque no lo necesitas

—Gracias —sonrió.

Pablo me da un beso en la mejilla y me sonríe con esa tranquilidad que últimamente le acompaña. Es tan diferente a Marcos, a pesar de que si los miras de cerca, se parecen mucho.

—Espera que te acompaño —dice Marcos de golpe.

—No hace falta.

—Me sentiré más tranquilo si te veo subiéndote en él.

—Está bien —le quito importancia —adiós, chicos.

—Adiós.

Voy hacia la puerta principal con él siguiéndome. La abro y salgo de su casa sin mirar atrás, solo quiero estar en el taxi para relajarme y desear que pasen los días de una vez por todas.

Pulso el botón del ascensor y se abren las puertas inmediatamente. Nos subimos en él sin añadir nada más y pulso el botón para que me lleve a la planta cero.

Marcos me mira y mientras me acomodo la chaqueta porque no me puedo enfermar en él. Esta semana sin verle será larga y más cuando me iré sin poder despedirme de él como deseaba.

¿En qué momento se ha torcido mis planes?

Dejo ese pensamiento a un lado al abrirse las puertas y salgo de él con la cabeza muy alta. Me despido del conserje y salgo a la calle con él pisándome los talones.

—Lucía —se está conteniendo —no quiero que te vayas y que estemos peleados.

—Entonces cambia de actitud —le pido —yo tampoco quiero, es una semana y será eterna.

—Siento haberme puesto así —se acerca a mí —no quiero estar enfadado contigo.

—Pero lo estás —doy el último paso y me pongo de puntillas para rodear su cuello con los brazos y mirarle a los ojos —una semana, lo prometo —me inclino hacia él y le beso.

Me abraza de la cintura fuerte y me pega a su pecho como si no quisiera separarse de mí nunca. Hago lo mismo con él para trasmitirle que es recíproco, que yo tampoco quiero irme.

—Te voy a echar de menos —susurro al separarme.

—Y yo —me da un beso rápido.

—Ven conmigo —digo de golpe —acompáñame.

—No puedo —suspirar con pesar —aunque me encararía.

—No pasa nada —finjo que estoy bien

—Pero hablaremos todos los días —me mira —cuando tú puedas que sé que tendrá poco tiempo.

—Hablaremos todas las noches.

Un taxi para enfrente nuestra y tenemos que despedirnos de verdad. Será poco tiempo, solo es una semana, pero para mí, será una eternidad.

—Échame de menos —le pido —piensa en mí.

—Lo hago siempre —me sonríe y vuelvo a sentirme completa —porque te quiero pequeña Bianchi.

—Yo también te quiero —reconozco y abre los ojos

—¿De verdad?

—Sí, es lo más real que he sentido en mi vida y no quiero ocultarlo más.

—Joder, Lucía. —me besa intensamente y nos da igual si el taxista es testigo de eso. —repítelo.

—Te quiero —sonrío —no lo olvides.

—No lo haré.

Me separo de él, aunque sea lo más difícil que haga en mi vida. Una semana sin verme es como estar incompleta.

Al menos le he dicho lo que siento y en sus ojos he visto ese brillo tan especial que cuando cierre los ojos y no lo tenga cerca, al menos recordaré todo lo que hemos vivido para sentirme bien.

Para sentirme completa.

—Buen viaje —dice al montarme y dale la dirección de mi casa al taxista—haz como tú sabes hacerlo.

—Adiós —saco la mano de la ventana cuando el taxi se pone en marcha.

—No veremos a la vuelta —grito.

Pero no escucho su respuesta porque ya ha girado la esquina y Marcos ha desaparecido de mi vista.

Me hubiera gustado haber tenido más tiempo cuando le he dicho que le quería. Pero me he liberado y al menos en esta semana que estaremos separados, él sabrá que para mí es real, que estoy comprometida con lo que siento y que no es un juego.

Él no lo es.

Él me hace sentir que puedo volar sin despegar los pies del suelo y si eso no es amor, nada de lo que he sentido, ni sentiré, lo será.

Veintiséis

Marcos

Ha dicho que me quiere, ella me quiere y yo solo puedo sentir que soy el hombre con más suerte del mundo.

No sé en qué momento me enamoré de ella, creo que ninguno de los dos esperaba que al unir nuestras bocas en un beso sintiéramos esa electricidad, esas ganas recorriendo nuestros cuerpos.

Eso no era normal, he estado con muchas mujeres y ninguna me ha hecho sentir ni la décima parte de lo que he me hace sentir ella con tal solo una mirada.

Es preciosa, toda ella lo es y a pesar de que también es una mujer con muchos muros que derribar, es especial y merece la pena echarlos abajo, cueste lo que cueste.

No dejo de sonreír mientras vuelvo a casa, no quiero tardar mucho porque está Pablo con Carla, aunque lo más seguro que se estén metiéndose mano y no piensen mucho en mí.

—Me quiere —me río.

¿He vivido alguna vez esta emoción de sentirme completo?

¿Qué encajo?

No y lo ha conseguido la única mujer que desestabiliza mi vida, mi mente, pero sobre todo, mi corazón.

—El cumpleañero ha vuelto —se burla mi cuñada.

Corriendo, la cojo de la cintura y le hago cosquillas por haberse burlado. Estoy de buen humor y nadie podrá romper este momento y ojalá pudiera ser sincero con ellos.

Pero Lucía dijo que en una semana lo diría y confío en ella.

—Para —grita sin parar de reír y yo lo hago con ella —Pablo, ayúdame.

—Rubia, no puedo meterme —se cruza de brazos mientras yo sigo molestando su prometida.

—Traidor —se queja y lucha contra mí.

—No podrás escapar —la tiro al sofá.

—Para por favor —suplica —no aguanto más.

—¿Volverás a hacerlo?

—No, lo juro —sonriendo triunfal, me separo.

—Buena chica.

—Idiota —se arregla el pelo —encima que hemos recogido todo y hemos puesto el lavavajillas.

—Gracias —le doy un beso en la mejilla —por todo, ha sido un cumpleaños especial.

—Te lo mereces —me mira con amor —me alegro de que te haya gustado.

—Me encantó —le abrazo por el cuello y la pego a mí —pero ya es tarde y tienes que estar agotada.

—Sí —bosteza.

—Anda, vamos rubia —le dice mi hermano —mañana será un nuevo día.

—Sí —me da un beso de buenas noches.

—Por cierto, te he cogido algo para dormir.

—Claro, coged lo que necesitéis.

—Gracias.

Se separa de mí y sigue a Pablo hacia la habitación de invitados.

—Oye, si no estás muy cansado, nos tomamos la última.

—Sí, aún no tengo sueño.

—Espérame, en un rato voy —me mira, pero decido ir a por otra cerveza.

La cojo y vuelvo al sofá para mandarle un mensaje para saber si ya ha llegado. Necesito saber que está casa para poder descansar.

Marcos:
¿Ya has llegado?

Lucía:
Sí, ya estoy en casa
aunque me gustaría estar en la tuya.

Marcos:
A mí también

Sonrío con solo imaginar que está aquí, conmigo, celebrando mi cumpleaños de nuevo. Como hicimos el jueves.

Lucía:
Creo que odio a tu hermano
y a tu cuñada.

Marcos:
Te cuento un secreto
yo también

Sonrío feliz, la llamaría, pero no quiero que nadie nos escuche.

¿Y si voy a su casa?

Es tarde y mañana cogerá un vuelo a primera hora. No es justo para ella, tiene que descansar porque esta semana será estresante y tiene que estar al cien por cien.

Marcos:
Descansa pequeña.

Lucía:
Gracias, grandullón

Te quiero

Marcos:
Desde que me has dicho esas ocho letras
Me he viciado
Tienes que decírmela todos los días.

Lucía:
Si prometes
que también me las dirás.

Marcos:
¿Dónde hay que firmar?
Te quiero
Te quiero
Te quiero
Te quiero

Lucía:
Para
Lo hemos firmado en el corazón.
Es un pacto de amor.
Te quiero.

Marcos:
El corazón nunca miente
Te quiero

Lucía:
¿Vamos a decirnos en cada frase esas ocho letras?

Marcos:
Mejor eso que decir hola

Lucía:
Hecho.

—Voy a por una cerveza
Casi grito al escuchar a mi hermano, pero lo disimulo.

Marcos:
Estoy con Pablo
Hablamos mañana
Te quiero.

Lucía:
Que descanse
Y yo también te quiero.

Bloqueó el móvil mientras veo como se acerca con una cerveza en la mano. Se sienta en el sofá y le da un trago mientras me mira.

—¿Qué? —sonrío.

—¿Qué significa esto? —me lanza algo y al cogerlo descubro que es la foto que me hice con Lucía.

—¿Has registrado mis cosas?

—No me has respondido —está serio.

—La quiero —me sincero y me siento libre.

—¿Qué coño haces? —se irrita —es la hermana de Thiago.

—A ti eso no te frenó.

—Pero si no paras de meterte con ella, ¿desde cuándo?

—Llevo unos meses intentando averiguar por qué con mirarla todo mi cuerpo se activa.

—Es Lucía.

—Lo sé.

—Ha crecido con nosotros.

—Lo sé.

—Sabes que no le va a gustar.

—También lo sé, pero no me importa, nunca he sentido esto y nada me frenará.

—No me lo creo.

—No le digas nada a Carla —le pido, no por mí, sino por ella —si hubiera sido por mí, ya lo sabríais vosotros, pero hay algo que le frena y no sé el qué.

—Thiago —aclara como si fuera tonto.

—No, me ha confesado en varias ocasiones que no le importa él.

—¿Y entonces? —bebe de su cerveza sin entender.

—No lo sé, pero tiene que ser algo importante porque durante meses se ha frenado a dejarse llevar y ahora que la tengo, que me ha confesado que me quiere y quiere seguir con lo nuestro, me siento feliz porque me ha elegido a mí.

—¿Crees que es otro hombre?

—No lo sé —gruño, por fin puedo hablar con alguien de lo que siento.

—No le diré nada a Carla, aunque me cortará los huevos cuando descubra que lo sabía.

—En una semana lo sabréis todos, así que no sufra —sonríe —me prometió que cuando vuelva, lo contaremos.

—Mucha suerte —se burla —¿y el viaje?

—No quiero ir —me sincero.

—Tranquilo, me buscaré una excusa y lo suspenderemos.

—Gracias —me tranquilizo.

—Sabes que aún estoy enfadado porque no me lo hayas contado.

—Ella no quería.

—¿Desde cuándo eres tan dócil?

—Oye —le lanzo una almohada.

—Solo quiero que seas feliz —se pone serio —jamás pensé que sería Lucía —se ríe —¿sabes que es complicada, pija y que tiene mal carácter?

—Tras esa fachada hay una mujer dulce con ganas de amar.

—Joder, lo que hace el amor —eleva su cerveza —por ti.

—Gracias.

Necesitaba esto, poder hablar y que alguien me dijera que está bien. Que no he hecho nada malo y que me apoya, aunque es mi hermano, nos adoramos y siempre estaremos el uno para el otro, aunque no estemos de acuerdo con nuestras decisiones.

—Vuelve con tu rubia que te echará de menos.

—Que descanses —se pone en pie —cuenta conmigo.

—Siempre.

Me deja a solas y cojo la foto que nos hicimos en mi cumpleaños.

¿Alguna vez ha sido tan especial?

No, eso solo ha sido por ella.

Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida y es gracia a ella. No es complicada, ni pija y mucho menos tiene mal carácter.

Es todo lo contrario, es una mujer luchadora, decidida, que ha tenido que esconder sus sentimientos por miedo al rechazo, al dolor, a que le hagan daño, pero gracias a mi perseverancia, he conseguido acercarme tanto que no me lo creo.

Me ha dicho que me quiere y viniendo de ella sé que es de verdad. Porque aunque haya dudado que sea recíproco, que sintiera por mí, ahora entiendo que para ella ha tenido que ser complicado y si ha sido capaz de decirlo y soltarlo, es que es real.

Me pongo de pie y voy a mi habitación para descansar. Me siento liberado ahora que Pablo lo sabe y gracias a eso no tendré que fingir que disfruto de ese viaje cuando solo quiero estar con ella.

Solo quiero estar con mi Lucía, mi pequeña gran mujer.

¿Me echará de menos?

Seguro estará tan ocupada que ni pensará en mí. Pero para mí esta semana será la más larga de mi vida, le daré espacio, no quiero ser pesado y más cuando es trabajo.

Cuando pueda hablar lo haremos, quiero que esté bien, porque si ella lo está, soy el hombre más feliz del mundo.

¿Y si voy?

Ahora que se ha suspendido el viaje, ¿por qué no? El desfile es el jueves, sería una gran sorpresa y así le apoyaré en su carrera.

Quiero que sepa que estaré para ella por siempre.

Cojo el MacBook y empiezo a organizarme. Aprovecharé los días que esté en Madrid para cerrar algunos asuntos de trabajo que no puedo cancelar.

Ya no serán una semana, ahora serán días, pero, aun así, serán largos y aburridos porque no estará ella.

Lo que hace el amor y a pesar de que nunca me había enamorado, lo he hecho de la chica más especial del universo.

Joder, como la quiero.

Veintisiete

Han sido unos días largos, agotadores y estresantes. No he tenido tiempo ni para descansar, puesto que es un desfile importante y tiene que salir todo perfecto.

He hablado con Marcos menos de lo que me gustaría, por suerte, él lo ha entendido y no me ha pedido explicaciones, es más, me ha apoyado y le ha quitado importancia.

Pero aun así, me siento mal porque no quiero que piense que lo más importante es mi carrera. Él también lo es y por eso le echo de menos. Le necesito y he deseado estar en su casa abrazados, olvidándonos del mundo entero.

Miro el reloj y son las una de la tarde, en cuatro horas comienza el desfile. Hoy será un día largo porque cuando acabe, tendré que salir a cenar con todo el equipo y me tengo que esperar hasta mañana para volver.

Mientras dejo que cuiden mi piel, cojo el móvil y veo que tengo varios mensajes. Algunos son de las chicas y comienzo a teclear.

Lucía:
Gracias a todas.
Por cierto, ¿el lunes que hacéis?
Os tengo que contar una cosa.

Carla:
¿Pasa algo?

Carolina:
No nos preocupes, ¿estás bien?

Lucía:
Sí, es una cosa, pero no os preocupéis

Audrey :
Claro, podemos quedar
Ahora relájate, y ya hablaremos

Lucía:
Gracias.

Abro el chat de Marcos y el mensaje que le mandé ayer sigue sin ser contestado y eso me inquieta. Nunca ha tardado tanto en responder y no le entiendo.

Me encantaría pregúntale lo que le pasa, pero no lo haré. Seguramente esté ocupado y por eso no ha podido responderme y ya lo hará en cuanto tenga un hueco.

Dejo el móvil e intento relajarme con los cuidados que me están haciendo. Ya he dado el primer paso, no puedo esperar ni a descansar a Madrid en cuento llegue, haré lo que tenía que hacer hace mucho tiempo.

Carolina es increíble, es todo lo contrario a mí y su corazón es tan puro que solo espero que lo entienda.

—Ya hemos terminado —me informa.

Me ha dejado como nueva, me bajo de la camilla y me visto para ir a comer antes de que empiece el caos.

Al estar en el hotel, iré al restaurante justo después de cambiarme en mi habitación. Seguramente estén las chicas y comeré con ellas para no hacerlo sola.

Bueno, no todas tienen apetitos porque hay algunas que tienen el estómago cerrado. Yo, en cambio, pensaba que estaría más nerviosa, pero no lo estoy, me preocupa más mi vida personal que esto.

Abro mi habitación y entro rápido para ponerme un vestido y bajar al restaurante para comer tranquila. Antes de que pueda quitarme la ropa, tocan la puerta y vuelvo para abrir la puerta.

Al hacerlo por poco me caigo al encontrarme con él tras ella.

¿Esto es un sueño?

—Marcos —grito y salto sobre él —¿qué haces aquí?

Rodeo su cintura con las piernas y camina conmigo en brazo entrando en mi habitación. No me lo creo, no es real, él no está aquí.

—Sorpresa —dice como si nada.

—¿Tú no deberías estar de viaje?

—No quería perderme tu desfile...

No dejo que termine la frase y uno nuestros labios en un beso apasionado. Solo han sido unos días, pero para mí han sido una eternidad.

—Te echaba de menos —confieso.

—Yo sí que te he echado de menos y he tenido que dejar todo por ti.

—Te quiero —me río de felicidad —estás aquí —vuelvo a besarle —gracias.

—No me las des —me deposita sobre la cama con él sobre mí —me moría por estar así.

—Y yo —aspiro su olor —que bien hueles.

—A ti, huelo a ti Lucía.

Me mira a los ojos con tanta intensidad que me estremece y me hace vibrar. No necesita más, solo con una mirada consigue tenerme a sus pies, con ganas de suplicar que me toque, que me haga suya.

—Hazme el amor.

—A eso he venido.

Y no perdemos el poco tiempo que tengo.

Me hace el amor demostrando que nos hemos echado en falta; que también ha sido un infierno para él y ahora que está aquí, nada puede ir a peor.

—El domingo quedo con las chicas para contárselo.

—¿En serio? —se gira para mirarme.

—Seremos libres.

—Por fin, no aguantaba más.

—Lo sé —le doy un beso en la mejilla mientras me acomodo sobre su cuerpo.

—¿Cuándo tienes que irte?

—A las tres y media salgo.

—Bueno, aún tenemos tiempo para repetir.

—Me muero por repetir.

Se mueve rápido para colocarse sobre mí y poder demostrarnos de nuevo todas las ganas acumuladas.

Esto es increíble, está conmigo, sobre mí y haciéndome ver que soy importante para él.

—Gracias por venir

—No me las des, era eso o volverme loco.

—Exagerado —me río.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Sí, pero necesito escucharlo de nuevo.

—Te quiero —susurra mientras su miembro acaricia mi entrada.

—Marcos —gimo.

—Te quiero —me penetra lentamente —por y para siempre.

—Para siempre.

Y no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar por el placer que él me provoca.

Me está expresando que esas ocho letras son reales y que ya nada podrá con nosotros.

Somos un todo por y para siempre.

***

Estoy eufórica, acabo de realizar el mejor desfile de mi carrera como modelo y todo es gracias a Marcos. Lo he vivido de manera diferente, en esta ocasión tenía los nerviosos típicos, pero todo era porque quería que saliera bien por él.

Quería que se sintiera orgulloso de mi trabajo y gracias a eso, he conseguido sentirme orgullosa de mí misma.

Amo el camino que estoy llevando, soy yo en esencia pura y gracias a mi esfuerzo y constancia, puedo dedicarme a lo que siempre soñé.

Lo tengo todo, a él, una profesión que me enamora, una familia que me quiere y unos amigos increíbles. Amigos de verdad que entenderán que he perdido la cabeza por el único hombre que no podía.

He tardado mucho en darme cuenta de eso, en analizarlo desde fuera, porque si hubiera sido al revés, lo hubiera entendido porque las quiero como ellas a mí, y ninguna nos haríamos daño si no lo pudiéramos evitar.

—Has estado magnífica —me felicita el equipo —bravo.

—Gracias.

Solo quiero cambiarme e ir con él, obviamente he rechazado la cena con el equipo porque prefiero pasar nuestra última noche en Mónaco con Marcos.

Me quito la bata y me pongo la ropa que traje para ir a cenar. Ahora que no voy a ir con ellos, me doy cuenta de que el outfit es excesivo, pero es lo que tengo y no voy a perder el tiempo con esto.

Gracias de que ya estoy peinada y maquillada, solo me ocupo de retocarme los labios y utilizo uno acorde con mi ropa.

Llevo un vestido naranja muy llamativo, es lo opuesto de clásico porque no quería llevar el típico negro o blanco. Quiero marcar la diferencia, quiero decir, ¿por qué no puedo llevar un vestido naranja? Pero, sobre todo, quiero romper el estereotipo en la moda.

Que cada una se ponga lo que le haga sentir única y especial, y no dejarse llevar por lo políticamente correcto. Así que esta noche opté por un mini vestido color naranja, drapeado, que marca mi estrecha cintura y deja al descubierto gran parte de mis piernas.

Como complemento he optado por unas sandalias de tacón discretas porque el vestido ya es lo suficientemente llamativo.

Me echo un poco de perfume y me despido de mis compañeras que están terminando de arreglarse para la cena.

Salgo por la puerta de atrás que da al callejón y me encuentro con Marcos apoyado en la pared. Corriendo, me acerco a él y le robo un beso lleno de felicidad.

—Qué guapa estás —me piropea.

—Vámonos que está la prensa esperando a que salgamos y no quiero que nos vean.

—A tus órdenes.

Me coge de la mano y caminamos casi corriendo para alejarnos de aquí. No sé qué haremos, realmente solo quiero estar con él y disfrutar de este momento mágico.

—Tengo el coche aquí —indica cuando se enciende la luz de un deportivo.

—Vienes preparado —sonrío mientras abre la puerta como todo un caballero, pero antes de subir al coche, me pongo de puntillas y le doy otro beso.

Tenía intención de que sea un beso rápido, pero no nos controlamos y empezamos a besarnos como si no hubiera un mañana.

Me abraza por la cintura y tira de mí para tenerme más cerca y corresponderme en condiciones.

—Se nos hace tarde —se separa.

—Para estar entre tus brazos.

—Para cenar.

—Aburrido —sonrío y me subo al coche.

Arranca y comienza a conducir por las calles de Mónaco. No sé qué tendrá este hombre, pero no puedo apartar los ojos de él.

¿Puedo afirmar que es el hombre más sexi del mundo?

Lo afirmo, pero con los ojos cerrados.

—¿Dónde me llevas?

—A un restaurante íntimo para disfrutar de tu compañía.

—Qué mono —suspiro —aunque también hubiéramos cenado en la habitación, sobre la cama y desnudos.

—Tentador.

Sonríe de medio lado, pero no se deja seducir por mis palabras. Está empeñado en ir a cenar cuánto yo solo quiero cenarme a él.

Qué injusta la vida.

Desconecto el móvil porque no paro de recibir notificaciones por el desfile. Ha sido un éxito, ahora puedo decir que estoy en la lista de las modelos más demandadas.

He compartido pasarela con grandes modelos, aunque mi favorita es mi gran amiga Bella Hadid.

—Ya hemos llegado.

Cuando dijo un restaurante íntimo no me imaginé que estaba en medio de la nada. Está todo

oscuro, excepto el cartel del restaurante.

—Gracias —me desabrocho el cinturón y me inclino hacia su lado para cogerle de la barbilla y girarle la cara para que me mire. —estás muy guapo hoy.

—Vaya —sonríe de medio lado —estás de buen humor.

—No lo sabes tú bien —le beso sin pensar porque es lo que quiero.

No me aparta y eso me da más fuerzas para seguir con lo que deseo. Me recoloco en el asiento y finalmente decido maniobrar para trepar sobre su regazo y colocarme a horcajadas sobre él.

—Lucía... —echa la cabeza hacia atrás —tenemos que cenar.

—Un segundo —gracias a Dios he elegido el mejor vestido para follar en el coche.

Nunca lo he hecho, nunca he tenido relaciones sexuales dentro de uno y creo que llegó el momento para tacharlo de la lista.

—Lucía —se aparta para escapar de mis labios.

—Dime que no quieres... —susurro.

—¿No notas lo duro que estoy?

—No sé, no sé.

Me agarra fuerte de las caderas y tira de ellas sobre su miembro para que lo note en profundidad.

—¿Y ahora?

—Ahora, fóllame.

—Qué boquita, pequeña.

—Solo para ti —le paso la lengua por el borde de sus labios.

—Me vuelves loco.

Tira de mi labio y me besa con desesperación, mientas sus manos baja hacia mi trasero y se estancan en ese punto para que nuestros sexos se rocen.

—Esto sobra —jadeo desabrochándole el cinturón.

—Sobra todo.

Su mano se cuela entre mis piernas y termina sobre mis braguitas de encaje.

Sonriendo de medio lado, tira de ella hasta romperlas y las lanzas sobre el asiento del copiloto.

—Qué drástico —me burlo, aunque era lo que quería, tenerlo así. —¿tienes condones?

—Nunca salgo sin ellos.

Me muerdo el labio inferior y le desabrocho los pantalones hasta conseguir liberar su miembro de ellos.

—Hay que buscar otro método —gruñe mientras se la acaricio para endurecerlo más —quiero follarte a todas horas y no gano lo suficiente para pagar miles de condones.

—Fanfarrón —le quito el preservativo de la mano y lo abro con maestría.

—¿Fanfarrón? —me da una cachetada en el trasero y grito.

Poco a poco, se lo coloco con cuidado y no perdemos el tiempo. Estamos en medio de la carretera, intentando follar en el coche y lo menos quiero es que nos pille alguien.

—Dios —echo la cabeza hacia atrás cada vez que siento que su miembro se abre camino en mí —no me puedo acostumbrar a esto.

—Eso espero —me agarra de las caderas para guiarme.

—Despacio —cierro los ojos e intento coger aire.

—Dirás rápido, pequeña —exclama.

—No tan rápido —necesito unos segundos para acostumbrarme a su tamaño —tenía ganas de ti, pero no estoy lo suficientemente... —grito cuando me penetra de golpe, de una sola estocada y

veo las estrellas —madre mía.

Y ya no puedo decir nada más, son tan intensas las embestidas que toca cada punto que no sabía ni que existían, pero son muy placenteras. Mi cuerpo comienza a vibrar y a estremecerse.

Solo puedo gritar de placer.

Se ha tomado en serio eso de ir rápido, porque estoy a punto de llegar al orgasmo y será un récord en mi vida sexual.

Cuanto he tardado, ¿dos segundos?

—Marcos...

—Córrete —ordena autoritario que incluso me pone más.

Le abrazo con todas mis fuerzas mientras el placer recorre cada parte de mi cuerpo. Necesito un ancla para sujetarme y no caer en el precipicio del éxtasis.

Ha sido tan intenso y magnífico que estoy tan plenamente satisfecha que solo puedo cerrar los ojos mientras él continúa introduciéndose en mí con las mismas ganas.

—Me corro —anuncia y me acoplo a él.

Yo también quiero ser su ancla, quiero que me necesite y estar para él por siempre.

—Sí que ha sido intenso —susurro sin moverme ni un milímetro —me quedaría a vivir en este instante.

—Y yo contigo.

—No quiero moverme —huele tan bien.

—No lo hagas —me acaricia la espalda y suspiro —lo de la cena se suspende.

—Sí, es mejor volver al hotel —me río —recuerda que no llevo bragas y el vestido es demasiado corto.

—Sería divertido.

—Solo para ti —me recoloco para mirarle —gracias por venir, por apoyarme y por estar cuando más lo necesito.

—No me las des, no deseaba nada más que estar aquí contigo.

—Me alegro de que hayas conseguido cambiar los planes —rozo mi nariz con la suya.

—Pablo lo sabe —dice de golpe y frunzo el ceño al no entender lo que dijo.

—¿Qué?

—Mi hermano sabe lo que tenemos.

—Lo prometiste.

Me aparto de él tan bruscamente que me estremezco al dejar de sentirlo en mi interior. Me coloco en el asiento del copiloto e intento arreglar mi vestido para que no se me vea nada.

—Lo ha descubierto —aclara —vio la foto y no pude mentirle.

—Se lo contará a Carla —me agobio.

—No lo hará —se van a enterar y todo es por mi culpa —oye —me coge de las mejillas para que le mire a los ojos —no dirá nada, no te preocupes.

—No es capaz de ocultarle nada a ella.

—Confío en mi hermano, no dirá nada.

—Dios —necesito salir y respirar.

—Lucía, todo está bien —repite —se lo pedí, le dije que lo dejara estar y me lo prometió —soy incapaz de analizar sus palabras, solo me quedo con que Pablo lo sabe y que está enamorado de una de mis mejores amigas.

Carla sabrá que le oculta algo y entonces le dirá la verdad.

Se lo dirá y...

—Es mejor volver al hotel.

—Está bien.

Responde serio mientras se quita el preservativo y le hace un nudo. Lo coloca en el lateral del coche para tirarlo más adelante y se arregla la ropa para conducir.

—Lucía —arranca —es mi hermano, no me fallará.

—Es un hombre —le miro de reojo mientras conduce —en el momento en el que Carla se dé cuenta de que le oculta algo, utilizará todas sus armas para sonsacársele, si no lo ha hecho ya.

—Confío en él, sabe que es importante y no lo hará —vuelve a decir —además, me dijiste que mañana quedaste 0 contarle lo nuestro, así que fin del problema.

—Ojalá fuera tan fácil —gruño.

—¿A qué le tienes miedo? —se altera —no te entiendo, no estamos haciendo nada malo, no...

—No lo entenderías —le corto —pero es importante para mí ser yo quien lo cuente.

—Lo comprendo, pero no pasará nada malo si lo averiguan —no entiende nada, no se espera que Carolina soñó con ser ella la que estuviera en mi lugar, pero no se lo puedo decir —si alguien pondrá el grito en el cielo y querrá romperme las piernas, ese es tu hermano, así que soy el que sale perdiendo.

—Mejor cambiemos de tema —me va a estallar la cabeza.

Nos mantenemos en silencio, aunque el clima ha cambiado mucho. Es tenso, incómodo y soy incapaz de solucionarlo.

Llegamos al hotel y aparca el coche en el parking. Durante el camino hacia mi habitación no hablamos ni nos rozamos, es como si hubiera algo en medio que nos separara.

<<Tus remordimientos>>

—Lo siento —digo antes de abrir la puerta —siento haberme comportado así.

—No pasa nada —sus palabras son contrarias a lo que trasmite su cuerpo —es mejor entrar.

—Sí.

Abro la puerta y entramos en mi habitación. Tiene razón, solo son veinticuatro horas, luego no habrá más secretos y no quiero desperdiciar esta noche que solo somos él y yo.

—¿Pedimos algo de cenar?

—No tengo hambre —niega —voy a ducharme.

—Espera —le cojo de la mano —ten paciencia conmigo —le suplico —sé que me he pasado y lo siento, pero quiero que todo salga bien.

—Lo saldrá cuando dejes de tener miedo.

—Lo siento —me pongo de puntillas para darle un beso, pero está frío —no estropeemos la noche por cosas que no han pasado —le pido —Solo tú y yo, por esta noche y por siempre.

—Lucía, eres tú quien me aparta, no te entiendo.

—Soy idiota —suspiro —pero te quiero.

—Pues no tengas miedo de lo que sentimos.

—No, pero quiero hacer las cosas bien —le rodeo la cintura con los brazos y me pego a su pecho —es complicado, dame unos días para cerrar unas cosas y entonces tú y yo seremos libres de gritar lo que sentimos.

—Contigo estoy cediendo de una manera que no me reconozco.

—¿Me estás mimando? —le quito importancia y sonrío —vamos, ¿qué quieres para cenar?

—Ay, Lucía —he ganado —¿qué voy a hacer contigo?

—Quererme.

—Eso ya lo hago, aunque no me dejes.

—Marcos...

—Shh, disfrutemos de esta noche y ya en Madrid hablaremos de esto —se rinde —estoy

cansado de esconderme y no ser yo —añade serio —no tengo quince años y no estoy haciendo nada malo, solo siento y no voy a esconderme o a sentirme mal por eso.

—Vale, pero esta noche solo tú y yo.

—Solo por hoy, Lucía —me acaricia la barbilla y me la levanta para que sus ojos conecten con los míos —estás haciendo que deje pasar muchas cosas solo por complacerte, pero hoy es la última vez.

—Lo prometo, cuando lleguemos a Madrid nada de secretos.

—Esa es mi chica —me da un beso y sellamos la paz.

Vamos a disfrutar de estas horas porque mañana viajamos de vuelta muy temprano y dejaré todo esto atrás.

Adiós a los miedos, a los remordimientos y a la culpa.

Tengo que ser sincera con ellas, con ella y por una vez en la vida, conmigo.

Hace tiempo comprendí que le quiero, que no es un error y que no es justo que él no pueda vivirme como lo desea.

Me ha dado un ultimátum y ni voy a fallarle.

Voy a dejar de fallar a las personas que me importan, que quiero.

—Te quiero —susurro antes de que sus labios callen mis palabras.

Veintiocho

No recuerdo en qué momento he llegado hasta aquí. Estoy en su casa, en su cama y con todos los músculos en tensión.

Miro el reloj de la mesita y solo son las dos de la tarde. Cogimos el primer vuelo y fuimos directo a su casa a descansar, estábamos agotados después de la noche que pasamos ayer.

Me giro y le veo bocabajo y profundamente dormido. Es tan adorable que es imposible no coger el móvil que tengo en la mesilla y hacerle una foto.

Desde que nos montamos en el avión, he tenido el modo avión activo porque se me pasó quitarlo al aterrizar. Lo dejo así porque no quiero saber nada de nadie y me acomodo a su lado.

Su olor es lo que necesito para respirar.

Le abrazo fuerte y se mueve lentamente. Se está despertando, pero yo solo quiero permanecer en esta posición para siempre.

—Mmm —gime moviéndose y colocándose bocarriba para abrazarme —así sí que merece la pena despertarse.

—Diría buenos días —sonrío —pero ya son buenas tardes.

—Normal, nos hemos despertado muy temprano —se gira y coge el móvil —vaya, me va a petar.

—Déjalo —gruño porque quiero tenerlo solo para mí.

—Espera —suspira —me ha llamado todo Dios.

—Solo has desaparecido cuarenta y ocho horas y no pueden vivir sin ti.

—Lucía —me mira con nerviosismo.

—¿Qué pasa?

Me levanto y le quito el móvil para descubrir que tiene una imagen en la pantalla. La analizo y me doy cuenta al segundo de que somos nosotros besándonos antes de entrar en el coche.

—¿Dónde has sacado esto? —me alarmo.

—Está en todas partes.

—¿Qué?

Siento que poco a poco el aire se me va del cuerpo. No puedo respirar, me estoy ahogando y todo me da vuelta.

—Tranquila —escucho a lo lejos —estás teniendo un ataque de ansiedad, relájate, vamos Lucía —me pide, pero no entiendo nada —respira, joder.

Bajo de la cama y me doblo intentando coger aire, si no lo logro moriré.

—Mírame —me pide —vamos.

Lo hago y sus ojos conectan con los míos. En ellos veo pánico, miedo e incertidumbre, sabe lo que significa esa imagen, sabe que si le ha llegado a él es porque lo ha visto todo el mundo.

—Respira, por favor.

Intento coger aire y lo consigo, Dios, soy imbécil. No debí besarlo, no debí confiarme.

La he cagado, lo he estropeado todo y no sé qué hacer para arreglarlo.

Me aparto de él y voy directa a mi móvil. Al quitar el modo avión la pantalla se llena de notificaciones que me deja ciega. Tengo muchas llamadas; de mis padres, de mis amigas, de mi hermano, pero ninguna es suya, ninguna es de Carolina.

Miro rápidamente las redes sociales y todos se han hecho eco de la noticia. Pregunta por el misterioso hombre con quien me han visto acaramelada por las calles de Mónaco.

Nadie sabe quién es, excepto los que le conocen.

—La he cagado, tengo que irme.

—No pienso dejar que te vayas así, que venga lo que tenga que venir, que lo afrontaremos juntos.

Tengo que irme, tengo que ir a su casa y hablar con ella.

—Déjame —le aparto cuando intenta agarrarme.

Él no lo entiende y no lo hace por mi culpa, pero no puedo decírselo.

—Lucía, no pasa nada, lo arreglaremos.

—No lo entiendes —grito —era importante que yo lo dijera, no que toda España lo averiguara.

—No pasa nada, no has hecho nada malo.

—Tú no lo sabes.

—Por favor, relájate.

—No puedo.

Me doy la vuelta y corriendo entro en su baño para ducharme. No sé qué hacer, no sé cómo enfrentarme a esto.

Iba todo tan bien, en unas horas había quedado con las chicas para ser sincera, pero las revistas del corazón me han jodido y lo han publicado antes de que yo lo hiciera.

¿Cómo estará?

¿Habrá llorado?

Me enjuago rápido y elimino el resto de champán de mi cabello. Salgo de la ducha y me enredo en una toalla para vestirme sin perder el tiempo.

Al entrar de nuevo en su habitación le veo hablando serio por teléfono. Abro mi maleta y de ella saco unos vaqueros y un jersey fino.

Vuelvo al baño y me peino el cabello mojado, no pierdo el tiempo en maquillarme porque solo quiero salir de aquí y hablar con ella.

—Me voy —digo cuando ya estoy lista.

—Por favor, vamos a hablarlo.

—Tengo que irme, tengo que hablar con alguien

No escucho su respuesta porque salgo corriendo de su casa y él no me lo impide. Ni siquiera pierdo el tiempo esperando el ascensor, bajo por las escaleras y marco su número.

No me lo coge, suena, pero no descuelga.

Vuelvo a intentarlo y en el segundo tono se corta la llamada.

¿Me ha colgado?

Eso es porque lo sabe, joder.

¿Qué hago?

Ya en la puerta, camino con la esperanza de encontrar un taxi. Estoy acelerada, con miedo, pero decidida a hablar con ella.

No sé cuánto camino cuando veo aparecer uno, elevo las manos y para a mi lado. Le doy su dirección e intento llamarla de nuevo. Por favor, cógelo, pero en esta ocasión está fuera de servicio.

Desesperada, llamo a Carla para saber si ha podido hablar con ella. A diferencia de Carolina, lo coge al segundo.

—Lucía —grita —dime que es en un error, dime que el chico que aparece en las fotos no es Marcos.

—¿Has hablado con ella? —cierro los ojos, ya me enfrentaré a Carla.

—Está destrozada, ¿qué has hecho?

—Voy para su casa.

—No, no es el momento, ven a la mía —me pide —tenemos que hablar.

—Luego hablaremos.

Cuelgo y mi mente solo repito una y otra vez la frase de que está destrozada.

¿Por qué le he hecho esto?

No se lo merece.

El taxista frena tras llegar a su casa y pago en tarjeta. Con las prisas no cogí el bolso, pero al menos sí el móvil.

Bajo corriendo y toco el telefonillo. Al verme por las cámaras me dejan entrar y corro por la entrada hasta llegar a la puerta principal.

—Buenas tardes —me saluda la chica de servicio.

—Hola, ¿está Carolina?

—Está en su habitación, hoy se encuentra indispuesta.

—Iré a verla.

Me deja pasar y vuelvo a correr hacia su dormitorio. No sé qué me encontraré al abrir la puerta, pero todo lo que vea será culpa mía.

Al llegar, cojo aire y me mentalizo. Abro lentamente y lo primero que me doy cuenta es que la persiana está bajada y de que apenas hay luz. Me adapto a la oscuridad y visualizo un bulto en la cama.

—¿Carolina?

—¿Qué haces aquí? —se pone de pie y me enfrenta —lárgate.

—Quiero hablar contigo —doy varios pasos y me coloco en el centro de su habitación.

Aunque intento no tener contacto visual con sus ojos, al hacerlo mi mundo cae en pedazos. Los tiene rojos e hinchados de tanto llorar.

—No tengo nada de que hablar contigo —me corta.

—Por favor.

—Vete —grita —no quiero verte.

—Por favor, déjame explicarte.

—¿Explicarme qué?, ¿qué te has burlado de mí?, ¿qué, mientras te liabas con él, me aconsejaba que me acercaba para reírte? —se me parte el corazón —¿lo has disfrutado?, ¿te has divertido?

—Por favor Carolina, no es lo que te imaginas.

—No quiero oírte, eres una traidora, pero sobre todo eres una persona perversa —mis ojos se llenan de lágrimas —seguro que mientras te acostabas con él, os burlabais de la pobre Carolina.

—Sabes que no.

—Eres una hipócrita —da un paso hacia delante y me enfrenta —eres una...

—No quería, te lo prometo, pero ocurrió.

—¿Desde cuándo estás con él? —grita.

—Unos meses —agacho la cabeza —lo evité, luché, pero un día mi mundo solo giraba alrededor de él.

—No seas hipócrita, podrías estar con el chico que quisieras, pero era más divertido si estabas con el que me gusta a mí —eso no es verdad —esa actitud de frívola parece que es lo que le gustaba, ahora entiendo muchas cosas.

—No es así.

—Pensaba que éramos amigas.

—Lo somos, eres lo más importante para mí.

—No me hagas reír, lo que tú has hecho no se le hace a una amiga.

—Luché—comienzo a llorar derrotada —lo hice con todas mis fuerzas, no quise quererle, pero me enamoré de él como una imbécil, como jamás pensé que podría y pasó... pasó y ya era demasiado tarde para echarme atrás, para olvidarle, para volver al pasado y no cometer la locura de besarle.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —eleva el tono de voz —¿por qué has decidido hacerme creer que podría quizás interesarle? ¿Por qué no me has dicho lo que te estaba pasando?

—Por cobarde, por idiota y por miedo —me rompo —por miedo a perderte y decirte que soy la peor de las amigas, porque esto no te lo podría hacer a ti, a la chica más maravillosa y buena que conozco.

—Vete Lucía, tengo que digerir todo esto.

—Lo siento, dime que quieres que haga y lo haré —le pido desesperada —por favor, no quiero perderte.

—Ya lo has hecho.

—Somos amigas desde pequeñas, eres mi mejor amiga.

—Eso creía, pero era todo fachada, una alucinación —me muerdo el labio inferior —porque si fuera real no te hubieras acercado a él a mis espaldas y si de verdad sentías cosas, hubieras sido sincera —gime de dolor y llora de rabia, de importancia —¿qué creías, que sería tan mala para no aceptar que te eligió a ti?

—Por favor, necesito que me perdones.

—No puedo y ahora vete.

—No, dime que quieres para poder arreglarlo.

—Nada, no quiero nada de ti —grita a pleno pulmón —no quiero verte, ni saber de ti —me señala con el dedo —disfrútalo.

—Sabes que no podré si te pierdo a ti.

—Haz lo que quieras, pero no te acerques a mí.

—Somos amigas.

—No me hagas reír.

—Carolina...

—Vete, olvídate de mí.

—Pídeme que lo deje y lo haré por ti.

—No soy tan hija de puta, no soy como tú.

Ese dardo va directo a mi corazón, siento que la voy a perder y no puedo vivir sin ellas.

—¿Qué puedo hacer? —susurro sin fuerza.

—Olvidarte de que existo, quizás con el tiempo pueda mirarte y no sentir que te odio.

Lloro, no puedo decir ni hacer nada que no sea llorar y romperme como nunca he hecho. He perdido a una amiga por miedo, por cobardía y por decidirme por el camino fácil que era callarme.

—Habíamos quedado hoy para contaros lo que me estaba pasando.

—Tarde, Lucía —se limpia las lágrimas —me has hecho sentir como una imbécil, confié en ti, eras mi amiga, mi hermana, pero tú no puedes serlo de nadie —eso duele —porque eres una egoísta, una persona cruel y dañina.

—Sabes que nunca haría nada a propósito.

—Seguro —ironiza —vete, por favor —aguanta el tipo, pero solo quiero llorar.

—Te daré tiempo, búscame cuando quieras, siempre estaré para ti —me parte el alma decir esas palabras y saber que la estoy perdiendo —te quiero, eres mi hermana y lo siento de todo corazón, no lo olvides, sana tu herida sin mí, pero vuelve, no puedo perder una amiga como tú.

—Yo sí.

Sorbiendo por la nariz, la miro por última vez y salgo de su habitando para correr hacia la salida. Necesito salir de aquí, necesito cerrar los ojos y despertarme de nuevo.

Necesito volver a su cama y que nada de esto hubiera pasado.

Necesito nuestra burbuja, pero para qué voy a mentir, no puedo ser feliz en un mundo donde ella me odia.

No puedo estar con él, aun sabiendo que ella sufre por mi traición. No me lo merezco, no puedo ser tan hipócrita.

Le quiero, estoy enamorada de él, pero no puedo estar con él.

Me rompe llegar a esa conclusión, pero no hay otra porque cuando le mire, recordaré que he roto un corazón por hacer feliz el mío y yo no soy así.

Tengo que escapar, estoy agonizando con todo lo que he provocado y lo peor de todo es que no sé cómo arreglarlo.

¿Qué hago?

Estoy completamente perdida.

La he perdido y solo puedo pensar en eso una y otra vez.

Veintinueve

Vuelvo a casa con el alma por los suelos. Nada más entrar me encuentro a mi madre y la abrazo rota de dolor.

—Lucía —se asusta, pero no me separo de ella —por favor, dime que está pasando.

—Mamá, soy una persona horrible.

—No digas eso —me abraza con más fuerzas —eres la mujer más buena y justa que conozco.

—Soy una estúpida.

—Cuéntame qué ha pasado —me pide con angustias —¿es por Marcos?

—Dios, mamá —me rompo aún más —lo he estropeado todo.

—¿Estás enamorada de él?

—Sí —soy sincera.

—Ahora entiendo muchas cosas —me acaricia la espalda para tranquilizarme —¿te ha dicho algo él y por eso estás así?

—Él es maravilloso, el mejor hombre que he conocido y no me lo merezco.

—Lucía —me aparta para que le mire a los ojos —jamás digas eso, claro que te lo merece porque tú también lo eres —me muerdo el labio inferior —y ahora cuéntame por qué estás así.

Y es lo que hago, le cuento nuestra historia, desde el principio y todo lo que ha pasado entre nosotros. Los días que sentí desconcierto al darme cuenta de que sus besos eran adictivos, las guerras internas por dejar de pensar en él y no desearle. La escapada al río, la forma que me hace reír y sentirme segura, querida, su cumpleaños...

—No puedo estar con él —sentencio —¿qué clase de persona sería si estuviera con él sabiendo que mi amiga sufre?

—Lucía, ella sufre, no porque tú seas feliz con él —me abraza —sino porque se siente traicionada como amiga, por no contárselo, por no ser sincera contigo misma y con ella —me duele escuchar esas palabras—no es por él, es por ti.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo?

—Carolina es una chica muy dulce, dale tiempo, espera a que poco a poco te perdone y quiera conversar contigo.

—No sé si seré capaz de esperar, la necesito.

—Esperarás, no lo fuerces porque ella también tendrá una guerra interna.

—Lo he estropeado todo.

—No, te has enamorado y te has equivocado, pero somos humanos y lo arreglaremos.

—Tengo que irme de aquí, escapar.

—Lucía Bianchi, tú no eres ninguna cobarde —sentencia —te quedarás, aguantarás el tipo hasta que ella sea capaz de perdonarte y aprenderás de tus errores.

—No sé si seré capaz.

—Eres la mujer más fuerte y decidida que conozco, eres una luchadora y sabrás sobrellevarlo.

—¿Y Marcos? —susurro —no podré verle y no morirme de ganas de estar con él, le echaré de menos.

—Te equivocarás si decides dejarlo —señala.

—No puedo ser feliz estando con él porque solo pensaré en Carolina.

—Ay, hija.

Voy a contestar, pero las puertas se abren de golpe y de ellas aparecen Thiago muy cabreado. Lo que me faltaba para rematar el día, soportar a mi hermano.

—¿Se puede saber qué significa esto? —lanza una revista donde salgo yo en la portada besándome con Marcos.

—No estoy de humor —me separo de mamá y me limpio la cara —así que vete por dónde has venido si tu intención es hacer de hermano mayor.

—¿Pero te estás escuchando? —grita —¿qué hacías con Marcos?

—Nada que te importe —grito también.

—Hijo —intercede mamá —tu hermana ya es una mujer y sabe lo que tiene que hacer.

—¿La defiendes?

—No, porque no ha hecho nada malo para hacerlo.

—Es Marcos, mi amigo —gruñe.

—Y un hombre bueno y soltero, ¿dónde está el problema?

Se recoloca el pelo con desesperación, quiere gritar, romper algo, pero se contiene.

—Increíble —se gira cogiendo aire —¿ves bien este comportamiento?

—Te recuerdo que tú has estado con la hermana de Victoria —me cabreo, estoy harta de que me juzgue.

—Cuidado —me fulmina con la mirada.

—Tranquilo, entre Marcos y yo no hay nada.

—No es lo que él dice —afirma acercándose a mí.

—¿Qué? —me fijo en él —¿qué has hecho, Thiago?

—He hecho lo que tenía que hacer —contesta con frialdad —partirle la cara a ese traidor.

—¿Pero qué dices? —grito y le empujó con impotencia —¿pero por qué eres tan hipócrita? —vuelvo a empujarle —no tenías derecho a hacer nada de eso, no tenías derecho a meterte en mi vida.

—Eres mi hermana —grita.

—Basta —intercede mamá para poner orden —tú —señala a Thiago —¿cómo se te ocurre pegar a tu amigo? Son dos personas adultas, que se gustan y se han dejado llevar por lo que desean —señala cableada —no eres nadie para meterte en la vida de tu hermana cuando no ha hecho nada malo.

—Increíble —gruñe dándose la vuelta y marchándose de casa.

Pobre Audrey, lo que tiene que aguantar porque este hombre es insoportable.

Menos mal que no está papá, me moriré de vergüenza cuando él se entere de mis líos amorosos.

—¿Ves la clase de persona que se ha convertido? —me quejo enfadada, ha pegado a Marcos y solo quiero saber cómo está.

—Se preocupa por ti —le defiende.

—Es un obseso del control.

—Era, ahora es diferente desde que se enamoró.

—Pobre Audrey —ironizo —no sé qué hacer mamá, por un lado, me encantaría ir a su casa y comprobar que está bien, pero por otro; tengo que alejarme de él para poder estabilizar mi vida y poner todo en orden para que las piezas encajen.

—Lo que tienes que hacer es lo que tu corazón siente, que es ir a su casa —me mira a los ojos —pero como eres muy cabezota, no lo harás y te arrepentirás.

—No me hagas sentir peor de lo que ya me siento.

—Quiero que abras tus ojos y que no limites tu amor.

—¿A costa de quién?, ¿de mi mejor amiga?

—Ay, cariño.

No le contesto y le doy un beso en la mejilla antes de ir hacia mi habitación. Me va a estallar la cabeza, ha sido muy intento estas horas y si sigo así, puede incluso darme un ictus.

Ya en mi habitación me echo sobre la cama y pienso en él. De repente, mi móvil vuelve a sonar y al ver su nombre en la pantalla lo apago.

Otro mensaje que no voy a contestar, no estoy preparada para decirle que lo nuestro no puede continuar.

No sé qué le diré, no puedo decirle la realidad, así que me tocará mentir y romperle el corazón.

¿En qué momento ocurrió todo esto?

Treinta

Quiero escapar del mundo, me he encerrado en mi habitación y no quiero saber nada de nadie. Solo sé que le echo de menos y he apagado el móvil para no caer en la tentación.

Tengo sentimientos encontrados, le necesito y me siento mal al hacerlo.

Sé que no puedo continuar así, que tengo que aclarar muchas cosas y dejar de pelearme con todos.

Carolina me odia, Thiago no me habla y si sigo así, nadie lo hará, aunque, ¿no sería lo mejor?

No, tengo que volver a colocar cada pieza en su sitio.

Al tercer día desde que se descubrió la verdad me preparo y me arreglo. Hoy es el día para enfrentar a las chicas, es mucho más fácil que empezar con Marcos, mi Marcos.

Quedé con ellas para tomarnos algo, pero el tema a tratar son las fotos que publicaron. No sé si están enfadadas conmigo por lo de Carolina, pero supongo que sí.

Me visto de manera informal, pero sin olvidar el buen gusto. Nunca he descuidado mi imagen y no voy a empezar ahora, aunque por dentro me sienta fatal.

Cojo el coche y conduzco hacia el bar, creo que es la primera vez que soy puntual y en sus ojos noto la sorpresa. Me miran serias, deben odiarme y solo ha venido Audrey y Carla.

—Hola —saludo y me siento en una de las sillas vacías.

Antes de que algunas digan algo, el camarero viene y pido un zumo de naranja natural. No quiero alcohol en el cuerpo porque tengo que conducir y porque no quiero evadirme, sino enfrentarlo.

—Lucía, no sé qué decirte —empieza Carla —¿con Marcos, en serio? —aguanto el tipo y dejo que se desahogue —si pensaba que incluso te caía mal, no que estabais juntos.

—Ninguno de los dos lo hemos buscado, surgió de repente —me defiendo.

—¿Por qué no nos ha dicho nada? —esta vez es Audrey la que habla y en su tono de voz noto decepción.

—Al principio intenté negar la atracción que sentíamos y lo evitaba —suspiro —y os evitaba a vosotras.

—Ahora entiendo tu desaparición —añade Carla.

El camarero vuelve con las bebidas y solo deseo que termine esto cuanto antes.

—No estaba cómoda, os estaba engañado, pero sobre todo, me sentía como una mierda al ver a Carolina, pero Marcos, es simplemente Marcos y consiguió...

—Que te enamorarás de él —termina por mí Audrey —no te juzgo, me enfada que no hayas confiado en mí, en nosotras porque no tiene nada de malo enamorarse —asegura —Marcos es

increíble, me sorprende vuestra relación, pero no la rechazo, incluso si hubieras hablado con ella, tampoco lo haría, pero actuaste mal.

—Lo sé, fui una cobarde, no supe ser sincera y enfrentarme a la verdad y ahora ella me odia.

—No te odia —suaviza el ambiente Carla —está dolida, decepcionada, sorprendida, pero no te odia.

—Si la hubierais visto cuando hablamos... nunca la he visto así —me siento falta.

—Dale tiempo —me aconseja mi cuñada.

—Se lo daré, pero también he decidido separarme de Marcos.

—¿Qué? —gritan a la vez —no puedes hacer eso.

—Es lo mejor, elijo a mi amiga antes de todo esto y solo quiero que me perdone.

—No lo hará si lo dejas a él, ya estamos hablando de un tema diferente.

—No sé, ahora mismo quiero aislarme y dejar que las cosas se calmen.

—Estás cometiendo un error —me juzga —ahora, conociendo a mi cuñado, él no te dejará tan fácilmente.

—Conseguiré que también se decepcione de mí, se me da de diez.

—Lucía, no te escondas por miedo —me coge de la mano Audrey —vive tu amor y espera a que Carolina se recupere y pueda volver a confiar en ti.

—Le he robado al chico que le gustaba.

—Tú no le has robado nada —niega Carla —que lo has hecho mal, sí, que no tenías que ocultarlo, también, pero ella no está enamorada de él, no son nada, le gustaba, pero quizás si se estuvieran conociendo se podría haber dado cuenta de que no era el hombre de su vida.

—Aun así, no puedo sacarme de la cabeza nuestra discusión, soy una persona horrible.

—No lo hagas —me suplica Audrey —no le rompas el corazón.

—Tengo que hacerlo, tengo que alejarme y es mejor que él me odie para que ponga una barrera entre nosotros y no caer.

—Te voy a apoyar, pero no estás haciendo lo correcto —me sonríe Carla —Lucía enamorada y de Marcos, quien lo diría.

—Dentro de esa sonrisa de capullo, se esconde un hombre que te hace sentir especial.

—Marcos es increíble.

—Lo es —se me rompe el corazón —no le digáis nada, él no sabe lo de Carolina, no sabe que eso era lo que nos frenaba para gritarlo al mundo y no quiero que lo sepa, no por mí, sino por ella.

—Tranquila, no le diré nada —afirma mi cuñada.

—Lo siento chicas —no quiero llorar y es mejor irse —tengo que acabar con esto, os llamaré.

—Piénsalo —se pone en pie Carla para convencerme —no lo hagas.

—Adiós.

Tengo que terminar con todo, tengo que acabar y poner distancia, pero, aunque quisiera, no podría por la despedida de soltera de Carla. En nada será y tendré que ir de viaje con todos ellos, con él.

No quiero ser la culpable del mal ambiente, no se lo merecen los novios.

Todo lo que toco, lo destruyo.

Me subo al coche y conduzco rumbo a su casa, no sé si me ha llamado, apenas he cogido el móvil porque es mirarlo y romperme.

Todos me han llamado, todos me han escrito y me siento saturada.

Aparco frente su portal y cojo aire para ponerme esa máscara de frialdad. Tengo que romperle el corazón y no sé cómo, no sé hacerlo.

El conserje me abre y le saludo rápido, no quiero que vea mi cara. No estoy bien y necesito pasar desapercibida.

Subo en el ascensor y en esta ocasión, no tarda nada en llegar. Al llegar a su puerta, hubiera preferido que el ascensor hubiese tardado más en llegar.

No soy cobarde, entraré y romperé con él para intentar sanar las heridas.

Saco las llaves del bolso y la introduzco para abrir la puerta.

—¿Lucía? —escucho decir y al verme, se acerca a mí y me abraza.

Cierro los ojos y guardo este último momento en mi corazón y en mi cabeza para recordarlo siempre que crea que lo he superado.

—Marcos —me separo de él —tenemos que hablar.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... —elevo la mirada y casi grito al verle la cara.

Tiene el labio partido y la mejilla morada

—Estoy bien.

—¿Cómo puede ser así de capullo mi hermano? —me cabreo con él —no es capaz de dejarme en paz.

—Estoy bien, me lo merecía —le quita hierro al asunto —de verdad —me vuelve a abrazar e intenta besarme.

Me aparto en el último segundo, aunque mi yo interior gritaba para que lo hiciera y frunce el ceño.

—Ven —le cojo de la mano y vamos hacia el salón, tengo que acabar con esto antes de que no sea capaz.

—¿Qué pasa, Lucía?

—Lo siento —digo mordiéndome el labio inferior —siento ser la causante de todo este desastre.

—Lo superaremos juntos, tú y yo —me sonríe para darme fuerza —no hemos hecho nada malo.

—Tú no, pero yo sí.

—Tranquila, todo pasará.

—No, Marcos —intento contener las lágrimas —no puedo seguir con esto, es mejor dejarlo aquí.

—¿Qué dices? —no entiende nada

—Lo siento.

—No digas tonterías —me coge del brazo y me abraza suavemente —mírame —se aparta un poco para que nuestros ojos conecten —estaremos bien, nos queremos y...

—Te mentí —le interrumpo porque me duelen esas palabras —pensaba que te quería, que estaba enamorada de ti, pero ahora me he dado cuenta de que...

—¿Qué dices, Lucía? —frunce el ceño.

—Lo siento—agacho la cabeza porque no puedo mentirle mirándole a los ojos, que ya no tiene ese brillo.

—Es broma, ¿no? —me quedo quieta —Lucía, no me jodas.

—Lo siento.

—Deja de decir eso —se separa de mí y frustrado se revuelve el pelo sin entenderme —hace dos días dijiste que me querías.

—Pensé que sí, pero ahora me doy cuenta de que no.

—Eso es improbable, cuando sientes que quieres a alguien lo sientes aquí —se da un golpe en

el pecho, sobre el corazón —así que no me digas que te confundiste porque no puedes pensar que estás enamorado y veinticuatro horas después decir que no —grita.

—Lo siento.

—Deja de disculparte —se acerca a mí —¿qué pasa? —me analiza —¿es por Thiago?

—No, no es por él.

—¿Entonces? —me acaricia la mejilla y cierro los ojos —pequeña —me está matando —no te escondas, sé que me quieres.

—No es por Thiago —tengo que ser fuerte, no me merezco esto, no merezco ser la buena de esta historia porque no lo soy —hay otro hombre.

—¿Qué? —me mira fijamente.

—Cuando te pedía que no dijeras nada, era por eso.

—¿Me has engañado con otro?

—No, claro que no —que estoy diciendo —fue antes de ti, pero al salir todo esto a la luz y perderlo, me he dado cuenta de que le quiero a él.

—¿Qué coño dices, Lucía? —está furioso —¿Cómo que es por otro hombre? ¿Es que esto es un juego para ti? —agarra mi brazo para enfrentarse a mí —dime, ¿es un juego? —su tono de voz es tan frío que me odio por ser la causante de todo esto —me he enfrentado a mis amigos por ti, por lo que siento para que ahora me digas que es un error y que quieres a otro —me suelta como si me tuviera asco —¿en qué momento me olvidé de cómo eras? —dice más para él que para mí y eso me hace daño —no sabes que es lo que quieres, juegas con las personas y lo peor de todo es que pensé que me querías, que había conseguido hacerte sentir y yo... —se ríe con hipocresía —soy tan imbécil.

—Lo siento —no puedo romperme ahora, tengo que ser fuerte y ya cuando esté sola, podré soltarlo todo.

—¿Quién es? —exige —si no querías que lo contara, es porque lo conozco.

—No hagas esto.

—Dímelo, ¿quién es el otro que también cayó en tu juego? —me muerdo el labio inferior —¿quién ha sido tan imbécil de creerte?, ¿de quererte? —gruñe —que ciego he estado.

—Lander —suelto de golpe.

—Vete —me echa —lárgate y por tu bien, no te acerques a mí.

—Marcos...

—Lárgate.

Me doy la vuelta y corriendo salgo de su casa porque no puedo verle así y ser la causante de su dolor.

No sé qué haré, no lo he pensado, pero esto duele, duele mucho.

¿Qué voy a hacer?

Le quiero.

Me ha mirado con tanto odio, rabia y asco que no sé si seré capaz de superarlo, pero no puedo ser feliz porque Carolina también está sufriendo por mi engaño.

Al final solo hago daño a las personas que quiero. Soy tan mala amiga, tan mala persona que no me merezco tener estas personas tan increíbles en mi vida.

Hubiera sido más fácil si él se hubiera fijado en ella.

No, si fuera así, dolería más.

Treinta y uno

Estoy completamente rota, dolida y lo peor de todo, es que no puedo echarle la culpa a nadie. Sería más fácil si tuviera a alguien para maldecirle y así intentar recomponerme.

¿Pero qué pasa cuando ese alguien eres tú misma?

¿Cómo puedo superar eso?

¿Cómo puedo salir adelante cuando he roto con la única persona que me hacía sentir viva?

Me lo merezco por no ser sincera, el karma existe y todo vuelve.

Comienzo a llorar sin aguantarme nada, sacando toda la frustración, la rabia, el dolor y el odio que siento conmigo misma.

Soy yo el problema, la culpable y no merezco que me hagan sentir mejor.

Estoy en mi habitación, lamiéndome las heridas, recordando el odio en sus ojos, el desprecio de su voz y es como si me apuñalaran una y otra vez el corazón.

No sé cómo he sido capaz de llegar hasta casa, con las lágrimas apenas veía nada, pero por suerte estoy en mi refugio y aquí estaré hasta que pueda sanarme un poco.

Mis padres no están, no quiero ni imaginarme si me hubieran visto así, rota de dolor por un hombre que no se merece nada de lo que le he hecho.

—Marcos —gimo de dolor —te quiero, ¿qué puedo hacer para olvidarte?

No puedo hacer nada.

Encima ahora se piensa que quiero a Lander, ¿por qué he dicho ese nombre? Estaba nerviosa y no se me ocurrió ninguno.

Cojo el móvil y le llamo, espero que no me odie porque no puedo perder a otra persona que me importa.

—Mira quién me llama —me saluda con buena actitud — ¿qué tal bonita?

—Hola, Lander —saludo intentando no romperme.

—¿Pasa algo?

—¿Estás ocupado?

—No, dime —se pone serio.

—Lander —¿cómo se lo digo? —he hecho algo horrible.

—Seguro que no es para tanto —le quita importancia.

—La cuestión es que... —cojo aire porque no quiero recordar ese momento, ojalá pudiera volver a Mónaco —he tenido que mentir y he dicho que estoy enamorado de ti.

—¿Qué? —se ríe —como si fuera mentira.

—Lander —no estoy para tonterías —necesito que me sigas el rollo si alguien te pregunta.
—Claro, ¿pero por qué?
—Porque soy una persona horrible —ya no puedo contenerme más y vuelvo a llorar.
—No digas tonterías, eres increíble.
—No, ¿una persona increíble le roba el chico que le gusta a su amiga?
—Lucía...
—¿Una persona increíble le hace daño al hombre que quiere?
—Tranquila.
—No puedo, dime que me ayudarás.
—Lo haré, sabes que sí.
—Gracias.
—Cuéntame todo.

Y lo hago, le explico lo que ni yo sé qué pasó, pero ocurrió y no me arrepiento. Han sido semanas inolvidables, vivas e intensas, y en estos meses me he dado cuenta de que no he podido enamorarme de nadie que no sea él.

Al terminar de contar nuestra historia, Lander intenta consolarme y lo consigue. Nos despedimos con la promesa de volver a hablar y me siento un poco más tranquila.

Siempre ha sido él, siempre ha sido Marcos.

Me levanto de la cama y salgo de mi habitación para ir al trastero. Me da igual si algunas de las empleadas me ven así, lo necesito. Entro y no sé por dónde buscar, ¿dónde estará?

Hay muchas cajas, pero gracias al método de mamá de anotar a quien pertenece, puedo encontrarlo más rápido.

Abro cada caja que lleva mi nombre, me inquieto porque no sé si lo habré tirado cuando crecí porque no lo necesitaba. Sigo abriendo y cuando por fin lo veo, lloro.

Su peluche.

Lo abrazo con todas mis fuerzas y me río mientras lloro.

¿Cuánto tiempo ha paso sin volver a tenerlo?

Muchos.

Marcos siempre ha sido un chico especial. Recuerdo que cuando era pequeña, tenía miedo a la oscuridad. Vivir en una casa tan grande y silenciosa tiene sus desventajas.

No sé si tendría unos ocho años, fuimos a su casa porque esa noche nuestros padres salían y Thiago quería dormir con ellos. Como no quería quedarme solas con la niñera, les acompañé, aunque él no quería.

Por la noche, mientras estaba en una de las habitaciones que no era la mía, sola y a oscuras, me morí de miedo. Salí corriendo para buscar a Thiago y dormir con él, aunque sabía que me lo recordaría por siempre.

Me daba igual, solo quería estar con alguien y el destino hizo que ese alguien fuera Marcos.

Cierro los ojos y me empapo con ese recuerdo.

—Lucía —escucho mi nombre y me freno —¿qué te pasa?
—Hola, Marcos.
—¿Estás bien, pequeña? —me sonríe y le digo que sí con la cabeza —¿a dónde vas?
—Estaba buscando a Thiago.
—Está durmiendo, ¿necesitas algo?
—No —miento.
—Vamos, dímelo —se acerca a mí y me sonríe.
—Es que no puedo dormir —confieso.
—¿No tienes sueño?

—No es eso, es que todo está tan oscuro y silencioso...

—¿Tienes miedo? —afirmo con la cabeza —Ven conmigo.

Me coge de la mano y vamos hacia su habitación. Entramos en ella y me quedo en el centro sin saber qué hacer.

—Puedes dormir en mi cama, yo tengo que terminar un trabajo y seguro que al no estar a solas puedes descansar.

—Gracias.

Me subo en la cama y sobre ella veo un peluche en el centro, es una tortuga y la miro.

—Es Franklin —me sonríe —cuando tengo miedo, la abrazo y se me pasa todo.

—¿De verdad?

—Claro, pequeña.

La abrazo y me tumbo sobre la cama, cierro los ojos y poco a poco me duermo.

—Tenías razón, Marcos —suspiro —es abrazarla y el miedo se desaparece.

Por eso me la llevé, se la cogí y durante años me acompañó en mis noches. Nunca me la pidió, ni me exigió que se lo devolviera y desde entonces se convirtió en mi peluche favorito y dejé de tener miedo.

Nadie conoce esa historia, no se lo conté a mis amigas y supongo que él no le dio importancia. Mi madre pensó que me lo habían regalado, y lo dejé pasar.

Nunca lo mencionó hasta esa noche, esa que quiso que se la devolviera y tuve que colgar para que nadie lo escuchara.

Era mi secreto y quien me iba a decir que años después lo vuelvo a abrazar muerta de miedo.

—Ay Marcos, mi Marcos.

Treinta y dos

Han pasado casi un mes desde la última vez que lo vi. Desde esa tarde que nos rompimos el corazón en dos, no sé cómo está, no sé si aún me odia porque he preferido no saberlo.

Me he metido de lleno en mí, gracia a dios la prensa ha dejado de acosarme porque hay otra novedad en las noticias del corazón y ha sido mucho más fácil hacer mi vida.

Mamá no entiende qué pasó, se puso feliz cuando se enteró de que estaba saliendo con Marcos, a pesar de que le aseguré que era una equivocación, es mi madre y sabe que miento, que estoy sufriendo en silencio y que Marcos es el causante.

Tampoco he vuelto a ver a mi hermano, supongo que sigue enfadado por haber estado con su amigo y luego romper con él sin remordimientos. Todo ha sido muy rápido y no conoce mis motivos.

De Carolina tampoco sé nada, no la he vuelto a ver, a pesar de que le he mandado un mensaje de vez en cuanto para saber cómo estaba.

Nunca me contesta, pero no voy a rendirme.

Todo ha cambiado, el único bueno que ha pasado es que Victoria ya es madre de una preciosa niña. La pequeña Carlota Aguilar Corberó, tan bonita que nos ha enamorado a todos.

Han sido semanas muy duras, le echo de menos todos los días, pero al menos tengo su tortuga Franklin que me ha ayudado un poco a que las noches sean menos solitaria.

Mi vida es un caos y lo peor de todo es que ellos piensan que estoy saliendo con Lander. Ha sido mi coartada y las chicas, aunque me guardan el secreto, no me apoyan.

Nada ha vuelto a ser igual y todo ha sido por mi culpa.

¿Qué pasará en la despedida de Carla y Pablo?

Ambos asistiremos y será difícil, sobre todo para mí porque le sigo queriendo.

¿Por qué he sido tan inconsciente?

He hecho tanto daño y he abierto tantas brechas, sobre todo en la relación de mi hermano con Marcos.

Salgo de la cama, aunque es lo que menos me apetece, quiero quedarme a vivir aquí y ahogarme con mis problemas, pero he quedado con Audrey para cerrar el asunto de la despedida.

Solo seremos nosotras dos, Carolina ha declinado la oferta excusándose con el trabajo, pero sé que es por mí.

He quedado en su casa porque me aseguró que Thiago no estaría y por eso no me importa ir.

Quizás me ayude a despejarme.

Me obligo a ducharme y a arreglarme, tener que fingir que eres feliz es muy complicado y más cuando por dentro estás completamente rota.

—Cariño, ¿te vas? —me frena papá al verme salir de mi habitación ya arreglada.

—Sí, he quedado con Audrey.

—Vale, pásalo bien y mándale recuerdos.

—De tu parte, papi —me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—¿Estás bien? —me analiza —llevas unas semanas que tus ojos están tristes.

—Sí, pero con mucho trabajo —me separo y le quito importancia —te quiero.

Salgo corriendo para no dejarme llevar por el dolor y llorar delante de él. Por suerte, mi padre es de las pocas personas que no se enteró de lo que pasó y es lo mejor que me ha podido pasar.

Subo al coche y pongo mi lista de canciones para cortarme las venas. La primera que suena es *Dormir* de Aitana y me dejo llevar por la letra.

"Yo te he esperado tanto tiempo aunque no lo sabía
Que te busqué sin encontrarte
Y te encontré al no buscarte
Qué maldita suerte que tenía"

Cambio la canción de repente porque es como si escribiera sobre lo que viví.

Estás en todos lados.

Empieza a sonar las primeras melodías de *Only love can hurt like this* y no puedo evitar llorar porque es tan real.

Solo el amor puede doler así.

Llevo hasta su urbanización y lo primero que hago es limpiarme las lágrimas y retocarme el maquillaje. No quiero que se dé cuenta de que he estado llorando y más cuando finjo estar bien.

Al final sí voy a ser fría y superficial.

Toco el timbre cuando llego y me saluda con una sonrisa. Me invita a pasar y entro en su casa, llevo tiempo si pisarla, no me atrevía por miedo a que estuviera Thiago, pero por suerte, no tengo por qué preocuparme.

—Ya tenemos preparado el encargo de los bañadores.

—Genial —sonrío —va a ser la mejor despedida de todos los tiempos.

—Quedaron preciosos los bañadores personalizados y qué decir de la bata.

—No me extraña, esa empresa tenía muy buenas críticas.

—¿Qué queda?

—Solo organizar lo que haremos.

—Carolina me dio varias ideas —añade —¿por qué no lo celebramos en un yate?

—Me gusta.

—Podríamos pasar la mañana en el yate, por la tarde nos preparamos y nos quitamos la sal del cuerpo, y por la noche lo celebramos a lo grande.

—Suena bien.

—También me comentó que sería más divertido si la retamos esa noche a conseguir algo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pruebas de atrevimiento, ya sabes, conseguir que un restaurante entero cante una canción o cosas por ese estilo.

—Me gusta —sonrío por primera vez en mucho tiempo.

—Lugo estaría lo típico, spa, tratamiento de belleza, etcétera.

—Sí, eso es fundamental.

—Y Thiago propuso de hacer algún plan juntos.

—No sé si será buena idea.

—Eso pensé yo, pero podemos pasarlo muy bien.

—Lo que diga la mayoría —no me meto.

—Y por último —le mira dudosa y tiemblo —Thiago invitó a Eloi y Lander.

—¿Qué? —grito a pleno pulmón —estás de broma, ¿no?

—No, intenté conseguir que no lo hiciera, pero ya sabes como es de testarudo.

—Es un capullo.

—Solo se preocupa por ti y quiere hablar con tu supuesto novio.

—¿Y por eso lo invita a la despedida de su mejor amigo? Increíble.

—Lo peor de todo, es que vendrá.

—No creo.

—Han confirmado asistencia, Gael, Lander y Eloi.

—Joder —me tenso al imaginar esa escena —no me puedo creer que haya hecho eso sin consultarme.

—Lo siento, pero quizás es un buen momento para aclararlo todo.

—No.

Necesito estar sola, joder, Marcos. No me quiero ni imaginar cómo estará al ver a mi supuesto novio.

—Y también tengo que decirte otra cosa.

—¿Más todavía? —sonrío por no llorar.

—Te lo quería contar Carla, pero no sabía cómo.

—¿Qué pasa? —me asusto.

—Marcos vendrá acompañado a la boda —siento que mi mundo se parte en dos.

—¿Cómo lo sabes? —intento aparentar que no me ha afectado.

—Se lo dijo Pablo por el tema de las mesas y esas cosas.

—Vale.

—Lo siento.

—Estoy bien —miento.

—No lo estás —me contradice —di la verdad, te mereces ser feliz.

—Tengo que irme.

—Espera.

—Nos vemos otro día.

Salgo de su casa sin ni siquiera mirarla de nuevo. Mi mente repite una y otra vez esa maldita frase. Vendrá con otra mujer, estará con otra y seguramente ya me habrá olvidado.

Quería que él lo hiciera, que fuera feliz, pero ahora, al pensar que quizás si lo es sin mí, que ya pasó página, duele aún más.

Me lo merezco, merezco que me olvide, que esté con otra, pero eso no quiere decir que no sea doloroso y difícil.

Y lo de Lander, lo voy a matar.

¿Cómo se le ocurre aceptar sin consultarme? O mejor dicho, ¿cómo acepta y no me llama para informarme?

Ya en el coche, cojo mi móvil y le llamo muy cabreada. Al menos ese sentimiento me ayuda a seguir y no hundirme en la miseria.

—Hola bonita.

—¿Eres imbécil? —digo de pronto —¿cómo es eso que vendrás a la despedida?

—Me han invitado y sería muy sospechoso que no lo hiciera.

—¿Y no eres capaz de decírmelo?

—Te iba a llamar hoy para comentártelo, pensé que no te importaría.

—Claro que me importa, ¿es que no te acuerdas de que supuestamente somos novios?

—No pasa nada, fingiremos y ya está.

—Estará Marcos.

—Lucía, bonita —se le cambia el tono de voz —lo sabe y no le importa.

—¿Qué?

—Cuando tu hermano me invitó, me negué por esa razón, ya que sería muy incómodo para él y, ¿sabes cuál fue la respuesta de tu hermano? —cierro los ojos y espero que responda —que lo habló con él y le parece bien.

Es definitivo, me ha olvidado y me lo merezco.

—Te tengo que dejar —logro decir antes de volver a llorar.

Llevo haciéndolo desde que salir de su casa porque ya no soy la misma. Ahora estoy veinticuatro horas rota y no veo ninguna luz al final del túnel, es más, todo se me complica un poco más.

He perdido muchas cosas y no sé cómo recuperarlas.

Ya no sé hacerlo.

No tengo fuerzas para nada más, solo de llorar e intentar seguir hacia delante, a pesar de que en cada curva hay un bache.

Parece que todo vuelve a ser como antes, menos para mí.

Treinta y tres

Estoy muy nerviosa, en un rato volveré a verlo y no sé si estoy preparada. En realidad, lo tengo claro, no estoy preparada, no puedo verle después de la última vez que me miro.

No lo he superado y llevo todo este tiempo soñando con ese momento.

Hoy será un día clave, nos volveremos a ver las caras todos. Desde esa tarde, solo he visto a las chicas, quitando a Carolina. Me he cerrado en mí y he intentado no aceptar los planes porque sé que mi presencia sería motivo para que alguien no acuda y no es justo.

Pago al taxi cuando me deja en la puerta del aeropuerto y entro en él para facturar y pasar el control. Voy con tiempo, por lo que he leído en el grupo que se creó, soy la última para no variar.

Paso el control y voy en busca de la puerta de mi vuelo, lo hago lento y cuando paso por el *Starbucks*, hago cola y me pido un té macha. Pediría algo más fuerte, pero necesito estar en mis cinco sentidos.

Todo se ha vuelto frío e incómodo.

Me sirven la bebida y salgo con paso lento mientras me lo tomo. Poco a poco reconozco a los chicos y me tenso. Intentaré por todos los medios no sentirme avergonzada, lo hecho, hecho está.

—Hola —finjo una sonrisa —¿cómo está la novia más guapa?

—Lucía —me llama emocionada.

Lleva un vestido blanco con una banda que pone, soy la novia más guapa del mundo.

—Qué guapa estás —le doy un abrazo y al menos alguien se alegra de verme.

—Gracias.

Me sonríe y me separo para saludar al resto, pero la mayoría me esquivan y la única que me mira feliz es mi cuñada y no cuenta.

—Como siempre llegando tarde —rompe el hielo.

Me centro en ella para no mirarle, no puedo hacerlo en este momento porque me dolería.

—Hola, Carolina —la saludo, pero me ignora —¿cómo estás?

Me mira durante unos segundos, de manera fría y se gira para dejar de coincidir conmigo.

—Se le pasará —me asegura Carla.

—No lo veo tan claro.

—Dale tiempo.

—Es lo único que puedo hacer —suspiro agotada.

Sigo tensa mientras escucho las conversaciones de las chicas. O mejor dicho, la conversación

de Audrey y Carla, que son las únicas que son majas.

Carolina está hablando por teléfono, creo que es con su padre, pero no lo sé al cien por cien. Desde que llegué estoy en la misma posición, estoy de espalda a los chicos y no lo he mirado ninguna vez.

Mi parte coherente ha ganado y aunque me muero de ganas de girarme y mirarle, lo mejor es seguir así. Al empezar el embarque es inevitable no verle y me freno para reactivarme porque el día será muy largo.

Está más guapo, más fuerte y más sexi.

Está riéndose de algo que le ha dicho Pablo y se le ve bien. Es como si nunca hubiera pasado lo nuestro, en ningún momento he sentido que me mirara y tampoco he notado que necesitaba tenerme cerca como en mi caso.

¿Qué esperaba?

Le rompí el corazón, al menos se está comportando con educación y no me ha tirado nada a la cabeza. Me ignora, es como si no me conociera y lo entiendo, pero lo que no entiendo es el comportamiento del resto.

No tienen derecho a hacerme sentir mal, no cuando ellos no son ejemplos de nadie. Ellos, que me miran como si fuera mejor que yo, hicieron daño tanto a Audrey como a Carla.

Así que no, no tienen derecho y no me voy a dejar pisotear.

Subimos al avión y mi asiento es la ventanilla. Dejo mis cosas arriba y me siento mientras me pongo los *AirPods* para aislarme de todo.

En mi fila me toca Audrey y Carla y sé que no ha sido casualidad. Me hubiera gustado haberme sentado con Carolina para buscar un acercamiento, pero no voy a forzarlo.

Me pongo a escuchar música y cierro los ojos para relajarme. Será el viaje más largo de mi vida, pero podré con esto y con todo lo que se venga.

Llegamos a Ibiza sobre las once de la mañana, decidimos aprovechar y comer en el puerto antes de coger el ferri que nos llevará a nuestro destino.

Como es demasiado temprano para comer, pasamos la mañana en la playa y sobre las dos comeremos en algún chiringuito.

Me quito la ropa y la coloco en el bolso de playa que traje. Saco de él la crema solar y me echo por todo el cuerpo olvidándome de lo que pasa a mi alrededor, es lo mejor para todo.

Me pongo las gafas de sol al terminar y me echo sobre la tumbona para intentar relajarme y disfrutar del día.

—¿Quién se quiere meter al agua? —pregunta mi hermano.

—Yo voy —escucho a mi cuñada.

—Y yo —le sigue Pablo —¿rubia?

—Hace calor, ¿por qué no?

—Pues vamos todos y terminamos antes —propone Thiago.

Abro los ojos mientras veo como todos van hacia la orilla para darse un baño. Les miro desde mi posición y mis ojos traicioneros se fijan en él, en la única persona que hace que mi piel se erice, mi corazón palpite a toda velocidad y mi respiración se agite.

Lleva un bañador celeste y mis ojos le recorren de arriba a abajo. Cierro los ojos y recuerda todas las veces que mis manos se posaron sobre él.

—Basta, Lucía —me ordeno abriendo los ojos sin apartar la mirada de él.

Está con su hermano intentando ahogarlo y sonrío por primera vez en mucho tiempo. Lo consigue y se siente satisfecho por la sonrisa que muestra.

Ojalá pudiera ir y hablar con él. Le echo de menos y duele mucho darse cuenta de todo lo que

ha cambiado nuestra relación en tan poco tiempo, y saber que todo es por mi culpa.

Me río cuando es el turno de Carla, él y su estúpida costumbre de ahogar y molestar a todas.

<< A todas menos a ti>>

Se me borra la sonrisa y me convenzo de que es lo mejor. Aunque no he arreglado las cosas con Carolina, sé que pronto lo haré o eso es lo que quiero pensar.

Me siento sola, nada es como antes. He cambiado y las cosas que antes me importaban, ya no lo hacen.

—Lucía —grita Carla y la miro —vamos, ven.

—Más tarde.

Rechazo su invitación y es el momento de volver a cerrar los ojos y tomar el sol. No tiene caso seguir martirizándome por algo que no puedo cambiar.

Me relajo o eso intento y por fin me aíslo de todo lo que me rodea. Siento paz al estar en el paraíso e intento buscar el lado positivo de las cosas, aunque yo no sea de ese tipo de persona.

Un ruido me distrae y al abrir los ojos veo a Carolina recolocando su tumbona para tomar el sol.

—¿Está rica el agua? —intento entablar una conversación.

—Mmm —me ignora y se sienta sobre la tumbona para echarse crema solar.

—Carolina, yo...

—No, Lucía, no es el momento —me corta con frialdad y no veo a mi amiga dulce.

Parece que ella también ha cambiado.

—Vale —me hago pequeñita y no la molesto.

Me pongo en pie porque me duele verla y no reconocerla. Me pongo el vestido de verano que traje y voy hacia el chiringuito para tomarme algo, mejor dicho, para emborracharme.

No ha sido buena idea venir, nadie me quiere aquí y con razón.

Tomo asiento y pido una copa de vino. Me la sirve a los pocos minutos y me la acompaña con unas aceitunas. A pesar de que está fuera de mi dieta, me las como sin pensar.

La gran Lucía Bianchi amargada porque sus amigos no quieren serlo más.

Les veo desde mi posición y están tan bien sin mí que es como si fuera espectadora de una película romántica en la que yo no figuro.

Siento que no me necesitan y eso escuece.

Marcos está hablando con Carla y se le ve tan bien. Más de un mes sin verle y es como si nunca hubiera pasado, a pesar de que en el pasado él me estaría sacando de quicio y yo quejándome y deseando que me ignore como está haciendo ahora.

Pido otra copa cuando me la termino.

—¿Me puedo sentar? — estaba tan concentrada en él que no me di cuenta de que Audrey se acercaba a mí.

—Claro.

Le pide un refresco al camarero y me mira con los ojos tan bonitos que tiene.

—Le quieres, ¿por qué haces esto?

—Es lo mejor.

—Para ti no —me coge de la mano —porque no dejas que las cosas sean como deberían.

—Ya lo he estropeado una vez, quiero arreglarlo.

—Ser infeliz no lo arreglará.

—Recuperar una amiga sí.

—Ella está más dolida por el engaño que por lo otro —asegura —y lo peor de todo es que piensa que te has liado por diversión, no porque estabas enamorada.

—Me da igual todo —estoy cansada.

—Ay Lucía, ojalá pudiera ayudarte.

—Gracias por todo, al menos no me das de lado como el resto.

—Qué va, todos están feliz de que hayas venido.

—Eres tan adorable —sonido con pesar —Marcos me odia —decir su nombre en voz alta duele —mi hermano no me perdona, Pablo me ignora porque le hice daño a su hermano y Carolina no quiere ni que la mire.

—A ver, Marcos está dolido porque te quiere, Thiago es muy orgulloso, pero cuando estamos solos, me pregunta por ti, pero no entiende el cambio que hiciste de repente —abro los ojos al escucharla —Pablo necesita que le den una paliza, pero te quiere y Carolina, necesita tiempo.

—Gracias Audrey —solo quiere animarme.

—Tiempo al tiempo.

—Lo sé.

Viene el camarero con la bebida y comenzamos a hablar de todos menos de ellos. No queremos que me deprima y ella es una buena compañía, es la mejor.

Más tarde toman asiento el resto del grupo y dejo de hablar. Es como si fuera invisible y poco me hago de notar, sin embargo, Marcos está como siempre y me alegra saber que no he apagado esa parte de él tan viva e increíble.

Al terminar de comer, recogemos las cosas y volvernos al coche para ir al ferri y por fin emprender el viaje a nuestro destino real. Va a ser los días más largos de mi vida, pero soy fuerte y puedo con esto y con mucho más.

***

Llegamos a la gran villa que hemos alquilado y nos repartimos en habitaciones. Tiene un total de siete y lo hacemos de la siguiente manera, las parejitas ocuparán una y los solteros no compartiremos habitación.

Me hubiera gustado compartirla con Carolina para acercarnos, pero sé que ella no querrá. Dejo mis maletas sobre la cama y me acerco al balcón con vista al mar.

Qué maravilla de lugar.

Decido guardar las cosas para tener una excusa para no salir y fingir que todo va bien. He traído mucha ropa para los pocos días que estaremos, pero me he esmerado en hacerla.

Puedo estar triste, pero no fea.

—¿Te vienes a la piscina? —se asoma Carla.

—Estoy organizando esto, quizás más tardes.

—¿Estás bien?

—Claro —miento —vamos, ve tú que si no tu doctorcito te echará de menos.

—Qué cruel.

—Así soy.

—Gracias por venir, sé que no es fácil para ti, pero...

—No soy la protagonista del viaje, así que dejemos lo mío aparte.

—Vale —sonríe —te quiero.

—Y yo.

Me manda un beso y me deja sola. Me vuelvo a acercar al balcón y salgo para verles a todos tan felices en la piscina. Tenía claro que sobraba, que nadie me echaría de menos, pero ser testigo hace que duela más.

Me fijo en Marcos, que está hablando con Martín y por la sonrisa del segundo, sé de qué se trata. De repente suena su móvil y se aparta para cogerlo, le sigo con la mirada y me imagino que quizás sea esa chica que le acompañará a la boda y los celos crecen.

Se gira y como si supiera que alguien le observa, eleva la mirada y sus ojos chocan contra los míos. Es demasiado tarde para esconderme, así que no aparto la mirada y él tampoco lo hace.

Sus ojos son decisivos y ya no tienen esa calidez que tan acostumbrada me tenía, aunque me conformo con ver de nuevo esa mirada que me volvía loca porque me hacía sentir viva, a pesar de que me odie.

Gruñe y se aparta para dejar de mirarme como si no estuviera aquí. Cojo aire y es el momento de volver a dentro y terminar con lo que estaba haciendo.

Como duele saber que no le importo y que encima, me odia.

Van a ser días duros y más cuando vengan Eloi y Lander. Esta situación me está agobiando, todos me odian, a todos les incomodo y si pudiera haber elegido, hubiera deseado no estar aquí donde la mitad me ignora y la otra me odia.

¿Cómo ha cambiado tanto mi vida?

Lo he perdido todo y ha sido por mi culpa.

¿Qué pudo hacer?

<< Ser fuerte y aguantar>>

Me aconseja mi subconsciente y es la única salida que veo. Ser la Lucía fría, frívola, que nada le afecta y esperar a que las aguas se enfríen.

¿Cuánto puede durar?

No lo sé, pero estaré para todo aquellos que quieran estar conmigo y para el resto, esperar, esperar y esperar.

Ojalá todo vuelva a ser como antes, pero sé que es imposible porque le quiero y no sé si seré capaz de olvidarle a pesar de que él si lo ha hecho.

Cierro los ojos y me imagino el momento en el que le vea con otra, que le mire como me miraba a mí, que la sonría de esa manera que a veces me sacaba de quicio, pero en el fondo era mi momento favorito del día.

Que le diga, te quiero y no se escondan.

Voy a sufrir de verdad y no sé si estoy preparada para eso.

No, claro que no lo estoy.

Treinta y cuatro

—Gracias chicas —sonríe Carla mientras toma el sol en el yate que alquilamos —esto sí que es una despedida en condiciones.

—No nos las des —responde Audrey —te lo mereces y esto solo es el principio.

—No me lo creo, que estemos aquí todos y... —de calla al emocionarse —me voy a casar.

—Anda, no llores —me acerco a ella y la abrazo —todos sabíamos que estabais predestinado —se ríe —aunque nos lo ha puesto difícil.

—Sí, pero ha merecido la pena —es tan feliz que yo lo soy por ella —gracias.

—Bridemos por eso —cojo la botella de champán y empiezo a llenar las copas.

Se las paso a cada una y brindamos. Miro a Carolina para buscar un acercamiento, pero no lo consigo.

—Por Carla —grita Audrey —por su matrimonio y por los futuros hijos.

—Por Carla —le sigue Carolina —y por su cuento de hadas hecho realidad.

—Por Carla —me animo —por todas las cosas buenas que vendrán —afirmo —y aquí estaremos nosotras como siempre para celebrarlo con ella.

Elevamos las copas y nos bebemos el contenido del tirón.

—Creo que estoy borracha —se queja Audrey.

—No seas quejica —me burlo —es tu segunda copa.

—Sí, pero sabes que no tolero el alcohol.

—Déjala —sale en su defensa la novia.

—Voy al agua —anuncio —¿alguien se apunta?

—No —niega Audrey.

—Paso —declina la oferta Carla.

—¿Carolina? —me mira, pero me ignora.

Cojo aire y voy hacia el borde para lanzarme y esperar a que el mar me ayude. Al saltar, lo primero que siento es el choque frío del agua en mi cuerpo. No sabía que estuviera así, porque, sino, no me hubiera metido.

Lo segundo que siento al sumergirme es la paz y el silencio que te trasmite estar en medio de la nada. Es tan liberador y satisfactorio que me quedaría a vivir aquí, en medio del mar y con los peces como amigos.

Me siento sola, incomprendida, pero no es el momento de analizar mi vida. Me lo merezco, he sido una traidora y una mentirosa, pero no sé, quizás pensé que si arreglara las cosas, todo sería más fácil.

Ahora me doy cuenta de que no es solo intentar poner las cosas como antes, porque si fuera así, Carolina no me miraría con tanta indigencia que aún sigue sorprendiéndome.

Intento por todos los medios lograr un acercamiento, pero me ignora radicalmente, no me quiere en su vida y no se trata de dolor que se puede arreglar con un perdón, es mucho más profundo y no sé si podré conseguirlo.

¿Y si la he perdido?

Si es así, seré la chica más estúpida del planeta por perder a la mejor amiga del mundo.

—Lucía —grita Audrey —sube que vamos a comer.

—Voy.

Nado hacia el barco y subo las escaleras poniéndome la máscara de que aquí no ha pasado nada.

Cojo una de las toallas y me siento en la mesa con las chicas para comenzar a comer. Hay de todo, pero no tengo apetito, así que me dedico a beber y quizás de esa manera puedo olvidar todos los problemas.

Pasamos el resto de la tarde en medio del océano y sobre las siete de la tarde, volvemos a la villa que hemos alquilado para prepararnos para la gran noche.

Me ducho en el baño privado de mi habitación y al menos este momento de soledad puedo descansar de ese papel que me está costando la vida interpretar.

Hoy voy a pasarlo bien, me prometo, es la despedida de mi mejor amiga y voy a disfrutarlo como si no hubiera un mañana. Va a ser muy guay porque la temática que hemos elegido para celebrarlo es de hadas.

Me he esmerado mucho en esto, me encanta disfrazarme y seré el hada del bosque.

Salgo de la ducha y me enredo en una toalla, cojo otra y hago lo mismo con mi cabello para quitarle la humedad.

Vuelvo a la habitación y veo el vestido que he hecho sobre la cama y es tan bonito. Hoy va a ser mi noche, nada de sentimientos negativos, nada de incomodidad.

Es la noche de la diversión, del beber y de estar con las chicas. Así que dejo de perder el tiempo y comienzo con el maquillaje porque me voy a esmerar.

Tardo más de la cuenta en maquillarme y al terminar, apruebo el resultado y empiezo con el pelo. Me lo ondulo con la plancha y en esta ocasión tardo menos que con el maquillaje.

Al mirarme en el espejo, el resultado me encanta, ha salido mejor de lo que imaginaba.

Es el momento de lucir el vestido y me lo pongo con cuidado. No podría estar más enamorada de él, es impresionante y me queda genial.

Me pongo los complementos, me calzo las sandalias de tacón doradas y por último, me echo perfume.

Estoy lista y al volver a mirarme en el espejo sonrío después de mucho tiempo.

Soy un hada, el hada del bosque.

Analizo cada parte de mí; el mini vestido de plumas de un color oro metalizado; las grandes alas del mismo color, el tocado que es ideal para el *outfit* y para rematar, las orejas puntiagudas como las que tienen los elfos.

Estoy impresionante y no me importa admitirlo.

—Lucía, vamos —entra Audrey y abre la boca al verme —joder.

—Qué guapa —afirmo y es verdad

—Soy el hada del amor —me guiña el ojo.

Lleva un vestido muy parecido al mío, pero de color rosa metalizado y escote corazón. Le ha dado un toque dulce como es ella, no tan guerrero como el mío, pero está igual o incluso más

guapa que yo.

—Vamos, hada del amor —salgo de la habitación con ella detrás.

—Estás muy sexi.

—Gracias.

Bajamos las escaleras y al entrar al salón, ya están todos. Soy la última, para no variar y abrazo a Carla que lleva un vestido lencero color blanco y una banda que pone "*adiós a la soltería*"

Está preciosa, ella entera lo es y estoy feliz porque se ha cumplido su sueño.

Me separo y miro a Carolina, su vestido es de color azul metalizado, me esforcé mucho en el suyo, quería que fuera increíble y he superado las expectativas.

Está guapísima.

—¿Nos vamos? —pido porque estoy incómoda.

—Sí, ya está la limusina en la puerta esperándonos —indica Audrey.

Me pongo a un lado para no estar en el centro y al girarme, me encuentro con su mirada recorriendo mi cuerpo. Es la clase de mirada que quema cada zona que toca, activándome al segundo y me bloqueo por no saber como reaccionar.

Quiero que dure eternamente, pero a la vez, quiero ser fuerte y no caer en la tentación.

Sus ojos se frenan cuando alcanza los míos y me desafían. Sé que le ha gustado el resultado, se lo noto en cada célula de su piel y eso es malo porque me hace sentir débil.

—Lucía —me llama Audrey rompiendo el momento —¿me estás escuchando?

—Eh...

—Vamos.

La sigo por inercia porque mi mente está en otro lado. En su mirada y empiezo a analizarla, no era fría, tampoco insignificante... era de las que decía que tenga cuidado.

Nos despedimos de los chicos y comenzamos nuestra noche de solo chicas. Es la despedida de Carla y ha pasado tan rápido el tiempo que no me lo creo.

La limusina nos espera en la puerta de la villa y subimos en ella gritando de emoción. Ojalá hubiera venido Victoria, pero tiene la mejor excusa para no hacerlo.

Lo primero que hago al entrar es coger la botella de champán y llenar las copas. Necesito emborracharme, es una despedida y necesito olvidar para divertirme.

—Chicas —las llamo y les ofrezco una copa que aceptan sin quejas —por Carla, para que esta noche sea increíble y que mañana nos arrepintamos de pasarlo en grande.

—Amén —se ríe la novia y se la bebe del tirón.

—Esa es mi chica —hago lo mismo y al sentir el líquido recorrer mi garganta, cierro los ojos y cojo aire.

—Solo me he bebido una copa y ya siento que me ha afectado —se queja Audrey.

—No seas quejica —relleno las copas mientras bailo al ritmo de la música —es la despedida de Carla, nos merecemos emborracharnos.

—No creo que a tu hermano le guste mucho eso —me guiña un ojo Carla —pero lo siento porque es mi despedida de soltera —grita elevando la copa —y vamos a emborracharnos.

—Eso es —brindamos y mis ojos conectan con los de Carolina.

Me miran con esa indiferencia que jamás he visto antes de que lo neutro se rompiera. Me está costando mucho darle ese espacio porque siento que no voy a solucionarlo.

La echo de menos, echo de menos mi vida de antes.

Me bebo la copa del tirón y bloqueo los pensamientos tristes. Nada de lamentaciones en esta noche tan espacial, nada de remordimientos y sobre todo, nada de lo que me haga sentir

pequeñita.

Me relleno la copa y salto al ritmo de la canción de Dua Lipa. Cierro los ojos y me da igual derramar el contenido del champán porque me lo estoy pasando bien.

Hace mil que no me sentía así y voy a aprovecharlo.

Ellas también se animan y me siguen el rollo. Bebemos, bailamos y reímos. Es como si nada malo hubiera pasado, pero al ver sus ojos me recuerdan que sí, que no es una pesadilla, que es real y vuelvo a concentrarme para olvidarlo y seguir disfrutando.

Esta limusina es increíble, es como si fuera una discoteca privada y portátil.

—Me quedaría a vivir aquí —grito para que me escuchen.

—Será mejor que comamos algo —añade Audrey —mira la comida —nos la señala —no la hemos tocado.

—¿Desde cuándo en una despedida se come? —hago un mohín —lo que tenemos que hacer es gastar la botella.

—Vamos por la segunda ya.

—Audrey —la regaño—es una despedida.

—No tolero el alcohol —hace un mohín.

—Vale —suspiro —puedes comer, no te juzgaré —bromeo.

—Gracias.

—Eres un sol —se burla la novia —¿a qué sí Carolina?

Le pregunta como haría en el pasado, pero en el presente no escucho una contestación porque me ignora. Es como si no estuviera y duele.

—Brindemos —grito antes de permitir que aparezca de nuevo esos pensamientos.

—¿Por qué brindamos esta vez? —pregunta Audrey —ya lo hemos hecho con todo lo que se me ocurre.

—Por ti —sonrío—brindemos por ti —relleno mi copa y me la bebo del tirón bajo su atenta mirada —y ahora por el chofer —me río un poco borracha —solo necesito una excusa para bebérmelo del tirón.

—Lucía —me frena Carla —aun la noche es joven y vamos a abrir la tercera botella.

—Vamos a emborracharnos, todas y a disfrutar.

—No quiero amanecer con un tatuaje horroroso y un anillo en el dedo —indica Audrey —vamos a emborracharnos, pero con cabeza.

—¿Y eso cómo se hace? —no le veo el sentido.

—Dejar pasar tiempo entre copa —¿por qué me están regañando?

Carla me quita la botella de champán de las manos y no me quejo porque es ella. Me siento en el sillón y cojo un canapé de mientras.

Ya que no puedo beber, al menos comeré.

Treinta y cinco

Me va a estallar la cabeza, me duele todo y eso es porque ayer me bebí hasta el agua de las macetas. Me lo pasé realmente bien, bueno hasta lo que recuerdo porque ahora que lo pienso, no sé cómo llegué hasta mi cama.

Abro uno de los ojos intentando que no me estalle la cabeza. Lo consigo con mucho esfuerzo y al ver la habitación me doy cuenta de que no es la mía.

Abro de golpe el otro ojo y gruño.

¿Dónde estoy?

Me examino para ver si tengo algún tatuaje o algún anillo en el dedo, pero suspiro al descubrir que no hay nada de eso.

En realidad puedo vivir con un anillo, pero con un tatuaje sería la mayor cagada de mi vida porque soy modelo.

Vale, llevo la ropa interior y eso significa que no me he acostado con nadie.

Eso es bueno.

No sé dónde estoy, cierro los ojos e intento recordar algo, pero el último recuerdo que tengo es que estaba en un bar de *strippers* divirtiéndome y ahogando las penas mientras un hombre le hacía un baile sexi a la novia.

¿Dónde están las chicas?

La puerta lentamente se abre y cierro los ojos por miedo de no saber quién es. Finjo estar dolida porque es más fácil eso que tener que entablar una conversación incómoda con un desconocido.

Entre abro los ojos y se me para el corazón al ver a la única persona que jamás pensaría que fuera.

Marcos.

¿Qué ha pasado?

¿Estoy en su habitación?

¿Cómo llegué hasta aquí?

¿Me habrá desnudado?

Necesito recordar, necesito saber que ha pasado entre nosotros, pero sobre todo, necesito recordar que le dije.

Treinta y seis

No puedo seguir fingiendo que estoy dormida. Necesito saber por qué estoy aquí, en su cama, en ropa interior y con dolor de cabeza.

Bueno, lo último sé por qué es, ya que me emborraché como si no hubiera un mañana.

Me muevo inquieta y finjo que me estoy despertando. Tiene que ser una actuación muy poco convincente porque al abrir los ojos me encuentro con los suyos mirándome fijamente.

—¿Marcos? —frunzo el ceño como si no supiera que estaba aquí. —¿qué haces en mi habitación?

—¿Tu habitación? —ironiza —estás en la mía.

—Ah —me quedo en blanco, que le digo —¿cómo llegué hasta aquí?

—Borracha.

—Lo siento —salgo de la cama y no me importa si estoy en ropa interior.

Miro por si encuentro mi vestido de hada, pero no está por ningún lado.

—Tu vestido no está aquí.

—¿Vine sin él?

—No —sonríe de medio lado.

—¿Qué pasó entre nosotros?

—¿Tienes miedo de saber que le pusiste los cuernos a tu novio? —se burla, pero me quedo quieta al volver ver ese brillo tan característico que dejé de ver desde que rompimos.

—Marcos...

—No pasó nada —niega —viniste y me suplicaste de que te follara.

—Imposible —me cruzo de brazos.

—Eso fue lo que pasó, luego te caíste sobre mi cama y te quedaste dormida con mi nombre entre tus labios —no puede ser, ¿o si?

—¿Solo pasó eso? —cojo aire.

—Sí, te quité el vestido que apestaba a alcohol y ya está.

—Vale —miro a mi alrededor para buscar algo que ponerme.

—Toma —me pasa una camiseta suya.

—Gracias.

Estoy nerviosa porque no puedo leerle, me la pongo rápido y es el momento de irme. Me da miedo verme en el espejo y lo peor de todo es que estoy frente a él.

Camino hacia la puerta y la abro para desaparecer cuanto antes.

—Por cierto —me frena, pero no me doy la vuelta —tu novio está en la cocina.

Salgo y cierro con cuidado.

¿Dónde me estoy metiendo?

¿Qué hacía en su habitación?

¿Cómo que le supliqué?

¿Por qué he sentido que he estado con el Marcos de siempre?

Corro hacia mi habitación para que nadie me vea con estas pintas y ya luego tendré que hablar con Lander.

***

—¿Se puede saber dónde te estás metiendo? —me critica Eloi —¿no te das cuenta de que no es justo ni para él ni para ti?

—No empieces, por favor —me duele la cabeza y no quiero pensar en eso.

—Lucía, te estás equivocando.

—¿Crees que no lo sé? —me bajo las gafas para que vea mis ojos llenos de dolor —le echo de menos, le quiero, pero siento que he roto cualquier posibilidad.

—Qué dices, lucha por él —me aconseja y mis ojos se centra en Marcos que está en el borde de la piscina riéndose.

—Va a ir a la boda con otra —no sé si podré soportarlo.

—Porque eres imbécil y te lo mereces.

—Oye —me quejo.

—Lucía, no sé por qué tienes tanto miedo a dejar que te quieran —se pone serio —actúas como si no merecieras que un tío increíble te ame y solo buscas excusas para no ser feliz.

—No es eso, es...

—Carolina, lo sé, pero no es razón suficiente para no luchar tus propias batallas —no puedo escuchar eso —te has equivocado, has ido por el camino fácil porque sientes que no eres merecedora de la felicidad, pero, ¿sabes qué? Lo eres.

—Eloi...

—Y lo peor de todo es que has involucrado a otra persona en tus mentiras, solo para no ser sincera y luchar.

—Lander no le importó.

—Porque es otro imbécil.

—¿Quién es imbécil? —viene mi novio falso.

—Nosotros—suspiro.

—¿Yo por qué?

—Por seguirle la mentira que no va a ninguna parte.

—Solo hice lo que hace un amigo cuando ve que está sufriendo y llorando.

—Un buen amigo tenía que haberle dicho que no, que no rompiera con la única persona que penetró su corazón de hielo.

—En mi defensa diré que es mi única amiga y que no entiendo de sentimientos.

—No es su culpa —me pongo en pie —solo es mía.

—Dile la verdad.

—Ya es tarde Eloi, me ha olvidado, ya ni siquiera me mira con rencor y cuando estoy cerca de Lander, no le importa.

—Ay, Lucía —me abraza por los hombros —no seas cobarde.

—Lo he perdido todo —me cruzo de hombros, pero por dentro estoy rota.

—No digas eso —se acerca Lander —no has perdido nada, a él le importas, no sé qué crees

ver, pero no es tarde, así que hazle caso al listo de los tres.

Me hacen dudar, me giro para mirarle y me lo encuentro en el banco con Carolina hablando. Se les ve relajados, como dos personas que se gustan y...

—Solo están hablando —me lee la mente Eloi.

—Encima celosa —se burla Lander —acércate, dile que le quieres y sé feliz, bonita.

Hago un mohín.

—Aquí estáis —nos interrumpe Thiago —vamos a encender la barbacoa, ¿os animáis?

—Claro.

Sé que lo hace para poder estar con mi supuesto novio. Me deja sola e inevitablemente mis ojos vuelve donde está Marcos con Carolina. No sé qué le habrá dicho, pero ha sonreído y le ha rodeado por los hombros.

Aparto la mirada antes de que me pillen.

¿Qué hago?

¿Le hago caso a Eloi?

¿Lucho por él cómo se merece?

¿Grito a pleno pulmón que le quiero y que es el único hombre que ha conseguido que me olvide de todo, que sonría como nunca y que sin él no soy feliz?

—Lucía —me llama Carla —ayúdame a preparar las cosas.

—Voy —aunque debería decir gracias.

Entre Carla y yo ponemos la mesa para comer en breve. Gracias a Audrey, que prácticamente se ha dedicado a hacer la comida para todos, y los chicos que están con el fuego preparando la carne, vamos a comer muy bien.

Cojo las bebidas, obviamente no falta el alcohol, aunque es la primera vez que no me apetece. Aún me sigue doliendo la cabeza y tengo que recordar lo que pasó anoche.

¿Habré sido tan patética?

Pongo las bebidas en la mesa y vuelvo a la cocina para coger una botella de agua. Es raro en mí, pero es lo que toca hoy.

—Vamos, que está todo listo —me apremia Carla cuando vuelvo.

Me siento al lado de Audrey y tengo en frente a Pablo que me mira con cara de pocos amigos. Me lleno mi copa con agua y me pongo un poco de patatas, ensalada, queso y carne en el plato.

—Lucía bebiendo agua —se burla Carla —ver para creer.

—Eso le pasa por acabar con la existencia del vino —le sigue el rollo Audrey—ayer nos pasamos todas, pero tú —me señala —más.

—No me lo recuerdes —gruño.

Corto un trozo de patatas y me lo meto en la boca. Me gustaría preguntar por lo de anoche, saber que fue lo que me vieron a hacer, pero no es el momento.

—Me hubiera gustado verte —me guiña el ojo Eloi —seguro que estaba divertidísima.

—Lucía puede ser muchas cosas, pero no divertida —se ríe Audrey.

—Eso seguro —me giro hacia la voz de la persona qué más odio de esta mesa.

—Es que tú tienes que ser la bomba —ironizo con esa máscara que suelo utilizar con gente como él —con esa cara de agrio, no me lo quiero imaginar.

—Al menos no me emborracho como si acabara de cumplir dieciocho.

—Es lo que tiene no saber divertirse —¿pero de qué va para juzgarme? —¿por qué no te quitas ese palo que tienes metido en el culo? —Eloi y Lander sueltan una carcajada.

—Lucía —me regaña mi hermano.

—No te metas conmigo, Gael. —le amenazo, no estoy de humor y menos para él.

Me ignora y seguimos con la comida. El ambiente es divertido, aunque apenas hablo, solo observo y me río con alguna broma que se dicen.

Mis ojos se centran en Marcos, está cómodo, de buen humor y como siempre, es el alma de la fiesta, nada que ver conmigo.

Sus ojos de vez en cuando chocan contra los míos, pero los aparto rápido. Finjo que no le estaba mirando, pero por dentro tengo millones de preguntas que no me atrevo a decir.

—¿Qué hay de postre? —se interesa Pablo.

—Audrey hizo tarta de limón —le informa Carla con un beso en la mejilla.

—¿Qué haríamos sin ella? —le guiña un ojo, pero al estar a mi lado, se pone serio cuando coincidimos.

Pablo me odia, pero es lo que menos me importa.

—Voy a por los platos.

Me pongo en pie para escapar de esta estampa tan bonita, pero sobro yo. Camino hacia la cocina lentamente porque quiero tardar lo máximo posible.

Del mueble de arriba saco platos para todos y los coloco sobre la isla. También cojo un cuchillo y cucharas.

Alguien entra y deja algunos platos en el fregadero y me paralizo al descubrir de quién se trata.

¿Por qué ha entrado si sabía que estaba aquí?

—No se te ve muy cariñosa con tu novio.

—Es porque no me gusta dar muestra de cariño en público —me justifico apoyándome en la isla.

—Claro, se me olvidaba que fueras tan fría —se acerca a mí—aunque ayer, me juraste que estabas caliente.

—Estaba borracha —tiro balones fuera.

—¿Solo por eso? —da otro paso hasta que se coloca a pocos centímetros de mí.

—Sí —sueno más débil de lo que deseaba.

—¿Seguro? —susurra.

—Sí —vuelvo a mentir —¿de qué hablabas con Carolina?

—¿Por qué lo preguntas? —sonríe

—Curiosidad.

—De cosas nuestras.

—No sabía que tuvieras cosas con ella.

—No sabes mucho de mí —sentencia —será mejor que salgas, tu novio tiene que echarte de menos.

—Para con eso —me enfado.

—¿Con qué?

—Con mencionarle en cada frase.

—Es tu novio, por él me dejaste, ¿o es que no te acuerdas?

—Te pedí perdón —elevo un poco la voz.

—¿Y crees que es suficiente? —vuelve ese Marcos que me odia y que creía que había desaparecido —lo dejé todo por ti, me enfrenté a todos por ti para que me digas, lo siento, me he equivocado y estoy enamorada de otro.

—Fui estúpida, lo sé, pero lo que tuvimos fue real.

—¿Ah, sí? —se inclina para estar más cerca de mí —¿qué parte fue real?

—Todo lo que vivimos...

—Lucía—susurra sobre mis labios y todo mi cuerpo se activa —no era tan real si querías a otro.

Se separa de golpe dejándome en el centro de la cocina bloqueada. Coge los cubiertos y platos que dejé para la tarta y sale como si no hubiéramos tenido esta conversación.

Cojo la tarta de la nevera y vuelvo al jardín para no dejar al resto sin ella. Tomo asiento y no presto atención a lo que están diciendo, también rechazo la postre porque no tengo apetito.

Solo pienso en lo que me dijo en la cocina y en lo tonta que fui por no gritarle que le quiero.

Soy una cobarde.

Treinta y siete

Estoy en el salón esperando a que aparezcan los chicos, hoy les toca a ellos celebrar la despedida de Pablo y nos morimos de ganas de saber cuál es la temática.

Nosotras decidimos pasar la noche de relax en la villa para coger fuerzas. No nos apetecía salir, queríamos algo más tranquilo.

Escuchamos voces acercándose y nos activamos. Miramos hacia las escaleras y les vemos aparecer, y al hacerlo, termino abriendo la boca.

—Dime que debajo llevas ropa. —se asusta Carla.

—No cuñadita, ¿desde cuándo un enfermo lleva ropa debajo de la bata?

—Pablo —se escandaliza.

—Está de broma rubia —sonríe —llevo ropa interior.

—No sé si eso me calma.

Sonrío, la idea es original. Están todos los chicos disfrazados de médicos y Pablo es el paciente, solo lleva la típica bata de hospital y sé que me reiré cuando se vaya y vea la parte de atrás.

—Chicos —se acerca Audrey —divertiros y tú —señala a mi hermano —pórtate bien. —le da un beso rápido.

—Yo lo cuido —afirma Marcos que no podía estar más guapo con esa bata de médico.

—No sé si eso es bueno.

—Es el momento de irnos —pone orden Martín.

—Adiós, chicos —se despide Carolina.

Suelto una carcajada al ver el culo de Pablo, que como dijo, lleva unos calzoncillos, pero no me imaginé que sean personalizados con dibujos de penes.

El mayor anti morbo que existe.

—¿Lo habéis visto?

Pregunta Carla con los ojos abiertos y terminamos riéndonos a carcajadas. No sé qué harán, pero sin duda, disfrutarán igual o más que nosotras.

Si eso es posible.

<<O si te acordaras>>

Treinta y ocho

Es nuestro último día en la villa. Que ganas tengo de volver a casa y perder de vista a todos.

Han sido unos días estresante, caóticos e intensos.

Todos están disfrutando y me alegro por ellos, pero siento que no encajo aquí.

Carla se coloca en la tumbona de al lado y comienza a darme conversación. Hago como si estuviera bien, pero solo cuento las horas.

Solo un día, tengo que aguantar.

Están todos dispersados por el jardín; Martín está junto con el imbécil de Gael haciendo la carne, Thiago, Audrey y Carolina están manteniendo una conversación amena, Pablo está en la piscina nadando, Eloi y Lander en el otro extremo y Marcos está sentado en la mesa y soy incapaz de mirar porque siento sus ojos sobre mí.

No sé qué me está diciendo Carla, pero sonrío como si la estuviera escuchando. Mi cuerpo vibra, arde y es por su culpa.

¿Por qué me mira tanto?

¿Por qué no disimula?

—Chicos, la carne estará lista en nada —dice de pronto Martín y le tengo que dar las gracias.

Entre todos ponemos la mesa y soy la última en sentarme para hacerlo lo más lejos de él.

Eloi lo hace a su lado y eso me sorprende.

Noto como comienzan hablar y me tenso. No sé por qué, ya que tengo claro que él no me traicionaría.

Dejan de hablar y me tranquilizo, espero que su conversación no sea sobre mí, pero seguro que sí lo es y eso me pone más nerviosa.

Esto está acabando conmigo, pensé que hacía lo correcto, pero ya no sé ni lo que hago. Dejo que la marea me lleve hacia la orilla, pero está tan lejos que ya ni la veo.

Al terminar de comer, entre todos recogemos e intento escaparme a mi habitación sin que se den cuenta.

No sé dónde está la Lucía valiente, la que podía con todo y con todos. Ahora soy una copia barata que ya ni me reconozco.

—¿Escapando?

Me paro al escuchar esa voz justo enfrente de mí. Elevo la mirada y en efecto, está en frente mía, con esa mirada de suficiencia.

—No —me atrevo a decir y comienzo a caminar para volver a mi habitación cuanto antes.

—No lo parece —coloca una mano sobre la pared e impide que me vaya.

—¿Querías algo? —estoy cansada de que todos me traten mal —si vienes con esa ironía que tanto odio, ya sabes por dónde puedes meterla.

—Vaya, parece que la modelo está cabreada.

—En cambio, tú, imbécil, no lo parece —estoy al límite y lo estoy pagando con la persona menos indicada.

—¿Qué tal con tu novio? —frunzo el ceño por el cambio de registro.

—Creo que eso no te importa.

—Lo decía básicamente —sonríe y me muerdo el labio inferior para no pegarle un puñetazo —porque creo que no te he visto más de dos segundos con él y es la despedida...

—¿Me meto yo en tu vida? —gruño —no, así que haz el favor de hacer lo mismo que yo.

—Tienes que relajarte —se burla y suelto el aire por la nariz.

—Apártate —le empujo, pero no se mueve ni un milímetro —que ganas de perderos de vista.

—¿Por qué? —susurra acercándose a mí —¿no soporta estar cerca mía o lo que no soportas es mirarme sin poder tocarme, besarme...?

—Para —pido, pero me ignora y da un paso más hasta encerrarme entre su cuerpo y la pared.

—Porque si es eso, me pasa lo mismo —abro los ojos al escucharle —no entiendo lo que ha pasado —roza mi mejilla con sus labios y cierro los ojos —estábamos tan bien y de repente...

—Marcos... —susurro, no puedo tenerlo tan cerca.

Me giro para que sus labios estén sobre los míos, necesito besarle, me muero si no le beso, pero al rozarlos, da un paso hacia atrás dejándome con las ganas de hacerlo.

—No voy a besarte si tienes novio —asegura —deberías recordarlo, pequeña.

Sin añadir nada más, se gira y se va como si no hubiera provocado que mi cuerpo se muera por sentir el suyo.

—Dios —cierro los ojos y camino en dirección a mi habitación para pensar.

—Ey —escucho detrás de mí y me asusto por si es él —Lucía.

Respiro al reconocer la voz de Lander.

—¿Pasa algo? —me giro y me sonríe.

—No, ¿qué haces aquí? —pregunta acercándose —¿por qué no estás abajo con el resto?

—Necesito descansar de ellos —afirmo —¿y tú?

—Tengo que hacer una llamada.

—¿Romántica? —me burlo.

—No, vamos, te acompaño hasta tu habitación.

—Claro.

No tardamos ni dos segundos en llegar, le invito a pasar y acepta. Se tira sobre la cama y se queja porque dice que es mejor que la suya.

—Por cierto —sonrío —casi te pongo los cuernos.

—Oye —me tira un cojín y me río de verdad —¿qué pasó? No pienso ser el imbécil —se sienta —¿tengo que partirle la cara por propasarse con mi novia?

—No y me dijo que en la noche de la despedida estabas cariñoso.

—Sí —sonríe de forma chulesca —quizás es la excusa perfecta para dejarme.

—Capullo.

—¿Por qué no le dices que le quieres?

—Ya es tarde.

—Bueno, hasta hace dos semanas, ni te miraba y ahora ¿os liais?

—No nos besamos —aclaro—bueno, yo quería, pero se apartó.

—¿Así que jugando al gato y al ratón con mi novia?

—Si no te conociera, pensaría que estás celoso.

—Es que lo estoy —suelto otra carcajada.

—Eres tan mono —me echo sobre la cama, a su lado y le miro —¿qué hago?

—Sal, le dices que quieres estar con él y sé feliz.

—¿Así de fácil?

—¿Por qué tendría que ser difícil?

—Porque le rompí el corazón.

—Pues une las piezas —me acaricia la mejilla y cierro los ojos —¿a qué esperas?

—Lo dices porque quieres que deje de ser tu novia.

—Sí, eres pésima —se burla —no tenemos ni sexo.

—Ni lo tendremos.

—Estamos en Formentera, en una isla preciosa y hoy es nuestra última cena.

—No.

—¿Por qué no? —me tumbo y él se inclina sobre mí para ver mis ojos —¿a qué esperas?

—No puedo romper con él y luego arrepentirme, no es justo para él.

—Lo que no es justo es que ambos os hagáis daño por una tontería.

—Ella no es una tontería.

—Ella es fuerte —sonríe.

—Oye —le señalo con el dedo —apártate de ella.

—Claro —le miro mal —me refiero a que ella es mayorcita, está bien, bueno, con todos menos contigo —le miro mal —y va a ser así estando o no con él.

—Eres cruel.

—Sincero —se acerca y me da un beso en la mejilla —no seas cobarde.

—No seas como Eloi.

—Si coincido con ese patán —sale de la cama —es porque es lo correcto.

—Lander... —pero no puedo decir nada más porque desaparece de mi habitación después de decir esas palabras.

¿Y si le hago caso?

Cierro los ojos y decido seguir lo que siento, decirle la verdad, contarle el motivo de todo y que le que quiero.

Al menos se merece eso de mi parte.

No sé por qué, pero me reactivo como si llevara meses dormida hasta hoy. Eso es porque siento que voy a hacer lo correcto.

Entro en el baño para empezar con mi rutina de belleza. Tengo que estar estupenda, no sé qué me pondré, pero tengo que estar espectacular.

Abro el grifo para que se llene la bañera, y le echo las sales antes de salir y decidir lo que me pondré para esta noche. Menos mal que traje más de la cuenta, no contaba con esto, pero tengo que estar preparada para todo.

Al ver el conjunto blanco y negro que me traje supe que era el que me pondría. Es ideal, precioso y sencillo, lo conforma un pantalón de talle alto y acampanado, y la parte de arriba, un *crop top*.

Voy a acompañar este look con las sandalias de tacón alto de color blancas y un bolso del mismo color.

Vuelvo al baño y comienzo a desnudarme para meterme en la bañera para intentar relajarme.

No puedo acobardarme, voy a dejar el miedo al fracaso a un lado y por fin seré yo.

¿Tengo miedo?

No, lo que tengo son ganas.

***

Estamos de camino al restaurante de la playa para cenar y pasar una velada tranquila y divertida. Gracias a dios, estoy en coche diferente al suyo, ha sido bajar las escaleras y al verle, mi estómago ha dado un giro inesperado y ahora estoy nerviosa.

He trabajado en las mejores pasarelas y confesar mis sentimientos hace que quiera vomitar por los nervios.

Quien me entiende, yo no.

Eloi aparca y cojo aire antes de salir. En mi imaginación era más fácil, pero en la vida real esto es complicado.

—Estás preciosa —me abraza por los hombros.

—Lo sabes.

—Lo sé—me sonríe —y debería sentirme ofendido de que le hayas hecho caso a él en vez de a mí.

—Es muy convincente cuando quiere dejar de tener novias ficticias.

—Lucía —me da un beso en la cabeza y entramos en el restaurante.

Ya están el resto sentados y me armo de valor para mirarle. Mis ojos inevitablemente le estudian, está muy guapo, ¿pero cuándo no lo está? Se ha puesto una camisa azul cielo que hace juego con sus ojos.

El camarero viene a tomarnos nota cuando nos sentamos. Me decanto por una ensalada porque soy incapaz de pedir algo más sólido.

Rápidamente, la mesa se llena de conversaciones de todo tipo y después de mucho tiempo, me siento bien, con entusiasmo y sobre todo, dejo de fingir.

Los entrantes llegan, apenas pico, pero lo que si hago es acabarme mi primera copa. Necesito fuerzas y el vino ayuda.

Escucho a Gael hablar y no entiendo lo que hace aquí. Es el primo de mi cuñada, vale, pero no le soporto.

Está debatiendo un tema con Carolina, me aburre que hablen de trabajo, pero como está ella implicada, no seré borde y me mantendré callada.

—Cambia la cara —me susurra Eloi —debería dejar a un lado tu odio hacia él.

—No le odio —niego —solo que no le soporto, esconde algo detrás de esa faceta de caballero.

—No esconde nada —asegura —es un buen tipo, solo que le has cogido manía.

—Es un prepotente.

—Tú no te quedas atrás.

—Es aburrido.

—No le conoces —le defiende —es divertido, estricto, pero buena persona.

—Tus ganas de defenderlo hace que me entren ganas de vomitar.

—Ahora me entiendes lo que me haces sentir con tu faceta de masoquista.

—Te odio —le miro mal.

—Me quieres.

Gracias a él, mis nervios se dispersan y paso una velada buena, a pesar de coincidir con Gael, el hombre más insoportable del mundo y lo peor de todo, es que es mutuo.

—¿Qué queréis de postre?

—Yo nada, me quedo con la copa de vino —digo en mi turno.

—Sería contradictorio —cojo aire al escuchar al capullo —ya sabes, pedir ensalada como buena modelo y cagarla con el postre.

—Lo que es contradictorio es que estés compartiendo mesa con un capullo —no me puedo contener.

—Lucía —me regaña mi hermano, pero no aparto los ojos de él.

No me intimida, ni siquiera durante un segundo.

—Esa boca niña.

Le miro mal por última vez y cojo mi copa para seguir bebiendo con tranquilidad. Lo que me faltaba.

—Oye —me regaña Audrey.

—Es imbécil.

—Y tú tampoco te quedas atrás.

—Ha empezado.

—No tienes diez años—se burla.

—Voy a tomar aire, que aproveche —ojalá que se ahogue.

Me pongo en pie y camino hacia la puerta que da a la playa. Me quito las sandalias de tacón y camino sobre la arena, me alejo un poco y llego hasta la orilla del mar.

Este sonido es tan tranquilizador que me podría quedar a vivir aquí.

Prefiero mil veces esto que estar en esa mesa mientras pasa el tiempo. No me voy a echar para atrás, pero recargarme con este sonido ayuda.

Saco el móvil y grabo un vídeo para subir a mis historias. Por una parte, me da pena que hoy sea el último día, es cierto que no lo he disfrutado como debería, pero este viaje me ha cambiado.

Escucho risas en el fondo y al girarme, descubro que han terminado con el postre y han decidido pasear por la orilla como yo.

Estoy muy apartada y puedo seguirlos con la mirada. Me río cuando Marcos persigue a Audrey y la atrapa al segundo, no sé si le amanezca con meterla al mar, pero por el grito que pega, seguro que ha sido así.

Mi hermano la mira con una sonrisa de enamorado.

Ver para creer.

Sigue observándoles como si fuera una persona ajena a ellos. Pablo abraza a Carla que le sonríe con amor, Carolina está con Lander y Gael y se le ve bien, tranquila.

Eloi está en la orilla, haciendo fotos como buen fotógrafo y decido hacerle una foto yo desde aquí.

Son mi familia.

Vuelvo a mirar a Marcos y veo que se aleja hablando por teléfono, no sé con quién, pero tiene que ser algo serio para cogerlo cuando están con ellos.

Es el momento, voy a aprovechar esto para hablar con él de una vez por todas.

Paso por detrás de las rocas para que no me vean ir por dónde se fue Marcos. Le he perdido la pista porque está todo muy oscuro, pero veo una figura tras la roca del fondo y me acerco.

Cojo aire antes de llegar y me mentalizo.

—Claro —dice —dale cita para el miércoles, yo mismo resolveré esta cagada —sentencia —gracias por avisar.

Guarda el móvil en el bolsillo y al darse la vuelta, se encuentra conmigo y se sorprende.

—Hola —saludo un poco más flojo de lo que pretendía.

—¿Qué haces aquí? —frunce el ceño.

—¿Podemos hablar?

—¿Sobre qué? —se cruza de brazos —ya lo dejamos todo muy claro.

—Marcos...

Eleva una ceja y todas las palabras que quería decir se quedan paralizadas en mi garganta. He llegado hasta aquí y estoy actuando como si fuera imbécil.

Así qué, cojo aire y cierro los ojos durante unos segundos para llenarme de valor.

Es ahora o nunca.

Treinta y nueve

Marcos

Veo como sus ojos cambian y pasan de las dudas al coraje. Sé lo que va a decirme, después de meses me contará la verdad y eso me cabrea porque ya pasó el momento para hacerlo.

¿Por qué no me lo ha dicho antes?

Esa misma pregunta viaja por mi mente desde la despedida de soltera de las chicas. Esa madrugada donde ella, cabreada y muy borracha, invadió mi habitación para confesarme que me echaba de menos.

Mi primera reacción al escucharlo era cogerla en brazos y tirarla a la piscina, pero solo me crucé de brazos mientras escuchaba como me reprochaba su tristeza, su dolor y entonces ocurrió, me contó el motivo real de la ruptura y me quedé paralizado.

No entendí nada, no sabía qué decía y cuando se quedó dormida en mi cama, analicé cada frase y por fin entendí que me dejó por Carolina, por sus remordimientos al dejarse llevar conmigo y por ese motivo inventó su relación con Lander.

Quise matarla, improvisó todo eso para que diera un paso hacia atrás y la dejara tranquila.

Para que la odiara y no luchara por ella.

No tiene sentido; nada de lo que me dijo lo tiene, aunque pude entenderla en parte y aceptar que debajo de sus miedos y sus dudas, ella tenía dos opciones, ser buena amiga o quererme.

Eligió lo primero, aunque se equivocaba porque eso no revolvería nada. No conseguiría que las cosas fueran como antes y al mismo tiempo, estaba rindiéndose, dejándome a un lado, como si nada de lo que vivimos hubiera pasado.

Al día siguiente tomé la decisión de hablar con Carolina, jamás imaginé que ella tuviera algún tipo de sentimiento hacia mí. Siempre vi a una mujer estupenda, dulce y simpática, pero nunca sentí que le gustara.

Fui un imbécil, no vi las señales y le pedí disculpa por si le hice daño en algún momento. Ella fue sincera conmigo y me tranquilizó al saber que jamás le di alguna esperanza ni la ilusioné.

Me confesó que el enfado que tenía con Lucía no era por mí, sino por no decirle a tiempo lo que estaba pasando porque si lo hubiera hecho, lo hubiera aceptado.

Recuerdo la frase exacta, me miró a los ojos para decirme que ella hubiera sido la primera en alegrarse de que por fin alguien hubiera penetrado el corazón de hielo de Lucía y de que le hicieran sonreír y feliz.

Después de la conversación con Carolina, el rencor disminuyó un poco al percatarme del

engaño y miré las cosas con perspectiva.

Carolina tenía razón al confesar que Lucía estaba perdida en temas sentimentales y que solo tuviera paciencia.

—¿Qué quieres? —finjo, pero en el fondo me siento satisfecho porque voy a hacerla sufrir.

—Te quiero —gruñe como si eso no fuera lo que quería decir.

Era tan adorable que hacía que mis muros con dos palabras temblarán.

—¿Qué?

—Ya lo has escuchado.

—Lucía, estás con Lander.

—Eso... —se muerde el labio inferior y me cruzo de brazos —no estamos juntos.

—Mira Lucía, no puedes decir un día que estás enamorada de otro, que estás con él y luego confesar que me quieres y que lo dejaste con él.

—No lo he dejado.

—¿Lo hizo él?

—No —grita —nunca hemos estado juntos, mentí para que te olvidaras de mí.

—No te entiendo.

—Que te mentí, ¿vale? —suspira —la cagué, lo sé, pero todo explotó de golpe sin estar preparada y creí que lo mejor era separarme de ti para arreglar las cosas.

—Lucía... —está nerviosa, me encantaría dar un paso hacia delante, abrazarla y decirle que todo saldrá bien, pero entonces me vienen a la mente todos los meses que no estuve con ella, todas las noches que maldecí su nombre porque la echaba de menos y me contengo —lo sé.

—¿Qué sabes? —frunce el ceño.

—Lo sé todo, sé que me dejaste cuando Carolina lo descubrió y por eso te inventaste tu relación con Lander para arreglar tu amistad, pero te digo una cosa —doy una paso hacia delante —no por echar tierra encima, escondes lo roto.

—Lo siento.

—No pasa nada, puedo entenderte, pero no puedo olvidar lo que pasé cuando rompiste conmigo después de todo lo que sentíamos, como simplificaste las cosas como si no hubiera pasado nada, como... —me callo porque no soy capaz de decirlo en voz alta.

—Marcos —sus ojos se agrandan por miedo —lo he estropeado, te he hecho daño, pero no quiero perder más el tiempo, quiero estar contigo.

—No es suficiente —no puedo pasar por lo mismo, es cierto que al saber la verdad ese resentimiento que tenía en el pecho desapareció, pero no puedo hacer como si nada —te perdono Lucía, sé que has intentado hacer las cosas bien, pero no puedo estar contigo.

—Ey —da un paso hacia delante y coloca sus manos temblorosas sobre mis hombros para mirarme a los ojos —estoy diciendo que lo siento, que te quiero.

—Shh —la abrazo —vamos a dejar que pase el tiempo y ver dónde nos lleva eso —me cuesta decir esas palabras al abrazarla y sentir que estoy en casa.

—¿Ya no me quieres? —pregunta con miedo.

—Han pasado muchas cosas y...

—Vale —se aparta haciéndose la fuerte —te entiendo —finge una sonrisa —te voy a dar tiempo, ¿vale? —se muerde la comisura del labio —y cuando sientas que podamos hablarlo de nuevo, cuando desaparezca ese doler de aquí—toca mi pecho, justo por encima del corazón —cuando sientas que me has perdonado de verdad y quieras estar conmigo —me quedo quieto —seremos tú y yo para siempre —afirma —voy a esperarte —se pone de puntillas y me da un beso suave en la mejilla.

Estoy tan impactado que me quedo viendo como ella desaparece poco a poco de mi vista. No me esperaba esta reacción y por poco casi corro para frenarla y decirle que sí, que también la quiero, pero sería un error, no lo he olvidado para empezar de nuevo.

Tiempo, es buena idea.

Tiempo para curar y sanar.

Tiempo para empezar de cero y quizás en esta ocasión, lo logremos.

Cuarenta

Ha pasado un mes desde que le di tiempo para que me perdonase y olvidara el pasado. Un mes sin saber de él, sin verle... un mes donde he sentido que le he querido y echado de menos como nunca.

Tras la conversación que tuvimos me he liberado a pesar de que no estemos juntos. Me he sentido orgullosa conmigo misma por decir lo que quiero, aunque no lo haya obtenido.

Todo este tiempo me ha ayudado a reencontrarme conmigo misma, a ser yo de nuevo y a salir de ese estado autodestructivo que entré sin que me diera cuenta.

Nada a mi alrededor ha cambiado, pero yo sí lo he hecho.

Las cosas con Carolina aún son frías, también le di tiempo y pienso respetarlo, aunque me gustaría hablar con ella sobre Marcos. Pero no es justo para ella y por eso no la he buscado y mucho menos he intentado hablarlo.

Nos hemos visto unas cuantas veces más por el tema de la boda y sé que seguiremos viéndonos más seguido ahora que solo quedan dos semanas.

Cada día me pongo más nerviosa porque vamos a coincidir y no sé como voy a reaccionar. Les pedí a las chicas que no me hablaran de él, no quiero echarme tierra sobre mi propio tejado, pero lo único que sé es que aún vendrá acompañado a la boda y no sé como digerirlo porque imaginé que después de la conversación que tuvimos no vendría con ella.

Me ilusioné con que cancelara la invitación de su acompañante o cita, pero no, sigue en pie y eso me hace dudar y pensar si volveremos a estar juntos de nuevo.

Me da miedo la respuesta, porque si es no, lo voy a lamentar de por vida, aunque lo respetaré y dejaré que siga con su camino.

—Lucía —entra una de las dependientas—ya hemos organizado la nueva cápsula, ha quedado todo fantástico.

—Gracias —sonrío porque lo bueno de estar triste es que puede centrarte en algo para olvidar el motivo de la tristeza y yo me he dedicado en cuerpo y alma a mi nueva cápsula —termino esto y voy a verlo.

—Perfecto.

—Ya podéis marcharos, así descansáis por si mañana viene más personas de la cuenta.

—¿Seguro?

—Claro, cierro yo.

Poco a poco la marca está creciendo y no sé si tengo que contratar a otra persona para que haga el trabajo que yo realizo porque se me está acumulando con los otros compromisos que

tengo.

Termino de rellenar el papeleo y al finalizar, me pongo de pie y salgo de mi despacho para ver cómo ha quedado.

Sonrío nada más verlo, los colores predominantes de mi colección son el azul que se extiende por toda la tienda. Ha quedado precioso, ordenado, en perfecto estado y lo único que puedo hacer es observar con una paz interior.

Sería un buen momento de brindar por esto. Por el éxito a pensar de mis problemas amorosos. Soy un caos, pero he encontrado un equilibrio en mi vida y no voy a dar un paso hacia atrás.

Me enfrentaré a la boda con una sonrisa y buena cara, es mi mejor amiga y se merece eso de mí.

Vuelvo a mi despacho y cojo el bolso y la americana. Apago todas las luces y pongo la alarma. Mañana será un día largo y lo estoy deseando.

Cuarenta y uno

Cojo aire antes de tocar el timbre de la casa de los padres de Carla y Martín. Nos han invitado a celebrar que la próxima semana será la boda, es como una despedida de solteros, pero en familia.

Me abre la empleada y me acompaña hasta la sala donde están el resto tomándose una copa de vino mientras hablan. El ambiente es cálido, así que cojo una copa y me uno al grupo de las chicas intentando pasar desapercibida.

Hay más personas de lo que pensaba, me uno a la conversación, aunque mis ojos viajan por la sala hasta encontrarme con él. Nos hemos evitado durante tanto tiempo que hoy era inevitable no encontrarnos.

Estoy nerviosa, no sé cómo actuar delante de él. En nuestra última conversación él me pidió tiempo para olvidar y perdonar mi cobardía, pero no poder hacer nada también me hace sentir perdida.

—Está dormida —escucho que responde Victoria y deduzco que habla de su hija.

—Qué pena, me hubiera encantado verla y darle un beso.

—A la próxima no te escapa —me amenaza y sonrío.

—Cariño —me saluda mamá —¿cuándo has llegado?

—Hace media hora —exagero, creo que fue hace diez minutos —qué guapa estás.

—Tú sí que estás guapa —me da un beso en la mejilla —os dejo a solas para que sigáis hablando.

Se marcha y mis ojos traidores vuelven a él. Está de espalda a mí, riéndose de algo que dijo Thiago. No sé qué podrá ser tan divertido si viene de mi hermano, que es la persona más sosa del mundo.

Va con un pantalón de pinza negro y una camisa celeste. Seguramente hará que sus ojos brillen más, pero al estar de espalda a mí, no podré saberlo y lo prefiero.

Soy débil cuando se trata de él.

—Lucía —me llama mi cuñada —¿estás bien?

—Cansada con la nueva colección, pero bien —finjo —¿qué decías?

—Nada —sonríe y sigue hablando con su hermana.

No puedo seguir así, aunque él me llame constantemente, tengo que concentrarme y estar pendiente de las conversaciones que mantienen. Me integro como si estuviera atenta desde el principio hasta que es la hora de la cena.

Como somos tanto, por suerte no me siento en la misma mesa que él, nos hemos tenido que

dividir para cenar porque era imposible hacerlo todos en la misma mesa.

Realmente lo prefiero porque así podré disfrutar con las chicas como hacía tiempo que no lo hacía. Desde la conversación me siento liberada porque ya no depende de mí y quizás por eso estoy más cómoda con ellos.

Con Carolina las cosas siguen igual de fría, no la atosigo, le dejo su espacio como me pidió y solo espero que cada día sea uno menos para poder hablar.

Me río de una broma que le hacen a Carla, que está preciosa con el vestido rojo que le resalta su figura y sus ojazos. Es la princesa de la cena y lo sabe, Pablo, por el contrario, pasa más desapercibido, aunque no hablo con él desde hace mucho tiempo.

Supongo que no me habrá perdonado, es entendible porque Marcos es su hermano y yo le hice daño.

La cena termina y la fiesta comienza y es cuando lo doy todo. Bailo, canto, me río, disfruto como si no hubiera un mañana y creo que es la primera vez que apenas bebo.

¿Estaré madurando?

—Lucía —me giro al escuchar esa voz llamándome —¿quieres bailar?

Está sonando *Another love* de Tom Odell, una canción preciosa y solo puedo responder que sí. Me coge de la mano y me lleva hacia la pista improvisada donde están el resto de parejas bailando.

Cojo aire y me atrevo a mirarle a los ojos para entender que significa esto. No se lo voy a preguntar, no me atrevo.

—Estás preciosa —afirma sin apartar los ojos y me ruborizo.

Yo, Lucía Bianchi, se ruboriza por un piropo.

—Gracias, Marcos —le sonrío y seguimos bailando.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Liado, pero bien.

—No te he visto en todo este tiempo.

—Pensé que quizás sería incómodo para ti.

—Pensé igual —sonrío.

—¿Lo era?

—No —niego —¿y para ti?

—Tampoco.

Seguimos mirándonos mientras bailamos. No añadimos nada más, hemos confesado que nos hemos echado de menos y siento que quizás ya me ha perdonado, o al menos, no me guarda rencor.

—La canción ha terminado —añade, pero seguimos bailando pegados, a pesar de que ahora es otra más movidita —Lucía, yo...

—Marcos —le llama Pablo interrumpiendo el momento.

—Hola —le saludo, pero solo eleva la barbilla como respuesta.

—Te necesito.

—Vete —me cuesta la vida separarme de él —nos vemos, chicos.

Doy un paso atrás y camino lentamente como si todo estuviera en orden, aunque en el fondo me tiemblan las rodillas.

Me escondo en el baño y me miro en el espejo para mentalizarme. Todo está bien, no puedo derretirme cada vez que me mira, que me toca...

—Dios.

Cojo aire y vuelvo al salón para seguir disfrutando de la fiesta, de mis amigas, de Carla y de su gran día. Me vuelvo a integrar, pero ahora mi cuerpo vibra porque siento que un par de ojos no dejan de observarme.

Me giro y efectivamente, me encuentro con la mirada de Marcos y le sonrío. Me devuelve la sonrisa hasta que alguien rompe nuestro momento y se centra en la conversación.

—Me voy a casar en días —sonríe Carla un poco borracha.

—Y estaremos nosotras para verlo.

—Lucía —me mira Carla —con respecto a Marcos, quiero...

—No —la corto —no quiero saber nada.

—Pero...

—No —le doy un beso en la mejilla —voy a por una copa.

Solo quiero alejarme hasta que se me olvide que él irá acompañado. Cojo una copa de vino y en vez de regresar con las chicas, salgo por la puerta de atrás, hacia la piscina y respiro.

Tiempo, solo es tiempo.

Me convenzo durante todo estos meses.

—¿Qué haces sola? —me asusto al escucharle detrás de mí —¿estás bien?

—Sí —cierro los ojos al notar su olor —solo necesitaba un momento a solas —me giro —¿y tú? —finjo una sonrisa —¿qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—Aquí estoy —finjo que no tengo un nudo en el estómago.

—Quería decirte que... —se calla y eso hace que me ponga más nerviosa.

—¿Qué?

—Que...

Escuchamos voces acercándose hacia donde estamos y antes de poder analizar lo que está pasando, me coge de la mano y tira de mí para escapar antes de que lleguen.

Nos escondemos en la parte de atrás de la casa y estamos tan pegados que le miro a los ojos sin saber qué hacer, qué decir o cómo reaccionar.

—Lucía —coloca un mechón de pelo tras mi oreja —te quiero.

—¿Qué? —abro los ojos porque de todas las posibilidades que me podía decir, un te quiero no estaba dentro de ellas.

—Que te quiero, te echo de menos y que quiero estar contigo.

Me quedo muda, mi yo interior quiere gritar que también le quiero, que le echo tanto de menos que casi me vuelvo loca y que por su puesto, quiero estar con él para siempre, pero mis labios están sellados y de ellos no salen ni una palabra.

Apenas respiro, solo le miro, le miro, le miro hasta que él se acerca más a mí y me muerdo el labio inferior para no llorar.

—Te quiero —me abraza fuerte.

Le correspondo al abrazo como si me llevara la vida en ello. Dios, necesitaba tanto esto que inconscientemente comienzo a llorar, por él, por mi mentira, por el tiempo malgastado, por Carolina...

—Lo siento —susurro.

—Shh —se separa y me acaricia la mejilla—no llores, por favor.

—Te quiero Marcos, no sé cuándo empecé a quererte —confieso —pero siento que fue mucho antes de todo lo que vivimos, creo que fue cuando me regalaste la tortuga.

—¿Aún la tienes? —frunce el ceño.

—Es la que me ayudó a no volverme loca, a no querer ir a tu casa a decirte que te quiero y la

que me impidió llamarte todas las noches, a pesar de que me acostaba llorando porque te echaba de menos.

—Ahora estamos aquí juntos, sin mentiras.

—Sin mentiras —le prometo.

—Eso es pequeña.

Apoya su frente contra la mía y me siento en casa, en paz.

—Ahora será para siempre —confieso —ya no podrás escaparte.

—¿Es que acaso quiero? —me sonríe —eres tú la que se escapa entre mis dedos.

—Ya nunca más.

—Nunca más.

Nos prometemos y lo sellamos con un beso cargado con todas las ganas que nos hemos tenido durante todo estos meses separados. Nos demostramos que esto es lo correcto y lo que siempre tuvo que ser, y que a partir de ahora seremos él y yo.

—Te quiero —digo entre beso y beso.

—No me canso de escucharlo.

—Pienso decirlo todas las veces que sean necesarias para compensar el tiempo separados.

—Eso me gusta, pequeña.

Me río, me río de verdad, me río como hace meses que no lo hacía.

—Eres tan increíble, Marcos —le miro con amor —has sido capaz de perdonarme, a pensar que sea un desastre, y ten por seguro que lo estropearé porque está en mi naturaleza, así que solo te pido paciencia.

—No eres un desastre —afirma —eres tan perfecta que hace que mi corazón se agite cuando te tengo cerca —me besa —no vuelvas a decir eso porque te quiero así, siendo la Lucía Bianchi de la que me enamoré.

—No te merezco.

—Somos el uno para el otro —me mira a los ojos y no deja que aparte la mirada de él —no lo repitas porque sin ti estoy incompleto, ya sé que es vivir contigo y sin ti, y ten por seguro que no te quiero lejos de mí —me tiembla la barbilla —no quiero que imagines que no eres suficiente para mí, porque si te vieras a través de mis ojos, te darías cuenta de la suerte que tengo al tener a una compañera de vida como tú —comienzo a llorar, aunque intento evitarlo —porque eres tan increíble que quiero cada parte de ti y no pienso conformarme con menos —limpia mis lágrimas con ternura —te quiero a ti, con tus luces y sombras.

Cuarenta y dos

—No pienso salir de aquí en un año —me abraza y me pega más a su pecho.

—Marcos —me quejo, pero no hago nada para separarme de él —tenemos que trabajar.

—Que le den al trabajo —sentencia —ahora que te tengo para mí solo, no voy a compartirte.

—Así que para ti solo, ¿no? —me apoyo en su pecho para mirarle a los ojos.

—Me tienes que compensar, pequeña.

—Creo que ya lo he hecho de sobra —sonrío.

¿Cómo puede ser tan guapo?

—Eso tendré que de decidirlo yo, no tú —me da una palmada en el trasero y me río —¿Está claro?

—Sí, señor —me elevo un poco para besarle —¿Te he dicho que te quiero?

—Hoy no.

—Lo siento —vuelvo a besarle mientras me recoloco sobre él a horcajadas.

—Si me lo pides así —me abraza por la cintura —no tendré más remedio que dejarlo pasar.

—Qué estúpido eres —le doy un beso en la mejilla antes de hacer un caminito descendente hacia su cuello.

—Joder, ya estoy duro —gruñe.

—¿Es que acaso no ha dejado de estar así desde que nos reconciliamos?

Me siento sobre sus caderas y le miro desde arriba. Este hombre que está debajo de mí es completamente mío y no pienso saciarme de él nunca.

—¿En qué piensas?

—En que soy muy afortunada —le acaricio el pecho.

—¿Hasta ahora te das cuenta? —coloca sus manos tras su cabeza y me mira con chulería —he tenido que estar desnudo, duro y debajo de ti para que lo entiendas.

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan idiota? —me inclino para darle un beso en los labios —no sé cómo te soporto.

—Soy irresistible.

Hago un mohín y comienzo a rozarme contra su miembro para hacerle sufrir. Aunque al no ser de piedra, no voy a esperar hasta que me suplique porque no tengo tanta fuerza de voluntad para eso.

—Lucía —gime mi nombre —estoy al límite.

—Shh —coloco mi mano entre nuestros cuerpos y se la acaricio —no digas nada.

—Me voy a correr si sigues así.

—¿Tan rápido? —elevo una ceja.

—Así me tienes, hechizado.

Guío su miembro hacia mi entrada y muy lentamente dejo que se introduzca en mí. Aún tengo que adaptarme a su tamaño, no sé si algún día pueda hacerlo.

Echo la cabeza hacia atrás cuando se penetra hasta el fondo. Joder qué bueno, no entiendo cómo he podido estar tanto tiempo sin disfrutar de esto, de él, de nosotros.

<< Porque eres una cabezota inconsciente>>

Me critica mi subconsciente, pero en esta ocasión tengo que darle la razón, ya que es cierto. Fui una imbécil, pero he aprendido de mis errores y no pienso volver a separarme de él nunca más en la vida.

—Dios —suspiro.

—Eso es pequeña —coloca sus manos en mis caderas para guiar nuestros movimientos —estoy en el puto paraíso.

—Soy tu Eva.

—No, eres mi Lucía —gime —solo mía.

—Y para siempre.

Me inclino para unir nuestros labios de nuevo mientras dejo que me haga el amor. A pesar de estar arriba e intentar llevar el mando, nunca lo consigo porque es tocarme y dejarme llevar por la corriente.

—Te quiero, pequeña.

—Y yo, hoy y siempre.

—Ya no te me escapa.

—Tampoco tenía pensado hacerlo —le miro a los ojos —quiero estar contigo siempre.

—Entonces múdate conmigo.

—Marcos —gimo —no puedes decirme eso mientras me haces el amor.

—Di sí.

Pero no puedo decir ni sí ni no porque un increíble orgasmo hace que cierre los ojos y disfrute de las sensaciones que provoca por todo mi cuerpo hasta que me quedo sin fuerzas y termino derrumbada sobre su pecho sin poder respirar.

—Eres increíble —me acaricia la espalda con suavidad —a pesar de que no me hayas respondido.

—¿Cómo puedes hablar después de esto? —suspiro —no tengo fuerzas.

—Porque me las das tú.

—Imbécil —me río y me abrazo más fuerte a él.

—Esta conversación no ha terminado.

—Vale, pero no puedes preguntarme eso cuando me siento vulnerable entre tus brazos —señalo —al menos que sea con una copa de vino en la mano.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Quererme.

—Eso ya lo hago.

—Entonces para siempre.

—Eso lo haré.

Le doy un beso en el pecho mientras mis ojos se cierran lentamente gracias a sus caricias en mi pelo. Me relaja tanto y estoy tan casada que es inevitable que me duerma entre sus brazos.

Nunca encontraría un lugar mejor que ese.

***

Las ganas de ir al baño hacen que abra los ojos, aunque sea lo último que quiera hacer en la vida. Miro hacia el otro lado de la cama que ya se encuentra vacía y hago un mohín. Me hubiera gustado levantarme entre sus brazos, pero no me quejo, ya que eso lo tengo al alcance de mis manos.

Me levanto rápido porque no puedo aguantar más y me pongo su camiseta del pijama que se encuentra sobre la cómoda. Entro en el baño y hago mis necesidades con prisa porque quiero verle.

¿Cómo es posible que le eche de menos cuando está a dos metros de mí?

Quien me iba a decir que estaría completamente enamorada y encima de Marcos, del amigo de la infancia, el único que podía sacarme de quicio y siempre con esa sonrisa que me molestaba.

Es cierto eso que dicen que la vida da muchas vueltas, porque la mía lo ha hecho y solo quiero que deje de hacerlo para permanecer en este lugar para siempre.

Cojo el cepillo y la pasta para lavarme los dientes y salir cuanto antes de la habitación. En la cara no me haré nada porque nunca la he tenido mejor y eso es gracias a la felicidad que me produce.

Me enjuago la boca y por último me la seco para salir de una vez por todas, ni siquiera sé donde está mi móvil, pero tampoco voy a buscarlo.

Salgo de la habitación y al escuchar su voz, mi cuerpo vibra y es el efecto Marcos. Entro en el salón, pero no está por ningún lado, así que camino hacia la cocina y efectivamente, está detrás de la isla hablando por teléfono.

—Cállate capullo —me apoyo en la puerta y le observo —no voy a dejar que consiga enfadarme —¿con quién estará hablando?

Doy un paso hacia delante porque siento que su cuerpo me llama y me coloco a su espalda sin que se dé cuenta.

—Me da igual —se ríe —sí.

Le abrazo por detrás y se gira al sentirme, y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa y me señala la oreja donde tiene un auricular.

—¿Con quién hablas? —susurro.

—Pablo —arrugo la nariz —te tengo que dejar —se despide —lo que tú digas... no seas pesado, adiós —me mira y sonríe —hola.

—Hola —¿por qué me siento tímida?

—Estaba preparando la cena.

—¿Qué quería tu hermano?

—Que le acompañé en unas gestiones, pero le dije que estaba ocupado contigo.

—Tu hermano me odia.

—No, te quiere —me acaricia la mejilla —solo es imbécil.

—No me perdona que te haga hecho daño aquí —le doy un beso justo por encima del corazón.

—Ya lo has curado —le quita importancia, pero no es tan fácil para mí —olvídate de él que tampoco es un santo.

—¿Qué has hecho de cenar? —cambio de tema.

—Solomillo con verduras al horno.

—Qué rico —se me cae la baba —¿necesitas ayudas?

—No, está todo listo.

—Voy a preparar la mesa —no quiero que él lo haga todo.

—Lucía —se pone serio —¿te has asustado cuando te he dicho de vivir junto?

—¿Qué?, no, claro que no —sonrío —solo es que no sé si es el momento, quiero ir poco a poco para no estropearlo.

—No lo harás.

—Soy una persona difícil —me sincero.

—Eres adorable —me coge de la mano y tira de mí para que estemos cara a cara —nunca digas eso.

—Solo ves las cosas buenas porque me quieres —afirmo.

—Solo veo como eres —me da un beso en la punta de la nariz y me tranquiliza.

Qué ciega he estado toda mi vida al no darme cuenta de que él era esa persona que me haría sentir como la mujer más especial del mundo.

No sé qué habré hecho en otra vida, pero no me cansaré de dar las gracias al destino por hacer que estemos juntos y esta vez para siempre.

Pongo la mesa mientras él termina de hacer la cena y a los veinte minutos estamos sentados, hablamos de todo y nada a la vez. Marcos es genial y muy especial, y hace que una cosa insignificante se convierta en algo único, como él.

Esa noche volvemos hacer el amor como todas las que hemos pasado desde que nos reconciliamos. A pesar de que no quiero vivir juntos, llevo todos esos días en su casa como si fuera mía, no hemos pisado la calle, ni siquiera hemos ido a trabajar.

Es como si estuvieras en una burbuja que nadie puede romper ni unirse. El único contacto que he tenido en estos días ha sido por teléfono y con la novia para ayudarle con los últimos detalles de la boda, porque si no, no hubiera sabido nada de nadie.

Necesitaba desconectar del mundo para disfrutar de él antes de tener que salir de nuestra burbuja y volver a la vida real, aquella en la que tendremos que separarnos durante horas para ir a trabajar.

Me he vuelto adicta a él y me encanta.

Cuarenta y tres

—Abre —grita Pablo desde la puerta —no seas capullo y sal de la cueva.

—Vete —dice Marcos desde el sofá mientras nos abrazamos sin importar que esté su hermano en la calle.

—No hasta que me abras —gruñe —vamos que hemos quedado dentro de media hora.

—Te dije que no iría.

—No seas así, te recuerdo que me caso.

—A tu boda iré, pero no me apetece salir.

—Marcos —se está desesperando —al final me obligarás a tirar la puerta abajo —me lo creo —llevas días encerrado.

—Si yo no me quejo, ¿por qué lo haces tú?

—Porque me caso en días y seguramente esta sea mi última cena como soltero y quiero que esté mi hermano en ella.

—Será mejor que le abras la puerta —ya me odia lo suficiente y no quiero que piense que le estoy robando momentos con él —vamos, tiene razón —me separo de él —voy a la habitación.

—Joder.

Gruñe, pero salgo del salón y voy a su habitaron para que hable con su hermano con tranquilidad. Escucho como entra en casa y le recrimina que le haya dejado en la calle durante quince minutos. Me echo sobre la cama y enciendo la televisión para entretenerme y para no escuchar la conversión por si dice algo de mí que pueda hacerme daño.

Marcos a los pocos minutos entra resignado y va hacia el baño para darse una ducha, le dejo hacer porque apenas tiene tiempo, porque si no, entraría y la compartiríamos.

Me duele mi relación con Pablo, antes nos llevábamos muy bien y no quiero que esto dure más de lo que está durando. Es mi cuñado, mi amigo y se va a convertir en el marido de mi mejor amiga, merezco solucionar también este problema, así que me armo de valor y salgo de la habitación.

—Hola —saludo y se gira al escucharme —¿qué tal?

—Bien —responde un poco seco.

—¿Quieres algo mientras le esperas?

—No, gracias.

Estoy nerviosa, no sé qué más decir, no sé qué más hacer para conseguir un acercamiento y encima, voy con una camiseta de pijama de su hermano y eso no hace que me siente más segura.

—Pablo —me armo de valor —sé que me odias, pero quiero...

—No te odio—asegura.

—¿Y por qué te comportas tan seco conmigo?, ¿por qué me miras así?

—Antes estaba enfadado contigo por hacerle daño —afirma —pensaba que jugaste con él, que no te importaba y que simplemente te divertías —¿en serio pensaba eso?, aunque siendo sincera, es mi culpa al decir esa mentira para separarme de él —ahora que lo sé todo, no soy quien para juzgarte, yo también he cometido muchos errores y ahora me voy a casar.

—¿Entonces no me guardas rencor?

—Claro que no —sonríe y me relajo —anda, ven aquí.

Me pide y no lo pienso ni un segundo, me abrazo a él como si mi vida dependiera de ello y siento que me he quitado un peso de encima, que puedo respirar mejor y que poco a poco estoy arreglando todo lo que rompí.

—Sabes que te quiero, ¿no?

—Yo también —me da un beso en la cabeza —solo quiero que no vuelvas hacerle daño.

—Nunca más.

—Entonces todo resuelto —se aparta y me sonríe.

—Ya estoy listo —dice Marcos y al vernos eleva una ceja —¿le estás metiendo mano a mi novia?

—Ni me atrevería —eleva ambas manos y da un paso atrás —nos vamos Lucía —me guía un ojo y va hacia la puerta —no le esperes despierto.

—No le hagas caso, en media hora estoy aquí —bromea Marcos acercándose a mí —si necesitas algo llámame.

—No, tranquilo y disfruta —me pongo de puntillas y le doy un beso —estaré bien.

—Te quiero.

—Y yo —le doy un último beso antes de que salga por la puerta.

Sí, las cosas avanzan bien y solo me falta arreglar una última cosa para que mi vida sea perfecta. Tengo un clavo que tiene nombre propio, Carolina.

No sé cuánto tiempo más estaremos así, pero solo espero que no sea mucho porque la echo de menos y quiero que forme parte de mi vida, de las cosas que me hacen feliz, de mis dudas, de mis miedos... quiero estar bien con ella porque es como una hermana para mí.

Vuelvo a la habitación y me echo sobre la cama, en su lado, para respirar su olor y relajarme. Todo saldrá bien, solo es tiempo para que cada pieza se coloque en su posición.

No sé si serán días, semanas o meses, pero estaré para ella cuando esté preparada para hablar y solucionarlo.

—Ay Carolina, como me gustaría llamarte y saber de ti.

Suspiro.

—Solo es tiempo —me convenzo —es lo único que puedo hacer por ella.

Cuarenta y cuatro

—¿En serio tienes que irte? —me pregunta abrazándome por detrás e impidiendo que siga arreglándome —no quiero que te vayas.

—Sí —vuelvo a decirle —mañana es la boda.

—Lo sé, pero no sé qué haré hoy sin ti.

—Beberás, te reirás con tu hermano —señalo —y te burlarás porque mañana será un hombre casado.

—Será más divertido follar contigo.

—Imbécil —me río —¿y qué harás con tu hermano?, te recuerdo que viene a dormir aquí para respetar la tradición.

—Pero sí viven junto ya, ¿qué tradición? —a veces es peor que un niño —acepto que venga, pero no a que te vayas.

—Carla nos ha pedido que nos quedemos con ella.

—Déjame que hable con ella para convencerla.

—No —me echo colorete —son unas horas.

—Está bien —me da un beso en el cuello y deja que continúe arreglándome.

Hoy dormiremos todas las chicas en casa de Carla y para pasar su última noche de soltera juntas. Será como una noche de solo chicas y nos haremos tratamientos, veremos alguna película romántica y hablaremos de la boda.

Me hace mucha ilusión pasarla juntas porque mañana será una mujer casada.

Qué diferente somos las mujeres de los hombres a veces, para ellos es una noche más, para nosotras, la noche.

Me echo perfume y salgo del baño para coger mi maleta y salir ya de casa porque llego tarde. Son las seis de la tarde y quedamos a las cinco y media.

—Marcos —le llamo al salir de la habitación con la maleta en la mano —ya me voy —me acerco a él y le doy un beso rápido —disfruta y no bebas tanto.

—No lo haré —lo sé porque él no es mucho de alcohol

—¿Vendrán los chicos?

—Creo que tu hermano se pasará, pero no lo tengo claro.

—Vale —le vuelvo a besar —échame de menos.

—Ya lo hago y mira que te tengo entre mis brazos.

—Nos vemos mañana —suspiro y vuelvo a besarle.

—Lo estoy deseando.

Con pesar, me despido de él y salgo de casa porque ya llego demasiado tarde. No quiero ser la última, aunque me imagino que así será. Bueno, ahora que Victoria es madre, quizás se le complicó la tarde e incluso llegue más tarde que yo.

No lo sé, pero no voy a perder tiempo en eso.

Abro el coche y guardo la maleta en la parte de atrás. Me subo en él y conduzco rumbo a casa de Carla. Ni siquiera he leído los mensajes, quizás me han dicho algo importante, pero ya es demasiado tarde para leerlos.

Conduzco con cuidado y cuando llego, aparco y salgo casi corriendo con la maleta en la mano. Espero que no me maten, ya son casi las seis y media y me sale mal llegar tan tarde.

Toco el telefonillo para que me abran la puerta del portal y lo hacen. Voy directa hacia el ascensor y por suerte se encuentra en la planta y le doy al botón sin perder ni un segundo más.

Al llegar, salgo y camino hacia su puerta. Toco y a los pocos segundos me abre Audrey con mala cara. Le sonrío quitándole importancia y entro dejando la maleta a un lado para que no moleste.

—Hola —le doy un abrazo a Carla —¿cómo estás?

—Llegas tarde —se queja.

—Lo siento, Marcos...

—Ahora se llama Marcos —se burla Victoria —sabemos que eres tú la causante de tu impuntualidad.

—Tan bonita como siempre —le saco la lengua —¿cómo estás? —le doy dos besos—¿y la bebé?

—Bien y mi niña preciosa —se le suaviza la mirada al hablar de ella —al final se la queda mis suegros.

—¿Y eso?

—Martín irá un rato a casa de Marcos —vaya, no tenía ni idea —y como terminará tarde, se queda con mi suegra.

—Ella estará encantada —afirmo.

—No sé, mañana es la boda y no quiero molestarla.

—Si ella fue la que insistió —le recuerda Carla.

Me siento en el sofá y sonrío a Carolina que está enfrente mía. Me hace un gesto y no pierdo la esperanza.

—Son casi las siete —dice Audrey —empezamos.

—Vamos, me voy a cambiar —digo.

—Claro.

Para estar cómoda y empezar los tratamientos faciales, me pongo el camisón de seda y ya estoy lista. Salgo de la habitación que ocupaba Audrey cuando vivía aquí y vuelvo al salón donde me esperan las chicas.

—Empecemos.

—Vamos a ponernos esta mascarilla que es buenísima y deja la piel como la de un bebé —nos aconseja Victoria.

—Confío en vosotras —no sé yo.

Nos aplicamos la mascarilla por todo el rostro y tenemos que dejarla actuar durante veinte minutos. Mientras esperamos, comenzamos a beber una copa de vino y esta es mi parte favorita.

—¿Estás nerviosa? —pregunto —mañana te casas con Pablo.

—No, o sí —suspira —no lo estoy pensando porque, sino, me dará un infarto.

—Estarás preciosa —afirma Audrey.

—Eso espero, tengo todo pensado —aclara —me prepararé en casa de mis padres, ya tengo todo ahí y solo espero que salga según lo planeado.

—No, saldrá mejor —le sonríe Carolina.

—Eso espero.

La noche avanza al igual que nuestras copas de vino y sobre las diez pedimos pizza para cenar mientras vemos una película romántica.

Nos lo estamos pasando tan bien que no quiero que la noche acabe, aunque tengo que reconocer que echo de menos a Marcos, pero soy fuerte y no voy a pensar mucho en eso.

Se casa mi mejor amiga, tengo que disfrutar al máximo de esta experiencia.

—Audrey —le dice Carla al terminar la película —tú eres la próxima.

—¿Yo?— se asusta —que lo sea Lucía.

—A mí dejarme —me tenso al imaginar mi boda, ni siquiera lo he pensado —ya llevas mucho tiempo con mi hermano, que ya es decir mucho con lo insoportable que es.

—Lucía —me regaña Victoria.

—Nosotros no somos mucho de casarnos —aclara Audrey.

—¿No lo sois o no lo es? —la miro a los ojos.

—No lo he pensado si te soy sincera —se muerde nerviosa el labio inferior.

—Pues cuando le veas —le señala Carla, creo que está un poco borracha —le dices que te falta algo en el dedo.

—Se asustará —me río.

—Lucía —vuelve a regañarme Victoria.

—Lo siento —es cierto que mi hermano ha cambiado mucho desde que está con Audrey y me alegro por él porque es feliz.

—Mejor hablemos de la boda de mañana y no de la mía —se pone de pie mi cuñada —vamos a ser más realista.

—Quizás Thiago nos sorprende y te lo pide —le tranquiliza Carolina —¿pero quieres casarte?

—No sé, no lo he pensado —hace un mohín —soy feliz como estamos.

—Pero con un anillo te verías preciosa —sonríe Carla —ahora que me caso, quiero que todas vosotras lo hagáis.

—No, gracias —me río.

—Y luego tendríamos hijos todas —sigue con sus sueños.

—Eso sí que no —¿yo madre?, imposible.

—Para eso Carolina tiene que enamorarse —le guiña un ojo Victoria —es la única soltera.

—Ahora mismo no tengo tiempo para eso —la noto incómoda, es muy precipitado y no sé si aún siente algo por Marcos.

—Claro —Victoria también lo ha intuido —¿por qué no vienes como acompañante de Gael?

—No.

—No.

Decimos las dos a la vez y me mira con mala cara, ¿quién soy yo para decidir con quién sale y con quién no?, ella es libre, suficiente le he hecho con enamorarme de Marcos, creo que nunca me lo va a perdonar porque ni yo misma puedo hacerlo.

—Es un imbécil —aclaro mi negativa —ella se merece más.

—Oye —me regaña Audrey —mi primo es ideal, un capullo pero muy guapo.

—Gracias chicas, pero no quiero una cita programada —finge una sonrisa —Gael es muy guapo y muy majo, pero no quiero que nadie intente emparejarme —me mira y sé que lo dice porque durante años le hemos empujado a Marcos.

—Vale —se levanta Carla —pero haríais una pareja preciosa.

—Para —la empuja de broma y cambiamos el tema.

La noche avanza y sobre las dos de la mañana decidimos no beber más para no tener resaca, aunque yo necesito mucho más que cuatro copas para emborracharme. Finalizamos con la noche de chicas y vamos a dormir para estar mañana radiantes porque es el gran día.

Antes de cerrar los ojos y dormir, le envío un mensaje a Marcos porque le echo de menos.

Lucía:
La noche sin ti no es lo mismo.
te echo de menos.

Marcos:
Te quiero y también te echo de menos.

Lucía:
Y yo, nos vemos mañana.

Marcos:
Hasta mañana, pequeña.

Ahora sí que me pudo dormir y no necesito mucho tiempo para caer en un sueño placentero.

***

—Estás tan increíble que no puedo apartar los ojos de ti.

—Marcos para —al final me voy a ruborizar.

—¿Pero cómo puedes ser tan guapa? —me abraza y me da un beso —no sé en qué momento decidiste ponerte este vestido y hacerme sufrir.

—Tú también estás muy guapo —vuelvo a besarle y me da igual si alguien nos ve.

Estamos en la puerta de la iglesia donde se va a celebrar la boda de Carla y Pablo. Estamos esperando a que venga la novia, que estará de camino. Al separarme de Marcos, miro a Pablo y creo que nunca en la vida lo he visto tan feliz, está con sus padres hablando y supongo que con ganas de que aparezca.

—Chicos —nos llama Victoria —la novia está a punto de llegar, será mejor que entremos.

Cada invitado toma asiento y cogida de la mano de Marcos ocupamos el nuestro. Él se coloca al lado de su hermano y comienzan a hablar, ya que en breve será un hombre casado.

Nos ponemos de pie cuando nos avisa de que está aquí y nada más entrar, tengo que contener la emoción y no llorar mientras la veo caminando hacia el altar, cogida del brazo de su padre.

Está preciosa y feliz porque se casa con el amor de su vida.

¿Habíamos imaginado esto cuando éramos pequeñas?

Ella siempre soñó con estar con él y mira por donde sus sueños se han hecho realidad.

La sonrío cuando pasa por mi lado y en sus ojos veo lágrimas contenidas. Ha llegado su gran día y solo deseo que sea tan feliz como se merece.

La ceremonia avanza y es tan bonita que en determinados momentos me limpio las lágrimas. Cuando llegan los votos, no me contengo y dejo que las emociones fluyan en mí, es real, se están casando y soy feliz por ellos. Pero sin duda, el momento más emotivo de la boda es el discurso de Marcos, que incluso me ha entrado ganas de ir hacia él y besarlo.

Al finalizar, vamos hacia la sala donde se va a celebrar el banquete y disfrutamos de verdad.

No paramos de reírnos, de bailar, de divertirnos con los novios y cuando llega la hora de comer, tomamos asiento y tengo que ignorar que Gael está en mi mesa.

Carla, pienso matarte.

—¿Por qué no nos comemos el postre en otro lado? —me susurra Marcos en el oído —desde que te he visto con este vestido, solo he pensado en quitártelo.

—Pero no podemos, se van a dar cuenta —le doy un beso en la mejilla.

—Tu hermano se nos ha adelantado —¿qué?

Miro la mesa y efectivamente, faltan Audrey y Thiago.

—Cállate —no me quiero imaginar eso —eres cruel.

—Solo soy un hombre que se muere de ganas por follarte.

—Qué romántico —ironizo.

Aguanto durante toda la comida sin sucumbir a la oferta tan tentadora de Marcos. Claro que me muerdo de ganas de estar con él, pero no puedo ser tan imprudente como mi hermano. Si nos pillan me moriré de vergüenza.

Llega el momento del baile y me quedo hipnotizada mientras los novios bailan enamorados.

Marcos me abraza por detrás y está igual o más emocionado que yo porque el que está ahí es su hermano pequeño.

—Sabes que en algún momento tú y yo estaremos así.

—No sabía que querías casarte —no me lo tomo en serio.

—Contigo lo quiero todo —me da la vuelta para mirarme a los ojos y para que vea que habla en serio —te quiero y cuando estés preparada, te pediré matrimonio.

—Marcos —no es el momento para abrirme su corazón.

—Solo quiero que lo sepas.

—No vamos a tener una boda como esta —le digo —quiero algo más sencillo.

—Pensaba que lo tendría más difícil —me sonríe.

—Cállate —me río.

—Y sabes que también tendremos esto, ¿no? —me señala a Martín que está junto a su mujer y su hija.

—No, eso sí que no —me vuelvo a girar.

—Pero cuando estés preparada.

—Con cincuenta años si eso—digo.

—Eres tan adorable —me besa en la base del cuello —no sé si podré lidiar con una mini Lucía.

—La cuestión será si podré lidiar con un mini Marcos.

—¿Eso es un sí?— se ríe porque me la ha jugado —me muero de ganas.

—Eso es un quizás.

—Yo también te quiero.

Me besa y estoy absolutamente segura de que he encontrado a mi media naranja, aquel que me hará feliz para siempre y que me hará soñar.

Antes jamás pensé que me casaría y que tendría hijos, y ahora con él, lo quiero todo.

No lo haremos ahora, estamos empezando, pero sí en algún momento de nuestras vidas.

Quiero ser su mujer, la madre de sus hijos y la persona que le complementa en todos los aspectos de su vida, y la que le haga luchar por sus sueños.

Quiero ser su pequeña hoy y siempre.

Quiero serlo todo para él, al igual que él lo es todo para mí.

FIN

Epílogo

Lentamente, abro los ojos y no me puedo creer que esta imagen sea real. Ella abrazándome con fuerza, ella a mi lado, ella queriéndome.

Hemos pasado por mucho hasta llegar a este momento; sus dudas, sus miedos, sus inseguridades, pero el tiempo ha puesto todo en su lugar y ahora estamos aquí y juntos.

La estrecho con más fuerzas contra mi pecho, que bien huele. Este es mi momento favorito del día, cuando me despierto a su lado, abrazándola como si tuviera miedo que al abrir los ojos, ella no estuviera y todo sea un mal sueño. Como si volviera a esa época en la que no estaba a mi lado, en la que pensaba que no me quería, que había sido un simple juego, en la que sufrí, lloré e incluso la maldecí por jugar conmigo.

Siempre había sido un hombre risueño, con una sonrisa en los labios, pero el huracán Lucía vino y arrasó con todo, llevándose toda mi alegría y buen humor.

Cojo aire y dejo de pensar en eso, ya es pasado, ahora estamos bien, ahora he podido entender por qué lo hizo y sobre todo, que para ella también fue duro, doloroso.

Y aquí estamos, más enamorados que nunca, ¿quién me lo iba a decir?

Con cuidado, le doy un beso en la frente y salgo de la cama para preparar el desayuno. Hemos ido de camping y, a pesar de que a ella jura y perjura que lo odia, en el fondo sé que estos momentos que tenemos para ser ella y yo, son sin dudas los mejores de nuestras vidas.

Odio separarme de Lucía, entiendo su trabajo y soy el más orgulloso por todo lo que está consiguiendo, como poco a poco sus sueños se hacen realidad, pero estar varios días sin ella, o incluso semanas, es duro y la echo de menos en cada segundo.

Enciendo la cafetera y de la nevera saco varios huevos para hacer tortilla francesa. También saco fruta para preparar una macedonia y yogur porque a ella le encanta incluirlo en su desayuno.

Intento hacer el menor ruido posible mientras preparo todo porque ayer dormimos tarde y quiero que descanse.

—Buenos días —me abraza por la espalda y sonrío—¿preparando el desayuno?

—Para mi pequeña —bromeo— para que crezca.

—Ja, ja —se pone de puntillas y me da un beso en cuello —ahora nos vemos.

Se separa para ir al baño y yo continúo con el desayuno. Como hace buen día, lo tomaremos con la naturaleza a nuestro al rededor. Escucho el agua correr y por un segundo deseo dejar todo para acompañarla, pero recuerdo que es tan pequeño que es imposible que pueda entrar y disfrutar de su cuerpo, de ella, así que intento eliminar de mi mente su imagen desnuda mientras

el agua recorre cada centímetro de su piel.

—Para Marcos —me obligo.

Si estuviera en casa, estaría leyendo el periódico, pero aquí, en medio de la nada, es complicado.

—Hola —sale con una sonrisa en sus labios y me quedo embobado.

Está guapísima, lleva un vestido largo de tono rosa pastel y con estampados florales, que no podría quedarle mejor porque marca cada curva de su cuerpo.

—Qué hambre tengo —se queja colocándose a mi lado y dándome un beso en la mejilla —gracias por preparar el desayuno.

—Estás preciosa —no puedo contenerme.

—Gracias —me sonríe y comenzamos a desayunar.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —pregunto con una sonrisa en los labios.

—Ir de comprar —me mira mal porque sabe que le estoy gastando una broma.

—Podemos ir a un campo muy bonito —propongo —está cerquita y te va a encantar.

—Claro.

Seguimos desayunando mientras nos miramos como si ambos quisiéramos comprobar que esto es real.

Al terminar, entre los dos recogemos la mesa, y cogidos de la mano, vamos hacia el campo lleno de flores de muchas tonalidades, como su vestido. Al llegar, veo como abre la boca impresionada y sonrío con suficiencia porque sabía que le gustaría.

—Es precioso —dice —me encanta.

—Lo sé.

—A ver si me pillas.

Y antes de que pueda reaccionar, me empuja y sale corriendo introduciéndose entre las flores mientras escucho sus carcajadas. Le dejo un poco de ventaja, para que disfrute del momento antes de que la pille y esté entre mis brazos.

Como esperaba, en menos de un minuto la tengo entre mis brazos mientras me río por como se queja. La tiro sobre el suelo, conmigo encima y me empapo de su belleza.

—No es justo —refunfuña

—No me hubieras retado —le doy un beso en la mejilla porque aparta la cara antes de unir nuestros labios.

—Has hecho trampa.

—¿Cómo voy a hacer trampa? —me vuelvo a reír —no sabes perder.

—No es eso —sí, lo es, es demasiado competitiva.

—¿Qué te molesta más? —señalo—¿qué te haya pillado o que haya sido en pocos segundos?

—Idiota —hace un mohín adorable.

Si es que la conozco demasiado, no soporta perder y menos haberlo hecho a los pocos segundos y eso que le di ventaja.

—No estés enfadada —le doy besito por la garganta —vamos a disfrutar de este paisaje tan bonito y de nosotros —sigo con los besos hasta llegar a sus labios y en esta ocasión no se aparta y me besa con las mismas ganas que tenía yo de hacerlo —te quiero.

—Yo también te quiero —me encanta escucharlo de sus labios —te quiero, no sé cuando lo supe, pero lo que tengo claro es que desaproveché muchos te quiero.

—Ahora puedes decirlos y estar en paz.

—¿El qué? —me mira con intensidad.—¿todos lo te quiero que no me atreví a decir?

—Sí.

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quier... —ese te quiero, muere entre nuestros labios al no poder aguantarme ni un segundo más y la beso.

No sé qué habré hecho en otra vida para merecerla, pero soy un cabrón con suerte y esta vez no se me escapará entre mis dedos, esta vez será para siempre, hasta que la muerte nos separe.

—¿Ya estamos en paz? —susurra muy cerca de mis labios.

—No, aún faltan todos los te quiero que no te atreviste a decir.

—Tenemos una vida para ello —me reta.

—Sí, una vida juntos...

—Y enamorados.

Acerca del autor

Lyli Black, nacida en España, siempre le ha gustado escribir, crear historia de amor como buena romántica empedernida y soñar con publicarlas.

Comenzó en una plataforma de internet para poder expresarse y escribir sus historias, consiguiendo por el camino, a una familia virtual maravillosa.

Creadora de la trilogía Sueño, trilogía Stark, Un camino hacia Rosario y la Saga Te Quiero.

@LyliBlack.